

Selección RNR

Sabor de amor

DACAR SANTANA



Comedia romántica

SABOR DE AMOR

1º Serie: Carta de sabores

Dacar Santana



1.^a edición: junio, 2016

© 2016 by Dacar Santana

© Ediciones B, S. A., 2016

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-492-3

Maquetación ebook: Caurina.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

Portadilla

Créditos

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

Epílogo

Agradecimientos

«¿Qué nuevo sabor disfrutaré hoy?».

Es la frase con la que me despierto cada mañana. Frase que mi abuelo utilizaba como un mantra.

Heladero de corazón y profesión, dueño de la *gelateria artigianale*¹ italiana *Los sabores de Copano*, comparaba todo a su alrededor con sus exquisitos helados, alegando que cada emoción o circunstancia equivalía a un sabor. Si tenía un día duro, la menta era lo que le venía a la cabeza. Si, por el contrario, el día le sonreía, la fresa era su sabor... La fresa que lo había acompañado en sus más bellos momentos: su boda con mi abuela, el nacimiento de mi padre, mi hermano o el mío... su fresa Simonetta, como a él le gustaba llamarme. Tanto era así, que incluso bautizó a su helado de fresas con trocitos de esa misma fruta en el interior, «mmm... ¡exquisito!», con ese mismo nombre.

Ahora, yo, veintisiete años después, he heredado su pasión por los helados y su negocio, convirtiendo mi sueño en realidad.

He tenido que adaptarme a los tiempos que corren, por lo que he modernizado el negocio. Ahora, no solo servimos maravillas congeladas, también ofertamos desayunos y meriendas dulces, cafés y tés... Tener un negocio propio y regentarlo es duro, pero es lo mejor que me ha podido pasar.

Me visto con ropa deportiva y salgo para correr mis obligados diez kilómetros diarios. Si quiero conservar este cuerpo, tengo que cuidarme, o trabajar diariamente rodeada de azúcar sucumbiendo a la tentación afectará directamente a mi barriga y a mis caderas.

Corro con la música a tope. Hoy me siento eufórica y el ritmo de la música que escucho es un reflejo de ello. Empezando por el *I want to be free*, de Queen, pasando por el *Happy*, de Pharrell Williams, y terminando por el mítico Elvis y el remix de *A Little less conversation*, entre otras.

Soy fiel creyente de que los pensamientos positivos repercuten en la vida diaria, y eso es lo que intento (a veces con más éxito que otras) hacer todos los días. «Hoy será un día estupendo», me digo mientras estoy en la ducha deshaciéndome de los restos sudorosos de la carrera de mi cuerpo.

Al llegar a mi pequeño negocio, dedico unos minutos a observarlo a través de las pequeñas cristalerías del escaparate que dejan entrever su fabuloso y remodelado interior.

Tonos rosa, blanco, amarillo, verde y plata dan color al interior de estilo retro. El único punto oscuro lo da el viejo sillón orejero de cuero negro que pertenecía a mi abuelo, que uso para relajarme y pensar, y del cual no he podido deshacerme. Siempre que me siento en él, rememoro las interminables tardes que pasaba aquí, junto a mi querido *nonno*², y que tanta satisfacción me traían.

El movimiento en las puertas de persiana, tipo vaivén, atrae mi atención. De ellas sale, con su acostumbrada gracia, mi mejor amiga y empleada, Sandra, quien tiene que estar oyendo música porque, aun teniendo las manos ocupadas, sus caderas no dejan de mecerse de un lado al otro en un sexi contoneo.

Recuerdo, como si fuera ayer, cómo, hace once años, nos conocimos en clase de salsa. Nos odiamos al instante, ya que a simple vista, nos catalogamos como contrincantes en seducir al sexi y cubano profesor de baile... que, para nuestra absoluta y más sincera decepción, resultó ser gay. Entre baile y baile, obligadas a juntarnos como pareja por la falta de chicos, comenzamos a conocernos mejor... desde ese momento somos inseparables.

Es como la hermana que nunca tuve (mi hermano varón no cuenta). Demasiado parecidas en nuestra forma de ser para nuestro propio bien; siempre de acuerdo en participar en cualquier plan rocambolesco que se nos ocurra, sin importar las consecuencias... Nos apoyamos en todo. Así ha sido durante todo este tiempo. Sin peleas, sin discusiones fuertes... todo risas y felicidad. Si tuviera pene, «y lo usara conmigo», sería mi persona favorita en todo el mundo.

Físicamente antagonistas, aunque las dos delgadas y llenas de curvas, somos la noche y el día. Sandra tiene una mata de pelo color caoba preciosa, ojos verdes esmeralda y piel blanca y perfecta, al contrario que yo, que tengo el pelo y los ojos negros (regalo de mi ascendencia italiana), y la piel bronceada llena de pecas... Gracias a Dios, no hay nada que un kilo de maquillaje no oculte.

Somos guapas, y lo peor es que lo sabemos y nos aprovechamos de ello a la menor oportunidad... Si para que me hagan la declaración de la renta gratis y rápido tengo que batir las pestañas, enseñar un poco de escote y parecer un mínimo interesada, ¿por qué no hacerlo? Sería tonta si no me beneficiara... eso también se aplica, «por

supuesto», a que me cambien la rueda, me lleven las bolsas, me inviten a fiestas y copas gratis.

No me odies por ser hermosa. Yo no inventé las reglas, solo soy una jugadora más. Además, no es culpa mía que los hombres (y algunas mujeres) sean tan simples.

Embozo una mueca de desagrado cuando, al entrar, lo primero que oigo es a Sandra en pleno apogeo artístico cantando, en su inglés con necesidad de subtítulos, *Chandelier*, de Sia. Su voz es horrorosa, y si encima le sumamos su pésimo dominio del idioma, mejor lo dejamos ahí.... Después se pregunta por qué nunca vamos a un karaoke.

Me dirijo a la pequeña cocina y me la encuentro girando sin parar con una espátula en la mano. Al darse cuenta de que ya no está sola, se para en seco, con los ojos llenos de pánico... Y yo no puedo evitar la carcajada que sale de mis labios. Aunque la risa me dura poco; al recordar la letra de la canción, todo rastro de regocijo se esfuma.

—Tu madre otra vez, ¿no? —le pregunto.

—Sí —suspira resignada—. Me estoy hartando de cuidar de ella. Algún día no contestaré a sus llamadas...

—¡Ojalá fuera cierto! —replico—. Soy consciente de que tiene un problema con la bebida, pero si la sigues auxiliando cada vez que tiene algún contratiempo, nunca aprenderá. Se aprovecha de tu debilidad, te hace sentir culpable cuando no has hecho nada malo. No puedes seguir de esta forma... estás casi en la ruina.

Los ojos se le cuajan, y yo me arrepiento de haber dicho esas (ciertas) palabras.

Sé cuánto le duele la situación en la cual se encuentra su madre, pero no puede cuidar de ella durante toda su vida. Lo peor de todo es que Marta (ese es su nombre) la exprime y utiliza sin cortarse ni un pelo, incluso da su nombre como aval para sus acreedores. Puede ser su madre, pero no se comporta como tal. Yo no la aguantaría y tampoco llego a entender el por qué lo hace ella. La ha llevado a reuniones de alcohólicos anónimos, ha intentado ingresarla en algún centro, pero no coopera en nada. Solo la hace sufrir.

—Cambio de tema —exclama, de repente, una excitada Sandra—. Tengo una noticia importante: ¡He creado un nuevo sabor!

—Miedito me das... Aún recuerdo la última vez que *creaste* —digo, enfatizando las comillas con los dedos— un nuevo sabor, plátano mentolado...

Me estremezco solo con recordarlo.

—No seas así, Netta. Por lo menos te dejaba en la boca un aliento fresco... —dice Sandra en uno de sus habituales discursos positivos. Puede sacar el lado bueno de casi cualquier cosa—. Vale, reconozco que no estaba muy sabroso, pero este nuevo experimento te alucinará.

Se acerca a la cámara de congelación industrial y saca un recipiente de plástico.

—¡Tachán! —grita, abriendo el envase—. Plátano y caramelo, con virutas de chocolate. Lo he llamado: ¡Placalate!

Me acerca a la boca una cucharilla con un poco y lo pruebo con cuidado. Al paladearlo, me sorprende al comprobar que está muy bueno.

—Está delicioso —afirmo, saboreando—. Y, Sandra..., ¿te has dado cuenta de que tienes un pequeño y obsesivo problema con los plátanos? No sé si me entiendes... El último sabor que creaste, que, por cierto, era asqueroso, también llevaba esa fálica fruta.

—Eres muy observadora, pero ¿no te has parado a pensar que tal vez lo hice porque teníamos plátanos para dar y regalar, y no quería que se estropeasen? —pregunta—. Aunque ahora que lo mencionas, sí que tienen forma de falo... ¡Dios! Estoy tan mal que ya ni me fijo en esos pequeños detalles que tanto me divierten.

Suelta el helado y declara:

—Decidido, hoy salimos. Necesito algo, o mejor dicho a alguien que me distraiga de mis problemas.

Asiento emocionada. Hace mucho que no nos pegamos una juerga juntas, y me hace falta algo de acción.

Me acerco a su *Ipod* y busco la canción que necesito que suene en este momento. Un tema que nos recuerde al verano y a la diversión que trae con él. Al tiempo que los primeros acordes de *Danza Kuduro* resuenan en la sala, me acerco a ella moviendo el cuerpo de una manera que incita al desenfreno. La agarro de las caderas, animándola a que siga mi ritmo, y le digo:

—Cariño, ya tienes cita para esta noche.

La mañana pasa lentamente. Los últimos días del mes pasan de esta forma. Contar

los minutos para cerrar es casi lo único que nos entretiene. Si no fuera por las cuatro parejas de señoras que acuden rigurosamente todas las mañanas a comerse unos *cannolis*³ o un pedazo de *crostata*⁴, no habría movimiento alguno. Tal vez, si pudiera convencer a mi mejor (y única) empleada de que promocionara el negocio por las calles desnuda entre dos carteles de propaganda, a lo mejor, se animaba un poco la cosa... pero no creo que acceda, y menos aún sin estar borracha.

Me acerco hasta el teléfono y le hago una seña a Sandra para que me siga. Me apetece algo dulce, y mi chico sabor caramelo nunca defrauda. Nos animará y nos levantará la moral con sus frases picantes y divertidas.

Óscar, el comercial y chico para todo de nuestro principal proveedor en pastelería, la *pasticceria Dolce Sapore*⁵, otro negocio familiar de origen italiano, regentado por una pareja de hermanos de los que solo sé que son mujer y hombre, y su apellido, *Olivetti*.

Todos los trámites los realizamos vía correo electrónico, y si necesitamos hablar con alguien, lo hacemos con su atractivo y explotado (sus palabras, no las mías) empleado.

Marco su número y activo el manos libres. Responde al tercer tono.

—¿Cuál de mis dos bombones helados me ha alegrado la tarde con esta llamada? —dice a modo de saludo al descolgar— *¿Mi particular y tentadora italiana Mónica Belluci, o mi ardiente y provocadora Isla Fisher? Bueno, no soy exigente. Me conformo con cualquiera de las dos...*

—¡Hola! —decimos entre risas las dos a la vez.

Óscar y su fetiche por las actrices extranjeras siempre consiguen subirnos la moral. Es bueno para la autoestima de una chica que la comparen con mujeres que copan las portadas...

—*Decidme que estáis desnudas mientras habláis conmigo y me haréis el hombre más feliz de la tierra.*

—Caramelito, relájate. Esta es una llamada de trabajo. Necesitamos de tus servicios de reparto de repostería exprés —le explico—. Por casualidad, ¿no tendrás algo nuevo que ofrecernos por ahí?

—Di que sí —le pide Sandra—. Necesitamos probar algo nuevo. Además, nos aburrirnos y queremos verte.

—*¡Ay, chicas! Con todo el dolor de mi alma y más después de escuchar estas*

palabras que me acaban de dedicar... siento decirles que estoy de día libre. Otra cosa resultaría si esta llamada fuera personal... podría pasarme por ahí en un momento y dejarles probar todo el helado que quieran sobre mi cuerpo.

—¡Eres un guarro, Óscar! —le grito entre risas al auricular.

—*Wow. No culpes a un hombre por intentarlo... De todas formas, ya que mi seducción parece no surgir efecto, intentaré que alguien se pase por allí durante la tarde. Si no, me verán mañana, señoritas.*

—Te lo agradecemos mucho, cariño —dice Sandra.

—Gracias, caramelito. Y, Óscar... —me doy un beso húmedo en mi brazo lo suficientemente fuerte como para que el sonido le llegue a través del aparato—, no solo estamos desnudas... desde que cuelgue, nos vamos a empezar a enrollar y será tan sexi como te imaginas. —Y le cuelgo, no sin antes escuchar un gemido ahogado de su parte.

La tarde se anima bastante gracias a los grupos de estudiantes de la academia de idiomas que tenemos casi al lado. Me encanta ver y oír cómo interactúan entre ellas; (casi) todo son risas y fiestas cuando eres joven, y yo me contagio con su actitud. Sus charlas sobre estudios, padres, ropa y chicos nunca me son indiferentes, haciéndome añorar o alegrarme de haber dejado esa época atrás.

Tengo que decir que mi vida no siempre fue como ahora. Yo era la chica rarita que llevaba aparatos y gafas, y que se sentaba al fondo de la clase, la que prefería leer un buen libro que hablar de los chicos de la revista *Superpop*, la que pasaba las tardes con su abuelo en una heladería y casi no tenía ni una amiga, y por las noches se acostaba llorando... A los quince años, eso cambió. Y como sucedía en las películas de chicas de los 80 que tanto me gustaba ver, por fin me harté de que se metieran conmigo y ser una paria social. Cambié por completo.

Me quitaron los aparatos y me pusieron lentillas. Ya no me sentaba en la última fila, sino en la del medio, haciéndome notar poco a poco. Me seguía (y sigue) encantando leer, pero lo hacía en mi casa. Llené mi carpeta de clase con fotos de Brad Pitt y de Johnny Depp, y me dejé llevar por la corriente. Ya no pasaba todas las tardes con mi querido abuelo, me apunté en diversas actividades extraescolares.

De buenas a primeras me volví popular, y me encantaba. Las chicas me imitaban, y lo chicos babeaban a mi paso... creo que para esto último tuvo mucho que ver el que,

por fin, se me desarrollaran los pechos. Bueno, me daba igual los porqués, los chicos empezaron a fijarse en mí, y eso era lo único importante... Y yo, como cualquier otra adolescente ávida de aceptación, me dejé querer.

Estoy tan metida en mis pensamientos que casi (he dicho casi) se me pasa la entrada al local de uno de los hombres más guapos que he visto. Alto y macizo, rubio casi blanco en contraste con su brillante piel morena. No le veo los ojos porque lleva puestas unas gafas de sol, ni tampoco su sonrisa (ya que no sonrío), pero estoy segura de que ambos serán magníficos. Me recuerda a un jugoso y brillante limón. Refrescante y, sobre todo, un nuevo sabor que paladear.

¿He dicho ya que, al igual que mi abuelo, yo también comparo las cosas con los sabores? Pero en vez hacerlo con los días, lo hago con los hombres... He probado un poco de todo. Mi chico menta, Rafa, un profesor de filosofía muy intenso. Naranja, *Kirk*, mi *highlander*, verlo era como el amanecer, con todos sus tonos anaranjados y rojizos... fue un verano maravilloso. Vainilla, como Arturo, un hombre de cuarenta y tres años, familiar y seguro.

No todos mis sabores han sido buenos. Está mi tomate, Francisco. Solo decir que cuando me visitaba mi amiga la de rojo, se entusiasmaba... arrgg. Solo lo vi durante un mes. El chico moka, Daniel, serio, aburrido, adorador de pies y de ponerse mis zapatos... Podría seguir y seguir, mi vida sexual ha sido muy prolífera. Pero prefiero concentrarme en este chico limón que camina hacia mí.

Me arreglo el pelo disimuladamente y me apoyo en el mostrador, dejándole ver un poco de escote. Solo un poco, dándole una muestra de lo que tendrá si se porta bien. Dejo que mis ojos paseen por su cuerpo de abajo arriba, en un descarado escáner visual. Cuando al fin llego a su cara, maldigo el que tenga las gafas puestas, mataría por ver su expresión, sus ojos dilatados al verme.

Me imagino en su mente: una chica morena y exuberante, con una mirada que promete diversión de la buena, y una boca que rogaría por tener en cualquier parte de su cuerpo... Se detiene justo delante, y yo me preparo para que me rieguen los oídos.

—Si ya terminaste el examen, me gustaría hablar con el propietario —anuncia limón.

—¿Eh? —acierto a farfullar sorprendida y rezando por no estar con la boca abierta como una boba.

—Lo siento —me dice—. No me había dado cuenta que detrás de esta pose de

devora hombres eras, además, un poco cortita. Te he dicho que quiero hablar con el dueño. Si puede ser, hoy.

¿Cómo dice? Este tío es tonto... y yo lo llamé refrescante. Un limón agrio, eso es lo que es.

—Mira, guapo, no sé quién eres ni de dónde coño has salido, pero de lo que sí estoy segura es de que a la dueña —declaro enfatizando el femenino de la palabra— no se le pierde nada hablando con un impresentable y maleducado como tú.

—Por suerte para mí, lo que tú sepas o no, no me interesa. Quiero hablar con la propietaria, no seguir perdiendo el tiempo contigo.

Nos dedicamos a retornos con la mirada durante un instante. Por lo menos eso es lo que hago yo, ya que a él, al llevar puestas las dichas gafas de espejo, no se le ven los ojos.

—¿Cómo tengo que anunciar al señor ante la ama? —le pregunto sarcástica al ver que no ha pillado mi «no eres bienvenido, así que... ¡lárgate!».

—Dile que vengo con las muestras de la *pasticceria Dolce Sapore* —pide en un perfecto italiano—, me está esperando.

Ahora que no estoy cegada por la lujuria puedo ver que lleva colgado al hombro una especie de contenedor, tipo nevera de playa. Me acerco a la puerta de la cocina y le digo a Sandra:

—Señora —Sandra me mira asombrada al oír que la llamo por un nuevo título—, el repartidor de la pastelería ha llegado.

Le guiño un ojo y articulo, sin emitir sonido, esperando que me lea los labios:

—Sígueme la corriente.

El revoltijo que es su cabeza se asoma por entre las puertas.

—Puedes pasar —le dice al limón, y vuelve meterse dentro.

El señor en cuestión me sonríe descaradamente al escucharla.

—Sabía que para encontrar un poco de eficiencia, solo tenía que tratar con la jefa —murmura al pasar por mi lado.

—¡Netta, ven tú también! —Se oye de fondo la voz de Sandra.

—Sí —murmuro con una media sonrisa—. La jefa es muy eficiente.

2 Abuelo.

3 Dulce típico de Sicilia.

4 Tarta italiana.

5 Pastelería Dulce sabor.

Al entrar al amplio espacio que dedicamos mayormente al frío, se quita las gafas. No puedo ver el color de sus ojos porque no dirige la mirada hacia mí ni una vez. Su atención enfocada en la *jefa*.

—Hola. Soy Cosimo Olivetti —se presenta, tendiéndole la mano de manera formal.

—Soy Sandra —le responde mi amiga. Señalando a su espalda, dice—: Y esta es Netta, mi ayudante.

El señor agrio parece que se niega a considerar mi presencia. No se vira o hace el ademán de tenderme la mano, solo un breve gesto con la cabeza en señal de reconocimiento.

—Siento llegar tarde, pero hoy no hemos dado abasto. Parece que a todo el mundo le apetecía algo dulce hoy —se disculpa—. He estado a punto de no venir, pero Óscar insistió en que son muy buenos clientes, que nunca nos han fallado y que saben apreciar lo bueno.

Hace una pausa, creo yo, para que asimilemos sus palabras un tanto pelotilleras, «no es el rencor el que me impulsa a pensar esto...».

—Como Óscar está de día libre, he tenido que trabajar sin parar para poder abastecer a todos los locales a los que servimos y hacer los repartos, y aun así, he descuidado un poco el mío —explica—. Mis otros clientes se tendrán que conformar con lo de siempre, pero para ti he traído algo nuevo. Eres la primera que lo probará, espero que te guste.

—Mmm. Cosimo, ¿verdad? —interroga Sandra pasando por alto su anterior explicación—. Hace mucho que trabajamos juntos, ¿cómo es que no nos habíamos conocido?

—La verdad es que no me gusta mucho la parte social del negocio. Eso se lo dejamos a Óscar, que es el que posee el don de la palabra... —explica—. Gracias a él, hemos aumentado nuestros encargos. Me temo que si fuera por mi hermana o por mí, seguiríamos centrados solo en nuestro pequeño negocio. Me va más la harina que la gente...

—Se nota —murmuro a sus espaldas.

Me doy cuenta de que me ha oído porque tensa la espalda. Mejor, a ver quién es el que se incomoda ahora.

—Bueno —carraspea—, tenía entendido que el negocio lo llevaba tu hermano y que tú trabajabas por fuera, creía que iba a tratar con él.

Sin poder evitarlo, suelto una pequeña carcajada. Aunque a mi hermano Marco siempre le gustó estar aquí conmigo, su gran pasión es la fotografía. Viajar por el mundo haciendo lo que más le complace: sacar fotos de paisajes... y, de paso, conocer los paisajes privados de toda mujer que se encuentre.

—No. Me parece que lo entendiste mal. El negocio lo heredé yo sola. Marco es fotógrafo —contesta seria—. ¿Tienes algún problema con eso?

—No, ni mucho menos. Solo estoy sorprendido.

Observo como saca unos pequeños contenedores de su nevera portátil y los coloca en paralelo sobre la encimera. Solo cuando ha alineado los seis perfectamente, se dedica a abrirlos, dejando las tapas en igual orden.

Sabrosos olores invaden mi nariz, provocando que mi boca segregue más saliva de lo normal... Tengo que esforzarme en contenerme, estoy a punto de abalanzarme sobre esos deliciosos postres.

—Esto no es precisamente pastelería clásica italiana —explica, para después añadir con timidez—: Son creaciones totalmente mías, espero que no te importe.

Sandra me mira con disimulo buscando mi aprobación. Doy un breve asentimiento con la cabeza afirmando que sí.

—No, en absoluto —aprueba mi amiga—. Pero si no te importa, mi catadora oficial es Netta. Si a ella le gusta, será un éxito. Nunca falla.

Me adelanto con una sonrisa y me posiciono al lado de Sandra. Sin prestarle atención al hombre que tengo en frente, observo el interior de los recipientes. Rojo, rosa, amarillo, naranja, blanco... un arcoíris se extiende ante mí. Mis ojos se pasean ansiosos de los dulces al hombre parado en frente, que de repente se ha vuelto imposible de ignorar, esperando que me dé el visto bueno para abalanzarme.

«¿Cómo una persona tan sosa puede crear estas maravillas?», pienso confusa.

Algo en mi cara ha debido delatar lo ansiosa que me encuentro por probar estos dulces porque Cosimo señala con su dedo índice al primero y me explica lo que contiene. De todo lo que me dice, yo solo oigo: bla, bla, blá, chocolate blanco, bla, bla, blá, naranja... «¡Termina ya, joder!».

Cuando acaba su nerviosa diatriba, corto un pedacito y me lo introduzco en la boca sin apartar la mirada de sus ojos verdes (¡por fin se los he visto!). Al sentir el sabor cítrico pero dulce, un gemido de dicha se escapa de entre mis labios al mismo tiempo que mis ojos se cierran en éxtasis, como queriendo disfrutar de este placer en solitario. Al abrirlos y salir del mundo del sabor en el que me perdí durante un momento, lo primero que veo es a Cosimo, que tiene las mejillas sonrojadas y las pupilas dilatadas mientras me observa casi sin parpadear.

Paseo mi lengua por mis labios. Lo hago despacio, recreándome... saboreando hasta la última gota del manjar que acabo de degustar. Es un gesto seductor, y más cuando el hombre que tengo en frente me observa con una mirada hambrienta al mismo tiempo que parece inclinarse poco a poco hacia mí.

—Por lo que veo, te ha gustado —declara una de repente divertida Sandra.

Cosimo y yo parpadeamos, alejándonos de lo que acaba de pasar, «sea lo que sea».

—Sí. Está muy bueno —afirmo.

—Gracias —dice Cosimo en tono seco.

El señor agrio ha vuelto, no es que se hubiese ido nunca... Adopto una pose profesional y acabo de probar todo lo demás, reprimiendo, cada vez que tomo algo nuevo, los gemidos de placer que luchan por salir de mis labios.

Al oír la campana de la entrada, tras reiterar a Sandra que todo está exquisito, huyo de la cocina lo más rápido que puedo. Ella conoce el negocio y lo hará bien.

«¿Qué ha pasado ahí dentro?». Recuerdo esos ojos verdes y mi corazón corre un *sprint* instantáneo. Mis pezones se aprietan y mi sexo se contrae. «No le des más vueltas de las necesarias. Estas cachonda, eso es todo. Hace un mes que no estás con nadie y tu cuerpo reclama atención y acción...». Razono conmigo misma mientras atiendo a una pareja.

Noto aire a mi espalda al mismo tiempo que Sandra se para mi lado. Cosimo pasa de largo murmurando un «hasta luego» y sale por la puerta del local, deteniéndose a dedicarme una última mirada desde detrás de sus gafas, para irse calle abajo con paso rápido.

—¿Desde cuándo le haces el amor a la comida? —pregunta una alegre Sandra—. Solo te faltó acariciarte los pechos mientras comías... ya sabes, tipo *pele* porno gastronómica.

—No pude contenerme. Estaba buenísimo.

—¿El postre o Cosimo?

—Los dos, pero en este caso, me refiero al postre —digo—. El señor antipático no me interesa, gracias.

Le cuento lo de su entrada triunfal y de cómo me trató.

—Es una pena —dice Sandra—. Es un chico muy guapo, y me resultó agradable.

—El señor limón agrio no es mi tipo. Prefiero sabores más frescos —reitero, ya que sabe de mis símiles entre los hombres y la comida.

—Pues es una lástima. Cualquier limón, incluso el agrio, al final siempre deja una sensación refrescante en la garganta.

—Ya sabes lo fea que me pongo cada vez que chupo uno, así que optaré por la limonada. Es igual de refrescante, pero la acidez queda reducida por su dulzor.

Pone los ojos en blanco, dándome por perdida.

—¿Quién sabe? —le digo—, a lo mejor encuentro otro sabor esta noche. Uno moreno, atlético y con mucha resistencia en la cama.

Por la noche, sentadas en un apartado de nuestro pub favorito mientras el alcohol hace su efecto, no dejo de darle vueltas a mi cabeza, tantas, que incluso creo que me podría estallar. Necesito buscar una distracción. Un hombre. Sexo.

Sí. Eso es lo que me hace falta: sexo sudoroso y sin compromiso. Tal vez, mientras me dejo llevar por la pasión, logre borrar de mi mente la imagen de un dios rubio de la repostería. Un capullo, sí, pero uno de los tíos más calientes que he visto en mi vida. Un hombre que no solo pasó de mí, sino que también me desdeñó... No voy a permitir que mi enfrentamiento con este hombre mine mi confianza, no voy a dejar que el señor arisco pueda conmigo. ¡Soy sexi, joder! Puede que él no lo haya notado a primera vista, pero sí que lo hizo después...

Mi malvada y alcoholizada mente comienza a maquinarse, los engranajes rodando para crear una idea descabellada: Voy a convertir a Cosimo Olivetti en mi reto personal, puede que tenga que estar comiendo cosas deliciosas siempre que lo vea..., pero nada es demasiado cuando mi orgullo está en juego. Tengo que definir los detalles de mi maquiavélico plan, aunque el final ya esté claro en mi cabeza: Seducirlo para después pasar de él. Simple, pero efectivo a la par que cruel. Mientras me tomo mi última copa (mañana hay que madrugar), pienso: «Cosimo, no sabes lo

que se te viene encima...».

Correr con resaca es lo peor. Cada paso que me obligo a dar es una tortura para mi cansado y resacoso cuerpo. ¡Ojalá no hubiera salido anoche! No sé por qué lo hice... ¡Ah!, ya lo recuerdo: para animar a mi amiga, buscar un ligue y olvidarme de un limón.

Al final, mi amiga se animó, pero no gracias a mí y a mi pésimo humor, sino a un moreno espectacular... Yo no ligué. No por falta de oportunidades (de esas tuve muchas), sino por inapetencia. Los chicos que se atrevían a acercarse salían huyendo al notar mi pésimo humor.

No solo no conseguí olvidarme del chico-fruta, sino que acabé ideando un plan de venganza en su contra... Por supuesto, ahora que las copas y la depresión me han abandonado, me doy cuenta de lo estúpida que fui dándole más importancia a esa persona que la que realmente tiene... Me despreció, ¿y qué? Pero tengo que reconocer que me impactó que lo hiciera, será que no estoy acostumbrada...

Tras terminar *Demons*, de Imagine Dragons, me ajusto los auriculares en las orejas y acelero el ritmo. Acaba de empezar a oírse *Dangerous love*, de Fuse ODG ft Sear Paul, y esa canción siempre consigue levantarme la moral.

She kill it with that dance and she murder with waist.

Everybody watching when she turn up in the place...⁶

Una inyección de adrenalina para mis venas, corro como nunca lo he hecho. Me olvido de todo, excepto de la canción que estoy escuchando y de respirar correctamente. Este tema me recuerda algo que Cosimo casi logra que olvide: soy esa chica a la que todos miran al llegar..., por mucho que él no lo quiera admitir.

Llego a mi amada heladería y me encuentro a mi querida amiga sentada en la puerta de entrada. Levanta la cabeza al notar mis pies justo delante de su cara.

—No me juzgues, no he pasado por mi casa. Y las llaves las tengo allí.

—No iba a decir nada —le replico—. Aunque espero que te hayas duchado, a saber las cosas pegajosas que tendrás en las manos... Como vengan los de sanidad, me cierran el negocio.

—Eres muy simpática, amiga. Te recuerdo que has estado en mi lugar... Y, sí, me he duchado, pero no llevo bragas. Con suerte, espero que dentro de ese bolso de

Mary Poppins que siempre arrastras tengas unas de más.

Le doy una patada (amistosa) para que se aparte de la puerta y le lanzo mi bolso al regazo para abrir cómodamente.

—No te metas con mi alforja mágica, su contenido nos ha salvado muchas veces —le digo picada—. Busca las bragas y, de paso, coge el cepillo de dientes. Te canta el aliento.

—Mentirosa. Mi aliento es fresco y mentolado... Perdona, no me acordaba que eres muy sensible con el tema de tu bolso-mochila de acampada... —dice, riéndose. No puedo evitarlo y le doy en la cabeza—. Vale, vale. Pero reconoce que no es normal...

—Cállate ya con el dichoso bolso de los cojones y empieza a contarme algo más interesante. Como, por ejemplo, tu noche.

—Me temo que no tengo nada interesante que contar. Me fui con el típico tío bueno que se piensa que solo por ser guapo, su cuerpo merece ser adorado y dejar a su pareja de la noche, o sea a mí, todo el trabajo pesado... Lo cabalgué durante un rato, tuve un orgasmo pensando en otra persona, se corrió, y me quedé dormida. Me desperté, me duché tratando de no hacer ruido y me fui cagando leches, temiendo que se despertara e insistiera en otra ronda. Fin.

—Mujer, eres la peor contando historias. Necesito detalles jugosos: si desnudo era tan espectacular como vestido, si besaba bien, el tamaño de su pene... la finalidad de esta conversación es alegrarme la mañana, no deprimirme.

—Vale, te contesto: le faltaba culo, besaba bien, aunque los he tenido mejores, la tenía larga y un poco curva... ¿He satisfecho tu curiosidad?

—Te doy por perdida... Los documentales soporíferos de La 2 son mucho más entretenidos que tú —sentencio—. Que sepas que hoy me caes mal.

Empiezo a encender luces y máquinas mientras Sandra se pone su ropa interior prestada por debajo de su corta falda.

—¿En quién pensaste? —la interrogo.

—¿En quién pensé... cuándo? ¿De qué estás hablando?

—No te hagas la loca. Sabes bien qué te estoy preguntando. Pero te lo repetiré para que no haya ninguna duda: ¿En quién pensaste para poder correrte?

Noto que se pone roja. No se había dado cuenta de su pequeño desliz.

—En el maravilloso y morboso vampiro de *True Blood*, Eric —responde,

pasándose las manos por el cuerpo—. No me importaría que me chupara la sangre y todo lo que quisiera... Solo con imaginar sus colmillos sobre o dentro mi piel, estoy lista para un orgasmo.

—Amén a eso, hermana —digo, levantando la mano para chocársela—. Aunque si hablamos de actores... mi nuevo sueño imposible es hacerme un trío con los jóvenes Paul Newman y Robert Redford... Me gustan los clásicos, y mucho más si vienen envueltos en esos cuerpos de infarto.

—Si la cosa va de tríos, me pido a Ryan Gosling y a Michael Fassbender. Mientras uno me construye una casa con sus propias manos, el otro me puede imantar todo el cuerpo... Me gustan los hombres manuales.

—¡Ay, chica! Estás fatal. Nadie diría que has follado ayer... —logro articular entre risas—. Si tuviera que hacerme un trío con otra chica, que sobra decir que por supuesto esa chica afortunada serías tú... el tercero en discordia no podría ser otro que el único e inimitable...

—¡Johnny Deep! —gritamos las dos a la vez.

No falla. Nada une más a dos mujeres que su mutuo amor por el querido y vapuleado *Eduardo Manostijeras*. Si Johnny no te enamoró en esta *pelí*, no eres una verdadera fan.

Entre cotilleos sobre hombres y otras cositas, casi nos alcanza la hora de abrir. Me tomo mi acostumbrado tiempo, mientras espero a que Óscar llegue como cada mañana con nuestro pedido habitual, sentada en el viejo sillón.

Como siempre que lo hago, los recuerdos invaden mi mente. Por suerte para mí, rememoro una nítida escena con mi abuelo:

—Algún día, todo esto será tuyo, Simonetta. Siento tus ganas de aprender, tus ansias de conocimiento..., pero aún eres joven. Tienes que centrarte en crecer y hacer lo que hacen las niñas de tu edad —dice con dulzura—. Por mucho que me guste, no puedes pasarte todo el tiempo con un viejo como yo.

—¿Por qué no, abuelo? —le pregunto con un hilo de voz—. No crees que sea lo bastante buena, ¿verdad? Me esfuerzo. Te juro que me esfuerzo muchísimo.

—Ya lo sé, Fragola⁷. Noto cómo te esfuerzas por mejorar... Solo tienes trece años, ya conoces todas mis recetas y me ayudas con los nuevos sabores. Eres la ayudante perfecta, la nieta perfecta... No tienes que trabajar tan duro para tratar

de convencerme. No lo necesitas. —Me abraza con fuerza—. No tienes que demostrarle nada a nadie. Limitate a disfrutar, no a preocuparte por todo lo que pasa a tu alrededor... Mirame, tengo setenta y ocho años y estoy como una rosa. Y todo eso porque disfruto lo que hago, tuve una mujer a la que amaba con todo el corazón y tengo una familia que me quiere. ¿Qué más puedo pedirle a la vida?

Lo miro fijamente, sin entender.

—Por eso me esfuerzo tanto, abuelo. Para hacerte feliz. ¿No quieres que siga viniendo? —lo interrogo con temor a que me conteste afirmativamente.

—Simonetta, me encanta que estés aquí conmigo. Pero tienes que hacerlo solo porque te gusta, no para buscar mi aprobación —me dice—. La felicidad no se encuentra complaciendo a los demás, sino en sentirte a gusto contigo mismo. La felicidad se halla cuando estás con alguien y no te hace falta esforzarte para hacerlo feliz o para que te haga feliz a ti. Algún día lo entenderás. Por ahora, solo limitate a crecer sin preocupaciones. Quiérete a ti misma. Lo demás vendrá con el tiempo.

La campana de la puerta hace que me sacuda el entumecimiento que me embarga. No recordaba esta conversación, y aunque me alegro, me ha dejado un poco confusa. Mi abuelo siempre insistía mucho en que fuera feliz, pero esta conversación en concreto no entiendo a qué se debía.

Me levanto esperando encontrar al alegre caramelito de Óscar, pero para mí, «sorpresa», pesar, me encuentro con el señor amargo. Cosimo.

—Buenos días —dice al verme—. Traigo el pedido de hoy.

—Buenos días —le contesto a mi vez. No puedo evitarlo y le doy un repaso de arriba abajo. Lo hago para incomodarlo, sin embargo, también porque me apetece... es un cretino, sí. Pero uno muy guapo—. Puedes dejarlo encima de cualquier mesa, yo lo entraré ahora.

—No. Pesa mucho, y no quiero que te lastimes la espalda. Indícame por dónde, y yo mismo lo entraré.

Alguien se ha despertado de buen humor hoy... Y yo no voy a ser la boba en desaprovecharlo.

—Si insistes... sígueme —le pido mientras ando a través de las mesas hacia la

parte trasera—. Puedes dejarlo encima de la encimera. A partir de ahí nos haremos cargo nosotras; tenemos que ver las existencias y después catalogar el orden de venta del producto.

—Creía que simplemente se limitaban a llenar los expositores.

—No es tan sencillo. Hemos comprobado que según la hora, se venden unos más que otros. Así que reservamos en nuestras cámaras frigoríficas lo que normalmente se consume más en horario de tarde —le explico—. De esta forma, nos cuidamos de que el producto no sufra, y a la hora de la merienda se consumen como si se acabaran de hacer... Nos tomamos muy en serio el agradar al cliente.

—No me esperaba que lo tuvieran todo tan estudiado —dice mientras coloca las bandejas.

—Si quieres minimizar las pérdidas de un negocio, hay que saber cosas como estas. No todo es tan fácil como parece. —Empiezo a cotejar que el interior concuerde con la factura—. Tú posees un negocio, deberías saberlo.

Noto como me observa mientras hago las comprobaciones.

—Te tomas muy en serio tu trabajo, ¿verdad? —pregunta.

—Por supuesto. Este negocio es mi pasión, no me imagino haciendo otra cosa... Puede sonar cursi, pero si me quitas esto, me quitas un pedazo de mí.

—Te comprendo, a mí me pasa lo mismo con la pastelería... Por cierto, soy Cosimo —comenta, tendiéndome la mano.

Le devuelvo el saludo y le digo:

—Yo soy Netta y, aunque parece que tú sí, yo no he olvidado tu actitud despectiva de ayer.

Lo noto ruborizarse y sonrío... Punto para mí.

6 Ella mata con ese baile y asesina con la cintura. Todo el mundo la mira cuando aparece en el lugar.

7 Fresa.

—Te pido perdón por ello —se disculpa—. No tenía un buen día y lo pagué contigo.

—No sé, no sé... Fuiste un capullo, pero cocinas de miedo, de modo que estoy tentada a perdonarte. Vas a tener que hacer algo para convencerme —le digo, embozando un sonrisa ladeada.

Noto al instante su cambio de actitud. Entorna sus ojos verdes y cierra la boca en una dura línea.

—Realmente eres una niña malcriada, ¿verdad? —me reprocha—. Ya te he pedido disculpas, en tu mano está aceptarlas o no... No tengo por qué convencerte de nada.

—Eres un egocéntrico. ¿Qué pensabas, que te estaba pidiendo un revolcón? —Veo como levanta una ceja—. Primero de todo, eres un cerdo. Segundo, ¿me has visto bien? —digo, señalando mi cuerpo—. No me hace falta ir pidiendo polvos de caridad a todo aquel que se me cruce... Me refería a que me podrías invitar alguna cosa rica, y no me refiero a tu polla, sino a tus dulces... ¡Por Dios! Que mal pensado que eres, chico.

—No puedes negar que la forma con la que me miraste ayer era toda una invitación. Y por si acaso se te ocurra hacer algo parecido: no me interesa.

—¿Por qué tendría que hacerlo? Vi a un guapo desconocido y le sonreí. Perdón si mi mirada te ofendió. Si llego a saber que eras tan puritano, directamente te habría dado la espalda... No. Mejor no. Con lo mal pensado que eres, seguro que habrías creído que era una invitación a sexo anal...

Me mira horrorizado.

—¿Qué pasa? —pregunto al ver como retuerce la cabeza incómodo—. Estás escandalizado... nunca lo habría imaginado. ¡Ah! Y que sepas que esa invitación caducó el mismo día, más bien lo hizo desde el primer momento en que abriste tu boca para insultarme.

Respiro profundamente en un intento por tranquilizarme.

—¿Dónde está Óscar?

—¿Dónde está Sandra? —me devuelve—. Preferiría hablar de temas relacionados con el trabajo con ella. Será menos incómodo.

—¿Podrías, por favor, contestar a la simple pregunta que te acabo de formular? Resulta que Óscar es un buen amigo y estoy preocupada por él. No es normal no tenerlo aquí a primera hora.

Aún estoy esperando a que me conteste cuando de entre las puertas de estilo *Saloon* del viejo oeste sale mi pelirroja amiga.

—Buenos días, Cosimo —saluda—. De no haberte visto nunca, a que nos honres con tu presencia dos veces en dos días. Me tienes asombrada.

—Sandra, por favor, ¿puedes preguntarle al señor si Óscar se encuentra bien? A mí se niega a responderme, parece que no quiere saber nada de la prole...

—Eso no es verdad, te fui a contestar cuando salió Sandra. Pensé que era más educado saludarla y después responder a tu pregunta —se defiende Cosimo.

—Es verdad, ¿y Óscar? No es por ofenderte, pero preferimos que venga él. Nos conoce y nunca ha habido ningún conflicto entre nosotros.

«Esa es mi amiga... defendiéndome hasta el final».

Cosimo pasa el peso de su cuerpo de un pie a otro, en un gesto nervioso, mientras que se rasca la piel de debajo de la barbilla.

—Mmm, no te preocupes, diré lo que he venido a decir y luego me iré, podemos seguir como hasta ahora. Ustedes seguirán tratando con Óscar, y yo, a lo mío, será lo mejor —dice—. ¿Podemos sentarnos?

Sandra le señala la mesa más próxima. Cosimo la sigue y se sienta, yo me quedo de pie al lado de ella.

Tengo que darle crédito a este hombre, si le ha parecido extraño que una simple empleada esté delante en asuntos de negocios, no lo ha dado a demostrar. Parece que ha aprendido que está más guapo con la boca cerrada...

—Sandra, no sé si sabes que nuestros locales están situados casi en una punta distinta de la ciudad —comenta—, por eso me gustaría proponerte algo: ¿qué te parece si me proporcionas los helados para mi negocio?

—Nosotros no fabricamos para nadie más —no puedo evitar decir de forma cortante.

Cosimo me mira fijamente y después retoma su discurso.

—Sé que nunca lo han hecho, pero quiero reformar el carácter del negocio. Nosotros solamente damos servicio de recogida, me refiero a que los clientes no se pueden sentar allí a comer lo que compran... quiero cambiarlo. Pero para eso tengo

que ampliar la carta, y los helados son parte de ella —explica—. No quiero perder la parte italiana y casera del negocio introduciendo productos que no están hechos de la forma tradicional, así que pensé en ti para hacerlo. —Hace una pausa para observar la expresión de Sandra—. Nuestros negocios, al estar tan separados el uno del otro, no se harían competencia... —razona en un último intento por convencerla.

—No sé qué decir... —comenta Sandra, buscándome con los ojos.

—Por lo menos, piénsatelo —pide Cosimo.

Pero yo ya lo he pensado, parece todo muy bonito, pero no creo que estemos preparadas para ello.

—No has pensado en todos los puntos importantes —le digo—. Nosotras dos estamos solas y no tenemos ni un vehículo ni nadie para que haga el transporte o nos ayude en la elaboración dependiendo del volumen del pedido, sobre todo en las épocas en la que haya mucho calor... No podremos servirte si no nos das una lista con lo que quieres con al menos dos semanas de antelación para poder pedir existencias, y no sé si tendrás cámaras frigoríficas donde guardar el producto durante tanto tiempo; los helados, al ser hechos de manera artesanal, no tienen conservantes artificiales; dependiendo del sabor, tienen que hacerse nuevo todos los días... y si no dispones de cámaras especiales con la temperatura adecuada, el producto se estropeará.

Cosimo me mira con el asombro dibujado en su cara.

—Mándame un informe con lo que estimas que puede ser tu pedido inicial, y si puedes resolver todo lo demás, hablaremos en serio.

Él pobre hombre pasea la mirada de Sandra a mí, confundido.

—Y, Cosimo, un consejo... cuando quieras hacer negocios con alguien, ya que parece que no puedes ser agradable durante más de diez minutos, por lo menos interésate por quién es el dueño y muéstrate educado con él. Te abrirán muchas más puertas.

Me dispongo a darme la vuelta e irme haciendo una salida triunfal, pero recuerdo que aún no me ha contestado a mi anterior pregunta.

—Ahora, ¿podrías decirme donde está Óscar? No te mentía cuando dije que estaba preocupada.

Parpadea durante un segundo antes de responder.

—Vendrá después, no sabe que estoy aquí. No quería que se enterara de mi proposición y se lo contara a mi hermana si me decían que no. Es muy susceptible y

tenía mucha fe en esta asociación, no quería que se desilusionara.

Lo veo tan desmoronado que me da hasta pena.

—No te he dicho que no... todavía. Solo mándame un proyecto a ver si realmente es viable —digo—. Solo somos dos para todo y no pienso renunciar a mi tiempo libre si no me hace falta el dinero. No nado en la abundancia, pero vivo bien. Puedo permitirme no abrir los lunes durante todo el día ni los martes por la mañana, pero aun y todo vengo algunas veces a reponer o a experimentar con nuevos sabores... Si veo que por servirte a ti, tengo que sacrificar mi tiempo de ocio, con todo el dolor de mi alma, tendré que rechazar la propuesta.

Asiente y se levanta de la silla. Se acerca a mí, y veo algo en su mirada que me hace dar un paso hacia atrás: respeto. No me lo esperaba y aunque puedo sonar desconfiada, no me lo creo mucho.

—No sé ni cómo no me di cuenta de que tú eras la dueña... incluso Óscar me lleva todas las semanas una terrina de mi helado favorito: *fresa Simonetta*... Me habéis engañado bien. Sobre todo tú. ¿Eres más que una pose provocadora y una sonrisa irreverente, verdad?

Lo veo negar con la cabeza

—Realmente me has sorprendido... Simonetta.

—Veo que el ser la dueña me ha cambiado ante tus ojos, ¡qué pena que no me haya pasado lo mismo! Para mí sigues siendo una persona amargada, un creído y un mojigato.

—El que seas la dueña no ha cambiado mi percepción de ti, siento decirte que aunque no te conozco lo suficiente, no me gustas como persona —dice muy serio—. Pero en un momento, con solo unas frases, me has demostrado que sabes del negocio y que te preocupas por él. Respeto tu determinación y que el hecho de que no nos llevemos bien no te haya impedido escuchar mi propuesta e incluso darme una oportunidad de cooperación empresarial...

Vale, no le gusto como persona, pero le gusta mi cerebro. ¿Ha dicho eso, no? Puedo soportar el no caerle en gracia, más que nada porque él tampoco es santo de mi devoción..., pero me agrada que se haya dado cuenta de que no soy solo un rostro, «y un cuerpo», bonito, «espectacular, más bien...», sino que también tengo ojo para los negocios.

—Si no tienes más que decir, tengo que volver al trabajo —le digo a modo de

despedida.

—Ok. Yo también debería irme, mi hermana tiene que estar como loca pensando en que la he dejado sola. —Parece que va a levantar la mano para estrechármela, pero la mete en el bolsillo delantero del pantalón—. Si me das una dirección de correo electrónico, te enviaré hoy mismo mi propuesta.

—Lamento decirte que por ahora no tengo disponible el de la tienda. Ya iremos avisando a nuestros proveedores del cambio. Estamos esperando a que nos hagan uno nuevo junto con nuestra nueva página web... —No sé por qué le doy tantas explicaciones—. Te puedo dar el mío si quieres...

—De acuerdo, me parece bien.

—*fresasimonetta@gmail.com*, escrito todo junto —le dicto—. Si quieres, te presto un *boli* para que puedas apuntarlo.

—No te preocupes, creo que lo recordaré —dice con una sonrisa ladeada.

Lo acompaño hasta la puerta.

—No te puedo asegurar que acepte, Cosimo. No es nada personal.

—Lo entiendo, pero conseguiré que lo hagas... —comenta al salir por la puerta—. Estaremos en contacto, Simonetta.

Al cerrar la puerta tras su salida, no me siento muy satisfecha conmigo misma. Romper (o casi) las ilusiones de los demás nunca me ha gustado. Respeto su iniciativa al preguntar, por querer mejorar su negocio..., pero no le voy a dar una respuesta afirmativa dejándome llevar por la lástima. Además, no somos la única heladería de la ciudad, saldrá adelante.

Soy una empresaria y, como tal, tengo que ser práctica y tomar una decisión con las cifras delante. Ahora mismo no puedo permitirme contratar a nadie más... «Y me temo que a no ser que me toque la lotería, no podré hacerlo en mucho tiempo».

—¿Me he equivocado rechazándolo tan pronto? No sé... a lo mejor al negocio le vendría bien una pequeña expansión.

—No te preocupes, jefa —me tranquiliza Sandra—. Le has expuesto de manera clara y sencilla todos los puntos por los que no es posible, sin embargo, le has dejado una puerta abierta. Ahora todo depende de él, o de ellos, desconozco si la hermana tendrá algún voto en esta cuestión.

—Yo solo espero no haber perdido una gran oportunidad —le digo expresando mis dudas—. Todo lo que dijo es cierto. Se encuentran en la otra punta de la ciudad, así

que no habrá competencia, pero si a sus clientes les gustan nuestros productos, cuando se trasladen a esta zona, pueden venir a la heladería. Es muy difícil saltarse las costumbres, sobre todo las gastronómicas...

Me llevo las manos a la cabeza.

—¡Oh, no! He perdido a muchos posibles clientes... Lo peor de todo es que no puedo retractarme porque todos los motivos que le di eran ciertos —mi voz suena cargada de resignación.

—No te fustigues, Netta. Todo irá bien —me anima—. No pienses en lo que puede que hayas perdido, solo céntrate en lo bien que lo has estado haciendo hasta ahora. Has renovado con éxito el negocio, por dentro y por fuera, y todo ello sin perder la firma personal que dejó tu abuelo.

Gruño con desesperación, «¡odio ser tan insegura!».

—Odio ser tan insegura —repito, esta vez en alto—. Menos mal que te tengo a mi lado para apoyarme. Si no fuera por ti, estaría tirándome del pelo dejándome casi calva... y sospecho que el *look* teniente O'neil no me favorecería en nada... gracias —agrego con sinceridad. No sé qué sería de mí sin Sandra para apoyarme, casi cada noche me voy a la cama dando gracias por la gran amiga que he encontrado.

Seguimos a lo nuestro cuando, como si de un huracán se tratase, entra Óscar a la heladería.

—¡Hola a mis chicas preferidas! —saluda al pasar—. Les traigo su pedido, fresco y jugoso, como el repartidor...

—Menos lobos, caperucita —le contesto entre risas—. ¿Te quedaste dormido o qué? Estábamos preocupadas por ti. No llamas, no escribes, no nos mandas ninguna foto posando seductoramente... pensaba que nos habías abandonado —le digo mimosa.

—Que no, mamá, solo estuve ocupado. Nunca me olvidaría de ti —me dice mientras cruza la barra, dejando las bandejas encima, para abrazarme—, ni tampoco de ti —añade, repitiendo el cariñoso gesto con Sandra—. Tuve que quedarme en la *pasticceria*⁸ con Tazia. El hermano llamó diciendo que llegaría un poco más tarde, y no me siento cómodo dejándola sola.

—En el fondo eres todo un caballero. No me extrañaría nada verte aparecer un día llevando una armadura recién pulida... Caramelo, eres un buen hombre.

—No lo divulgues por ahí. Si siendo un caradura las mujeres ya hacen cola por mí,

imagínate la reacción si se enteraran de que, además de guapo y excelente en la cama, soy buena persona. No podría ni salir de mi casa. Las calles colapsadas, disturbios urbanos, mujeres semidesnudas peleándose por mí... En definitiva, el caos absoluto. Y en medio de este escenario, yo, sonriente y con un habano en la mano.

Sandra y yo nos doblamos por la cintura de la risa. Menudo es...

—¡Ay, Óscar! Eres un exagerado..., pero si odias el tabaco, por Dios —afirma Sandra—. Pero te echábamos de menos. Cuando tengas otro día libre, avisa con dos semanas de antelación, por favor.

—Eso, eso. Avisa —le repito—. Que ese día yo me ocupo de los dulces. En la tienda de la esquina venden unas palmeras de chocolate envasadas exquisitas. Haré lo que sea para no volver a ver al jefe taaan agradable que tienes. Por cierto, ¿la hermana también tiene un palo clavado en el culo o Cosimo es el único afortunado?

—¿Qué? —balbucea—. ¿Estás hablando de Cosimo, Cosimo Olivetti?

—De ese mismo. Espero que no existan dos como él.

—Pero si es muy simpático. Yo creía que se caerían bien al instante. Posee un sentido del humor muy negro que nunca falla en asombrarme.

—Pues a mí, solo me enseñó su lado oscuro —digo con ironía—. Y no hago referencia a *Dark Vader*, sino a su mala leche.

—El muy tonto se pensó que yo era la dueña y trató a Netta en plan «no hablo con sirvientes» —se entromete Sandra y añade, señalándome—: No sabes cómo me reí antes cuando le dejó claro no solo que la única dueña es ella, sino que sabe lo que se hace con su negocio. La cara de tonto que puso era para retratarla...

—Qué raro... normalmente es muy agradable.

Se toma un tiempo para reflexionar lo que acaba de escuchar.

—¿Estuvo esta mañana temprano por aquí? Ya me extrañaba que tuviera que traer tan pocos dulces hoy... —pregunta—. No comentó nada, pero llegó más contento de lo habitual. Yo imaginé que por fin había echado un polvo, pero ahora no sé qué pensar...

—Caramelito, te aseguro que de aquí no se fue feliz —afirmo—. A lo mejor lo hizo después de habernos privado de su grata compañía... No pierdas la esperanza.

—No sé... Entró por la puerta con una gran sonrisa en los labios. Tazia se alegró mucho porque hacía bastante tiempo que no lo veía de esa forma.

—No entiendo cómo un hombre tan agradable no sonríe todos los días... —deja

caer sarcásticamente Sandra.

—Hace dos años que no es el mismo —dice amargamente—. Veo que se esfuerza por ser el que era, pero cuando cree que no lo miramos, noto su tristeza.

—Cuéntanos todos los detalles —le pido, rezando para que no se note la curiosidad malsana que siento—. Te mueres por contárnoslo todo. No te reprimas. Es malo, te saldrán canas prematuras... Por cierto, no omitas los detalles escabrosos, son los mejores.

Noto que duda, así que le doy un último empujoncito.

—No saldrá de aquí, lo juro... lo juramos —añado, mirando a Sandra.

—Lo juro solemnemente —dice ella con la mano puesta sobre el corazón—. Además, la única persona a la que se lo contaría está presente.

—Todo esto me lo ha contado Tazia, y no se adentró mucho en el tema: estuvo con una chica durante un tiempo, incluso tenían planes de boda. Estaba súper enamorado, y cuando lo dejó para irse con otro que le podía dar un nivel de vida más alto..., lo hundió. Le dijo que no podía estar con un pastelero del tres al cuarto, que ella aspiraba a más.

—¡Qué zorra! —gritamos Sandra y yo a la vez.

—Lo peor de todo es que él vivía por y para ella. Solo tenía que expresar el mínimo interés por algo, y Cosimo trataba de conseguirlo como fuera... —cuenta—. Era la típica niña guapísima que se aprovechaba de ello siempre que podía. Casi lo deja en la ruina. Tazia piensa que lo dejó cuando se dio cuenta de que no le podía sacar nada más.

Me siento fatal por Cosimo. Aunque sea un capullo, no se merece que lo hayan tratado así de mal.

—Bueno, a lo mejor aún no está preparado para tratar con mujeres —digo disculpándolo—, tendremos que darle otra oportunidad.

Óscar nos dedica una gran sonrisa.

—Me viene de perlas que digas eso, porque esta no es solo una visita de negocios. Vengo a invitarlas a la fiesta de mi cumpleaños, y Cosimo estará allí.

—¿Fiesta? —pregunta una sonriente Sandra—. Qué poco nos conoces, Óscar... A nosotras nadie, ni siquiera el tieso de tu jefe, nos puede arruinar la diversión.

Alza la mano para chocarla con la mía.

—Danos todos los detalles, pero sobre todo, di que no será en un antro —le

ordeno.

—Por motivos laborales, se celebrará el próximo domingo en el pub *Diamond*. Picoteo y bebida gratis durante toda la noche —explica—. No os preocupéis pensando que como será un domingo, no habrá ambiente, porque todos mis amigos estarán allí. Así que, chicas, ese día poneos sexis y mentalizaos que hay que ir a darlo todo.

Acompaña su frase final con un movimiento de delante atrás de cadera.

—Lo siento, cariño, con ese balanceo no nos convences, más bien nos espantas... —digo entre risas—. Como regalo para ti, nos pondremos nuestra ropa más seductora e incluso te dejaré que me sobes un poco el culo...

—Y a mí. Todo por el cumpleaños —concuerta Sandra divertida.

—Bellezas, habéis conseguido que adore el cumplir años.

8 Pastelería.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —le pido a Óscar.

—¿Desde cuándo me pides permiso para eso o, ya que estamos, para cualquier otra cosa?

—¿Cosimo te ha comentado algo sobre su intención de ampliar el negocio? —lo interrogo—. ¿Sabes si le ha preguntado a alguna otra heladería?

—Cosimo no habla mucho de negocios. Pero sé que su intención era ampliar... No estoy seguro si le ha preguntado a otro establecimiento, sobre todo sin tener una contestación de tu parte —dice—. Además, es un enamorado de tus helados, bueno, de los de tu abuelo. Su madre los traía a Tazia y a él todos los domingos.

—Me lo temía...

Me siento peor que antes. Conoció a mi abuelo, eso quiere decir que parte de su infancia tiene sabor a helado italiano. Mi abuelo era un hombre encantador, al que los niños se le daban de fábula. No era raro ver un domingo la heladería llena a rebosar de críos pidiendo al señor Copano una de sus historias sobre gánster italianos (todas inventadas, por supuesto) que los dejaban durante horas sentados a su alrededor atentos a cada giro de su narración. Ahora que lo pienso, tal vez Cosimo y yo coincidimos algún día... «¿Qué harías tú, abuelo?».

—¿Por qué te crees que aun teniendo una heladería a la vuelta de la esquina, sigue pidiéndome que le traiga litros y litros de aquí? —Como mete el dedo en la llaga el puñetero...—. Me extraña que no se haya empachado con todo lo que consume diariamente. Incluso hacía colección de tarrinas... es un *freaky* de cuidado.

Espero, para beneficio de mi frágil estabilidad mental, que me ofrezca alguna alternativa viable porque me siento tan mal que estoy a punto de hacerle las entregas en bicicleta...

—Gracias por aclarar mis dudas —digo amargamente.

—Ha sido un placer... Todo lo mejor para mi Mónica Belluci. Por cierto, el día de mi cumpleaños te quiero vestida de negro, pelo suelto y labios rojos pasión... Esa noche serás mi italiana caliente.

Este hombre está completamente loco. Vive su juventud despreocupadamente. No se para a pensar en lo que dirán los demás sobre él, simplemente lo hace. Si solo

fuera un poquito mayor...

—Espera un momento. ¿Cuántos años cumples? —le digo de manera apresurada—. No quiero ir toda divina y verme rodeada por la fiesta del pañal. Ya sabes qué es lo que dicen: «Quien se acuesta con niños, amanece meado».

—¡Por Dios! Eres una exagerada... cumplo veinticinco años, solo me sacas tres de ventaja —expone y moviendo las cejas de arriba abajo, añade—: Dicen que a los veinticinco, los hombres están en la cima de su capacidad sexual, ¿quieres comprobarlo?

Sandra aparece por detrás y le da una colleja.

—¿Cuando te vas a dar cuenta que para nosotras eres como ese hermano menor odioso que nunca tuvimos ni deseamos? —pregunta riendo—. Afróntalo de una vez: lo máximo que sacarás de nosotras es poder tocarnos el culo en tu cumple y tal vez, la fugaz visión de un pezón furtivo. Pasar de ahí sería incestuoso.

—Lo del pezón solo le pasará a ella, que se pone las camisetas tres tallas más pequeñas —digo, negando con la cabeza a modo de reprimenda—. Yo soy más como Britney Spears, casi siempre se me olvidan las bragas en casa... —Intento mantenerme seria mientras le hablo, pero se me está haciendo imposible—. ¿Quién sabe?, a lo mejor, algún día tienes suerte y verás mi depilación a lo Charles Chaplin.

—¡Callaos de una vez, mujeres! —exclama Óscar—. Es verdad lo que mi padre siempre me decía: «la mujer es el peor bicho que ha pisado la tierra». ¿Por qué las aguanto? —pregunta, mirando al techo.

Sandra y yo no podemos para de reír. Es tan fácil de provocar...

—Chicas, me voy de una vez. Doy gracias a que el pequeño Óscar ya se ha acostumbrado a vuestras brutalidades, porque si no, la erección me rompería la cremallera y serían ustedes las que os asustaríais...

—Adiós, caramelito. Envíame un correo electrónico con todos los datos de la fiesta de tus súper-dulces dieciséis, digo, veinticinco —le pido con la mirada fija en su bragueta—. No sé tú, Sandra, pero yo no creo que ahí —señalo a su entrepierna, la que Óscar ya se ha encargado de proteger con las dos manos—, haya algo que nos asuste.

—Enséñanosla, Óscar —le lloriquea Sandra—. No nos dejes con las ganas... nos portaremos bien y te diremos la verdad.

—¡Me rindo! No puedo con ustedes... — Se acerca y nos da un beso en la mejilla

aun sin soltar su preciada mercancía—. Nos vemos mañana, monstruitos.

—¡Adiós, caramelo! —nos despedimos Sandra y yo a la vez.

—Óscar, espero que en tu fiesta hayan chicos guapos —le digo antes de que salga por la puerta—. Si me arreglo, quiero mi premio.

—Todos los amigos a los que he invitado son muy feos. Quizás de esta manera consiga que alguna de las dos sucumba por fin a mis múltiples encantos. —Tras atravesar la puerta, grita—: ¡Lo único que deseo para mi cumpleaños es hacer un trío con ustedes dos!

—¡Ni en tus sueños más calientes! —le replico sin saber si me ha oído.

Terminamos de colocar los dulces en el expositor y le doy la vuelta al cartel que cuelga del cristal de la puerta de entrada.

—Estamos oficialmente abiertas —enuncio irónicamente—, unas más que otras...

—¡Serás arpía! —exclama Sandra—. Solo estás celosa porque yo he tenido sexo, y tú no te has comido ni un colín... No tengo la culpa de que las pelirrojas estemos de moda. Puedes plantearte teñirte el pelo, con un color cobrizo estarías genial.

—Deja de intentar meterme ideas en la cabeza. Aún recuerdo cuando te pareció *genial* maquillarme los ojos con efecto ahumado, pero de color rojo... «Para cambiar», me dijiste... parecía que me habían pegado dos puñetazos —afirmo—. Por cierto, te la tengo guardada.

—No seas rencorosa, mujer. Yo lo hice con toda mi buena fe. —Entorna los ojos y me dice suavemente—: Lo que importa es la intención. ¿Cómo iba a saber que la policía te pararía en medio de la calle para preguntarte si necesitabas ir al hospital? Yo te veía maravillosa, toda llena de glamur hollywoodense. Te envidié, en serio. Sobre todo cuando el policía te pasó en una hoja de multa su número de teléfono.

¡Ay, mi chico melón! Nunca seré capaz de olvidarme de él. Jaime, al igual que esta fruta, era duro por fuera, pero muy dulce en el interior. Tan dulce que si lo comías muy seguido te subía el azúcar. Detrás de sus miradas atemorizantes, que dedicaba a todos menos a mí, se encontraba un chico muy sensible al que le gustaba pasear por la orilla del mar de la mano y darme suaves besos al atardecer... tenía treinta y un años, y yo, veintitrés. Yo iba todo el día caliente, y él... ¡se reservaba virgen para el matrimonio!

¿Qué chico de su edad hace eso hoy en día? Pues él. Un hombre de metro ochenta y cinco y hombros anchos como un armario, romántico y educado hasta más no poder.

Cuando me cansé de que me apartara las manos cada vez que intentaba tocarlo, lo dejé. Podría llegar a aceptar lo de su virginidad y su necesidad de esperar, pero que no me acariciara por lo menos para aliviarme el picor... eso sí que no. Me negué a sentirme como una perversa cada vez que ansiaba tocar y ser tocada. Soy una chica con necesidades muy normales: caricias y orgasmos.

El romanticismo está muy bien (ojalá encontrara a otro hombre que lo fuera la mitad Jaime), pero tiene que estar aderezado con un poco de picante. No solo de paseos cogidos de la mano se alimenta una relación... Gracias a mi melón, conocí un vínculo diferente con los hombres. Uno que me gustó, pero en el que no me encontraba completamente cómoda. La chispa no saltó entre nosotros, por lo menos, no por mi parte.

¿Soy rara porque le doy importancia a la parte física de una relación? Por mi bien, y por el de mis futuros descendientes, espero que no... Me aterra la idea de quedarme sola, de no encontrar a esa persona que me complementa. Cuando imagino mi futuro, veo niños por todas partes y a un hombre que me rodea entre sus brazos con amor, haciéndome sentir, solo con ese gesto, segura y querida hasta la extenuación.

Tengo veintisiete años (y medio), no tengo prisa por atarme, pero siempre es bonito soñar... Ya me llegará.

—Tienes razón, Sandra —digo dándole la razón—. Me hace falta un cambio, aunque vete olvidándote de cambiar mi pelo. Ni lo menciones... Desde que salgamos de aquí, nos vamos de compras.

Porque a falta de amor, la ropa es un buen sustituto. Por lo menos, hasta que encuentras a alguien que te la quite del cuerpo.

Hacer el inventario es muy aburrido, pero alguien tiene que hacerlo. He perdido contra Sandra al mejor de tres a piedra, papel o tijeras, así que me ha tocado de manera obligatoria, normalmente me encargo solo del papeleo, pero la tarde ha sido ajetreada y lo hemos echado a suerte.

Al acabar la comprobación, me siento frente al ordenador dispuesta a hacer el papeleo del día. Lo primero que hago es abrir mi programa de gestión de stock, introduzco los datos sobre los productos que tenemos y los que no, los gastos del día de ayer y las ventas. Este programa es la bomba, y para una chica como yo, que soy de las que se pelea con el *Excel* y nunca gana, parece mágico.

Con los datos que le he introducido me saca un baremo de gastos y ganancias e incluso me aparecen los productos que tengo que pedir junto con los números y correos electrónicos de mis proveedores.

Abro mi correo personal para empezar a enviar los pedidos cuando en la bandeja de entrada me encuentro con un mensaje recibido del que no tengo ni idea de quién es el remitente ya que por el nombre no me suena de nada. Lo abro con curiosidad, rezando para que no sea un virus o alguno de esos anuncios de publicidad sobre libros de cocina a los que casi me es imposible resistirme.

De: theoc@gmail.com

Para: fresasimonetta@gmail.com

Asunto: Oferta imposible de rechazar

Hola, Simonetta.

No he parado de darle vueltas a lo que requieres para asociarnos y creo que he encontrado una solución:

- Sabes que soy pastelero y, como tal, tengo buena maquinaria. Dispongo de congelador industrial, por lo tanto, el tema de la conservación del producto no será un problema.
- No me importa hacerte los pedidos con dos semanas de antelación, siempre y cuando me asegures que no tendré problemas en recibir el producto en la fecha señalada.
- Alguna vez, sobre todo hasta que averigüe qué sabores se venden más, puede que me haga falta algún sabor extra que te pediré con 2 o 3 días de antelación. ¿Tendrías algún problema con eso?
- El transporte lo he solucionado. Me comprometo a ir personalmente a buscar el pedido cada día.
- Si alguna vez te ves apurada, puedo acercarme y ayudarte con la elaboración.

Te adjunto un archivo con el pedido inicial, fechas y volumen del mismo incluidos. Espero haber resuelto todas las dudas y conocer tu respuesta a mi propuesta lo antes posible.

Saludos, Cosimo.

Mi mente no para de dar vueltas a varias cosas:

1. ¿Por qué Cosimo me ha contestado desde su dirección de correo personal,

cuando sé que la *pasticceria* posee uno profesional?

2. ¿Por qué su correo tiene nombre de una serie sobre la vida de unos adolescentes ricos?

3. ¿Por qué es tan condenadamente eficiente y servicial?

Ha solucionado todo y no ha pasado ni siquiera un día entero. Para ser sincera, no puse muchas pegas, y con lo de la cámara frigorífica ya hecho, ya casi todo venía rodado. Que él venga a buscar el helado es un punto extra, ya que ni loca me iba a trasladar a la otra punta de la ciudad para llevarlo yo.

Decido contestarle inmediatamente.

De: fresasimonetta@gmail.com

Para: theoc@gmail.com

Asunto: Respuesta definitiva

Estimado señor Olivetti:

Tras haber leído sus soluciones a mis inconvenientes, me agrada comunicarle que ha ganado una socia comercial. Puede pasar por *Los sabores de Copano* durante el horario laboral para hacer una degustación de nuestros diversos sabores. Tendrá su pedido listo en la fecha señalada.

Atentamente, Simonetta Copano.

Suena lo bastante profesional como para que no confunda cual será nuestro trato a partir de ahora. Lejano y frío, así será. Aunque no puedo contenerme y le mando una postdata:

P.D.: ¿Me podrías explicar por qué tu dirección de correo electrónico se llama igual que una mala serie sobre adolescentes?

Le doy a enviar, satisfecha conmigo misma, y retomo los pedidos. Sigo ocupada cuando veo que me llega un aviso para iniciar una conversación en el chat. La acepto y me salta una ventana.

Cosimo: ¡Hola! ¿Estás por ahí? Soy Cosimo.

Este chico es muy extraño, de verdad. ¿Para qué me hablará?

Yo: Hola. Estoy terminando de enviar unos pedidos.

Cosimo: Perdón, no pretendo molestarte. Solo quería agradecerte el que hayas dicho que sí. Mi hermana está loca de contenta.

Yo: No pude negarme. Arreglaste todos los inconvenientes. Dile a tu hermana que puede venir a probar todos los helados, estaré encantada de atenderla.

«¡Por favor, que pille la indirecta! Mientras menos tratemos juntos, mejor».

Cosimo: Ya se ha apuntado. En el momento en que le dije tu respuesta se ofreció voluntaria...

Uff, menos mal.

Cosimo: ...iremos juntos mañana, a eso de las 18:00.

Mi gozo en un pozo. Solo espero que su hermana no sea como él. Es hora de pasar a la ofensiva.

Yo: Ok. Los espero. Pero si viene ella sola, tampoco importa. No quiero que dejar el negocio desatendido.

Se lo piensa antes de contestar.

Cosimo: Yo también tengo que ir, Simonetta. Tenemos que elegir los sabores entre los dos.

Yo: No sé, si quieres le puedo dar muestras a Óscar y él se las alcanza.

Cosimo: A mi hermana, Tazia, le hace ilusión conocerte y ver la decoración de la heladería. Óscar le ha enseñado algunas fotos y está como loca por que llegue mañana. Por lo cual, nos presentaremos los DOS mañana allí.

Yo: Vale. Tenía que intentarlo. No me odies por ello. Nos vemos mañana.

Cosimo: Simonetta

Yo: ¿Qué?

Cosimo: Contestando a tu pregunta: mi hermana estaba enamorada del protagonista de la serie y la nombraba a todas horas. Me hizo gracia que concordara con mi nombre invertido, así que me lo quedé.

«¿De qué coño está hablando?».

Yo: Perdona, pero me he perdido, ¿aún estás hablando conmigo?

Cosimo: Sí, tonta. Te respondo a tu pregunta sobre el nombre elegido para mi dirección correo.

Yo: ¡Ah! Perdona, estaba distraída. Gracias por resolver mis dudas.

Cosimo: Cuando me lo propongo, puedo ser amable. Y parece que es más sencillo

serlo por aquí.

Yo: No sé si sentirme halagada u ofenderme por eso que acabas de decir...

Cosimo: Me refiero que al no verte, es más sencillo.

Yo: No lo estás arreglando, más bien estás cavando un hoyo cada vez más profundo.

Cosimo: Olvídalo. No importa. Nos vemos mañana, adiós.

Yo: Adiós.

Este hombre es tonto, lo juro. Aunque un tonto muy guapo. Y viendo el nombre en su dirección de correo, uno que no tiene problemas en reírse de sí mismo. De repente, me salta otro mensaje:

Cosimo: Te pido perdón, no quería ofenderte. Aunque lo parezca, no soy tan malo.

Cosimo otra vez, me da hasta un poco de pena. El pobre está dolido con las mujeres por lo que le pasó con la ex... comprensible.

Yo: No pasa nada: no ofende el que quiere, sino el que puede. No nos conocemos tanto como para que tus palabras me afecten. No hay drama.

Cosimo: Me lo merezco. Pero tienes que darme una oportunidad de mostrarme agradable, no siempre soy tan gilipollas.

Yo: Si lo dices para que mañana me comporte delante de tu hermana, no te preocupes, lo haré. No hace falta que seas condescendiente conmigo.

Cosimo: No lo hago por eso, joder. Simplemente me he dado cuenta de que he sido injusto contigo. Me recordabas a alguien no muy agradable de mi pasado y actué en consecuencia contigo. Otra vez, lo siento.

Yo: No pasa nada, de verdad. No me debes ninguna explicación, y yo tampoco te la he pedido. Nos comportaremos de manera cordial. No somos amigos ni nada de eso.

Cosimo: Ok. Cordial. Me gusta.

Yo: Tengo que terminar los pedidos, Cosimo. Por lo cual, educadamente, te pido que te vayas para el carajo y me dejes trabajar tranquila.

Cosimo: Ja, ja, ja. Está bien, chica simpática. Sé reconocer cuando no soy bienvenido. Ya te dejo, nos vemos mañana.

Yo: Hasta mañana, señor Olivetti. Sea puntual.

Cosimo: Hasta mañana, Simonetta.

En una cosa tengo que darle la razón, hablar sin tenernos delante ha sido mucho más fácil de lo que creía. El no tener su mirada verde juzgándome ha ayudado mucho también al tono distendido que ha encauzado la conversación.

Por otro lado, me ha dicho que le recuerdo a alguien, y ese alguien tiene que ser, sin ninguna duda, su ex-novia. Ahora sí que estoy ofendida.

Le escribo sin poder evitarlo.

Yo: Me molesta que me compares con otra persona sin ni siquiera conocerme, y si encima esa persona es desagradable para ti, la ofensa es doble.

Su respuesta no tarda en llegar.

Cosimo: Sé que está mal, pero no he podido evitarlo. Solo puedo decir en mi defensa que soy un imbécil prejuicioso y que no hay cura para ello, aunque lo estoy intentando.

Yo: Pues inténtalo con más ganas, porque odio que me juzguen.

Cosimo: Vale. Pero pese a tu actuación y posterior burla hacia mí sobre la propiedad de la heladería, tus últimas palabras cara a cara y esta conversación han hecho que cambie ligeramente mi modo de verte.

No es una total rectificación, pero por ahora me vale.

Yo: No vuelvas a compararme con nadie. Porque las comparaciones son odiosas, y tú empiezas a recordarme a muchas personas odiosas. Como por ejemplo: PSY.

Cosimo: Ahora sí que me has hecho reír. ¿En qué me parezco yo a un coreano sin cejas?

Yo: En que lo odié nada más oírlo la primera vez.

«Joder, me he pasado».

Yo: Lo siento, eso estuvo fuera de lugar.

Cosimo: No te preocupes, yo te odié nada más verte. Por suerte, la sensación ha disminuido.

Yo: Gracias, el sentimiento es mutuo. Ahora sí que tengo que dejarte. El deber me llama.

Cosimo: Adiós.

Concentrarse en el inventario después de esta conversación me parece imposible. Es verdad que desde que soltó la primera frase le cogí manía, pero no era cuestión de

decírselo en medio de una conversación.

«Simonetta, calladita estás más guapa... ¿Cuándo aprenderé a cerrar la boca?».

Apago el ordenador y salgo a la sala. Aún quedan algunas horas para cerrar, pero si la cosa está parada, cerraré antes. Estoy ansiosa por salir de compras, quiero estar deslumbrante en la fiesta de Óscar. Tal vez encuentre a alguien esa noche... y sin querer, la imagen de Cosimo, cerniéndose desnudo sobre mí, aparece en mi mente.

Este chico no es para ti. Y ni te atrevas a pensar lo contrario. «Jodida mente calenturienta».

La tarde de ayer, contra todo pronóstico, mejoró notablemente, y más considerando que cerré pronto y me fui de cañas y compras con mi pelirroja mejor amiga.

Decidí echar la casa por la ventana e irme a una pequeña boutique en donde venden unos vestidos fabulosos y no muy económicos, pero llegué a la conclusión de que Óscar lo valía, y quería darme el gusto de comprar algo caro y que, para variar, fuera para mí en vez de para otras personas. Necesitaba alegrarme el día.

Llegué a mi casa con la satisfacción que da el tener una tarde libre solo de chicas y las manos llenas de bolsas. Sandra y yo compramos los vestidos para la fiesta solamente similares en la poca tela que usaron para coserlos. Ella se decantó por un mini vestido blanco con cuerpo metálico, de escote a un hombro, de manga larga, zapatos *peap toes nudes*, de trece centímetros, y una cartera de mano multicolor, para darle *vida* al conjunto. Como si su pelo, junto con su voluptuoso cuerpo, no llamara suficiente la atención.

Para mí, elegí un *little black dress* de lentejuelas, de manga larga, con escote cerrado (que le da una apariencia sexi pero conservadora), pero con una profunda U en la parte trasera que enseña casi toda mi espalda. El *look* termina con un bolso tipo sobre y unos sencillos *stiletos* con tacón de vértigo, los dos en negro. El toque de color lo darán mis labios, que irán pintados de rojo, como Óscar pidió.

Después de nuestras compras textiles, nos dirigimos a una pequeña terraza a recargar las pilas, con unas buenas jarras de cerveza, con las que coger fuerzas para adquirir los regalos perfectos para mi chico caramelo: Unos calcetines calentitos con la cara de Audrey Hepburn impresa y dos muñecas hinchables, una morena y otra pelirroja, junto con un bote de lubricante. Al final de la noche, dependiendo de la cantidad de alcohol que acumule en el cuerpo (o no), podrá realizar el trío que tanto ansía.

Llegué a mi casa rendida (y un poco borracha), solo con ganas de meterme en la cama y dormir hasta el mediodía del día siguiente.

Hoy he despertado eufórica. Salgo a correr como todas las mañanas, con la esperanza de quemar ese exceso de energía que me embarga, pero, para mi pesar, sin llegar a conseguirlo. Mi cabeza no deja de dar vueltas, y ahora, de camino a la

heladería, me pregunto el porqué de esta agitación que siento.

Tal vez (y solo tal vez), puede que me sienta un poco nerviosa por volver a ver a Cosimo tras nuestra pasada conversación *on-line*... Cordial. Sé que fue idea mía, pero ¿cómo coño voy yo a saber lo que es tener una relación cordial con alguien? Nunca lo he hecho, ni siquiera intentado. Mi máxima es simple: Si me caes bien, me comporto contigo en consecuencia; o no lo haces, y en este caso no trato contigo de ninguna de las maneras. Punto.

Reconozco que por mi forma de ser tan abierta (y con esto hago referencia a ser abierta de mente), soy simpática con casi todo el mundo, pero no sé otra forma de actuar. «Bueno, nada de preocuparse, Simonetta, improvisa sobre la marcha. Todo saldrá bien».

Si solo Cosimo no me intrigara tanto, podría tratarlo (o ignorarlo) como hago con los demás..., pero no, el señor limón, a mi pesar, me provoca curiosidad aun sin quererlo. Sufro tantas ganas de fisgonear sobre él, que la idea de meterlo en una habitación oscura con un foco brillante apuntándolo directamente y obligarlo a que me cuente todos sus secretos e inquietudes me resulta cada vez más atractiva.

«Acabo de descubrir que tengo una vena sádica... porque la idea de tenerlo a mi entera merced me excita».

Nada más entrar en la heladería empiezo a prepararlo todo para la apertura, pero eso tampoco logra distraerme. Cuando llega Sandra, con su perpetua sonrisa dibujada en su rostro, la saludo con un:

—¿Qué es ser cordial?

Me mira confundida mientras piensa su respuesta.

—Ser cordial es tratar a una persona correctamente. Ser amable, pero sin pasarse con las confianzas.

—Vale. —Esa parte entendida, ahora solo faltan por resolver las diez mil dudas que quedan—. Entonces, ¿cómo lo nombras, por el nombre o por el apellido? ¿De tú o de usted?

—Me estás asustando, Netta. ¿Por qué me haces esas preguntas y actúas de una forma tan extraña?

—Cosimo y yo quedamos en tratarnos de manera cordial, y no sé exactamente cómo hacerlo. Fue idea mía, y ahora me siento como una estúpida por no saber cómo comportarme... Cordialidad. ¡Dios! Odio esa palabra —le señalo—. Va a venir esta

tarde, y la verdad es que no tengo ni idea de cómo actuar. —Contarle mis dudas a Sandra es fácil, lo difícil es asumir el porqué de esas dudas—. ¿Cuándo llegue lo saludo con dos besos, le doy la mano o le hago una casi imperceptible señal de reconocimiento con la cabeza?

—¡Por Dios, Simonetta, cálmate! No va a venir el rey, solo es Cosimo —me dice mi amiga de los nervios, y sé que la he exasperado porque solo me llama por mi nombre completo cuando está a punto de estrangularme—. Si no sabes cómo actuar, pregúntale y ya está. Deja de dar tantas vueltas a las cosas, no llevo ni diez minutos aquí, y ya me tienes loca de la cabeza.

—Bien, eso es lo que voy a hacer —le replico—. Aunque quede como una tonta, se lo preguntaré.

Me dirijo a mi oficina como un rayo, pero, ya allí, me doy cuenta de que no tengo su número de teléfono personal, y ni muerta voy a llamar a la *pasticceria* y que todos los que trabajen allí sean testigos indirectos de mi humillación y de mi ignorancia... es una cuestión de orgullo.

Voy hacia mi ordenador y le envío un correo electrónico rezando para que no esté muy ocupado esta mañana, lo lea y me conteste antes de la hora de la cita. «¿Cita? Cita, no. Encuentro laboral». Y que me conteste antes de nuestro encuentro profesional. «Eso está mejor. Rectificar es de sabios».

De: fresasimonetta@gmail.com

Para: theoc@gmail.com

Asunto: Definir términos.

¿Qué es para ti, exactamente, ser cordial?

¿Nos saludamos con dos besos o dándonos la mano? ¿Nos vemos y nos tratamos de usted? Si no estamos tratando temas laborales, ¿nos ignoramos elegantemente o podemos hablarnos con libertad?

Vuelvo a la zona del comedor, no sin antes subir el volumen del ordenador al máximo por si acaso me responde, enterarme lo antes posible. Le prohíbo a Sandra que ponga música y sigo a lo mío. La distracción es la clave, solo espero conseguirlo rápido.

Por el rabillo del ojo, veo que en el escaparate de la tienda hay movimiento. Me extraña, ya que los proveedores no tienen que venir hoy, y Óscar siempre llega más tarde. Me acerco a la puerta despacio, procurando no hacer ningún ruido, temiendo

que sea algún atracador madrugador. Si es un ladrón, se va a cagar. Mis años de duro entrenamiento de *AeroBoxing* con la *Wii* han dado sus frutos. Mis bíceps son de hierro (o casi) y pego unos derechazos increíbles. Siempre consigo las mejores puntuaciones.

Abro la puerta de repente, preparada para hacer correr la sangre de quien se atreva a intentar colarse en mi negocio, pero con lo primero que me encuentro es con un hombre agachado y de perfil intentando ver algo del interior. Viste una cazadora vaquera, pero parece que debajo lleva otra de algodón con capucha que le tapa el rostro, un vaquero roto que se le pega a las nalgas de una forma tan apetitosa que estoy a punto de invitarle a robarme yo misma y una zapatillas New Balance grises y azules, preciosas.

Toso para que se dé cuenta de que no está solo, y cuando gira el rostro, me encuentro con los ojos verdes de Cosimo. Se endereza con rapidez, y veo como sus mofletes se vuelven de un rojo vivo dándole un aspecto enternecedor.

—Ya he dicho que sí a asociarnos, Cosimo. No hace falta que vengas a espiarnos.

—No he venido para eso —dice avergonzado—. Solo estaba comprobando que estabas sola, pero como no tienen todas las luces encendidas, no distinguía muy bien las siluetas.

—¿Y para que querías saber si estaba sola? —le pregunto, y no puedo evitar añadir—: No estarías pensando en violarme, ¿verdad?

—¿Qué? ¡NO! —grita horrorizado. Al ver mi expresión de burla, se calma—. Joder, Simonetta. No me des estos sustos, y menos en un tema tan serio.

—Es una broma, hombre. Si lo pensara en serio, no lo habría dicho. Aunque vestido de esa forma tienes un aspecto sospechoso... La verdad es que pensaba que eras un ladrón.

Se baja la capucha del gorro y puedo ver su pelo rubio revuelto y sexi, como si no lo hubiera peinado tras salir de la cama.

—He venido porque me siento incómodo con la conversación de tuvimos ayer y no sabía muy bien cómo tratarte hoy. —«No soy la única... ¡Menos mal!»—. Me encontré dándole vueltas al tema sin parar en mi cabeza, no quería que esta tarde se convirtiera en algo incómodo para los dos. Así que, ¿cómo lo hacemos?

—Me acabas de quitar un peso de encima porque estaba igual de confundida que tú. Incluso te he mandado un correo... —Ahora la que suena avergonzada soy yo—.

¿Dos besos o mano?

—Mano —responde al instante.

—¿De tú o de usted?

—De tú. Las formalidades no me van. Pero si no estás de acuerdo, me adaptaré.

—Y por último, no por ello menos importante, ¿Cuándo nos veamos, solo hablamos de trabajo o te puedo preguntar cómo va tu día?

—Mejor limitémonos a preguntas superficiales. No creo que nos lleváramos muy bien si profundizamos el uno en el otro.

—Ok. Muy bien. Estoy conforme con todo lo que has dicho.

Nos mantenemos la mirada un segundo o dos, durante los cuales se vuelve a poner la capucha y me dice:

—Hasta esta tarde, Simonetta. —Se da la vuelta y se va caminando calle abajo, creo que para buscar su coche.

—Gracias por venir hasta aquí, Cosimo —le digo antes de que se aleje demasiado y tenga que levantar la voz—. Me has quitado un peso de encima.

Se gira, para de andar y me dedica una sonrisa repleta de dientes blancos.

—Ha sido un placer.

Y se va. Yo me quedo como una boba en mitad de la calle, pasando un poco de frío y con la sensación de que, efectivamente, ha sido un verdadero placer el haberlo visto caminar dentro de esos pantalones ceñidos.

—Ha venido Cosimo —informo a Sandra al ayudarla a sacar brillo a las mesas—. Al parecer, no era solo yo la que estaba confusa sobre la definición de cordialidad.

—¿Y qué habéis decidido?

—Pues que nos relacionemos solo de forma profesional. La distancia que tomemos al darnos la mano será lo más cerca que estemos el uno del otro.

—¿Cómo te sientes con ello? Desde que lo conociste te estás comportando de una manera un tanto extraña, y tú no eres así. Eres de las personas que afrontan los problemas de frente, no de las que se comen la cabeza cada dos por tres con nimiedades. —Suelta el paño sobre la mesa y continúa su diatriba—: Busca dentro de ti el porqué de esa agitación que sientes e intenta solucionarlo. Eres una mujer fuerte e independiente, puedes con cualquier problema que se te plantee, aunque el problema lo crees tú misma.

—Deja de comportarte como una profesional conmigo. Si quieres ayudar a alguien

de verdad, con problemas reales y no tonterías como la de no saber actuar delante de un estúpido, ejerce de una vez tu maldita profesión. No has estudiado durante cuatro largos años, más uno del máster, para tratar con mis inexistentes problemas psicológicos. Te lo agradezco, pero no me hace falta.

—Se te olvidó el tiempo que pasé en las prácticas —dice sarcásticamente—. No hace falta que me recuerdes mi currículum estudiantil. Solo trataba de hacerte sentir más segura contigo misma.

—Vale. Está bien. Solo pretendías ayudarme —le concedo—. Pero sigo pensando que deberías de aplicarte tus propios consejos...

—No empieces, Netta —me corta—. A no ser que me echas, no me iré nunca de aquí. Estoy muy a gusto trabajando a tu lado.

—No te estoy echando y tampoco quiero que te vayas de la heladería, sin embargo, me da pena que desperdicies tu vida aquí conmigo cuando sé que los helados no son tu sueño, sino el mío.

—No te alarmes. Nadie me obliga a estar aquí, lo hago porque quiero y porque me gusta. —Recoge el paño y sigue limpiando unas manchas, que solo ella puede ver, en el cristal esmerilado de las mesas—. Cuando te conocí, no solo encontré a una gran amiga, sino, también, una familia. Tu abuelo me trató mejor en los últimos diez años que mi familia... que mi madre, en todo lo que llevo de vida. Irme de aquí sería casi un sacrilegio para mi mente. Los recuerdos más bonitos de mi vida tienen que ver con este sitio. No quiero correr el riesgo de alejarme de aquí y olvidarme ni del más mínimo de los detalles.

Joder, cuando se pone profunda, lo hace de verdad. Incluso los ojos se me han llenado de lágrimas.

—Sandra, eres una hermana para mí, pero no puedes esconderte de la vida y de lo que te rodea para siempre —le digo con suavidad al tocar este delicado tema—. Tu misión es ayudar a los demás a que sobrevivan lo mejor que pueden. Tú eres el mayor ejemplo de que somos dueños de nuestro destino. Creciste en un hogar que no desearía ni a mi peor enemigo, pero saliste hacia delante, a lo mejor, no indemne, pero sí curtida en la adversidad. Deberías enseñar eso a otros. Mi abuelo lo habría querido así.

—Ya lo sé, pero aún no estoy preparada. Quiero honrar la memoria de tu abuelo...

—Nuestro abuelo —la corto—. Insistía en que lo llamasas así.

—Eso, nuestro abuelo —acepta con una tímida sonrisa—, pero creo que hasta que no pueda ayudarme a mí misma, no lo puedo hacer con los demás. Lo que más me pesa es que él me pagó la carrera, y parece que estoy desperdiciando su dinero.

—No seas tonta, Sandra. Fue el dinero mejor empleado del mundo —afirmo—. Estudié repostería, y Marco, fotografía, que, admitámoslo, estudiarlas no era costoso. Había ahorrado mucho para pagar las carreras que pensaba que cursaríamos, y al no hacerlo, todo ese dinero le sobraba en los bolsillos. Le dio su parte a Marco porque el material fotográfico sí es caro, pero lo mío no tenía dónde emplearlo. —Me acerco y la abrazo—. Estaba segura que iba a trabajar aquí, así que cuando le planteé a mi abuelo lo de tus estudios, no sé negó. Es más, estaba encantado. Ya sabes cómo le gustaban las graduaciones.

Me dirijo a la pared y busco una foto en concreto, la descuelgo y se la muestro: Es la del día de su graduación. Sandra, con su diploma en la mano y con una gran sonrisa, se abraza con fuerza a mi abuelo que sonrío entre lágrimas de emoción.

—Piénsalo de esta manera: ¿me compraba una moto y montones de ropa de marca, o nos daba a mi abuelo, a mi mejor amiga y a mí algo por lo que sonreír y sentirnos orgullosos? —Espero que mi cara refleje la satisfacción que me da el haber compartido ese momento con ellos, pero añado—: Fui a por la moto, pero no había del modelo que quería...

—Gracias. Cambiaste mi vida —solloza Sandra, cogiéndome de la mano—. Ojalá pueda hacer algo parecido yo por ti.

—No seas boba, el dinero es solo dinero, y no hay mejor forma en la que utilizarlo que en la educación. Aunque, por otro lado —le quito la foto de las manos y me doy la vuelta para colocarla de vuelta en su lugar mientras le digo intentando suavizar el ambiente—, si quieres tener un detalle hacia mí y que te ame eternamente, podrías regalarme una *Vespa GTS 125*...

—Ja, ja, ja. Eres muy graciosa. No te regalo una moto ni de coña. Ni siquiera una bici eléctrica... Tienes que reconocer, Netta, que solo te mantienes equilibrada cuando montas en tacones de trece centímetros. Tiene su mérito, es verdad; por otro lado, los vehículos de menos de tres ruedas no son lo tuyo. Le puedo pedir la bici con ruedines auxiliares a la hija de tres años de mi vecina, para practicar está muy bien. Si después de hacerlo durante un tiempo con esa, eres capaz de usar una normal sin caerte, me comprometo a regalarte la moto que elijas, y en rosa chicle para darle más

glamur.

—Te odio —le digo, riendo debido a sus ocurrencias—. Volvamos al trabajo antes de que llegue Óscar y nos entretenga mucho más. Si seguimos así, no vamos a abrir hoy.

La mañana pasa sin pena ni gloria. Entraron las habituales de los desayunos, grupo de estudiantes, algunas parejas e incluso algún turista despistado preguntando por una dirección y que acabó llevándose un cucurucho triple.

Estuve en la trastienda preparando nuevo género y mi mezcla especial, de la cual una cuarta parte irá directa al congelador de mi casa: helado de nata, sirope de caramelo, trocitos de chocolate y *brownie*. Más concretamente llamado 2 kilómetros. Bautizado de esa manera porque es lo que estás obligado a correr (como mínimo) para que esa bomba de calorías no se quede atascada permanentemente en tu (elige uno o más): cartucheras, estómago, muslos, brazos, papada, tobillos... Quienes me conocen bien, saben que una de las razones por las que corro todas las mañanas es este helado.

Cuando me quise dar cuenta, había terminado de preparar no solo veinte litros de 2 kilómetros, sino también de Chupa-chups de cereza, Sonrisa de sandía, Corazón de melón y del famoso Fresa Simonetta. Sintiéndome relajada y satisfecha como siempre me pasa al terminar de cocinar los helados, me acerco al *Ipod* dispuesta a poner música vigorizante que me ayude a limpiar antes de que la sobrecarga de satisfacción que siento me obligue a salir fuera a molestar a mi mejor amiga e incitarla a que entre a bailar conmigo y acabe, como siempre, dejando la limpieza para el último momento.

El teclado de DLG, con su canción *Juliana*, resuena en la pequeña cocina, y empiezo a moverme. Limpio y recojo todo con brío mientras meneo mi cuerpo al ritmo pegadizo de la vieja canción a la que le tengo un especial cariño, ya que es una de las primeras que Sandra y yo bailamos juntas en nuestras clases de baile.

Al acabar este tema y empezar el siguiente en mi lista de reproducción titulada *levanta ánimos*, estoy lanzada. He terminado de recoger y no hay quién pare mis pies o caderas. *Azúcar*, de Eddy Mclean, hace que mi cuerpo se agite sin parar, y cuando en uno de mis giros veo que bajo el quicio de la puerta se encuentra una sonriente Sandra acompañada de unos atónitos Cosimo y compañía, no me importa. Agarro la mano de mi amiga y la empujo a la *pista* de baile. Ella se deja llevar y, entre risas, terminamos el baile delante de nuestro improvisado público.

Apago la música antes de que otro tema inspirador me obligue a seguir bailando y me acerco a mis visitantes con una cara de *lo siento, no pude evitarlo* en mi rostro. Cosimo me mira directamente, y como siempre me pasa con él, no puedo descifrar esa mirada que me dedica.

Desvío la vista hacia su rubia acompañante. Lleva un vestido tipo *Baby Doll* blanco con pequeños corazones estampados por toda la tela, cuello partido y entallado a la cintura por un fino cinturón, todo ello en color negro. En sus pies, unas manolequinas rojas, y en su mano, un bolso estilo *satchel* del mismo tono que los zapatos. Tras mi escaneo textil, me fijo en su preciosa cara enmarcada por una lisa melena, exactamente, del mismo tono de rubio que tiene su hermano. Morena de piel, preciosa y muy tímida, como compruebo al tratar de posar mi mirada en sus ojos verdes y ver cómo se sonroja apartando la vista. Parece un raro cruce entre la cara y el estilo de Taylor Swift y el cuerpo de Sofia Loren.

—Lamento el espectáculo —digo, tendiéndole la mano a la rubia—. Soy Netta. Dueña de este negocio y aspirante frustrada a cualquier concurso de baile que la tele pueda emitir.

—Tazia —dice, sonriendo y, por fin, posando sus ojos en mí—. Tu heladería me parece preciosa, y el baile también me ha encantado.

—Gracias —contesto agradecida por sus palabras—. Me alegro que te haya gustado. La heladería es mi vida, pero el baile es mi pasión. Como has podido comprobar hace un momento, mezclar las dos cosas me vuelve loca.

—Eso no es serio —oigo mascullar a Cosimo.

Le suelto la mano y la insto para que pase dentro.

Le dedico un vago «hola» a Cosimo y me centro en su hermana, no sin antes evitar que mi mirada vague por su cuerpo sexi. «Esa es la forma correcta de llenar unos vaqueros. Sí, señor».

—Sandra, no sé cuánto tiempo estaremos reunidos, pero si no hay mucho movimiento, puedes ir recogiendo —le pido a mi ayudante/amiga/compañera de baile.

Los llevo hacia mi oficina y los invito a sentarse.

—Tazia, dime una cosa —le digo nada más acomodarme en mi sillón—. ¿Tu hermano es siempre así de agradable o yo soy la única afortunada que logra sacar lo mejor de él?

—Siento decirte que mi hermano es así por naturaleza. Siempre ha sido serio, pero

desde que te conoció, y según me ha informado Óscar, se ha pasado de la raya —me responde en un tono informal—. Y contestando a tú pregunta, sí. Creo que eres la única que lo saca de sus casillas.

Nos reímos mientras Cosimo nos apuñala con la mirada.

—Me caes bien, Tazia. Muy bien.

Para mi grata sorpresa, Tazia resultó ser muy simpática. Una chica del tipo tranquilo, pero agradable. Por lo poco que hemos hablado, me ha dado la impresión de que a pesar de ser una chica dulce, tiene un sentido del humor afilado. Un humor que dedica, casi exclusivamente, a mofarse de su hermano.

—Me han dicho, no recuerdo quién, creo que fue Óscar... que hace tiempo que querías venir a ver la *gelateria*. ¿Qué te ha parecido, hemos cumplido tus expectativas? —le pregunto ignorando con deliberación a su hermano y el que haya sido él quien me dijo que Tazia quería ver el lugar.

—Las has superado —contesta con rapidez—. La combinación de colores me fascina, y la decoración, aún más. —Sonríe y añade—: Recuerdo venir con mis padres cuando éramos pequeños, y aunque no lo hago con todos los detalles, mantengo la imagen en mi cabeza de las cosas que llamaron mi atención. Con algo de pintura y poco más, has renovado casi completamente el interior del local. ¡Me encanta! Puede que hasta te copie algo...

—Copia todo lo que quieras, mujer. No soy una experta, pero puedo ayudarte si quieres hacer algo parecido para renovar tu negocio.

Seguimos conversando sobre decoración hasta que Cosimo nos interrumpe.

—Hemos venido a trabajar, Tazia. No a parlotear sin sentido. Céntrate.

Tazia empieza a hablar italiano. Creo que ha olvidado que mi familia también es de origen italiano y aunque no lo hable normalmente, es un idioma que es mi segunda lengua.

—*Sei un cretino*⁹—farfulla entre dientes.

—*Non essere infantile. Siamo venuti a parlare di affari, non di sciocchezze*¹⁰ —le reprocha Cosimo—. *Comportati bene*¹¹.

—*È geloso perchè non si sente al centro dell'attenzione*¹² —dice en tono seco—. *È simpatica, io credo che possiamo essere amiche. Non lo rovinarlo per favore.*¹³

Que linda, cree que soy simpática y que el hermano está de mala leche porque lo

mantenemos excluido de la conversación. Coincido absolutamente con ella.

—No peleéis, chicos. ¿Por qué no nos centramos en los negocios? Tazia, si te apetece y no tienes que irte, podemos seguir hablando luego.

La pobre chica me dedica una mirada de agradecimiento, y yo solo puedo sentir compasión. Tengo un hermano mayor y sé lo pesados que pueden llegar a ser.

Miro a Cosimo con la rabia que toda hermana menor siente.

—Empecemos. No quiero hacer perder su valioso tiempo a nadie.

9 Eres un idiota.

10 No seas infantil. Hemos venido a hablar de negocios, no sobre tonterías.

11 Compórtate.

12 Estás celoso porque no eres el centro de atención.

13 Es simpática y creo que podemos ser amigas. No lo estropees por favor.

Pasamos la siguiente hora hablando sobre uno de mis tres temas favoritos. No de libros ni de sexo, sino de... ¡helados! Me da igual que la conversación sea sobre negocios, que se nombren cifras y objetivos a cumplir... lo importante es que se hable de ellos.

—Bueno, eso es todo, ¿no? —doy por acabada la conversación—. Tazia, la invitación a quedarte sigue en pie. —Noto el interés y la sorpresa por parte de la rubia—. Si no te importa, espera fuera un segundo, Sandra te entretendrá. Tengo que aclarar algunas cosas con tu hermano.

Espero hasta que sale y cierra la puerta para empezar a hablar.

—Cosimo, eres un capullo —le recrimino nada más oír el *click* de la cerradura—. ¿Cómo te atreves a tratar a tu hermana con tanto desdén? La has avergonzado delante de mí.

—Eso no es asunto tuyo. Se sale de los límites, Simonetta —asevera—. Deja a mi hermana en paz.

—¿Qué la deje en paz? ¿Qué coño significa eso?

—Mi hermana no es como tú. Ella es más...

—Inocente —lo interrumpo.

—Iba a decir tranquila, pero inocente me viene mejor. Gracias.

—Te voy a dar un consejo como hermana menor que soy: deja de tratar a tu hermana como si tuviera cinco años. Es una mujer, acostúmbrate a tratarla como tal.

—Soy muy consciente de que es adulta, pero es que ella es diferente.

—Cosimo, mírame. Mi hermano de treinta años intenta tratarme a mí —me señalo a mí misma como dando a entender que es una locura—, como si fuera una niña. Lo que pasa es que yo, al contrario que Tazia, se pararle los pies.

—No la trato mal —afirma con brusquedad.

—No estoy dando a entender eso. Solo estoy haciendo que comprendas que tu relación con ella sería mucho más fácil si la trataras como a una adulta —intento explicarle la situación con calma, pero la cara que pone mientras le hablo me saca de mis casillas. Años de frustración fraternal salen de mi boca en el momento en el que la abro—. Joder, Cosimo. ¿Cómo vas a cortarnos el rollo así? Estábamos

conversando amigablemente, y tuviste que pararnos de la peor manera... ¡íbamos lanzadas! Tu hermana me cae bien. No se parece en nada a ti —afirmo—. Es simpática.

—Por eso lo hice. Vinimos a hablar sobre los términos de nuestra asociación, no a hacer amigos.

—No todo el mundo es como tú. A las personas, normalmente, les gusta socializar.

—No estoy seguro de querer que mi hermana establezca una amistad contigo —dice—. Reconócelo, Simonetta. No eres la persona más cabal de la tierra.

Ahora sí que estoy cabreada.

—Que no tenga un palo metido en el culo como tú, me guste divertirme y ser simpática con los que me rodean no quiere decir que sea una irresponsable. No me conoces de nada —le recrimino—. ¿Sabes que te digo? Tampoco me apetece conocerte a ti. Eres un arrogante hijo de puta, y no me caes bien. Nuestro intento de cordialidad acaba aquí —sentencio.

Me levanto y me acerco a la puerta.

—Te agradecería que, a partir de ahora, todo lo que tengas que decirme lo hagas por correo electrónico o, mejor aún, que mandes a Óscar con el recado. —La abro y me quedo esperando a que salga—. ¡Ah! Y que sepas que tu hermana me cae bien y, si ella quiere, me gustaría seguir conociéndola. Ya puedes irte.

No sale. Ni siquiera hace el amago de levantarse. Solo gira la cabeza hacia mí, dedicándose a mirarme.

—Lo siento —farfulla al fin—. No he sabido expresarme de forma correcta.

Se levanta y cierra la puerta volviendo a encerrarnos dentro.

—Los objetivos a cumplir en la vida de mi hermana son simples. Casarse, tener hijos, ser un ama de casa de las de antes...

—Y piensas que la voy a pervertir —lo interrumpo.

—¡No, joder! Qué difícil es hablar contigo. Lo que no quiero es que se ilusione con llegar a tener nuevas amigas y que acabe hundida en la miseria cuando la conozcas y veas que no puede seguirte el ritmo —me explica—. No quiero que sufra.

—Llevas la protección fraternal a límites insospechados —murmuro asombrada—. ¿No sabes eso de que los polos opuestos se atraen? Pues la amistad se basa en los mismos parámetros. —Sonrío aliviada porque no piense que soy una *mala influencia*—. Además, ¿quién sabe? A lo mejor es ella la que me deja de lado una vez

que me conozca. Ya sabes, estoy un poco ida de la cabeza. —Le sonrío con franqueza. Realmente se preocupa por Tazia, y eso merece mi respeto.

—Últimamente, y gracias a Óscar, ha empezado a soltarse un poco. Siempre ha sido una chica tímida a la que le cuesta entablar amistad con los demás. Quiero que conozca a gente nueva, pero no quiero que se vuelva loca de repente. Ella no es así.

—Te entiendo, pero tienes que dejar que viva su vida. Si se equivoca, ya aprenderá. Si se cae, se levantará. De los errores se aprende, y todos esos tópicos...

—Mi yo racional sabe que tienes razón. Pero tengo miedo a que sufra.

—Vaaaale —digo extendiendo la palabra—. Voy a pedirte una cosa que nunca hubiera imaginado que diría: Cosimo Olivetti, ¿me das permiso para salir con tu hermana?

Emboza una sonrisa ladeada que me parece arrebatadora.

—Antes de que contestes, déjame decirte que no la llevaré a lugares de mala muerte como a la Ópera o al cine mudo. Las chicas serias de hoy en día salen a clubs de *Boys*. Te podrías asombrar de cuánto intelectual conoces en esos sitios...

—No tienes remedio —dice resignado—. Simonetta Copano, puedes salir con mi hermana.

Al irse del despacho, se oye el sonido de las risas de Tazia y Sandra. Marchamos hacia el comedor impulsados por la curiosidad y nos encontramos con Tazia sentada en una de las sillas, mirando muy atenta a través de uno de los espejos de los escaparates, mientras que Sandra le sujeta el pelo de forma precaria con las manos.

—Te quedará mejor con fijador —la instruye mi amiga—. Ahora parece que te acabas de despertar tras pasar toda la noche de marcha.

—Verdaderamente me gusta este estilo, pero nunca he sabido hacerme este tipo de recogidos.

—Ya verás que son fáciles. Yo te enseñaré, y Netta te maquillará. Vas a parecer una verdadera *PinpUp*.

—Por lo que veo, tenemos sesión de peluquería —las interrumpo—. ¿Tengo que pedir cita o no hace falta?

—Le decía a Taz que tenemos que hacerle un cambio de *look* —me explica—. El estilo años 40 le vendría que ni pintado.

—¿Taz? —repite Cosimo con sorna, levantando la ceja izquierda.

—Sí, Taz —replica ella—. Es pegadizo, me gusta.

—Pues, Taz —dice enfatizando el diminutivo del nombre de su hermana—. Yo ya me voy. Llámame si surge cualquier cosa y cuando llegues a tu casa. Procura no llegar tarde, mañana hay que trabajar.

Me acerco a su oído y le susurro:

—¿Recuerdas la conversación que acabamos de mantener? ¿Esa sobre lo de avergonzar...? Lo estás haciendo de nuevo.

Cosimo, al oír mi advertencia, se queda tieso, pero se recompone rápido. Se acerca a su despeluzada hermana y le da un beso en la mejilla. Sandra, tan descarada como siempre, le presenta la suya para recibir otro, pero el chico limón, fiel a su agrio carácter, la ignora deliberadamente. «¡Pero qué desaborido que es, Dios mío!».

Se acerca y me tiende la mano.

—Buenas noches, Simonetta —me desea con las manos unidas—. Muchas gracias por el consejo, lo tendré en cuenta.

Me suelta despacio y al hacerlo, casi sin querer, me acaricia la palma, provocando con ello que el vello de mi brazo se erice.

—Pásenlo bien, chicas —dice antes de salir y perderse entre las iluminadas calles.

—A ver... —titubeo—. ¿Qué hacemos ahora? Aún queda un poco para cerrar.

—Tazia podría contarnos todos los sucios secretos de su hermano —sugiere Sandra—. Es una buena forma de empezar una conversación.

—Esa sí que es buena —contesta la rubia—. El único secreto sucio que tiene mi hermano es su amor casi obsesivo por los dulces, y esto, cualquiera que lo vea en la cocina, puede adivinarlo al instante solo por la expresión de su cara. A parte de eso, no existe nada interesante.

No puedo evitar sentir desilusión al oírle decir eso. «¡Yo quería escuchar chismes!».

—Taz —la llamo utilizando su nuevo diminutivo—, ¿también eres pastelera como tu hermano?

—Sí. Lo soy —responde—. Aunque si digo la verdad, la mayor parte del nuevo género es creación de Cosimo. Yo me limito a repetir viejas recetas; me inclino más por el mundo de los *cupcakes* y los pasteles, todo muy americano. Por desgracia, no pega mucho en una pastelería italiana, así que, de momento, me limito tan solo a prepararlos para algunos amigos y para mí.

—Tienes que traernos una muestra. Me chiflo por todo lo dulce —le pido—. Tal

vez, incluso lo ponga a la venta. Mi negocio también es italiano, pero no soy racista en cuestiones dulces. Me gusta la variedad.

La sonrisa de Tazia mientras me escucha se vuelve radiante.

—Sí, es verdad —se entromete Sandra—, le encanta todo lo que tenga que ver con el azúcar. Últimamente, creo que demasiado. Si no, pregúntale a tu hermano...

—¿Mi hermano? ¿A qué te refieres?

—Netta, el otro día, probó unos pasteles hechos por tu hermano. Y tuvo una reacción muy entusiasta a ellos...

—¡Cállate, Sandra! —la corto.

Pero, como siempre, ella me ignora y sigue hablando:

—Solo le faltó acariciarse los pezones mientras gemía para estar viviendo en directo una porno.

—¡Eres una zorra! Eso no es verdad —le recrimino roja como un tomate—. Lo que pasa es que el dulce estaba muy bueno.

Tazia se echa a reír. Tanto que hasta se agarra la barriga.

—Ahora entiendo muchas cosas —logra decir entre carcajadas.

—¡¿Eh?! —exclamamos Sandra y yo a la vez.

Tazia solo se limita a reír. La verdad, me está empezando a poner nerviosa.

—Nena, empezamos a pensar que no estás bien de la cabeza —suelta mi amiga—. Dinos qué pasa por esa cabecita tuya.

—Cuando mi hermano llegó el otro día a la pastelería, no dejaba de sonreír como un bobo. Estaba serio, concentrado en algo, y de repente ponía una sonrisa de tonto que ni yo me la creía al verla —nos explica—. Netta —me nombra—, creo que te ha salido un admirador.

—¿De qué estás hablando? Tu hermano y yo nos detestamos. Bueno, para ser más precisos, él me detesta a mí. —Mi corazón se acaba de poner a bailar rumba—. Me trata fatal.

—A lo mejor es que no sabe cómo comportarse delante de ti. —La doctora Sandra, mi terapeuta particular, acabada de aparecer—. Eres intimidantemente guapa.

—Es verdad —coincide Tazia.

—Gracias —les agradezco el cumplido—. Pero no. A tu hermano le doy repelús. Cuéntale cómo me trató al conocerme, Sandra. Se convencerá ella solita de lo equivocada que está

—Se comportó fatal. Se puso en plan: solo voy a hablar con la dueña. Y lo mejor de todo es que no solo estaba tratando con ella desde el primer momento, sino que lo hizo de muy malas maneras. Cuando se enteró de quién era en realidad Simonetta, la cara de estúpido que se le quedó no tenía precio.

—Chicas, mi hermano ha perdido práctica con las mujeres. Deja que se aclimate y ya verás... —dice dirigiendo su mirada hacia mí—. Entrará a matar.

—A matarme de un disgusto. Eso es lo que hará —replico al instante—. ¿Sabes cómo le decimos? Espero que no te ofendas... Lo llamamos: el señor limón. Señor limón agrio, para ser más exacta.

—Bueno, eso se lo llamas tú. Yo ni siquiera pienso en él. —Sandra, como siempre, no puede cerrar la boca.

—No soy tonta, Netta. El otro día oí a mi hermano preguntarle a Óscar sobre ti y lo pillé ayer hablando contigo a través del ordenador... —Hace una pausa, como si se pensara el continuar o no—. Cosimo los odia, y ayer se pasó el resto de la tarde echando rápidos vistazos a la pantalla. Hoy ha estado haciendo lo mismo, y no para comprobar las supuestas facturas, como me dijo cuando se lo reclamé.

—No tiene que ser por mí. Estás haciendo suposiciones sin una base sólida.

Una parte de mí se siente extrañamente feliz porque me cuente todos estos detalles. Una parte muy pequeña, pero ahí se encuentra, martirizando mi cerebro con dudas sobre lo que piensa Cosimo en realidad sobre mi persona.

—Lo que tú digas... —dice tratándome como a una loca—. Yo solo sé que hace tres días que noto a mi hermano diferente. Hoy salió en la mañana temprano dando una vaga excusa sobre unos proveedores. Cosimo nunca deja la pastelería a mi cargo si le quedan cosas por hacer. Desde lo de... —se interrumpe—. Hace tiempo que se volvió un adicto al trabajo, y hoy se marchó sin motivo alguno. Solo sé que estaba con la mirada perdida hacia uno de los boles de cristal, me dijo hasta luego y se fue.

—¡Qué casualidad! Cosimo estuvo por aquí esta mañana —dice la pelirroja (que pronto estrangularé) la mar de animada.

—¡¿Ves?! ¡Loco por ti! —sentencia Tazia feliz.

—Joder, Sandra. Cierra la boquita de una vez. ¿No te das cuenta de que le estás dando alas?

Mi amiga desvía la mirada fingiendo arrepentimiento.

—Tazia, piensa lo que quieras. Tu hermano vino para aclarar algunos puntos

importantes para nuestra relación laboral. Solamente eso, no te montes películas.

—Si nos íbamos a reunir hoy, ¿por qué tuvo que aclarar algo por la mañana contigo? No tiene ningún sentido. No me cuadra.

La condenada es suspicaz. Me estoy poniendo de los nervios.

—No lo sé, Sherlock. Tal vez quería repetir las cosas delante de ti para que te sintieras incluida. —Me levanto de la silla en donde estaba sentada—. Vamos a cerrar ya. No hay nadie, y yo necesito, después de tanta charla sin sentido, un copazo energizante.

Me voy a la trastienda a paso rápido, pero siento a Sandra pisándome los talones.

—¿Por qué la has engañado? —me interroga nada más asegurarse de que Tazia no nos oirá—. Tú nunca mientes, ¿qué te está pasando?

—No me pasa nada. Tan solo no quiero darle esperanzas sobre algo que no es verdad.

Cogemos nuestros bolsos y chaquetas, para resguardarnos del frío nada primaveral que hace estos días, y regresamos al comedor.

—¿Te apuntas a una copa rápida? —le pregunto a Tazia.

—Hoy no puedo, pero gracias. La verdad es que había olvidado el día que es y voy un poco justa de tiempo —responde—. Tengo ballet, me cambiaron la clase a última hora y se me fue el santo al cielo.

—A ballet... ¿No eres un poco mayor para eso? —dice Sandra con curiosidad.

—Solo tengo veintiséis, exagerada —contesta Taz—. No me dedico a ello profesionalmente, pero lo he ejercido durante toda mi vida y lo noto en el cuerpo cuando estoy un tiempo sin practicar. Mi profesora estuvo enferma y nos avisó con un mensaje de que hoy se incorporaba y que a las avanzadas nos daría una clase aunque no nos tocara. Aún tengo que pasar por mi casa a cambiarme.

Antes de que nuestros caminos se separen, intercambiamos números de teléfono junto con la promesa de estar en contacto. Espero que cumplamos nuestra parte del trato. Yo, por mi parte, intentaré que así sea.

A decir verdad, me sentí aliviada de que no viniera con nosotras esta noche. Me cayó súper bien, y otro día insistiré para que se anime a dar una vuelta con nosotras, pero hoy no tengo fuerzas para ello. Si sigue hablando sobre su hermano y su supuesta atracción por mí, me volveré loca. «Porque fuera cierto».

«Joder, ¿de dónde ha salido eso?».

Casi sin darme cuenta, llega el domingo. Esta noche se celebra el cumpleaños de Óscar, y me encuentro ansiosa esperando la hora en la que empezar a arreglarme.

Mi chico caramelo ha estado toda la semana fustigándonos, a Sandra y a mí, con comentarios sobre lo bien que lo pasaremos, y ya no puedo más... Necesito una fiesta. Esa fiesta.

Solo espero que no me haya creado demasiadas expectativas al respecto. Óscar me ha asegurado que sus amigos no son unos críos..., pero conociéndolo como lo hago, no me fío ni un pelo de su palabra. Por si fuera poco, queda el último detalle: las chicas.

Necesito que acudan mujeres. Otras mujeres que no seamos Tazia, Sandra o yo. En otra ocasión podría disfrutar de la atención masculina recibida, pero en una disco en la cual el alcohol va a correr como la pólvora, no sería el coqueteo simple, se echaría a un lado para dejar paso al acoso y derribo más duro.

Rezo porque Óscar sea tan ligón como pretende ser y porque esa jauría de mujeres que (según él) lo persiguen haga acto de presencia.

Tazia me ha asegurado (en una de nuestras habituales charlas desde que nos hemos conocido) que el cumpleaños está muy tranquilo. Todo el mundo ha confirmado su asistencia. Sin embargo, yo no me fío. Al final, me veo en una sala llena de globos de colores pegados en las paredes, rodeada por mesas decoradas con manteles de Bob Esponja y cargadas de botellas de refresco, patatas fritas y mini bocadillos... La tarta, para seguir con la racha de buena suerte, seguro que estará adornada con una foto de Mickey Mouse o con un par de enormes pechos desnudos. No sé cuál opción me espantaría más.

Olvidando mis miedos momentáneamente, empiezo a prepararme con el mismo esmero que para una boda de revista. Pelo: perfecto. Maquillaje: sofisticado. Vestido: rompedor. Cuerpo... fabricado para el pecado.

Esta noche follo. Sí o sí. Ninguna opción diferente a esa me vale. Hace mucho tiempo que no estoy con ningún hombre, espero que eso de que el sexo, al igual que el montar en bici sea, no se olvida sea verdad. Porque si no, estoy apañada.

Tampoco me ayuda lo caliente que me encuentro últimamente. Dicen que el limón

refresca, pero a mí me sube el cuerpo de grados. Porque, seamos serios, toda la culpa es de él, Cosimo. Ese hombre que me enerva la sangre y que me hace querer explorarlo con mi lengua hasta que me quede sin saliva. Espero encontrar a alguien que me relaje de toda esta tensión que siento entre mis piernas acumulada durante estas últimas semanas. No hace falta que me invite a cenar, con que me proporcione varios orgasmos, de esos que hagan tambalear mi mundo, me conformo. No pido mucho, ¿no? A la larga les salgo barata.

Ya mentalizada y preparada para lo que pueda surgir esta noche: cero pelos en mi cuerpo de cuello para abajo, ropa interior sexi y casi inexistente, condones... «¡Sexo, por favor!», pillo un taxi que me deja en la misma puerta del local. A las diez en punto, estoy parada frente a la entrada de la disco. Su nombre, *Diamond*, resplandece contra la noche oscura.

Doy mi nombre en la puerta, asombrada por la seguridad con la que me encuentro. «Es domingo y se celebra un cumpleaños, no un maxi-evento social. ¡Por el amor de Dios, que exageración!».

Entro, dedicándole una gran sonrisa al portero, de aspecto gigante y amenazador, «viendo a este hombre, ya comprendo por qué los llaman *gorilas*», que me deja pasar al interior.

—Que tengas buena noche —le digo al pasar por su lado. Siempre es bueno ser amable con los porteros. Nunca se sabe de qué lio te pueden sacar: colarte en las largas colas, salvarte del típico maniaco salido o incluso invitarte a alguna copa.

Ya dentro del local, me saluda un entusiasmado Óscar. Me abraza con fuerza, elevándose en el proceso y estampándose un sonoro beso en la mejilla al posarme de nuevo en el suelo. Está guapísimo. Se ha puesto un traje negro entallado al cuerpo y camisa blanca sin corbata y desabrochada en el cuello.

—¡Mmmm! Caramelo, ¿estás para comerte! —Me aparto de su cuerpo para mirarlo de arriba abajo—. Nunca te había visto tan elegante. Si esto es lo que te pones para salir, no me extraña que ligués tanto —afirmo.

—Tú sí que estás espectacular, Netta. —Me coge de la mano y me hace girar—. La palabra perfección se queda corta para describirte. Y, encima, has venido como te pedí que hicieras. Has ganado puntos solo con eso.

—Gracias, pelota —digo más que feliz al oír sus palabras que me regalan los oídos—. Me he vestido según tus indicaciones. El cumpleaños es el que manda este

día.

—Ven, sígueme —me dice, guiándome hacia delante con su mano en mi cintura—. Ya han llegado todos.

—¿Soy la última? —pregunto inquisitiva. No me gusta nada llegar tarde a los sitios—. ¿Me confundí de hora?

—No, mujer. Llegaron hace poco. La pobre Sandra no podía ni caminar con el peso de los paquetes que traía consigo. —Una sonrisa se extiende por mi cara. El ganar a piedra, papel tijera contra Sandra y, por consiguiente, salvarme de traer los regalos, y el imaginarme la cara que pondrá Óscar al verlos, me la provoca—. ¿Por qué sonríes de esa forma tan siniestra? ¿Qué maquina tu preciosa cabecita, Netta? — La voz de mi caramelito me saca de mis pensamientos.

—Yo no sonrío de forma siniestra. En todo caso, lo hago de manera oscura y sensual. No lo olvides.

—Lo que tú digas. Pero no me fio de ti ni un pelo. Recuerdo la última vez que me dedicaste ese gesto *oscuro y sensual*, acabé en una fiesta gay en la que pensaban que era el stripper. —Menea la cabeza de un lado a otro—. Algunos de los chicos que conocí allí vendrán esta noche, y por cierto, no te he perdonado. Siempre que los veo tengo que aguantar las bromas sobre que me desnude.

—No te quejes. Te hice un favor.... Si no recuerdo mal, saliste de allí con el número de una camarera de escándalo y con muchos amigos.

—Pero tuve que aguantar que me sentaran en una silla y el cumpleaños se subiera en mi regazo y me plantara un besazo en los labios... eso puedo aguantarlo, las risas son las risas. Pero joder, Netta, ¿tuviste que sacar una foto? Quiero que la borres.

—¡Ni lo sueñes! —grito entre carcajadas—. Es mi póliza de seguros contra ti. Nunca se sabe si tendré que extorsionarte para que me guardes algún secreto...

Seguimos andando entre risas y recuerdos de aquella noche en que lo engañé para que fuera a la casa de mi amigo Eduardo con la excusa de una fiesta de celebración de un divorcio. El muy perverso casi rogó con que lo invitara. «Las divorciadas son muy activas en la cama», me dijo el muy seguro de sí mismo... Cuando llegó a la casa y se encontró con que casi todos eran hombres y encima gays, casi me mata. Menos mal que Óscar es un chico que se adapta a todo y acabó divirtiéndose como el que más.

—¿De qué se ríen tanto? —La voz de Sandra nos llega nada más entrar al

reservado.

—Solamente recordábamos su breve experiencia como animador nocturno. —Mi amiga levanta una ceja, y me obligo a aclararle la frase—. La falsa fiesta de divorciada.

Nada más acabar, mi amiga empieza a descojonarse. Se echa hacia delante y se agarra el estómago con fuerza.

—Joder..., Óscar —logra articular entre carcajadas—. Esa noche fue la bomba. Cada vez que veo la foto en la pantalla del ordenador de Netta, me la parto... Lo único que lamento es no haberte sacado otra foto cuando llegaste y viste el percal que te rodeaba. ¿Y cuando te pidieron que empezaras a desnudarte...? ¡Fue bestial!

Sigue riéndose sin parar mientras Óscar me fulmina con la mirada. Yo pongo mi pose más inocente, le toco la cara con las dos manos y le digo:

—Es que estabas muy guapo esa noche, y ver esa foto siempre me anima. No me hagas borrarla, por favor.

—Eres insufrible, Netta. No sé ni por qué te aguanto... —Me agarra por los antebrazos y me los aparta de su rostro—. Esto me lo vas a pagar muy caro. Que lo sepas...

Se acerca con rapidez hacia mí y pasea su lengua desde mi mentón hasta la frente sin hacer ninguna pausa. Me alejo asqueada y un poco confundida.

—¿Lo has grabado? —Oigo que le pregunta a alguien—. Ahora, estamos en paz.

—Eres un cerdo, caramelo. —Me lo merezco, lo reconozco. Por lo tanto, voy a dejarle disfrutar de esta pequeña *victoria*—. Da gracias de que no te huela mal el aliento, de lo contrario, te demostraría lo rápida que soy en una carrera con tal de golpearte un poco. —Sonrío y paso mi atención al resto del grupo congregado en el reservado—. Hola a todos.

Sentada alrededor de una mesa baja se encuentra Tazia junto con un grupito de personas que no conozco, que al ver que la miro, se levanta a abrazarme. Está guapísima. Pelo recogido en un moño despeinado y maquillaje Nude; lleva un mono enterizo naranja estridente, de manga mariposa, ceñido al cuerpo, cuello redondo, con un gran escote a la altura del pecho, y pata de elefante. «Ahora que tenemos confianza, está bien que le pida ropa, ¿verdad?». Cosimo, al contrario que su maravillosa hermana, no se levanta. Me hace un gesto con la cabeza en forma de reconocimiento, pero puedo sentir su mirada recorriendo las curvas marcadas por mi ceñido vestido

negro y las piernas desnudas... Solo alcanzo a ver de él su pelo alborotado, su cara y su torso embutido en una camisa azul con cuello Mao de la cual lleva el primer botón abierto. Sus ojos verdes parecen refulgir en la semioscuridad de la disco, y yo me muero por sentarme en su regazo y esconder la cara en su cuello.

«No. Con Cosimo, no. Con otro tal vez... Déjate de pensar en tonterías, Netta», me recrimino a mí misma.

En un intento de borrar esos pensamientos extraños de mi mente, me dedico a saludar y conocer a la gente que me va presentando Óscar. La música fluye, y las copas, también. Sandra y yo arrastramos a una reticente Tazia a la pista de baile. Nos lo estamos pasando súper bien. Lo estamos dando todo.

Me acerco a la cabina del DJ a pedirle una canción especial. Una canción que a mi hermano siempre le gustó mucho, me hacía oír una y otra vez en mi niñez, y a la que he terminado por cogerle un cariño especial... Con una gran sonrisa en los labios y una auténtica voz melosa, se la pido a un asombrado pincha. Sé que es inusual, pero esta noche me siento nostálgica.

Regreso a la pista y cuando empieza a sonar *Don't stop (Wiggle-wiggle)*, de The Ourthere Brothers, Sandra, que sabe mi apego por esta canción, comienza a dar saltos de un lado a otro, riéndose mientras baila. Me muevo como las locas, imitando los pasos que Marco y yo hacíamos en el salón de casa. «Como te echo de menos, hermano. Se acerca el día y no creo que estés aquí para ayudarme a sobrellevarlo...».

Terminado el homenaje a mi hermano, y con un, sorprendentemente, entusiasta público que me pide más de esas canciones *antiguas*, me acerco a la cabina del DJ otra vez para llevarlo a cabo. Me doy cuenta, mientras camino, que un chico guapísimo está justo en frente, parado entre las sombras, creo que indeciso sobre acercarse a hablar con el Disc Jockey. Yo, tan resuelta como soy, me dirijo segura hacia él.

—Si quieres que el DJ te haga caso, esa —le digo señalando a sus brazos cruzados sobre el pecho y su ceño fruncido—, no es la actitud correcta.

Me mira divertido y me enseña dos hileras de dientes blancos y perfectos.

—¿Y cuál sería el modo correcto de hacerlo? A lo mejor, podrías explicármelo. Tengo curiosidad por tus tácticas, ya que, por lo que he podido ver, te has camelado a una persona que no suele salirse de su estilo por nada ni nadie, y no solo eso, lo has convencido para que ponga una canción de los 90... Una bastante mala, por cierto. —

Se acerca a mi oído y susurra—. No estoy seguro de qué siento al respecto. Me has dejado intrigado. Tendré que quedarme cerca de ti para enterarme de todos tus secretos.

Huele bien. Es moreno y, por lo que intuyo debajo de esa ceñida americana que lleva, con un cuerpo duro... Me parece que he encontrado un nuevo sabor. Aún no sé cuál, pero no tardaré en averiguarlo. Esta fiesta se pone cada vez mejor.

Le sonrío coqueta. Y mientras lo observo, decido desplegar todas mis armas de seducción en él. Si tengo que deshacerme de mi auto-impuesto celibato, no hay nada mejor que hacerlo con alguien como este morenazo que tengo enfrente de mí.

—A ver... ¿por dónde empiezo? —pregunto más para mí misma que para él. Me doy golpes con el dedo índice en el mentón de forma calculada, para que su atención se centre en esa zona. Mi lengua ha salido a pasear y moja mis labios con deliberada lentitud. Siento sus ojos sobre cada uno de mis movimientos y me siento poderosa. «Esto es a lo que estoy acostumbrada. La reacción que espero que un hombre sienta hacia mí: embeleso»—. Tu postura no es la correcta. Tienes que relajarte. No estás trabajando, estás de fiesta. Se supone que tiene que ser divertido. —Hace un gesto con la boca mientras yo le quito las manos de delante de su pecho para dejarlas caer a los lados—. Tienes que dirigirte a la cabina con resolución y ritmo en el cuerpo. Que el DJ sepa que te estás divirtiendo. Eso le hará entender que lo está haciendo bien y lo pondrá contento y, por lo tanto, más asequible a demandas musicales.

—Entonces, si sigo todas tus instrucciones, ¿sonará la música que yo quiera? —pregunta divertido.

—Si pides algo razonable, sí. Eficacia demostrada nueve de cada diez veces. Perc solo si lo haces bien.

—En tu plan falla algo. No todos disponemos de una figura como la tuya. Creo que eso es lo principal, por lo que tu estrategia tiene éxito. —Posa su mano caliente en mi cintura—. Aunque, si yo tuviera a mano un cuerpo como el tuyo, tampoco dudaría en usarlo a todas horas.

El doble (y sexual) significado de la frase, no me ha pasado desapercibido. Mi mente me bombardea con imágenes bastante gráficas de mí siendo usada, y mi cuerpo, en consecuencia, se ha preparado para ello. Esto va demasiado rápido..., pero me gusta.

—Volvamos esto divertido —me dice aun sin soltar mi cuerpo—. Si consigo con

mi, según tú, *rígida actitud* que el DJ ponga cualquier canción estafalaria que se me ocurra, cenarás conmigo. Si, por el contrario, no lo hace, entonces, yo cenaré contigo. ¿Qué dices?

—Me gusta este juego. Así que jugaré, pero con mis propias condiciones. Si ganas tú, cenaremos. Sin embargo, si gano yo... desayunaremos. ¿Aceptas? —Le tiendo la mano, y me da un firme apretón—. Corre. El tiempo pasa y no tengo toda la noche. Además, me muero de hambre... —Esto último lo digo pasando mi mirada por su cuerpo lo más descaradamente que he sido capaz. Yo también sé lanzar dobles sentidos y, además, soy muy buena con ello.

Se acerca hacia la cabina con los brazos cruzados sobre el pecho. Le hace una seña con la cabeza al pincha y le dice algo al oído. Se da la vuelta con el semblante serio y regresa a mi lado.

—Siento que pasará de ti —le digo con fingida amabilidad—. Bueno, por lo menos te queda el des... —no puedo seguir hablando porque el *Ice, Ice baby*, de Vanilla Ice, se oye en toda la sala. Lo miro asombrada, y él, simplemente, se encoge de hombros como si nada.

—Por cierto, me llamo Germán. —Me da dos besos en mi estupefacta cara y me pasa una tarjeta—. Escríbeme desde que puedas diciéndome quien eres y te llamaré mañana, tenemos una cena pendiente. Ahora tengo cosas que hacer, pero, si quieres, podemos seguir conversando después. Te acompañaré a la mesa con tus amigos.

Me guía por el local y se dirige directo a donde estamos todos reunidos. No me resulta raro que lo sepa porque el sitio no es tan grande y está lleno por la gente del cumpleaños de Óscar. Lo que sí me extraña es que sepa exactamente el reservado donde estoy yo.

Al llegar, una alegre Tazia me abraza. Creo que está un poco borracha. Su hermano está ocupado hablando con unas chicas bastante monas cerca de nuestro reservado, pero puedo notar que no le quita la vista de encima a su hermana, y ahora que he llegado, a mí. Posa sus ojos en el brazo masculino que envuelve mi cintura y los desvía, descartándome. Eso me molesta, y mucho.

—Vamos a dar los regalos —me grita Tazia demasiado alto para mi gusto y tambaleándose un poco. Al final va a ser verdad que está bebida—. Estamos esperando por Óscar.

—Ok. Muy bien, cariño. Esperaré aquí contigo —le hablo como a los niños

pequeños porque aunque tenga mi edad, en estos momentos la veo tan entusiasmada, «y borrachina», que lo parece. Me giro hacia Germán y le digo—: Gracias por acompañarme, no sé qué habría hecho sin ti... —Le doy un casto beso en la mejilla y lo despido cómicamente con un gesto de la mano.

Se ríe al ver el ademán que le he dedicado y se va.

—¡Germán! —le grito para que no se marche—. Soy Netta. —Y le vuelvo a hacer el mismo gesto de antes.

Se marcha dedicándome antes una reverencia de despedida. Observo cómo se mueve, lamentando que su americana me impida comprobar si su culo es tan firme como me imagino.

—Está buenísimo —oigo murmurar a Tazia.

—Ni que lo digas... —replico. «Y estoy deseando probarlo...».

Estoy tan absorta en mis pensamientos sobre los cachetes del culo de Germán, que no me doy cuenta de que Sandra se ha parado a mi lado, lo que es muy raro, ya que es imposible no notar los pesados bultos envueltos en papel satinado color rojo que lleva en los brazos.

—Podrías echarme una manita... —dice moviendo los paquetes de arriba abajo.

—Podrías dejarlos en el sillón que tienes al lado —contraataco.

—Me da miedo que algún borrachín se siente encima sin darse cuenta y los espachurre. Me costó mucho envolverlos como para que alguien los estropee.

—Te recuerdo que tú no los envolviste. Te limitaste a pegar un lazo en cada uno... no te hagas la sufrida conmigo. —Me hace mucha gracia que quiera engañarme. Suena tan segura de sí misma, que creo que ha olvidado que yo estaba con ella cuando convencimos a la dependienta de la tienda en donde compramos los calcetines de que éramos unas negadas en lo de envolver, y, al final, la pobre acabó haciéndonos el grandísimo favor de empaquetarnos con mucho cariño (y asombro), por su parte, las dos muñecas, el lubricante y los calcetines.

—Vale. Entonces me costó mucho traerlos hasta aquí yo sola, ya que alguien, y no quiero señalar a nadie en concreto, hizo trampas en nuestro juego para librarse de llevarlos ella.

—El alcohol te está afectando más de la cuenta. Yo no hago trampas. Nunca. Sabes lo que me cabrea que otros lo hagan... por eso no juego con Marco a nada. Siempre acabamos peleando porque no sabe jugar limpio. —Esta noche me estoy acordando demasiado de mi hermano, debo estar más deprimida de lo que creía. Decido cambiar de tema porque, al final, me veo sentada en la barra del local bebiendo un trago tras otro en vez de retozando con un moreno llamado Germán. «No me voy a arruinar yo sola esta noche. He venido a divertirme», me repito esta frase una y otra vez como si de un mantra se tratara—. He conocido a alguien. A un chico muy guapo, al que me muero de ganas por ver desnudo.

Mi amiga me mira con asombro. Se acerca y posa su mano en mi frente y cuello.

—No tienes fiebre —afirma Sandra estupefacta—. Has ligado. ¡Menos mal Pensaba que te tendría que comprar un anillo de castidad...

—Guárdate ese anillo para ti. Sabes que el único que alguna vez me pondré será el de mi boda. Y como nunca me casaré... —agito los dedos desnudos delante de su cara—. En cambio, puedes regalarme unos zapatos. Ya sabes, nunca se tienen suficientes.

—Déjate de tonterías. Sabes a qué me refiero. No estabas siendo tú misma últimamente. Todo ese rollo que te traías con Cosimo te tenía la cabeza loca.

—No seas exagerada —le digo, y no puedo evitar que mi mirada se desvíe hacia el aludido. Al que acabo de pescar mirándome... otra vez.

—Ahora en serio. Me alegro de verte tan relajada. Sé que durante estas fechas te vuelves un poco apagada, pero lo de este año se lleva la palma. Llevas dos meses casi histérica.

—¿Por qué siempre tienes que ser taaaan extremista? Es verdad que este año estoy un poco más afectada de lo habitual, pero por más que lo pienso, que intento mentalizarme... no estoy preparada para entrar al cementerio y acercarme a la tumba de mi padre a ponerle flores. Guardo demasiado rencor. —Decido ser sincera con mi amiga—. Si Marco no llega a tiempo, me volveré loca. Quiero cumplir con la promesa que le hice al abuelo; no fallarle es importante para mí, pero no quiero ir sola. —La corto con la mano antes de que me interrumpa—. Y sí. Sé que me acompañarás si él no se presenta, pero no es lo mismo. Marco me da la seguridad que necesito para enfrentarme cada año a mi padre. —Cada vez que estoy frente a la lápida, me dan ganas de gritarle a su tumba por no ser valiente, por preferirla a ella antes que a sus hijos... La serenidad de mi hermano es la que me hace cerrar la boca y no quedar como la loca del cementerio por gritarle a una piedra plana—. Si vamos las dos solas, entre el miedo que le tienes a los fantasmas y lo sugestionable que soy yo, saldremos por patas de allí y, antes de que nos demos cuenta, estaremos en mi casa bajo la falsa protección de las sábanas y mantas de mi cama, cagadas de miedo.

Sé, por como mueve la boca (al estilo pez ahogado), que Sandra se está preparando para replicar, pero se calla ante la verdad de mis palabras.

—Te quiero, amiga —le digo, tomándola de las manos—, pero no eres la persona más valiente (paranormalmente hablando) que conozco. Y yo, ese día, necesito eso.

—Está bien —refunfuña, dándose por vencida—. No obstante, si *el bueno para nada* de tu hermano no se presenta, me tomaré tres Trankimazin¹⁴ e iré allí. Te apoyaré en todo lo que pueda. Aunque ese apoyo sea uno casi dormido y,

probablemente, babeante.

Y por esto, Sandra es mi mejor amiga. Es capaz de enfrentarse a sus miedos por mí sin esperar nada a cambio. Es hora de cambiar de asunto porque el alcohol me está llevando a un estado de melosidad empalagosa. Mis ojos empiezan a aguarse y no me he puesto máscara de pestañas *waterproof*¹⁵... «¿Oso panda? No, gracias».

—Basta de hablar de temas serios. —Doy un par de palmadas, cual maestra de escuela queriendo atraer la atención de sus alumnos—. Dentro de un mes se ve muy lejos para mí... estamos de fiesta y he ligado: ¡a celebrarlo!

La noche no ha hecho sino mejorar.

Nuestros regalos han sido todo un éxito. Óscar se puso rojo como un tomate, pero no pudo disimular su curiosidad al ver las fotos en las cajas. Tal vez, porque Sandra y yo pegamos a las imágenes fotos de nuestras caras poniendo morritos. Queríamos darle realismo al asunto...

Hacía tiempo que no me reía tanto. Lo estoy pasando muy bien. Tengo que reconocer que mi caramelito sabe cómo montar una fiesta. Yo, que me esperaba lo peor, he quedado gratamente sorprendida.

Cansada de fingir que no me duelen los pies de tanto bailar y mareada de tanto beber como si estuviera en una de esas fiestas universitarias en las que me colaba cuando Sandra estudiaba, voy al reservado a intentar descansar las piernas (y el cuerpo entero).

Mis zapatos son preciosos, pero me están matando. He incumplido la regla de oro en cuestiones de calzado: Haz el zapato a tus pies. Tendría que habérmelos puesto antes de esta noche. Acostumbrarme a ellos y, de esa forma, prevenir cualquier daño que me pudieran hacer. Me sé un truco infalible para evitar las ampollas en los pies: embadurnar el interior de los zapatos con crema hidratante y caminar con ellos. Al principio resbala un poco, pero el calzado se termina adaptando a tus pies como si de un guante se tratara.

Me recuesto en el asiento, apoyo la cabeza hacia atrás, subo los pies a un lateral de la mesa y cierro los ojos en un intento de relajarme. La música que suena no me lo pone fácil, pero el sopor etílico lleva ventaja. Siento como mis extremidades se van aflojando; poco a poco, mi cuerpo se ha vuelto gelatinoso... Si algún alma caritativa me echara por encima una manta, estaría en el paraíso.

—No tienes aguante —la voz de Cosimo suena distante, pero su tono burlón se

abre paso en medio de mi aturdido cerebro—. No me esperaba eso de la reina de las fiestas.

—No estoy de humor —gruño—. Vete y déjame sola. Estropeas el momento Zen que estoy experimentando en estos momentos.

—Con todo lo que has bebido, tu estado Zen no lo estropea ni un elefante tocando la pandereta con la trompa.

El matiz divertido en sus palabras no me pasa inadvertido. Abro los ojos con la intención de echarle una mirada fulminadora, pero me temo que solo consigo dedicarle una media bizca que me hace parecer cansada y deseosa de una buena cama en la que acurrucarme.

—No puedo creer que hayas dicho eso. Un elefante, dice. Será capullo... —mascullo—. Cosimo, sin coñas. En este instante carezco de la paciencia y el tacto necesario para tratar contigo. Ni contigo ni con nadie, ya que estamos.

—Eres una borrachina muy antipática. Y yo que venía a contarte algo importante...

Deja caer el cebo, y yo, como una tonta, caigo en la trampa. Soy curiosa por naturaleza. Ha conseguido mi completa atención. Me enderezo, doy un sonoro y doloroso tirón a mis piernas, y desincrusto mis muslos desnudos del poli-piel con el que están tapizados todos los sillones y al cual mi tren inferior se había quedado pegado; bajo los pies de la mesa e intento dar una imagen de dignidad ante los ojos de mi atento espectador, obviando el detalle de que si llega a aparecer unos minutos más tarde, seguramente me habría atrapado con la baba colgando barbilla abajo. «Actitud positiva, Netta. Hazte la interesante».

—A ver, ¿qué es eso que querías contarme? —le pregunto realmente intrigada... hasta que recuerdo lo raro que es Cosimo y me vuelvo cautelosa—. ¿No será otra tontería de las tuyas sobre lo de que deje a tu hermana en paz? Porque te advierto desde ya que, si se trata de eso, ahorres saliva, te des la vuelta y te vayas... paso de ti. Me cae bien y voy a seguir siendo su amiga.

—No. Nada de eso. —Se sienta a mi lado, cosa que le agradezco en silencio; de tanto arquear el cuello hacia arriba estaba a punto de darme tortícolis—. Bueno, creo que tengo que agradecerte por algo más... —lo oigo murmurar para sí mismo—. Tazia está mucho más contenta, mucho más suelta. La noto más extrovertida desde que te conoce y sé que es debido a la loca de Sandra y a ti. Te lo agradezco.

—No hay nada que agradecer. Tu hermana nos cae muy bien —le digo sincera—.

A veces se comporta como una madre superiora o como una insípida virgen... pero es muy simpática. Además, hacer que se asombre y se sonroje es uno de mis pasatiempos favoritos.

—Siento desilusionarte. Lograr ruborizar a mi hermana es una de las cosas más fáciles de conseguir. Mira el mundo de diferente forma que nosotros, los simples mortales quemados por la vida que nos ha tocado vivir...

—Te has puesto todo filosófico. Joder, Cosimo... eres un chico enciclopedia. ¿Quién lo iba a decir...? —me burlo, aunque soy consciente de que está siendo irónico—. Ahora empezará a parafrasear a Sócrates y me soltará algo parecido a eso de: «yo solo sé que no sé nada».

—Lo que tú digas —dice, levantando los hombros—. Lo que quería decirte antes de que, nada sutilmente, me desviaras del tema, es que por fin me he atrevido a llevar mis...

La presencia a nuestro lado de un cuerpo masculino lo silencia. Alzamos la vista y nos encontramos con un taciturno, y muy atractivo, Germán.

—Ya es *más tarde* —dice, taladrándome con la mirada—. Te dije que vendría a buscarte, pero si estás ocupada —hace un gesto con la cabeza señalando a Cosimo—, lo intentaré luego.

—No. No —me apresuro a decir—. No hablábamos de nada importante. ¿O sí? —Desvío mi atención a mi silencioso acompañante con la esperanza de que hable de una vez o que desaparezca por arte de magia.

—No corre prisa. Podemos dejarlo para otro día. —Se levanta y se da la vuelta sin ni siquiera dedicarme una última mirada—. Ya nos veremos.

Su actitud indiferente no me afecta. No. Para nada. «No te mientas a ti misma Netta. Querías que te viera con otro chico, supiera lo que se está perdiendo y reaccionara de alguna forma». «Cosimo Olivetti, eres un capullo».

Tan absorta estoy en mis pensamientos, que no noto cuando Germán me toma de la mano hasta que siento un tirón que me pone en pie de un brinco.

—¿Preparada para nuestra cena? —me pregunta, pasando su brazo por mi cintura.

—¿Eh? ¿Cena? —Me contorsiono un poco y logro colar la mano por el pequeño hueco que deja este escaso trozo de tela (a la que llamo ropa) a la altura de la axila y pillar mi móvil de la copa oculta del vestido. Miro la hora—. Son las 03.17 de la mañana. No es hora de cenar. Y, si te soy sincera, solo tengo ganas de meterme en la

cama.

—Eso suena como un buen plan para mí. Podría prescindir de la cena. —Los ojos le hacen chiribitas y me pega más a su cuerpo—. Estoy muerto de hambre, pero ya encontraré algo a lo que hincar el diente.

—¡Sooo, muchacho! —El brillo pícaro de sus ojos se va opacando—. Meterme en la cama sola. Estoy demasiado cansada para nada más.

—Podría hacer que cambiaras de idea.

—Germán, créeme cuando te digo que si estoy cansada, nada ni nadie puede hacer que me anime. Podría ver en mi casa a Brad Pitt en pelotas haciéndome su famosco baile del balcón y me daría la vuelta en la cama y seguiría durmiendo.

—Estás agotada. Lo pillo. —Parece que mi gráfica explicación lo ha convencido—. Déjame tu móvil y desbloquéalo, por favor —me pide.

Hago lo que me dice, demasiado confusa y cansada como para cuestionarme sus acciones. Veo como lo maneja sin saber qué es lo que hace en realidad.

—Me acabo de añadir a tu agenda y me he enviado un Whatsapp. —Me lo devuelve—. Ahora te tengo fichada. Me debes una cena. No dejaré que te escaquees.

—Soy una mujer de palabra —«casi siempre»—. Si te dije que iría a cenar, cumpliré. Bueno, a menos que tu idea de una cena ideal sea llevarme al bar cutre de mi barrio y pedir una hamburguesa a compartir...

—¿Cómo? —pregunta ofendido, y su reacción hace que quiera reír—. Me ofendes, mujer. Nunca haría algo así. Pediría también una de patatas, así no nos quedaríamos con hambre.

—¡Uff! ¡Menos mal! —digo con un falso suspiro—. Creía que serías de aquellos a los que les va encandilar a las damas con una buena cena a base de solomillo o langosta.

Nos reímos, y las vibraciones que producen nuestros cuerpos unidos hacen que quiera restregarme un poco más contra él. Tiene un cuerpo duro al que me encantaría sentir sin nada de tela interponiéndose entre nosotros, sino tuviera tantísimo sueño.

—No te preocupes, Netta. Cuando te lleve a cenar, no quedarás insatisfecha. Te lo prometo. —Y, efectivamente, su expresión promete placer carnal. Y con lo de carnal, no me refiero a la carne de ternera precisamente, sino a los múltiples de orgasmos que me dará.

De repente, siento una necesidad casi imperiosa de abanicarme... «¿Hace calor

aquí o soy yo sola la que lo siento?». Noto como sus dedos recorren mi espalda desnuda en una suave caricia y como la piel se vuelve de gallina en respuesta a su toque. Sin embargo, a este juego, el de la seducción, nadie me gana. No soy una núbil e inexperta muchachita en su primera verbena de verano. Le atrapo la mano, obligándolo a que, casi, me acaricie el final de la espalda y lo que le sigue.

—Eres un hombre muy seguro de ti mismo y de tus posibilidades. —Me paso la lengua por los labios de una forma lenta y húmeda—. Creo que no pareces entender que soy una mujer que no se aguanta con cualquier cosa. Solo me conformo con lo mejor, y cuando lo tengo delante, no soy capaz de parar hasta que me siento totalmente repleta de goce alimenticio. —Dejo que mis dedos salgan a pasear por su pecho, entremetiéndose por los huecos que dejan los botones de su camisa y tocando una piel libre de vello—. No es la primera vez que me echan de un buffet. Te quedarías sorprendido de mi resistencia al comer.

Sus pupilas se dilatan, y pienso: «Pillado», seguido de un «demasiado fácil».

—Vamos a mi casa —dice con excesiva rapidez, confirmando mis pensamientos—. Dejémonos de juegos. Lo estás deseando.

—Estoy tentada a aceptar, pero realmente estoy cansada —le digo con esa voz mimosa que he aprendido a usar para que los hombres no se sientan ofendidos por mis negativas—. Ya hablaremos. Llámame y quedamos esta semana. Voy a despedirme de Óscar y de los chicos. —Le doy un beso en la comisura de los labios—. Tienes mi número. Úsalo.

—Espera —me dice mientras me estoy separando de él—. ¿De verdad no quieres que te acompañe?

El chico es persistente. Se lo perdono porque está como un queso.

—No. Estoy agotada. Necesito dormir, y si me acompañas, no podré hacerlo, pero tampoco seré una buena compañía para ti.

—De acuerdo. No insistiré más. Por lo menos déjame acompañarte al coche o a pillar un taxi.

—No te preocupes, de verdad. Mi amiga Sandra seguramente se vendrá conmigo. Puedes irte tranquilo. Ahora que lo pienso, ¿con quién has venido tú? ¿Eres uno de los amigos de Óscar?

—Se podría decir que sí. Somos conocidos, pero he venido solo. Le diré adiós y me marcharé también. Si te vas tú, ya nada me impide irme.

«¡Alerta de empalagoso! Estás a punto de sufrir una sobre dosis de azúcar... ¡Huye mientras puedas!», grita mi mente. Suena exagerado incluso para mí, de modo que prefiero ignorarla.

—Adiós, Netta. Te llamaré en estos días.

—Hasta pronto, guapo.

Con un último abrazo, nos vamos cada uno por nuestro lado.

Me voy despidiendo de todos, incluyendo a una muy borracha Tazia y a su hermano, hasta llegar a mi caramelito, al que encuentro enroscado con una rubia en la barra.

—¡Hey, caramelo! Para de compartir saliva y despídete de mí como es debido.

Abre los ojos y se separa de la fogosa chica entre sus brazos. Se levanta y me da otro de sus abrazos de oso.

—Te vas muy pronto, señorita Belluci. Aunque... ya te he visto ocupada hablando con Germán, creo que tu noche aún no ha acabado. —Mueve las cejas sugestivamente—. Al final te has ligado al dueño del local. Si lo llego a saber, te traigo cuando vine a negociar el precio, me habría salido más barato.

—¿El dueño del local? ¿Estás seguro? No me comentó nada.

Estoy sorprendida y un poco desengañada. No entiendo por qué no me lo dijo, ¿acaso tengo pinta de caza-fortunas?

—Joder, caramelo. Eso tendrías que habérmelo contado antes —digo, tratando de disimular el malestar que siento—. Las botellas de champagne habrían volado. Me voy, sigue a lo tuyo, pero ya sabes: Si no quieres un bebé llorón, abrígate con un condón.

Le doy dos palmaditas *cariñosas* en la cara y me marcho en busca de Sandra.

Mientras recorro el local escaneándolo minuciosamente a ver si encuentro una señal de mi amiga, ni siquiera me molesta el que Germán, *el manda más*, no me lo haya contado. Una epifanía llega a mí: Si Germán es tan bueno en la cama como lo es en mi imaginación, será casi perfecto. ¡Guapo, rico y portento sexual! ¿Qué más puede pedir una mujer de un hombre al que acaba de conocer?

Ya tengo un nuevo sabor en mi vida: Chocolate imperial. Cremoso chocolate con trocitos de mucho más chocolate... Es el helado perfecto para una golosa como yo, y no puedo esperar a probarlo.

Localizo a mi mejor amiga sentada en un rincón del local. Está taciturna, con el

móvil en la mano. Me acerco, le toco el hombro, levanta la cabeza y me dice:

—Mi madre está en el hospital... otra vez.

14 Medicamento tranquilizante o ansiolítico.

15 Resistente al agua.

Mi ideal de tiempo libre no incluye *acampar* casi dos días en un hospital aguantando a la madre de mi amiga, una borracha desagradable, pasando por una versión minimizada del síndrome de abstinencia por las drogas contra el dolor que le administraban, pero... es lo que hay. Quise estar allí porque eso es lo que se hace por la familia: aguantar a cabronas insoportables. Solamente por no protestar ante las variopintas y absurdas quejas de Marta, deberían santificarme, y a Sandra también.

Pensaba que volviendo a la rutina del trabajo, me distraería, pero no es así. Hoy amanecí con un cielo gris y húmedo que me acompaña durante toda la jornada, y eso no es bueno para el negocio de los helados. Por suerte, este lluvioso día de primavera ya casi se está acabando.

Estoy sola en la heladería, ya que mi amiga se ha que quedado en casa de su madre para acomodarla. Los pocos clientes habituales que tenemos han huido de esta lluvia intermitente que lleva mojando las calles desde el amanecer. Si a todo eso le sumamos que es martes, poco puedo hacer...

Aún quedan dos horas para el cierre, en las que me temo que el aburrimiento podrá conmigo. Con todo limpio y ordenado, a falta de guardar el género, no queda mucho por hacer...

Me siento en el sofá de mi abuelo y observo las fotos antiguas que todo el mundo piensa que son parte de la decoración (que lo son), cuando en realidad son mucho más que eso. Forman parte de mi vida, y en cada uno de los retratos hay un poco de mí.

Mis ojos vagan por los retratos, pero acabo por centrarme en uno en concreto. Una foto vieja, desgastada por el tiempo, y una de las primeras de Marco: mi padre, sentado en este mismo sillón en el que me encuentro, me mantiene en su regazo, y yo, a mi vez, mantengo apretada contra mi pecho su vieja cartera de cuero... de la cual decía que era de uso obligatorio para todo profesor que impartiera una asignatura tan aburrida como lo hacía él. Enseñaba historia y, aunque se burlara, realmente lo adoraba.

Recuerdo ese día como si fuera ayer porque fue en el que cambió mi perspectiva para ver el mundo. Me cambió para siempre:

Abrí la cartera y saqué de su interior la foto de mi madre que siempre lo

acompañaba.

Mi madre era el epítome de la belleza. Pelo y ojos negros, pestañas tan espesas que se notan hasta en esta foto, cuerpo lleno de cuervas... Irradiaba algo sobrehumano, y yo ansiaba con todas mis fuerzas parecerme a ella, aunque solo fuera un poquito. Pero a los trece años, con el pelo rebelde, ortodoncia y gafas de pasta... lo único que salía de mi persona era lástima.

—Papá, ¿soy bonita? —le pregunté deseando que me dijera que era lo más bonito de su vida.

—Sí, nena. Muy bonita.

—¿Tanto como ella? —insistí, señalando la imagen.

Tomó la foto entre sus manos y la observó mientras acariciaba la cara morena de mi madre con el pulgar.

—No, cariño. Siento decirte esto, pero aunque eres preciosa, nunca serás como ella —dijo sonando apesadumbrado—. Tu madre era tan guapa, que todos se giraban a mirarla. Solo era por su belleza, emanaba esa seguridad que suelen tener las personas que saben que son hermosas, que saben que con un simple parpadeo te podían dominar... tu madre iluminaba cualquier habitación en la que entrara. Ella iluminaba mi vida.

Duras palabras para dedicárselas a una adolescente, pero, sin embargo, hicieron mella en mí. Me convertiría en esa madre que no conocí y la superaría. Ella iluminaba las habitaciones... yo las deslumbraría.

No por la gente, sino para encontrar, aunque fuera solo una vez, una persona especial que hablara de mí con la misma adoración con la que mi padre lo hacía de una mujer que lo abandonó con dos niños pequeños. Por recibir la completa aceptación, aunque no me la merezca... para que me amaran con esa pasión desinteresada, para ser parte de alguien y, por fin, sentirme completa.

Lo más gracioso de todo era que, entre la gente que más me adoraba, menos especial me sentía. Porque, ¿por qué no me querían cuando tenía aparato o cuando me sentaba sola en el patio suplicando atención?

Con el tiempo, ser Simonetta la alegre, la fiestera, la popular... llegó a formar parte de mí, como otras de las muchas peculiaridades de mi personalidad a las que me acostumbré a no mostrar a los demás por miedo al rechazo. Solo me permitía

comportarme como yo misma delante de mi pequeño grupo secreto: mi abuelo, Marco y Sandra.

No me miraban mal si no quería salir a bailar o a conocer chicos, sino que si me apetecía pasar el día entero en la heladería aprendiendo o leyendo un libro, me apoyaban y me alentaban a hacerlo.

A los años, cuando pude entender los sutiles matices de la vida, supe que mi padre sufría desde hacía muchos años una fuerte depresión consecuencia del abandono de mi madre... estaba obsesionado con ella y no tenía ojos para nadie más, ni siquiera para sus hijos.

Aprendí que no todo es blanco o negro, pero el mal ya estaba hecho. En mi mente, ser hermoso y popular equivalía a que te amaran, aunque, por ahora, nadie había sido capaz de demostrármelo... ¿Cuándo encontraría a alguien a quien amar?

El sonido de la puerta me saca de mis sombríos pensamientos. Levanto la mirada y allí, en la entrada, encuentro a un empapado Cosimo con su nevera colgada al hombro. Lo miro sin hablar, dejándole ver por un instante lo vulnerable que me siento.

—Hola, Simonetta —saluda—. ¿Te encuentras bien?

—¿Alguna vez has deseado algo con intensidad pensando que es lo que te hará feliz, para después descubrir que era todo lo contrario?

Me mira fijamente.

—Sí, Simonetta. Lo he hecho —me contesta y se sienta en una silla en frente de mí—. Por suerte o por desgracia para mí, aprendí bastante pronto que lo que más deseas no es lo que más te conviene o lo que te hará realmente feliz.

Durante un minuto, que se me hace eterno, solo nos dedicamos a observarnos. El silencio entre nosotros es un vacío que se siente cómodo.

—¿A qué has venido, Cosimo? —le pregunto intrigada—. Sé, por una extraña razón que desconozco y que nunca me has explicado, que no soy tu persona favorita. Óscar ha venido esta mañana. ¿Te debo dinero? —lo interrogo—. Es la única solución que se me ocurre para que estés aquí voluntariamente.

—He venido a darte las gracias, que es lo que te quería decir la otra noche en la fiesta —contesta sin negar que le caigo mal—. Tras ver tu reacción a mis dulces, me atreví a no solo servirlos aquí y en mi tienda, sino a llevarlos a varios restaurantes... Han sido todo un éxito. Me han duplicado los pedidos —explica contento—. Eres mi talismán. No me habría arriesgado de no ser por ti.

—¿Y cuál llevaste? —le pregunto sabiendo la respuesta de antemano.

—El mousse de chocolate blanco y crocante de naranja.

Al recordar mi entusiasta reacción, me sonrojo al instante.

—Estaba muy bueno —logro decir.

—Por lo menos eso de que tienes un paladar de oro es verdad... —dice dando a entender que está hablando de la mentira sobre la propiedad de la tienda—. Te he traído algo nuevo en agradecimiento.

Lo veo poner la nevera encima de la mesa, preparándose para sacar lo que se encuentra en su interior.

—Pues a mí me da la impresión que lo que quieres de verdad es que pruebe otro de tus experimentos y te diga qué tal...

—Bueno, eso también —dice, embozando una sonrisa que lo hace parecer aún más guapo—, pero, sobre todo, es por agradecimiento.

—Vale, pero con una condición —accedo—: no estoy de humor para dramas y no me apetece estar sola, así que fingirás lo que nos dure el acabarnos el dulce y un café, que no te soy repulsiva y serás amable conmigo.

—No me das repulsa —replica.

—¿Prefieres café o té? —pregunto ignorándolo. Parece no entender que no estoy para peleas estúpidas ni que tampoco le he pedido explicaciones.

—Café. Solo, con tres de azúcar.

—¿Por qué no te echo el café directamente en la azucarera? Sería más fácil de remover... —digo con una sonrisa mientras me acerco a la máquina—. Chico, de repente me han invadido unas ganas terribles de verte la dentadura... contar tus caries será muy entretenido.

Se ríe. Una risa de verdad. Un sonido ronco, pero feliz. Estoy asombrada.

—¡Eh! Me gusta el azúcar, pero también cuido a mis preciados dientes. No quiero perder mi deslumbrante sonrisa.

—¿Acabas de hacer una broma? —pregunto estupefacta.

—No. He dicho una gran verdad —contesta serio—. Mi sonrisa es preciosa. Ya sabes, eso de «tus dientes son perlas», se inventó por mí...

Y emboza otra sonrisa perfecta. No puedo evitar estar de acuerdo con él... es deslumbrante. Qué pena que no lo haga a menudo.

Solo espero que, pasado este pequeño paréntesis, no acabemos peor de lo que

estábamos y pueda disfrutar de más gestos como aquellos.

Miro el reloj asombrada por sentirme tan cómoda hablando de todo con una persona que no puede ni verme y, para mi casi completa estupefacción, con la que la conversación parece fluir sin esfuerzo. Ningún tema es tabú. Hablamos durante lo que parecen horas, aunque solo ha pasado, como mucho, una.

Le he hablado incluso de la relación que mantenía con mis padres, o más bien, de la falta de relación que mantenía con ellos; de mi abuelo, del que recuerda muchos detalles que me hacen reír; de mi hermano y de Sandra.

—Estoy muy cómoda hablando contigo, pero tengo que empezar a recoger —le digo con pereza. Me lo estaba pasando muy bien y me da pena que se acabe—. No hace falta que te vayas aun, sigue comiendo tranquilo. Yo me dedicaré a bailar a tu alrededor haciendo lo mío. Por cierto, ¿cuántos dulces te has comido ya? ¿Tres, cuatro? Ya he perdido la cuenta... esta noche seguro que no cenarás.

—¡Eh! Que no he sido yo solo... me haces sentir como el glotón del barrio. Tú has comido tanto como yo.

—No me lo recuerdes —le pido mientras me paso las manos por el vientre—. Tendré que esforzarme el doble para evitar que estas exquisiteces que me acabas de dar a probar se acoplen permanentemente a mi cuerpo. ¡Ah! Y por si no había quedado lo bastante claro, te odio por ello.

—Las mujeres y sus quejas. Parece que nunca están conformes con nada. Tienes un cuerpo precioso, Simonetta, no creo que unos cuantos dulces vayan a afectar tu metabolismo y hacer que, de repente, parezcas una ballena.

—Olvidas una cosa, Cosimo: somos italianos. O por lo menos, yo lo soy en parte. Italia está repleta de mujeres voluptuosas (que no gordas) que tienen demasiada carne. Es sexi, lo admito, pero a mí no me favorecería nada. Me gusta mi cuerpo tal y como está. Tal vez, algún día, cuando me quede embarazada de mi segundo o tercer hijo me plantearé dejarme un poco. Pero por ahora me encanto a mí misma.

—¿Quieres tener hijos? —pregunta sorprendido—. No pareces de las chicas a las que les atraen las noches en vela cuidando a un bebé llorón y las fiestas del vómito.

—Si los pintas así, ninguna mujer querrá tener hijos nunca. ¡Por Dios, Cosimo Que negativo que eres... Cuidar un bebé tiene sus cosas negativas, es verdad. Pero lo positivo lo supera con creces. Estoy deseando que pasen dos años y pueda quedarme embarazada. Seré la madre que siempre quise para mí.

Me fijo en cómo me observa y me animo a seguir hablando. Parece que lo he vuelto a sorprender, y sorprender a Cosimo se ha convertido, de repente, en una de mis cosas favoritas.

—No me importaría ver crecer mi vientre poco a poco. Notar como una vida crece dentro de ti tiene que ser una pasada. Estoy convencida de que seré una buena madre. —Frunciendo el ceño, me obligo a puntualizar—: Por lo menos siempre estarme allí para cuando él o ella me necesite. No desatenderé mis responsabilidades.

—Lo dices en serio, ¿verdad? —Cosimo está sorprendido y no puede evitar que su tono lo delate—. Joder, Simonetta, te he juzgado peor de lo que creía. Te pido disculpas. A partir de ahora, si tú quieres, vamos a empezar de cero. No dejaré que mis prejuicios afecten mi percepción de la realidad, y mucho menos en lo que a ti se refiere.

Asombrada y eufórica al mismo tiempo de que por fin haya recapitulado en lo que a mí se trata, le contesto:

—Yo estoy dispuesta a intentarlo, Cosimo. Si no te gusta algo de mí, simplemente dilo. No te aseguro que vaya a cambiarlo, pero por lo menos sabré a qué atenerme contigo. Si te digo la verdad, estoy un poco cansada de nuestra fingida relación cordial.

—No te prometo que vayamos a ser amigos íntimos, pero me intrigas. Como mínimo, quiero tener la certeza de que te conocí sin ninguna sombra delante. Me gustaría formarme una opinión sobre ti que no estuviera empañada por los recuerdos.

—Algún día tendrás que decirme a que recuerdos te refieres. No soy perfecta, lo sé, pero me gustaría que me conocieras por como soy realmente, no por los fantasmas dentro de tu cabeza.

—Tenemos un trato. —Me tiende la mano y la estrechamos sellando el pacto—. A ver, proyecto de nueva amiga, dime qué es lo que haces para bajar todo lo que zampas por esa boca. No es normal estar tan flaca comiendo tanto.

Acepto gustosa el cambio de tema. Soy consciente de que lo está intentando y yo también lo voy a hacer. Voy a respetar mi parte.

—Te agradezco lo de flaca, pero digamos que soy normalita. No hace falta que me hagas la pelota. Ya somos casi amigos, puedes decirme la verdad —le contesto en broma—. Corro todas las mañanas. Me voy a El Retiro y hasta que no le doy, como mínimo, dos vueltas no me voy a casa.

—¿A qué hora es temprano para ti?

—Normalmente estoy en la entrada del observatorio sobre las seis y media de la mañana, pero voy corriendo desde casa, así que corro desde más temprano.

—Yo siempre he sido un corredor nocturno, pero creo que voy a cambiar de horario por una temporada... Si aceptas un compañero de carrera, claro.

—Vale, nos vemos allí. Espero que puedas seguir mi ritmo, no me voy a frenar por ti.

—Hace bastante que no corro en serio, espero no quedarme atrás. Si me ves echando los pulmones por la boca, no te asustes.

Empiezo a recoger lo poco que me queda, ya que había adelantado trabajo durante la solitaria tarde, y Cosimo se coloca a mi lado para ayudarme. Le indico que solo tengo que guardar el género en las cámaras frigoríficas y limpiar las neveras por dentro. Mientras él guarda, yo paso el paño, y en un pis-pas ya está todo hecho.

—Bueno, señor pastelero. Me ha encantado todo, pero ya es hora de irse. Si aún tienes hambre, podemos ir a picar algo por ahí. Yo estoy llena, pero te acompañaré si quieres.

—Si yo como algo tú tamb...

El ruido de la puerta lo interrumpe. La gran figura de Germán irrumpe en el local. Algo que me sorprende, ya que solo hemos hablado unas pocas veces durante estos días pasados.

—Netta, cariño, ¿ya has acabado? Pasaba por aquí cerca y se me ocurrió darte una sorpresa y venir a buscarte.

Se acerca y me da un cariñoso beso en la mejilla.

—Hola, te recuerdo de la fiesta de Óscar. —Mi guapo casi-amigo con derechos saluda amigablemente a mi recién proclamado casi-amigo formal—. Soy Germán.

—Cosimo —le contesta—. Yo también te recuerdo. Trabajas en el *Diamond*, ¿no?

—Bueno, no solamente trabajo allí, en realidad, soy el dueño —dice Germán—, vente a tomar algo cuando quieras. Estás invitado.

—Creo que aceptaré tu ofrecimiento. Has conseguido algo bueno con ese sitio. Me encantó el ambiente —accede, aunque me suena falso. No sé... tal vez me lo esté inventando, pero noto a Cosimo raro. No natural.

—Gracias. Me costó mucho trabajo el dejarlo como yo quería. Los contratistas de hoy en día no saben seguir muy bien las instrucciones. —Se gira hacia mí—. Nena, ¿te

queda mucho? He aparcado en doble fila.

—Ya he acabado, pero pensaba ir a cenar con Cosimo.

—No te preocupes por mí. Creo que no me va a entrar ningún alimento más en el cuerpo—interrumpe y me dedica una sonrisa que me resulta todavía más falsa que sus palabras anteriores—. Vaya a divertirse, señorita.

Se acerca y me da un beso en la mejilla contraria a la que ha besado Germán. Le dice adiós y abre la puerta.

—No olvides nuestra cita de mañana.

Sale y cierra tras de sí, dejándome apenada por no haber insistido más en que se quedara y cenara conmigo.

Tengo al lado a un hombre que con cada mirada que me dedica me promete diversión y sexo sin límites, y yo me siento aturdida, porque lo que de verdad me apetece hacer es salir y hablar con el huraño y extraño hombre que se acaba de marchar. Un hombre que cada vez me tiene más y más fascinada.

Al oír el *click* de la cerradura, me giro hacia mi inesperado visitante que se encuentra observando con detalle todo lo que le rodea.

—Me encanta el local, Netta —dice—. Pero, si me permites una sugerencia, ese viejo sillón no pega con la decoración.

Por ahí sí que no paso. La butaca de mi abuelo es intocable.

—Menos mal que no he pedido ni necesito tu opinión —le recrimino—. Me importa bien poco si pega o no. Lo tengo por motivos sentimentales, lo demás da igual.

—Perdona, mujer. No lo dije en mal sentido, es solo el que su color no parece concordar con todo lo demás... —se disculpa—. Yo también mantengo algunas cosas viejas de las que no me apetece deshacerme.

Me abraza y me pega contra su cuerpo al mismo tiempo que comienza a mordisquearme el cuello. Va demasiado rápido, y no me siento cómoda. Es verdad que normalmente soy más lanzada y que en otras circunstancias le daría la bienvenida a mi cuerpo con los brazos (y las piernas) abiertos. Sin embargo, parece que hoy no es uno de esos días.

Me despego de Germán con la excusa de ir a buscar mi bolso y me dirijo a mi oficina. Al ir a apagar mi ordenador, me doy cuenta de que tengo un correo entrante. Es de Cosimo. Lo ha tenido que enviar desde el móvil.

De: theoc@gmail.com
Para: fresasimonetta@gmail.com
Asunto: Nueva amiga.

Solo decirte que me alegro de haber pasado esta tarde hablando y comiendo contigo. Eres una persona interesante, Simonetta. Ha sido para mí una grata sorpresa el poder llegar a conocerte mejor durante este pequeño rato juntos.
Besos, Cosimo.

P.D. No olvides que mañana tenemos una cita. No te acuestes tarde, tienes que conservar todas tus fuerzas para la carrera matutina.

Me acabo de quedar patidifusa. Ya no más saludos, ahora me envía besos. Estamos mejorando.

Vuelvo al comedor y veo a Germán mirando las viejas fotos en la pared.

—¿Ves algo por lo que quejarte? —le pregunto de forma maliciosa.

—¿Esta eres tú? —Señala una foto en la que se ve a una versión mucho más joven y desaliñada de mí leyendo y evitando el objetivo de la cámara con gesto avergonzado. No es mi mejor foto, lo admito, pero es una de las primeras de Marco y se merece un sitio en mi pared de los recuerdos.

Asiento con la cabeza.

—Has cambiado mucho. Te has convertido en una mujer espectacular, Netta. —Se gira y me acaricia la mejilla con suavidad—. El patito feo se convirtió finalmente en un hermoso cisne. Eres deslumbrante. Me deslumbras.

Y, por fin, oigo las palabras que siempre he querido oír. No obstante, por raro que parezca, no siento satisfacción al escucharlas, sino vacío.

«No siempre lo que quieres es lo que necesitas», repito para mí. Lo acabo de descubrir, y la confusión que noto en mi interior me desborda. Me pregunto si mi madre, alguna vez, se habría sentido como yo en este momento. Por un instante, me replanteo mis antiguas creencias. «¿Es malo querer ser algo más que una cara bonita?».

Paseo mi mirada por las fotos y me cruzo de frente con una imagen de mi padre, y recuerdo su tono de adoración cuando hablaba de ella y su belleza. «No. No es malo», me contesto. «Visualiza tu objetivo, Netta. El verdadero amor solo se encuentra si eres hermosa. No te conformes con menos».

—Llévame a tu casa, Germán —le pido, embozando mi pose más coqueta y sensual
—. Tengo ganas de divertirme.

Esto es lo que necesito para despejarme la cabeza: un baile vertical de cuerpos sudorosos.

A llegar a su piso, no hay ninguna zona de mi cuerpo que Germán no haya tocado, aun por encima de la ropa. Entramos besándonos, eufóricos por devorarnos el uno al otro. Le doy una última lamida juguetona, lo empujo contra el sofá y empiezo mi *show*, uno que no falla en dejar locos a mis amantes... empiezo a desnudarme sinuosamente, al ritmo de una melodía que oigo en mi cabeza, con esa seguridad que me da el ser guapa y saberlo; y al juzgar por el hinchado bulto que noto en la zona de la entrepierna de mi acompañante, él también lo cree.

Doy las gracias por tener un buen par de pechos que eclipsan mi sosa ropa interior negra. Los junto para que los vea, para que los imagine contra su cara, dentro de su boca...

Me quito los zapatos lanzándolos hacia un lado y desabrocho el botón de mi pantalón. Dándole la espalda, me los voy bajando por las piernas y, como haría una buena *stripper* para su cautivado y entusiasta público, me doblo casi tocando las puntas de mis pies, otorgándole con ello una buena vista de mi trasero y mi sexo enfundados en unas recortadas braguitas. A través de mis piernas, puedo ver su deseo por mí. Me enciende pensar que si lo hago bien, lo tendré a mis pies... me vuelve loca.

Me enderezo con la espalda bien recta y me doy la vuelta. Dejo a mis manos vagar por todo mi cuerpo hasta pararse en mi cabello. Elevo mi pelo por encima de mi cabeza con un brazo mientras que con el otro recorro un lento camino por mi cuello, busto y abdomen hasta llegar a mi caliente sexo por encima de mi ropa interior. Quiero que sepa que sé lo que quiero y que no me da miedo mostrárselo.

El brillo en sus ojos me hace consciente de cuanto me desea y de que no puedo seguir alargando este juego mucho más. Me acerco hasta que sus rodillas chocan con las mías, pero no hago ademán de tocarlo. Suelto mi sostén, pero antes de que se deslice por mis hombros, amaso mis pechos con suavidad por encima de la lisa tela del sujetador. Todo ello sin apartar mi mirada de sus ojos.

—¿Por qué te detienes? —pregunta con una brusquedad que, estoy convencida, es

debido a la excitación.

—Estoy creando expectación —le respondo con una sonrisa burlona—. No tengo ninguna prisa. La noche sola ha comenzado.

—No es momento para juegos, cariño —dice—. No estoy expectante, estoy ansioso... y eso, en este momento, no es agradable. Quiero hacerlo bueno para ti, pero si sigues así, todo esto terminará mucho antes de que eso ocurra.

Una alarma multicolor resuena en mi mente, «qué no sea eyaculador precoz, por favor...».

Retiro el sujetador de mi cuerpo, me agacho entre sus piernas y tiro de su cabeza hacia mí. Nos besamos mientras sus dedos juegan con mis pezones, pellizcándolos y haciéndolos girar entre sus dedos.

Mi sexo vibra de anticipación cuando me levanta y hace rodar mis bragas por mis piernas. Se desabrocha el pantalón y se elevaba del sofá para sacar un condón de su bolsillo delantero, «alguien sabía que tendría suerte esta noche», y empujar la tela vaquera hacia sus rodillas, llevándose consigo los calzoncillos y dejando al a vista una larga y morena polla que cubre con el condón con una rapidez que me sorprende.

Me coloca a horcajadas encima suyo, me pasa un dedo para comprobar que estoy lo bastante mojada para la penetración y me presiona contra él introduciéndose en mí poco a poco. Al momento en que nuestros pubis se tocan, comienzo a moverme a un ritmo castigador que me lleva fácilmente al orgasmo. Solo busco satisfacerme y no me importa que lo note.

Tras esa repentina ola de placer, no me siento satisfecha, me he quedado con ganas de más. Estimulo mi clítoris frotándome con mayor fuerza contra él. Vuelvo a correrme con fuerza, hasta que ya no puedo moverme. Aún unidos, apoyo mi frente contra su hombro, intentando acompasar mi respiración. En el momento que lo consigo, levanto la mirada para enfrentarme con un silencioso Germán.

—¿Te has corrido? —le pregunto y lo hago por cortesía. Llegados a este punto, me da igual que me aparte de su cuerpo y se masturbe a mi lado (me ha pasado). Al fin y al cabo, yo hice todo el trabajo duro mientras el señorito se tumbaba a la bartola.

—Claro que lo he hecho, tonta —dice como si fuera una cosa indiscutible, cuando yo estaba tan concentrada en mí misma que si me la hubiera sacado y cambiado su miembro por un consolador, no lo habría notado—. Eres una máquina, nena. Estoy deseando repetir.

«Pues yo no», pienso. Me parece penoso que no se haya dado cuenta de que esta sesión de sexo ha sido unilateral, por lo menos por mi parte. Le dedico una sonrisa fingida, me levanto para apartarme de él, busco mi ropa interior y con ella en la mano me aventuro por el piso hasta el aseo más cercano para refrescarme.

La casa es grandiosa. Decorada de una forma impersonal pero moderna, se nota que ha contratado a un decorador al que dio carta blanca para que hiciera lo que quisiera. Me meto en el baño (que parece un vestuario de gimnasio) y decido darme una ducha rápida.

Ya con mis partes íntimas frescas y a resguardo, regreso a la sala a terminar de vestirme. Germán se encuentra en la misma posición en la que lo dejé, solo que su miembro ya no asoma por ningún lado.

—Ya sé que dije que la noche es joven, pero tengo que irme. Mañana madrugo — le digo mientras me coloco cada prenda en su lugar con algo de prisa, deseosa de salir de allí.

—¿Podrías quedarte? Tengo despertador y mi cama es mucho más cómoda que el sofá.

—No puedo, de verdad. Tengo cosas que hacer en casa.

—Está bien. —Se levanta y me abraza—. No sé dónde nos llevará esto, pero estoy deseando averiguarlo. —Me besa en la frente y me mira a los ojos—. Tenemos que ir a cenar pronto. Me gusta presumir de lo que tengo y si salgo contigo de mi brazo, seré el hombre más envidiado.

Para una chica superficial como yo, esas palabras suenan a gloria. Sé que no soy lógica, que el aspecto físico no da la felicidad..., pero mi mente racional no parece asimilarlo.

Es curioso cómo funciona la mente humana (por lo menos la mía), siempre he apoyado la idea que las personas tienen que gustarse tal y como son, sin embargo, yo busco el visto bueno (físicamente hablando) de todos a mi alrededor.

A ver, no me malinterpreten, soy totalmente consciente de que soy guapa, pero y es un gran pero, no parece ser suficiente para mí. No quiero solo *ser guapa*, necesito y ansío ser como mi madre y encandilar a todos a mi alrededor. Quiero que se enamoren de mí.

Nos despedimos en su puerta, prometiendo hacer el esfuerzo de vernos esta semana otra vez. Nuestros horarios no parecen coincidir ningún día, y con Sandra cuidando de

su madre, no creo que tenga mucho tiempo libre y por las noches acabaré agotada. Sin embargo, Germán me asegura que se puede escapar del trabajo alguna vez. Para eso es el jefe, ¿no?

Llego a casa, me ducho y me acuesto sin ni siquiera vestirme. Mañana será otro día.

05.45 de la mañana. Me preparo como todos los días para salir a correr. Unas mallas corsario negras, una camiseta sin mangas del mismo color, un cortaviento fucsia, mis, eternas y usadas, Asics, y una coleta alta.

Lleno una talega con un pequeño desayuno, meto mi *Ipod* en el bolsillo de la chaqueta y salgo de casa. Cuelgo la bosa con la comida en la puerta de enfrente y bajo los dos pisos hasta la calle por las escaleras a modo de calentamiento, le doy al *play* a mi lista de reproducción preparada y echo a correr. Un trote tranquilo mientras la música de Ed Sheraan me da fuerzas para afrontar los kilómetros que me quedan por delante.

Llego a El Rretiro a buen ritmo, concentrada en la cadencia de la música que estoy escuchando, cuando me encuentro de frente con un madrugador y casi muerto de frío Cosimo enfundado en unos ajustados pantalones de color gris oscuro y una fina camiseta azul marino que le dan una apariencia más que comestible. El apagado color le acentúa su rubio pelo, y lo estrecho del pantalón le marca un paquete del que me es difícil apartar la mirada mientras trote hacia él.

Me saco los auriculares y detengo mi carrera al llegar a su lado, pero sigo dando pequeños saltos de un lado a otro para no perder el calor de mi cuerpo.

—Creía que ya no vendrías —me dice.

Tiene los brazos envueltos a su alrededor en un pobre intento de alejar el frío de la mañana de su piel. Me reiría de su estupidez al no traer abrigo, sino viera como le castañean los dientes.

—No recordaba que ibas a venir —le respondo con sinceridad—. Me retrasé un poco más de lo habitual preparando algunas cosas... lo siento. No volverá a pasar.

—No pasa nada, Simonetta. Han sido solo quince minutos —me disculpa—. Casi muero congelado y tenía el temor de que algún violador me viera con esta malla tan apretada y se animara a hacer una jugada..., pero estoy bien.

Le doy un repaso de arriba a abajo y decido tentar a mi suerte con él.

—¡Joder, Cosimo! Córtate un poco, hombre... normal que temas que te violen.

Parece que vas pidiendo marcha con todo eso ahí marcado —le digo, riendo con la esperanza de avergonzarlo—. ¡Eres un provocador! Me parece que en breve vas a recibir una llamada del mundo taurino pidiendo la devolución de ese traje de luces... ¡torero!

—Es una coquilla —dice muy serio, tapándose sus partes pudientes—, tenía miedo a que me atacaras.

—Te habría pateado si me hubieras acusado de acosarte sexualmente... otra vez. Parece que estás aprendiendo —le digo mientras lo veo hacer ejercicios de calentamiento—. Además, si lo hiciera, esta vez, tendrías que perdonarme. Seré la única que se interponga entre eso —señalo el sospechoso bulto— y todos los corredores que vayan llegando. Te usarán como punto de encuentro: el tío con el calcetín en los pantalones. No tiene pérdida.

Le disparo al paquete con mis pistolas imaginarias al mismo tiempo que hago ruidos de balazos con la boca.

—Sígueme, chico diana —lo reto—. A ver si consigues mantener mi ritmo.

Corremos a buen paso uno al lado del otro. Parecemos sincronizarnos, y cuando Cosimo alarga la mano para pillar uno de mis auriculares, se lo permito, viéndolo de lo más normal.

Cincuenta y cinco minutos después, estamos sudorosos, cansados, pero, al mismo tiempo, vigorizados por el ejercicio. Hacemos los estiramientos y cuando me agacho para que mis dedos de la mano toquen la punta de mis pies, atrapo a mi acompañante mirándome el culo.

—Cosimo, no quiero insinuar nada, pero... te acabo de cazar mirándome el trasero —le susurro en intento un de sacarle los colores.

—No me avergüenzas, Simonetta. Ya te voy conociendo...

—¡Eh! Yo no hago nada. Solo constato un hecho. —Me río—. Te pillé mirándome. Pero no te preocupes, lo entiendo, es un culo precioso.

—Eres una descarada. Antes te faltó poquísimo para diseccionarme el paquete con tus comentarios. Yo por lo menos no te miraba, me fijaba si hacías bien los ejercicios. —Me guiña un ojo.

Este lado juguetón de Cosimo me encanta. Me alegro que haya bajado la guardia conmigo. Y el que esté a mi alrededor sin babear descaradamente es un plus. He descubierto que me lo paso muy bien con él.

—¿Nos vemos mañana? —le pregunto—. Si durante la tarde te encuentras cansado, avísame. Al fin y al cabo no estás acostumbrado a despertarte tan temprano.

—Soy pastelero, Simonetta. Despertarme temprano es parte de mi profesión. — Parece ofendido, y eso me divierte muchísimo—. Me da la impresión de que la que está cansada eres tú.

—Lo que tú digas, amigo. Llevo haciendo este circuito casi todos los días desde que me mudé a mi piso, cerca de siete años. Me verás aquí siempre que no sea domingo, lunes o haya bebido tanto la noche anterior que no oiga el despertador.

—Mañana nos vemos aquí a las 6.30. No llegues tarde.

—Ok, nos vemos mañana. Tráete abrigo, a poder ser, que te tape ese bulto sospechoso; la gente va a pensar que tienes una bomba oculta.

—Gracias por tus lecciones de estilo, Simonetta —dice con ironía—. Si mañana te encuentras con un corredor que lleva puesto un sobretodo, seré yo. Mi gran sueño es correr con la estética de Neo, el de *Matrix*...

—Muy gracioso, Cosimo. Hasta mañana, capullo —le digo a modo de despedida—. Me voy ya, si sigo hablando contigo, se me echará el tiempo encima. Soy una mujer ocupada.

—Adiós, experta en moda.

Llego a mi casa a las prisas, me he acordado a última hora de que hoy temprano llegaban los proveedores de la fruta Me voy quitando la ropa y soltándola donde me pille. Mi cerebro se mueve a un ritmo más rápido de lo habitual, y todos esos veloces pensamientos se centran en el chico limón.

«Es simpático». Fuera la chaqueta.

«Es agradable». Camisa en el taburete de la cocina.

«Refrescante». Zapatillas volando por la sala.

«Tiene una sonrisa preciosa». Calcetines en el sofá.

«Un cuerpo de escándalo». Pantalones en el pasillo.

«Un culo para pellizcar». Sujetador sobre mi cama.

«Un paquete gigante». Bragas en el suelo del baño.

«Estoy cachonda». A la ducha, Simonetta, llegas tarde al trabajo.

Pero al ducharme dejo que el chorro del agua juegue con mi piel. Que empape mis pezones y se centre en mi sexo. Le doy a la llave para que salga con potencia y me centro en las vibraciones de mi cuerpo...

«Ha sido un placer *correr* contigo, Cosimo».

Los Sabores de Copano. Mi pequeño santuario refrigerado. Un paraíso para los amantes de los helados en el que estoy sola y cargando como una burra toda la mercancía porque mi amiga y empleada no se encuentra. «Te odio, Sandra».

La llamo, y me coge el teléfono al primer tono.

—¿Estabas buscando ligues por Facebook otra vez, verdad? —pregunto.

—*Cállate, zorra* —me responde—. *Exploraba la red buscando formas de cometer un asesinato haciendo que parezca un accidente.*

—No te preocupes por eso. Dale un golpe en la cabeza y la metemos durante dos años en las cámaras frigoríficas. Nadie mirará allí. Aunque no creo que exista alguien que eche de menos a Marta —le explico—. Si te entra nostalgia, siempre puedes abrir el congelador y sacarte un *selfie* con ella. Éxito asegurado. Serás *trending topic* en Twitter.

—*No creo que esté preparada para recrear Frozen con mi madre...*

—*¡SANDRA, SE ME HA ACABADO LA CERVEZA. MUEVE EL CULO Y TRÁ OTRA!*

—... *aunque, pensándolo mejor, el parricidio va ganando puntos por momentos* —rectifica al oír a su madre en uno de sus habituales gritos histéricos y exigentes.

—¿Cómo estás? —le pregunto sinceramente preocupada—. Marta es una persona complicada, y por lo que acabo de escuchar, no te lo está poniendo fácil.

—*Solo te digo que me están entrando ganas de darme a la bebida yo también. Es eso o tirarme por la ventana. Estoy desesperada, amiga, ven a hacerme compañía. Compartamos los insultos. Eso no falla en animarme.*

—Es verdad. Que tu madre me insulte y me llame italiana come-pollas siempre te sube la moral, el problema está en que no estoy segura de ser incapaz de devolverle el insulto esta vez.

—*Sé que tienes lo tuyo. No te preocupes, mujer. Solo lo dije para animarme... ven a verme, por favor. Eres mi persona favorita en el mundo* —me suplica.

—Eres una chantajista... Está bien, iré —cedo—, pero tendrás que pintarme las uñas de los pies.

—*¿DÓNDE COÑO ESTÁ MI CERVEZA?*

—Tengo que colgar. Nos vemos esta noche. Trae la pintura que más te guste y algo de cenar. Chino. Menú para tres. Tengo hambre.

Y me cuelga. Mi mejor amiga es una caradura. Una caradura con una paciencia infinita.

Estoy apoyada en la barra, ojeando una revista de moda, esperando a que Óscar se digne a entrar, traer los dulces para hoy y salvarme del aburrimiento. Echo de menos a Sandra. Con ella nunca lo hago.

Me agacho a comprobar por enésima vez la temperatura de la vitrina de los helados por si hoy también se resiste a cooperar conmigo, a ver si tengo que llamar al técnico de una vez por todas. Cuando oigo la campana de la entrada, nadie habla, por eso sé que no es mi chico caramelo. Él estaría dando bramidos antes de pisar el rellano.

—Aún no hemos abierto —grito mientras me levanto—. Nuestro horario es de diez y media a cuatro, y de...

Me quedo muda al comprobar que el que ha entrado no es otro sino mi hermano Marco mirándome con simpatía grabada en la cara.

—¿Me puedes decir cuántas veces te han atracado? Si dejas el negocio desatendido, los ladrones harán cola por hacerte una visita.

No puedo contestar. Una gran sonrisa atraviesa mi cara mientras las lágrimas caen de mis ojos. ¡Joder! ¡Qué guapo que está! Le ha crecido el pelo hasta casi los hombros y una barba espesa adorna su cara, pero le sienta bien. No lo veo desde septiembre y casi no hemos hablado, pero parece que ha pasado toda una vida desde la última vez que escuché su voz.

Sin pensarlo, corro a sus brazos y me lanzo sobre él casi derribándolo. Me cuelgo de su cintura al igual que cuando éramos unos críos, en un intento por escalar por su cuerpo. Le agarro la cabeza con las dos manos y empiezo a marcarle la cara con grandes y sonoros besos.

—¡Netta, para, por favor! ¡Qué asco! —me dice, pero sé que le encanta. Soy su hermana pequeña y siempre nos hemos apoyado el uno al otro—. Esto no se siente mejor cada vez que lo haces. Ya somos adultos. Me estás manchando de carmín. Te huele mal el aliento. Eres una plasta.

Y sigue así, diciendo excusas estúpidas, hasta que no puedo aguantar mi propio peso y tengo que soltarlo.

—Te he echado de menos. La próxima vez vete a un sitio donde podamos llamarnos todos los días. Me tenías preocupada. Llegué a pensar que uno de esos peluches gigantes, a los que tenías que fotografiar, te había devorado.

—Yo también te he echado de menos, *Fragola*¹⁶ —dice llamándome por el sobrenombre que me dio mi abuelo—. ¿No pensarías que te iba a dejar sola este mes, verdad?

Me abraza con ternura. Mi hermano puede ser un cabrón con los demás, pero conmigo (cuando no me está sermoneando) se comporta como un oso amoroso.

—¿Tanto te costaba llamar más a menudo o contestar mis llamadas? —le reprocho.

—No llevaba el móvil encima, y el teléfono vía satélite era un engorro cargarlo, y más cuando una que yo me sé, me llamó y espantó con el sonido a una hembra con su cría. Menos mal que había sacado algunas fotos bastante buenas. Estaba dispuesto a atravesar el auricular y estrangularte a lo Homer Simpson.

—Nadie te manda a irte a la isla de Wrangel y olvidarte de quitar el sonido del teléfono —le contesto caprichosa—. La próxima vez, ¿por qué no te vas a un paraíso tropical a estudiar a los monos o algo parecido? Seguro que allí habrá más cobertura.

El sonido de la campana hace que eleve la mirada del hombro de mi hermano. Allí, parado ante la puerta, está Cosimo con cara de pocos amigos y las manos cargadas con bandejas.

—Hola, Cosimo —lo saludo sin soltar a Marco—, qué sorpresa verte por aquí. ¿Le ha pasado algo a Óscar?

—No vendrá durante un tiempo, le han retirado el carnet de conducir. Me olvidé de decírtelo esta mañana. ¿Dónde dejo esto? Tengo prisa.

Que cortante. Parece ser que el chico limón ha regresado en toda su agria plenitud.

Suelto a mi hermano, me dirijo a la trastienda y le indico a Cosimo que me siga.

—Puedes dejarlo sobre la encimera —indico.

—¿Cómo puedes ver a un chico ayer por la noche y hoy abrazar a otro como si fuera la vida en ello? —me suelta sin más al dejar los bultos—. Creía que eras mejor persona, pero ya veo que eres como las demás.

Me quedo lívida. No me esperaba eso de él. La sensación de traición me llena. Después de todo lo que habíamos avanzado en nuestra relación ayer, y hoy me salta con eso. Estoy ofendida a más no poder porque veo que para Cosimo siempre seré una cualquiera. Una mujer que no es digna de su confianza.

—¿Tienes algo más que añadir? —le pregunto aparentando indiferencia—. Porque si ya acabaste con el juicio a Simonetta, no tenemos más que decirnos.

Al salir, encuentro a Marco mirando mi pared llena de fotos.

Señalando una en particular en la que salimos los dos junto a mi abuelo, me dice:

—*Stà con il nonno deve darla a me.*¹⁷ Te quedaste con las mejores fotos. *Non è giusto*¹⁸ —me dice en esa mezcla de italiano y español que usa para confundir a los demás cuando no estamos solos y que no se enteren de lo que me dice. Es un juego que ideamos de pequeños.

Cosimo se para en seco al oírlo hablar. Se ha dado cuenta de quién es este chico al que abrazaba *como si me fuera la vida en ello*.

—Simonetta, yo...

—Adiós, limón —no puedo evitar decirle y de alegrarme por la cara de confusión que se le pone al oír cómo le he llamado—. Tenías prisa, ¿no? Que tengas buen viaje.

Me doy la vuelta, ignorándolo, para decirle a Marco que se aleje de mis fotos y de mi pared de los recuerdos, pero Cosimo me detiene agarrándome del antebrazo.

—Lo siento, Simonetta.

Mi hermano no sabe dónde meterse. Me mira a la cara evaluando mi estado de ánimo y el nivel del problema en el que me he metido. Tengo que reflejar tranquilidad, porque con un «voy al baño», deja la sala más rápido que el correccaminos.

—Estoy harta de que me humilles. Me temo que nuestra fingida amistad no va a funcionar —le digo sin darme la vuelta para enfrentarme a él.

—Perdóname. No es asunto mío con quien estás o no. No lo volveré a hacer.

—Esa es la clave, Cosimo. No eres nadie para meterte en mi vida, y mucho menos para tratarme como una buscona por abrazar a mi hermano. —Me giro y al encararlo siento como la rabia fluye de mí con fuerza y me hace soltar la lengua—. Si me quiero acostar, abrazar, besar o toquetear con cualquiera que entre por esa puerta, no te incumbe. Deja de inmiscuirte en mi vida y de compararme con la perra de tu ex novia, a diferencia de ella, a mí no me gusta hacer daño a las personas. No es mi estilo.

—¿Cómo sabes lo de Jennifer...? Da igual, eso no importa ahora —murmura—. Dame una última oportunidad. Seamos amigos que corren juntos y bromean sin malos rollos de por medio. Te compensaré por esto.

—Olvidalo, Cosimo. No hay nada que perdonar porque no quiero que sigas en mi

vida. Casi cada vez que hemos hablado me has dejado hundida, haciéndome sentir miserable y mala persona. —Suspiro con frustración—. En estos momentos, no creo que mi ego pueda aguantar más de eso. Mejor vete y dejemos las cosas entre nosotros solo en el ámbito laboral. Será más seguro.

—Haré que me perdones, Simonetta. Ya lo verás —enuncia seguro—. Puedo ser muy persistente. Recuérdalo cuando te plantees ponerme una orden de alejamiento por ser tan pesado.

Sin dejarme replicar, me da un rápido beso en la mejilla que, a mi pesar, me sabe a poco.

—No te engañé cuando te dije que tenía prisa. Mi acoso tendrá que esperar hasta que termine mi ronda de reparto.

Se va por la puerta no sin antes enseñarme una gran sonrisa de suficiencia dibujada en su cara.

El muy cerdo se ha ido tan feliz, como si hace unos minutos no me hubiera ofendido hasta la médula. Pues está bonito si se cree que se lo voy a poner fácil para conseguir mi perdón.

—Me parece que el chico limón te gusta de verdad —oigo a Marco decir a mis espaldas.

—No digas tonterías, es un amigo. Bueno, ya no lo es. Es un gilipollas de campeonato.

—Pues ese *gilipollas* te acaba de dejar con una cara de tonta que es para retratarla —dice con ironía—. Y yo, de retratos, sé mucho.

Me miro en el reflejo del cristal de la entrada y por fin afronto lo que me negaba a reconocer pero que ya sabía: Cosimo me gusta más de lo que pensaba.

Es un capullo, sí. Sin embargo, cuando baja la guardia, es encantador. Hace dulces de ensueño, es protector con la hermana, simpático y, por lo poco que sé, leal mientras tiene pareja. Si a todo eso le sumas un cuerpo fantástico y una cara de fantasía... estoy perdida.

«Lo tienes jodido, Netta. La fresa y el limón no se mezclan».

16 Fresa.

17 Esta con el abuelo tienes que dármela.

18 No es justo.

Gracias a mi hermano, la mañana se me pasa deprisa y corriendo. Sus historias sobre su aventura helada no solo me cautivan a mí, sino a todo el que entra por la puerta. Sus avistamientos de morsas, búhos nivales y de sus amados osos polares nos dejan a todos con la boca abierta.

Estoy tan entretenida que ni siquiera pienso en Cosimo y en su reto sobre llegar a conseguir mi perdón. Bueno, sí que he pensado en él un poquito. Pero solo un poquito muy chiquitito...

Me encuentro sirviendo una porción de *panforte*¹⁹ a una señora junto con un té de frutas del bosque, cuando un chico con una bonita cesta de mimbre cubierta por una tela verde entra por la puerta. La deja en el suelo y espera a que termine de atender para dirigirse a mí.

—Perdone, señorita, estoy buscando a Simonetta Copano.

—Soy yo —le respondo confusa. No lo he visto en mi vida y me extraña que sepa mi nombre.

—Esto es para usted —dice, poniendo el canasto sobre el mostrador.

Lo descubro y me encuentro con su interior lleno de unos jugosos y hermosos limones amarillos. Miro al chico aturdida.

—¿Gracias? —le suelto de manera interrogante y sin saber que más decir. Es el regalo más extraño que me han hecho en la vida.

—Aún no ha terminado. —Se saca una tarjeta del bolsillo trasero de sus pantalones y me empieza a leer con voz monótona—. Perdóname, Simonetta, soy un gilipollas integral. Seamos amigos. Cosimo.

Me alcanza una pequeña bolsa, un recibo para que firme y se marcha, dejándome como a una estatua en medio de un parque.

—¿No vas a ver qué hay dentro de la bolsa? —me pregunta la señora del *panforte*.

—Sí, la bolsa... —contesto aturdida. Me ha dejado sin palabras. La abro y dentro me encuentro con dos libros: *Los 7 pasos del perdón*, de Daniel Lumera, y *El idiota*, de Dostoievski—. Este chico está loco —murmuro con una sonrisa, enseñándole los libros a la mujer.

—Alguien busca tu perdón desesperadamente —me dice Marco, que se asoma por

encima de mi hombro.

—Pues no se lo merece, por mucho que me haya regalado unos limones y unos libros que no estoy segura si leeré —respondo—. La amistad hay que trabajarla; si no se cuida, se marchita.

—No te equivoques, hermana. Esto no es un regalo de: «perdón, seamos amigos», ni siquiera es uno de: «perdón, déjame meterme en tus bragas» —declara, muy seguro de sí mismo—. Esto, querida hermana, dice: «soy un capullo y lo sé, pero quiero que veas mi lado tierno porque me gustas mucho». Hazme caso sobre esto. Soy un hombre, los hombres solo trabajamos tanto cuando algo nos importa realmente.

—Hazme un favor y cuida del fuerte un rato, ¿sí? —le pido a mi hermano—. Necesito pensar en todo lo que esto significa.

Las palabras de Marco incendian algo en mi interior. ¿Será verdad que le gusto o solo busca mi perdón como amiga? Veo todo lo que me ha regalado y sonrío como una tonta. Nadie, nunca, se había tomado tanto (y tan raro) esfuerzo para conmigo. Flores, joyas, bombones, un cactus..., pero nada tan rocambolesco como esto. Agarro la cesta para llevarla a mi oficina y me percató de que dentro hay algo más. Aparto la fruta y veo un sobre, torcido de estar metido allí.

Entro en mi despacho, suelto todos los bultos, pero conservo el pequeño y arrugado rectángulo de papel en la mano. Me siento, lo abro y saco de su interior una pequeña nota en papel envejecido color azul.

Simonetta:

Como una de otras tantas veces, me he vuelto a equivocar contigo. No hay palabras que puedan describir lo imbécil que me siento y lo mal que me encuentro al hacerte daño, otra vez.

Solo espero que puedas perdonarme, aunque para ello tenga que perseguirte por todo El Retiro con la dichosa chaqueta de Blade, consiguiendo con ello parecer un verdadero perverso y que te rías de mí hasta el final de los tiempos. Cualquier cosa con tal de que me perdones.

¿Te han gustado mis regalos? Te confieso que estaba bastante descolocado con lo de limón. ¿A qué persona coherente se le ocurre llamar por el nombre de un cítrico a otra? No lo comprendí hasta que Óscar, tu chico caramelo (disfrutó muchísimo presumiendo de su título ante mí), muy amablemente, y después de algunas amenazas tras oír sus risotadas, me lo explicara. Espero que me

bautizaras con ese nombre por el color de mi pelo, aunque comprendería que lo hubieras hecho por mi ácida actitud para contigo.

¿No he ganado puntos por darte una sorpresa? ¿Por comerme el coco y buscar como loco en internet esos libros para ti y correr a la librería a comprarlos? Di que sí. Seamos amigos, Simonetta. Estos dos últimos días me lo he pasado muy bien contigo, hacia tanto que no me reía que ya casi ni recordaba cómo hacerlo, *y todo te lo debo a ti.*

No me rendiré, sabes que soy un cabezota y lo seré mucho más en este caso. No me rindo fácilmente.

Lláname si sientes una urgente necesidad de golpearme o de liberarme de mis remordimientos.

Besos, Cosimo.

P.D. Los limones son de mi huerto personal. Huélelos mientras piensas sobre perdonarme. Nos vemos mañana para nuestra carrera matutina.

¿Soy tonta porqué considero todo esto romántico? Que en pleno siglo XXI, la era de la tecnología, alguien se tome la molestia de hacer algo así es digno de emocionarme, ¿no? Me ha enviado regalos y una carta (vale, no es una carta de amor. Pero que se haya tomado la molestia de hacerlo lo honra), y no puedo estar más feliz.

Lo perdonaría al instante si no fuera tan orgullosa y no tuviera tan buena memoria. Además, se merece sufrir un poco... o mucho. Un poco más sincero y me llama puta a la cara, y eso no es fácil de perdonar. Eso sin contar con las demás perlas de sabiduría equivocada sobre mí con las que me deleitó: devora-hombres, niña malcriada, no te acerques a mi hija del demonio (esto último, no estoy segura si me lo dijo o es solo parte de mi imaginación).

Me como la cabeza intentado idear una réplica perfectamente antagonista a su regalo, pero, desgraciadamente, lo que se me ocurre no es muy sutil. Por fin, la inspiración llega a mi persona y me afano como loca en terminar mi *no muy maquiavélico* plan.

Escribo una breve nota y, cesta en mano, me dirijo a la zona de trabajo donde, con saña, me dedico a exprimir todos y cada uno de los limones que me ha regalado. Utilizo el jugo para preparar un rico sorbete que, estoy segura, cuando esté terminado, mis clientes apreciarán. Ya se sabe, el sabor de la venganza es muy dulce. Acabará siendo un éxito.

Vuelvo a meter las destrozadas cáscaras dentro del canasto y retorno la liviana tela verde a su lugar de origen cubriendo el interior. Con un trozo de cordel del que utilizo para las bolsas de los productos *para llevar*, le ato mi misiva al asa y me apresuro a buscar a mi hermano.

—Necesito que hagas una entrega a domicilio —le digo a Marco—. Quiero devolverle la cesta a su legítimo dueño, y tú eres el único con tiempo libre para llevarlo. Antes de que te quejes, tómalo como el regalo de cumpleaños que aún me debes.

—Eres una chantajista —me acusa mientras me la arrebatada de las manos—, pero dado que no te he comprado nada, aceptaré el trato.

Sostiene la nota para leerla y, al terminar, retira la tela lo suficiente como para ver el interior.

—Veo que sigues siendo fiel a tu estilo tan suave como lo puede ser el papel de lija —me dice irónico—. Joder, Simonetta. El chico lo está intentado, y tú le devuelves esta basura. Y si eso no fuera poco, le envías un mensaje nada sutil: «Hice lo que me dijiste. Pensé en ti mientras olía, pero mucho más al estrujarlos». Me duelen las bolas solo de pensarlo, mujer.

—Solo piensa esto: me he desahogado con lo que hay ahí dentro y no con sus partes más preciadas, que es lo que realmente quería hacer. ¿No debería estar agradecido por mi indulgencia?

—Sor Netta, la virgen de la misericordia —invoca burlón—. Sálvame de las mujeres rencorosas... Está bien, ya me voy. No obstante, te advierto, no me hago responsable de lo que mi boca suelte cuando esté allí.

Le dicto la dirección y lo empujo para que se marche de una vez. Esto de la solidaridad masculina es un asco. Echo de menos los tiempos en los que el honor lo significaba todo. Marco tendría que correr y darle con su espada a Cosimo sin rechistar. «¡Uy! Eso ha sonado mal incluso para mí. Un poco gay para mi gusto». Rectifico, Marco tendría que apuñalar profundamente con su espada a Cosimo... «Mejor cállate, Simonetta. Lo estás empeorando todavía más».

Nuevamente la puerta se abre y cuando estoy a punto de gritarle a mi hermano que se vaya de una puñetera vez, mi mejor amiga me grita:

—¡Mi madre se ha ido!

—¿Qué, cómo, cuándo...?! —le pregunto contagiada por su histeria, hasta que

recuerdo una cosa—. Tu madre está escayolada, Sandra. No creo que se haya ido muy lejos.

—No soy idiota, Netta. Por supuesto que sé que está escayolada, soy la que ha estado cuidando de ella como una esclava —responde con resignación—. Han venido algunos de sus amigos y se la han llevado. Dice que no la trato con la suficiente cortesía.

Me duele en el alma ver a mi amiga tan derrotada, pero ya debería estar acostumbrada a lo egoísta y ególatra que es Marta.

—Lo siento mu...

—Eso no es lo peor —me interrumpe y murmura—: Me ha robado todo el dinero que tenía en casa y las joyas... otra vez.

Baja la cabeza para que no note lo avergonzada que se siente.

—¡Mierda, Sandra! ¡¿Otra vez?! —Estoy indignada. Siento ganas de ir a buscar a su madre y romperle la otra pierna—. ¿Cuántas veces te lo ha hecho ya? ¿Tres, cuatro...? Te he dicho muchísimas veces que no la dejes entrar. Denúnciala y que se busque la vida, joder.

Lo último que necesita mi amiga en estos momentos es una charla de «ya te lo advertí», pero las palabras se han escapado de mi boca sin querer. El subconsciente me ha ganado la partida. Me acerco y la rodeo con mis brazos y mi cuerpo. Sandra se pega a mí, apretándome con fuerza, tomando de mí todo lo que le ofrezco: amor, comprensión, compasión...

—¿Por qué me hace esto a mí? No creo que haya sido una hija tan mala —farfulla en el hueco de mi cuello. Levanta la cabeza para así mirarme a los ojos y dice la frase que me ha roto cada vez que la he escuchado salir de sus labios—. ¿Por qué no me quiere, Netta?

¿Cómo es posible que una simple frase como esa me siga afectando tanto tras once años de escucharla? Verdad es que al pasar el tiempo, la he ido escuchando cada vez menos, pero la profundidad, el dolor que encierra, hace que quiera derramar lágrimas y sangre por mi amiga. Ya es duro escucharlo de una chica de diecisiete años, sin embargo, que una mujer hecha y derecha las diga, te destroza por dentro.

—Amiga, sé que no te consuela, pero yo sí te quiero. Si tu madre no te aprecia, allá con ella. —No voy a insultar su inteligencia regalándole los oídos con palabras como: tu madre sí te quiere, ya se dará cuenta de que se ha equivocado, etc. Además,

ni yo misma estoy convencida de que Marta sepa amar—. Arreglaremos toda esta situación. ¿Has comprobado las tarjetas?

—Sí. No las ha cogido, pero porque las llevé conmigo. De eso estoy segura — responde más calmada y separando su cuerpo del mío—. Tienes que ayudarme, voy a cambiar la cerradura. Bueno, rectifico, miraré mientras tú cambias la cerradura de mi casa. Sabes que soy una negada para esas cosas.

—Por suerte para ti, no te quiero por tus habilidades con un destornillador. Compra la cerradura y espérame en tu casa. No quiero que tu madre haga otra de sus rondas de saqueo por sorpresa. —No me replica. He dicho la verdad, no hay nada que refutar en mi frase. Marta ya ha hecho otras veces (dos para ser exactas) rondas de *todo lo que veas es tuyo* en casa de Sandra—. No sé qué haces aquí todavía. Marta puede estar ya allí.

Se oye la puerta y entra Marco. Va directo hacia mi amiga, que está de espaldas a él, y la levanta en volandas. Sandra grita del susto y me mira desconcertada. Se retuerce en los brazos de mi hermano hasta que la vuelve a dejar en el suelo. Se gira y cuando lo ve, se queda quieta durante un mínimo instante antes de empezar a darle golpes en brazos, estómago y pecho.

—Para ya, rayo de sol. Vas a terminar por hacerte daño. Así solo me estás dando un masaje. Cosa que te agradezco, me sentía los músculos cargados. —Mi hermano es un engreído, siempre lo ha sido y siempre lo será. Sobre todo, en presencia de mi mejor amiga.

—Eres un capullo. Me has dado un susto de muerte —lo acusa y hace una cosa nunca vista: se lanza y lo abraza con fuerza, con mucha fuerza. Al momento, se da cuenta de lo que ha hecho y se aparta avergonzada—. ¿Cuándo has regresado?

—Hoy de madrugada. Solo tuve tiempo de ir a casa, dejar mis cosas, ducharme y venir a ver a mi hermana. Sin embargo, me arrepiento enormemente el haber venido por aquí sin dormir nada. Mi hermana ha abusado de mí sin compasión. —Me mira y se echa a reír—. Tu mensaje fue entregado y recibido con risas. Me ha dicho una chica rubia muy mona que te manda besos y abrazos cariñosos... Joder, me siento menos masculino tan solo por repetirlo. ¿Las mujeres no pueden solo enviar saludos? No. Las chicas tienen que adornarlo todo con lazos y palabras pegajosas...

—Deja de divagar y dime, con exactitud, cómo y qué dijo Cosimo al verte llegar con mi regalo —digo muy seria y centrándome en el asunto que me interesa.

—¿Qué regalo? —interrumpe Sandra.

—Cállate, anda. Después te lo contaré todo —la corto ansiosa por saber lo que tenga que decir mi hermano—. Vete a comprar la cerradura y espérame en casa. Iré en la hora del almuerzo para cambiarla en un momento.

—¿Cerradura? —Ahora es Marco el que se mete en la conversación, y por la cara que ha puesto, sabe la respuesta a su pregunta incluso cuando él la ha formulado—. Espérame un segundo, Sandra, y yo mismo te la cambiaré. No es seguro que vayas tu sola.

Sandra se ríe con ganas.

—No te preocupes, Marco. Mi madre está escayolada y no puede moverse bier ella sola. No creo que con las muletas pueda ir a robarme la televisión

—Eso es verdad, pero nada le impide ir con alguno de sus compañeros de juega a buscarla.

Las risotadas de Sandra se cortan al instante y se vuelve pálida como el papel. No sería la primera vez que recibe visitas no deseadas de parte los amigos (y de los que no lo son tanto) de su muy querida y amorosa mamá. Pasea el peso de su cuerpo de un pie a otro en un movimiento nervioso que conozco muy bien.

—Mejor nos vamos ya —le pide a Marco—. Más me vale hacer todo lo posible para evitar sorpresas.

Mi hermano hace el ademán de salir, pero lo agarro del brazo, deteniéndolo.

—No te puedes marchar sin contarme lo de Cosimo —digo—. Por favor.

—No es nada del otro mundo, mujer. Tras descojonarse durante algunos minutos, me mostró su solidaridad por tener que aguantar a una hermana como tú —me lo dice con toda la sorna del mundo—. Es un chico listo, Netta. Me dijo que te dijera que acepta el desafío. Me parece que no te vas a librar de este tan fácilmente.

Me quedo parada en medio de la sala, sonriendo como una estúpida, mientras asimilo el reto que me acaban de dirigir. Oigo de fondo como Marco y Sandra mantienen una extraña discusión sobre ferreterías y bates de beisbol, sin embargo, mi cerebro lo registra como algo no importante y lo descarta.

Atisbo por el rabillo del ojo el gran reloj de pared y veo que ya casi es la hora de marcharme. Me dirijo en modo piloto automático a indicar a la señora que ya vamos a cerrar y noto que aunque me sonrío, está reticente a la idea. No me extraña, en poco tiempo se ha gozado una telenovela en directo con todo lo que eso implica: regalos

confusos, actos extraños de venganza, llantos y risas. Yo tampoco me querría ir.

Les doy un beso a los dos pelmazos que tengo al lado y prácticamente intento echarlos de la *gelateria*. Necesito que se vayan para intentar aclararme la mente. Esta historia con Cosimo ha llegado en el peor de los momentos: se acercan los aniversarios de dos muertes y una desertión... no tengo tiempo para tonterías ni amenazas de ningún tipo «aunque podría buscarlo».

—Netta —la voz de Sandra interrumpe el hilo de mis pensamientos—. Tal vez sea bueno que Cosimo sea tan insistente. Céntrate en él y en sus limones, y deja los problemas del pasado a un lado.

Y con esa frase, mi amiga me da la excusa perfecta para centrarme (sin sentir remordimientos) en ese chico, ácido e increíblemente sexi, que no ha abandonado mis pensamientos desde el día que lo conocí.

—Tienes razón —coincido—. La distracción me vendrá de maravilla.

Y tanto que sí.

19 Dulce tradicional italiano hecho a base de frutas y frutos secos.

El tiempo pasa muy rápido cuando estás entretenida. Y si ese entretenimiento, además, viene en forma de un perseverante e imaginativo bombón italiano, no puedo estar más a gusto con ello. Las semanas parecían volar de mi calendario.

Al día siguiente de recibir su extraño presente, Cosimo apareció en el parque vestido de sport, como quien no quiere la cosa. Se puso a mi lado mientras yo hacía como que lo ignoraba en vez de observar, disimuladamente, el movimiento en ese culo prieto enfundado en licra al agacharse y tocarse las puntas de los pies. Intentó entablar conversación, pero gracias a mi *Ipod*, lo deseché con calma.

Como soy buena persona y no estaba realmente enfadada con él, lo esperé hasta que terminó de estirar para echarme a correr a un ritmo no muy rápido. No me di cuenta que no estaba a mi lado hasta que un manchón negro me adelantó y me fijé en que no se encontraba a mi vera. Llevé la vista al frente y me sorprendí al ver a Cosimo corriendo de espaldas al mismo tiempo que jugaba a abrir y cerrar las solapas de un sobretodo de cuero negro. De la impresión de verlo al más puro estilo *Matrix*, me tropecé y caí al suelo de bruces.

Pensaréis que el estar despatarrada en el suelo, comiendo tierra, me causó algún tipo de bochorno, ¿verdad? Pues así era, hasta que *el hombre de negro* se acercó a mi corriendo al grito de: ¡Simonetta! y me cubrió el cuerpo con la chaqueta.

—Sabía que cargar con esto —me dijo muy serio agarrando con dos dedos la esquina del chaquetón—, serviría para algo... —Me arropó bien con el frío tejido sintético, y con la voz más melodramática y falsa que he oído, me susurró—: ¡No dejaré que te enfríes, nena!

¡Joder! Mis carcajadas hacían eco en todo el maldito parque. No podía parar. Agarrada a su brazo, me levanté como buenamente pude del duro suelo, para ver dibujada en su cara una gran sonrisa. Sobra decir que ya no tuve fuerzas para fingir ignorarlo.

Durante los siguientes días, cada mañana que venía a la heladería a traer el reparto de sus sabrosos pasteles, me asombraba con diversos y extravagantes regalitos, y sus respectivas notas:

- Un bastón con cabeza de águila súper hortera: para no volver a caer.

- Mi propio abrigo (todavía más hortera que el bastón) *Matrix*: para no perder el calor corporal o para cuando me apetezca hacer exhibicionismo.

- Semillas de un limonero: para sembrar la paz.

- Un cactus: porque absorben las radiaciones electromagnéticas, son fáciles de cuidar y (por lo visto) tengo pinta de ser una asesina de plantas.

Esto último, no sé a qué vino...

- Un vale para cualquier cosa. Incluido el sexo tántrico.

Eso sí que llamó mi atención, aunque me harían falta algunas clases de yoga. Relajarme y hacer las cosas despacio con un Cosimo desnudo... no creo que pudiera sin practicar antes algún mantra.

- Un acuerdo de esclavitud culinaria: solo incluye postres.

- Una foto de él poniendo morritos: para inspirar mi compasión.

Fue lo que más ilusión me hizo, y lo guardé en mi cajón de la ropa interior, donde nadie que no fuera yo la vería. Bueno, pensándolo mejor, la ladrona de mi mejor amiga tiene tendencia a desvalijarme cada vez que me compro nuevos tangas. «Mejor me busco otro escondite».

Y ahora, diecisiete días después del momento limonero, me encuentro donde todo empezó. Casi a última hora esperando a que entre alguien, apoyada en el mostrador, inmersa en mis pensamientos, cuando noto que uno de los chicos más guapos que he visto en mucho tiempo ha entrado en el local.

Alto y macizo, rubio casi blanco en contraste con su brillante piel morena. No le veo los ojos porque lleva puestas unas gafas de sol y tampoco su sonrisa, pero sé, por propia experiencia, que son magníficos.

Esta vez, no me preparo físicamente ni recreo en mi mente locas fantasías sobre seducción. Esta vez, me conformo con sonreírle. Le ofrezco una sonrisa sincera, y él, a su vez, me paga quitándose las gafas, dejándome ver su expresión y con su propia sonrisa, gemela a la mía.

Aunque nos hemos visto todos los días, y prácticamente lo único que hacemos es intercambiar insinuaciones y pullas, lo he extrañado. Al principio, lo trataba de manera hostil intentando molestarlo y hacerlo sufrir y *trabajárselo* un poco. No obstante, a medida que pasaba el tiempo, me di cuenta que disfruto inmensamente con nuestros enfrentamientos. Me siento relajada a su alrededor, aunque, en apariencia, solo hagamos discutir.

—Hola, acosador —saludo—. Me ha extrañado no verte por aquí esta mañana.

—¿Me has echado de menos? —pregunta con la arrogancia de alguien que sabe que la respuesta es afirmativa.

—Echaba de menos tu fea cara y lo molesto que eres. Me he acostumbrado al fastidioso zumbido que emites a mí alrededor.

—Creo que te gusta que te moleste. Te has acostumbrado a mí y a mis zumbidos...

—O tal vez has desarrollado una vena masoquista y disfrutas con mis desplantes. Un día te presentarás ante mí vestido totalmente de cuero y con un látigo en la mano deseando que te fustigue —digo con sorna—. Lo que no sabes es que puede que no me niegue a hacerlo.

—No te hace falta un látigo, con la lengua ya lo haces bastante bien —replica—. Pero si la cosa va de azotes, tal vez me presente voluntario.

Nos quedamos mirándonos mientras mi imaginación (y estoy segura de que la de él) toma el mando. Imágenes eróticas invaden mi mente: Cosimo y yo en medio de una lucha cuerpo a cuerpo, desnudos... No existirán los complementos entre nosotros, no los necesitaremos. Se me ocurren algunas cosas con las que dejaría que me azotara, y todas son parte de su anatomía...

Noto que sus pupilas se han dilatado y que pasea su peso de un pie a otro en un gesto nervioso. Yo me cubro el pecho con los brazos, en un mal intento de cubrir mis pezones duros como piedras, y me paso la lengua por los labios resecos.

—¡Eh, Cosimo! Eres un hombre muy malo —la voz de Sandra interrumpe nuestro estado de ensoñación.

«Yo sí que quiero que sea malo conmigo. Eso, Cosimo, pórtate mal... en la cama».

Ya está, estoy perdida. Mi mente calenturienta se ha hecho cargo de la zona racional de mi cerebro. La ha secuestrado y la bombardea con representaciones de sexo explícito impidiendo que consiga pensar con coherencia. Necesito masturbarme con urgencia. Me he estado privando del placer carnal de una manera prohibitiva y ahora me está pasando factura. No he querido quedar más con Germán, aunque ha insistido en ello, porque no me apetece probar el whisky. Tengo antojo de *limoncello*²⁰... Menos mal que mañana es mi día. Mi día hedonista, DH, o día del placer de Simonetta... Cualquiera de esos nombres o parecidos me vale.

—¿Qué se supone que he hecho ahora? —le pregunta a mi amiga sin apartar esos ojos penetrantes de mí—. Acabo llegar, aún no me ha dado tiempo de molestar a tu

amiga.

«Pero sí de ponerme cachonda».

—No te hagas el inocente conmigo, señorito. Tu crueldad llega a límites insospechados. —Cosimo, intrigado, pasa su atención a Sandra—. ¿Cómo has sido capaz de permitir que Óscar haga el reparto en taxi?

—Eso le pasa por jugar con fuego. Tiene que aprender a mantener la boca cerrada.

—Se más explícito, por favor —le pide con voz tranquila. A mí no me engaña, estoy segura que se muere por saber todos los detalles. Lo sé porque me ocurre lo mismo. Muero de curiosidad.

—Digamos que decidió hacerse el listillo y que por eso ha acabado en un taxi —dice enigmático. Niega con la cabeza y empieza a hablar, esta vez, con voz dura—. Que se dé con un canto en el pecho por solo tener que hacer el reparto de esa forma. Camina sobre una línea muy delgada: no tiene carnet, una cosa imprescindible (y una de las razones por la que lo contraté), y se mete en asuntos que no le incumben... que no me cabree porque lo echo a la calle.

Su tono de voz es serio, sin embargo, durante este tiempo he aprendido a diferenciar su pequeños matices. Sus ojos desmienten la rotundidad de su voz. No está tan enfadado como aparenta. Tal vez esté molesto, pero eso no le impide reírse con y de las travesuras de Óscar. Sea lo que sea lo que haya hecho, solo merece una reprimenda o un incómodo viaje en taxi.

—Lo hemos captado alto y claro, míster amo y señor del universo —le digo con ironía—. Lo que acabas de decir es que Óscar, alias el chico caramelo, se ha reído de ti de alguna forma que te avergüenza confesar. —Noto como sus mejillas enrojecen, y ese gesto es como pólvora para mi deslenguada personalidad—. ¿Te pilló viendo videos para adultos en internet, te robó el papel de wáter, te interrumpió en un momento íntimo contigo mismo, te envió a una masajista tailandesa a la pastelería con la intención de darte un *final feliz*?

Lanzo las preguntas al azar, rápido y sin tomar aire. Mi objetivo es hacerlo sentir incómodo, y por cómo ha entrecerrado los ojos, creo que voy por el buen camino.

—¿Te has dado cuenta que casi todas las opciones que me has dado tienen que ver con el sexo? Me parece que alguien está un pelín obsesionada con el tema.

—¡No lo sabes tú bien! —exclama Sandra—. Tiene una mente calenturienta, sobre todo, desde que no lo práctica...

Estoy del color del pelo de mi amiga. Rezo en silencio para que se calle y acabe de una vez con mi humillación. No me apetece que Cosimo sepa sobre mi inexistente contacto piel con piel.

Para más bochorno, Cosimo se ríe y Sandra se le une. Se están riendo de mí, los muy cerdos.

—¿De qué coño te ríes? —le pregunto directamente al hombre frente a mí. De Sandra me ocuparé más tarde. Creo que la especialidad heladera de hoy será sorbete de pelirroja.

—Me parece que tu último *yogurín* no cumple adecuadamente —me contesta sin dejar de reírse.

—Para tu información, chulito, Germán cumplió estupendamente. —«Qué mentirosa que soy».

—¿Cumplió? Pasado. —Ya no se ríe. Es más, se ha erguido en toda su magnífica estatura y tiene toda su atención puesta en mí—. ¿Hace cuánto que no lo ves?

—Hemos hablado varias veces. Es un chico muy agradable.

—Dirás que te ha estado incordiando telefónicamente muchísimas veces —dice Sandra. «¡Cállate la boca, joder!».

—No he preguntado si es agradable. Contéstame, es una pregunta simple —me pide de manera tajante.

—No lo veo desde aquella noche en que vino a buscarme... —murmuro con la boca pequeña.

—Y no será porque no lo ha intentado... —susurra Sandra

—¡Te quieres callar de una vez! —le grito exasperada a mi mejor amiga. Hago una inspiración profunda y me obligo a tranquilizarme—. Lo siento —me disculpo—. Sandra, ¿me harías el enorme favor de cerrar el pico y dejar de meterme donde no te llaman?

—Tienes una forma curiosa de pedir perdón. —La aludida se encoge de hombros—. No te preocupes, lo comprendo. Últimamente has estado sometida a mucha presión: se acerca el aniversario, regalos sorpresa... —dice esto último dedicándole a Cosimo una mirada, movimiento de cejas incluido—. Yo, en tu situación, también estaría de un humor de perros.

Me acerco a mi pelirroja amiga y le doy un abrazo de oso. Ella me conoce como nadie.

—No quiero cortar el momento romántico, pero continúo aquí y aún tengo dudas que están esperando una respuesta.

Joder con Cosimo, albergaba la esperanza de que al ver a dos bombones entrelazadas se habría olvidado del tema. Pero no. El señor limón no se deja engañar con ardidés femeninas.

—Si esas preguntas son sobre Germán, te las puedes ahorrar —digo intentando sonar segura de mí misma en vez de a punto de sufrir una crisis de histeria—. No hay nada interesante que contar. Estas fechas no son buenas para mí y no me siento capacitada a ningún nivel para aguantar a un hombre en estos momentos.

Muy bien, Netta. Da un aspecto profesional y distante cuando hablas del tema. Que se note tu indiferencia.

El rubio que tengo delante no parece muy convencido por mis palabras, pero asintiendo con la cabeza, deja pasar el tema. «¡Menos mal!». O eso creía yo...

—Qué raro me resulta oírte hablar de esa forma. Tú, que presumes de ser toda espontaneidad... esa mierda que acabas de soltar por la boca es un discurso aprendido —me reclama muy serio—. Si no me lo quieres contar, dímelo directamente. No me creas tan estúpido como para tragarme esa sarta de mentiras que acabas de escupir con una voz de presentadora de noticias. No te pega.

—No te atrevas a juzgarla —me defiende Sandra—. Si no te quiere decir la verdad, será por algo. A veces, una mentira piadosa hace milagros en una relación.

—Una mentira piadosa no arregla nada. Solo pospone lo inevitable —asevera con la confianza de una persona que sabe de lo que habla.

—Vale. Está bien. No tendría que haberte soltado ese rollo —claudico—. En mi favor, tengo que añadir que no mentía cuando dije todo eso. —Tal vez, he omitido cosas «como que estoy casi obsesionada contigo», pero nunca he mentido. Mi mente, en este momento, es un inmenso caos.

—Estoy confuso, Simonetta. Creía que nuestra nueva relación implicaba confianza. Aunque ya veo que no hemos llegado tan lejos en esa cuestión. No pasa nada. Mi error.

—¿Sabes cuál es tu problema? Pides algo que no estás dispuesto a dar —le recrimino repentinamente furiosa—. Todavía sigo esperando que me expliques el porqué de tu pésima actitud hacia mí desde el primer instante en que me viste.

Estoy que ardo. ¿Cómo se atreve a volver a cuestionarme?

—Este no es el momento ni el lugar adecuado —me dice, apuntando con el dedo a la sospechosamente silenciosa pelirroja.

—¿Ahora te importa que haya alguien delante? —me río sarcástica—. ¡Ah! Ya lo comprendo. Si se trata de reprenderme como si fuera una niña, no importa el dónde ni quién esté delante, pero si es a ti al que se cuestiona, la situación cambia.

—Yo mejor me voy —murmura Sandra casi tropezándose con sus propios pies en su camino hacia la trastienda—. Iré recogiendo atrás.

Una parte de mi mente registra que mi amiga ha salido huyendo como alma que lleva el diablo, pero la otra, la no tan racional, ha cogido carrerilla y no hay quien la desvíe de la furia que siente. No hay quien me pare.

—Eres un puto cínico —le reprocho al hombre frente a mí—. Mírate ahí, tan perfecto y estirado... Seguro que escondes más fantasmas en tu armario que cualquiera. ¿Qué te hace pensar que eres apto para juzgar a las personas?

—Ya me he disculpado por eso. Aunque me acabo de dar cuenta que no lo suficiente...

—Sí, Cosimo, lo hiciste. Pero una disculpa no borra las humillaciones que me has hecho sentir.

—Perdón, ¿vale? ¡Perdón! —grita—. Volqué mi frustración en ti y no lo merecías. Te vi y no supe cómo lidiar contigo...

—No me conocías y, aun así, me juzgaste culpable. Eso no se perdona fácilmente.

—Lo sé —admite derrotado—. El día en que te conocí, al llegar, me asomé a través del escaparate y te estuve observando durante un rato; hablabas y te reías con los clientes. Me confundiste. Aún lo haces. —Me mira con ojos interrogantes. Lo que no sé es si esa mirada va dirigida a mí o es por algo que está pensando—. Sabía que me volverías loco... y no me he equivocado.

Emboza una sonrisa que no le llega a los ojos, pero que a mí me destroza el corazón.

Me obligo a tomar una aspiración profunda mientras cuento hasta diez. Esto se me ha ido de las manos.

—Lo siento, Cosimo. He descargado sobre ti meses de ira deprimida. Perdóname.

—¿Ves? No me equivocaba al pensar que me volverías loco.

—No debería presionarte para que me cuentes cosas que no estás preparado para compartir —le confieso—. Es solo que la curiosidad me puede.

—¿Amigos? —me pregunta, tendiéndome la mano.

—Amigos —afirmo, aceptando su ofrenda de paz—. Pero para ya con los regalos. Me pones de los nervios. —«Y me impiden dejar de pensar en ti».

—No te prometo nada —me dice misterioso y todavía con nuestras manos unidas—. Puede que aún me queden algunos ases bajo la manga...

Y me sonrío. Esta vez es una sonrisa auténtica, de esas que le iluminan la cara y me obligan a sonreírle con igual o mayor entusiasmo. Seguro que parecemos dos idiotas parados en medio del comedor, agarrados de las manos y con expresión de tontos. Lo más asombroso de todo es que me no importa. Podría entrar por esa puerta el maldito rey, y yo no movería ni un músculo. Me siento muy cómoda donde estoy. Para lo que no estoy preparada es para la entrada triunfal de mi hermano y la mirada asesina en su cara. Con su vieja cámara Polaroid 600 colgada del cuello, no debería de verse tan amenazante, pero lo hace.

—¿Dónde está la mentirosa de tu amiga? —me pregunta con voz dura.

—¿Qué te pasa ahora con ella? —lo interrogo a mi vez. En todos estos años, he sido testigo de pequeñas peleas entre los dos, pero nunca he oído a Marco emplear ese tono para dirigirse a mi amiga. Es muy, pero que muy raro, ver a mi hermano perder los estribos.

—Es una inconsciente y una mentirosa. Eso es lo que me pasa —contesta—. Dime ahora donde está, no responde a mis llamadas.

—Está dentro limpiando.

Mi hermano se encamina como un rayo hacia las puertas batientes y desde que las traspasa, empieza a chillar como un energúmeno. Las palabras *mentirosa*, *policía* y *segura* llegan a mis oídos en cada movimiento de las puertas, hasta que, ya cerradas del todo, enmudecen la sala otra vez.

—Eso ha sido corto pero intenso —me dice Cosimo.

Todavía entrelazados, noto como su dedo pulgar traza pequeños círculos placenteros en el dorso de mi mano. Repentinamente vergonzosa, la retiro de su agarre y llevo los brazos a mi espalda.

—Mmm, bueno... —acierto a decir.

—Creo que debería irme —murmura Cosimo—. Se está haciendo tarde y tengo algunas cosas que hacer.

Se acerca y, como todas las últimas veces que nos hemos visto, me da un suave

beso en la mejilla.

—Hasta mañana, Simonetta.

—Hasta mañana, limón.

Tras su marcha y después de recoger por encima la zona de la barra, decido que ya he tenido suficiente drama por un día y que no me apetece nada lidiar con la extraña pelea de mi hermano con mi amiga. Me asomo a la puerta y sin pararme ni siquiera a esperar que me hagan caso, les grito:

—¡Me voy! Terminen de recoger y no se olviden de activar la alarma cuando salgan. Hasta pasado mañana.

Nadie me contesta. No estoy segura de que me hayan oído entre tantos berridos como se lanzan el uno al otro. Decido cerrar por fuera. Ya se apañarán como puedan.

Camino a mi casa, pero hago una parada en el *súper* a comprar lo que necesito para mañana y algo por si acaso mi niño mimado no haya cenado. Al final, como siempre, llego a casa cargada como una burra y lo descargo todo en la cocina.

Le envió un mensaje al hombre de mi vida preguntándole si quiere cenar, pero no recibo respuesta.

Me hago un bocadillo de atún y planto mi culo delante de la tele. Son las 21:34, quedan exactamente dos horas sesenta y seis minutos para que comience mi día especial y no dejaré que nada me lo estropee.

Al abrir los ojos, me encuentro en una postura muy rara sobre mi sofá. Tengo la boca seca por haber dormido sin lavarme los dientes, pero me siento muy bien conmigo misma. Alzo la cabeza para alcanzar a ver el reloj de la cocina y descubro asombrada que son más de las seis de la mañana. He dormido como un muerto durante toda la noche y me siento fenomenal.

He soñado que un hombre rubio y de espaldas anchas me hacía el amor de una manera salvaje y que me adoraba con su mirada... De repente, me siento más activa que nunca y también más caliente. Voy a paso seguro hacia mi habitación y abro el último cajón de mi mesita de noche. Saco todo el arsenal que hay dentro y mientras los coloco con sumo cuidado y en fila en mi cama, pienso en cuál de todas estas maravillas voy a utilizar primero.

Me decanto por empezar poco a poco, así que, por ahora, solo utilizaré mis dedos, aunque dejaré mis aparatos cerca de mi mano. Dejo que mi cuerpo se llene de las sensaciones que sentía durante el húmedo sueño que tuve esa misma noche y me dejo

llevar...

El día no podría haber empezado mejor.

20 Licor dulce típico de la región italiana de Campania.

—¡Ya voy, ya voy! —grito mientras me pongo mi camisola a toda prisa. No me paro a mirar mi aspecto (que tiene que ser de lo peor), así mismo abriré a quien quiera que esté llamando. Espero que, como mínimo, se haya producido un incendio.

DING-DONG, DING-DONG. Oigo que vuelven a llamar.

—¡Qué ya voy, leche! —grito otra vez.

Llego a la puerta y la abro sin ni siquiera preguntar quién es. Al hacerlo, veo a Cosimo con una mano sosteniendo una bolsa de plástico y la otra puesta en el timbre, preparado para tocar otra vez.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto confusa y curiosa por su inesperada visita—. ¿Quién te ha dicho dónde vivo?

—Hola —murmura sin apartar la vista del mensaje escrito en mi camiseta: *El sexo solo es sucio cuando no te lavas. Madonna.*

Sin levantar la cabeza, me dice:

—Bonito eslogan. —Mientras noto como recorre con la mirada la piel expuesta de mis piernas, ya que no llevo pantalones.

Sintiendo una repentina timidez, intento bajar el dobladillo de la maxi camiseta que me llega a medio muslo, pero no lo consigo.

—Hoy te esperé en el parque. Al ver que no aparecías, creí que seguías enfadada por lo de ayer, y como no tengo tu número —explica sin dejar de observar mis piernas—, fui a la heladería y me quedé en la puerta hasta que apareció Sandra y me dijo que estabas enferma. Le pedí tu dirección, espero que no te importe. —Levanta la mano en la que lleva la bolsa—. Te he traído sopa.

Cuando por fin eleva la vista, sé lo que ve y lo que parecía que estaba haciendo. Pelo alborotado, ojos brillantes y mejillas sonrosadas.

—¿Llego en mal momento? ¿Interrumpo algo? —pregunta mientras se pasa la mano por el cuello en un gesto de incomodidad—. Lo siento. Tendría que haber avisado, pero no tengo tu número y tampoco se me ocurrió pedírselo a Sandra. Hasta luego.

Me tiende la bolsa y se da la vuelta.

—Cosimo, no te vayas —lo detengo—. Estoy sola. —Me hago a un lado dejándole espacio—. Pasa, por favor. Y gracias por la sopa.

—Es de sobre —comenta divertido al entrar en mi pequeño piso—. Es demasiado temprano para encontrar algún sitio en donde poder comprar una de verdad.

—De todas formas, te lo agradezco. Lo importante es el detalle. —Lo guío hasta la pequeña sala de estar—. Espera un momento aquí, voy a ponerme algo encima —«y a guardar mis juguetitos sexuales».

Llego casi corriendo a mi habitación en donde me pongo unos negros calzoncillos, tipo bóxer anchos, que tienen estampados unos grandes corazones rosas, y me apresuro a coger todos mis aparatos y llevarlos al baño para dejarlos caer despreocupadamente dentro de la bañera.

Al regresar al salón, me encuentro a Cosimo sentado en el sofá observando todo con atención. No sé por qué, e incluso me siento un poco estúpida al pensarlo, pero espero que le guste lo que ve.

—Me gusta este espacio —dice al sentarme en el extremo contrario a donde está él—. Es muy colorido, alegre... transmite calidez.

Intento mirar mi pequeña sala desde su perspectiva: una pared decorada con papel en colores anaranjados y las demás pintadas de color blanco, sofá extra-largo en tonos cálidos que van desde el amarillo al rojo; es uno de los pocos muebles que poseo junto con una mesita de centro, una librería y un mueble para la televisión, todos en líneas rústicas blanco mate. Las paredes están adornadas con fotos hechas por mi hermano, algunas imágenes de paisajes de diversas vacaciones, pero sobre todo imágenes de la familia: mi abuelo, Marco, Sandra y yo. El único cuadro que tengo es uno tipo *Pop art* de un cucurucho de helado de tres bolas colocado justo encima del sofá, regalo de mi hermano de cuando experimentaba con el *Photoshop*. Puede decirse que no es un hogar convencional, pero me encanta vivir aquí.

—¿De verdad estás enferma? —La voz de Cosimo me saca del ensimismamiento—. Porque yo te noto muy bien.

—No estoy enferma, es tan solo una excusa —le contesto—. Me he tomado el día libre. Necesitaba tiempo para mí.

—¿Por qué?

—Hoy es el aniversario del día en que mi madre nos abandonó —le suelto de sopetón sin ni siquiera pensar en las palabras que han salido disparadas de mi boca—. Me tomo este día todos los años para celebrar el que no me haya criado. Ella era, o es (no estoy segura ni de que siga con vida), una vividora cuya única preocupación

era ella misma y que se aprovechaba de la gente, así que yo lo celebro a su manera: dedicándome por completo a mí, pero sin pisotear a nadie —le explico—, es mi forma de decirle que no soy como ella y que me alegro por ello.

—¡Ah! Con que he interrumpido tu día hedonista. Lo siento —se disculpa con una sonrisa—. Y yo que te traje sopa... te tendría que haber traído *champagne* o algo igual de glamoroso.

—No te preocupes, la sopa me la tomaré esta noche. Irse con el estómago lleno y el cuerpo caliente es una de las cosas que hago hoy.

No me pasa desapercibida lo sugerente que ha sonado la frase y, por su ceño fruncido, puedo decir que a Cosimo tampoco.

—¡No ha sido una insinuación! —me apresuro en aclarar—, no vayas a empezar con tus pensamientos extraños.

—Simonetta, hace tiempo que me rendí ante tu colorida forma de expresarte.

—Mira, no puedo estar siempre vigilando mi forma de hablar, es imposible. De modo que se me ha ocurrido una idea: intenta ignorar mis palabras, aunque te incomoden, porque no me estoy vendiendo a ti. Que sepas que cuando quiero algo, no me insinúo, yo voy directa y lo agarro con las dos manos. Por lo tanto, respira tranquilo. No me interesas.

—Vale. Lo intentaré —dice—. Dime qué haces los días como hoy.

—Me dedico a mí misma: devoro comida basura, leo, veo películas, me masturbo, me pinto las uñas... lo que me apetezca hacer en ese momento, no tengo ningún patrón establecido.

—¿Que te qué? —farfulla.

¡El pobre! Algunas veces es tan inocente...

—Me pinto las uñas de las manos y pies, no te extrañes tanto. Las mujeres lo hacemos todo el rato —digo con una sonrisa, ignorando deliberadamente el tema que lo asombró—. Eres libre de quedarte si quieres. Estarías muy guapo con los deditos pintados de rojo.

—No sé qué decirte... lo que me ofreces no me tienta lo suficiente: comida basura, libros, pelis, que me quites los callos de los pies, masturbación... bueno, si almorzamos pizza y la pagas tú, soy todo tuyo.

—Yo nunca te tocaré los pellejos de los pies. ¡Puaj, qué asco! —exclamo con una mueca—. Pero voto un gran sí a lo de la pizza.

Coge el teléfono y envía un mensaje. Espera a que le contesten y me dice:

—He despejado mi apretada agenda matinal. Tendrás el placer de disfrutar de mi compañía por el módico precio de una pizza familiar sabor barbacoa.

—Si vas a estar aquí hasta la hora de comer, puedes ponerte cómodo —le digo mientras un sentimiento de felicidad me recorre el cuerpo—. Eso sí, déjalas en el balcón. No quiero tener que echarte por contaminación olorosa...

—Simpática, a mí no me huelen los pies. Por lo menos no ahora que tengo puesto un polvo corrector del olor. —Se quita los zapatos y los calcetines, y levanta un pie hasta acercarlo a mi cara—. Compruébalo tú misma.

—¡Cerdo! ¡Aleja esas zarpas de mí! Haces algo como eso de nuevo y puerta, ¿lo entiendes? —le reclamo riendo.

—¿Algo como esto? —pregunta colocando otra vez su pezuña en mi cara.

—No tienes remedio, Cosimo. Te salvas porque huelen...

Me acerco al mueble de la televisión y cojo dos DVD's. Los sostengo en alto para que pueda leer los títulos: *Braveheart* y *El diario de Noah*.

—Elige —le pido.

—Dada la gran variedad que me has dado a elegir, tendré que quedarme con el querido, psicótico y misógino del viejo Mel Gibson... la otra no sé ni cuál es, pero viendo la carátula, ya se nota que es una de esas películas pastelosas... paso.

—¡Uy! Qué pena que este sea mi día y no el tuyo —le comento como quien no quiere la cosa—. Prepárate para ver cómo un hombre debería de amar a una mujer.

—¡Ey, tú! Me dijiste que eligiera —se queja.

—Sí. Que eligieras estar de acuerdo con mi elección, si no lo has hecho, es tu culpa.

—Eres una tramposa. Lo tendré en consideración —dice muy serio, para después añadir—. La venganza es un plato que se sirve frío, Simonetta, tenlo en cuenta.

—Me das tanto miedo... —me burlo fingiendo temblar mientras me agacho para colocar el DVD—. Te lo advierto, tengo una regla irrompible: en el cine no se habla.

Me levanto y lo agarro del brazo obligándolo a ponerse en pie y a seguirme.

—Esta es la cocina. Si tienes hambre o sed, sítete tú mismo. —Lo conduzco hasta otra habitación—. El baño, a no ser que uses pañales, no necesitas mi ayuda aquí tampoco. Cuarto de invitados, está hecho un desastre, mejor no entres. Mi despacho, si te aburres, mi ordenador está encendido. Si vas a ver porno, cierra la puerta —le

digo mientras pasamos esa habitación en dirección a otra—. Este es mi cuarto. Lo siento, pero ningún hombre tiene la entrada permitida, así que si tienes sueño, recuéstate en el sofá u opérate de cambio de sexo.

—¿Cómo es eso de que no se admiten especímenes masculinos? No me lo creo...

—Es la pura verdad. El único hombre hecho y derecho que ha entrado es Marco y solo porque a él lo veo más como un incordio inevitable que como a un hombre —le digo de vuelta a la sala—. Ten por seguro que si no hubiera necesitado su ayuda para armar los muebles, no habría entrado nunca.

—Nunca dejas de asombrarme, Simonetta —lo oigo murmurar.

—Aunque pienses que soy una loca que se va con cualquiera (que a veces lo soy), mis ligues no pasan de aquí. —Señalo a donde está sentado—. Mi dormitorio es sagrado.

—Ahora mismo siento la necesidad casi compulsiva de salir en busca de una luz ultravioleta y ver me qué encuentro en este sillón..., pero como no quiero asustarme, y lo estoy pasando muy bien, mejor lo dejo para otro día.

—Eres un tipo retorcido y asqueroso, ¿verdad? Tú sí que no dejas de asombrarme... —le reprocho—. ¿Dónde te criaste, en el circo de los horrores?

—Siéntate, anda —me dice alegremente—, y pon de una vez la dichosa *pelí*. Tengo sueño y seguro que me ayudará a dormir.

Me acomodo en el sillón mientras coloco las opciones de sonido, y después de darle al *play*, murmuro:

—¿Dónde estará mi Noah?

—¿Qué has dicho?

—Que ya sé con qué rubio fantasearé en cuanto te vayas... una pista: no será contigo.

—Eres una mujer muy rara, Simonetta.

—¡Shhh!

Las primeras palabras del narrador se oyen, y yo me sumerjo en una hermosa y romántica historia de amor. De esas de las que, por lo que parece, solo Hollywood consigue hacerlas (a su manera) realidad.

A medida que la película se desarrolla, me voy acomodando en el sillón. Tanto que incluso apoyo mis pies en el regazo de Cosimo. No lo hago adrede, me sale sin pensar y cuando voy a apartarlos, asustada por la confianza que mi cuerpo se toma, él me los

sujeta para impedirlo.

Poco a poco vuelvo relajarme, sintiendo como Cosimo me acaricia con suavidad. Empieza con el empuje y, pasados unos minutos, como no le rechisto, sube la mano hasta los gemelos. «Menos mal que me di la cera el otro día».

No hay nada sexual en su forma de tocarme. Más bien parece un movimiento destinado a relajar al que lo da y al que lo recibe. Hace que mi piel se erice y que desee que sus calmantes caricias se extiendan por toda la longitud de mi pierna.

«Vivan las mujeres precavidas (me alegro de ser una de ellas), que se cuidan el cuerpo incluso cuando no es verano o no tienen a nadie que se dé cuenta de la longitud de sus vellos. ¡Viva la depilación!», no puedo evitar agradecer mentalmente.

Cuando llega a la escena del lago, me siento y apoyo los codos en las rodillas.

—Por esto es una de mis películas preferidas —murmuro.

Al acabar la escena, ya con los protagonistas saciados y más enamorados que nunca, me vuelvo a recostar.

—Perfecto —suspiro.

Cosimo se adelanta, agarra el mando a distancia y le da al *pause*.

—¿Qué haces? —me apresuro a preguntar.

—Ilústrame del por qué lo que acabamos de ver es *perfecto*.

—Ahora no, Cosimo —le pido.

—No. Explícamelo, por favor —me ruega juntando sus palmas delante de su pecho—. Tengo la vaga impresión de que no hemos visto la escena del mismo modo.

—Puede que sea verdad... —digo de acuerdo con él—. A ver, ¿qué has visto tú?

—Sexo. Sutil pero desenfrenado al mismo tiempo. No muy realista..., pero es lo que se supone que pasa en este tipo de películas.

—Ahí está la diferencia: donde tú ves sexo de fantasía, yo veo amor —le explico—. Dos personas que no solo se desean, sino que también se aman con desesperación. Y eso, amigo mío, para mí se llama perfección.

—Eres una romántica, no me esperaba eso de ti. —Se ríe—. Me encantaría verte con alguno de tus novios, a ver si con ellos te comportas de forma melosa.

—Pues cuando lo veas, me enteraré yo al mismo tiempo. —Miro su cara de desconcierto y añado—: Nunca he tenido novio.

Levanta una ceja interrogante y me es curioso como ese simple gesto puede derrochar tantísima ironía.

—En serio. He tenido rollos, amigos, novietes... llámalo como quieras, pero nada fue serio. Diversión, sexo... montones de sexo, sí, pero nunca he tenido novio.

—¿Te has enamorado alguna vez? —pregunta, y puedo notar la genuina curiosidad en su voz.

—No. Mis sentimientos están intactos, será por eso que soy tan romántica —comento—. Aún no me han roto el corazón, no he sentido mariposas por nadie y, si te digo la verdad, no creo que lo haga nunca. Pero como fantasear es gratis, lo hago a todas horas. Es mi premio de consolación.

—No lo comprendo, la verdad. Todos, como mínimo en la adolescencia, nos hemos creído enamorados, aunque solo sea una vez.

—Yo no. Tienes que entender que no soy como los demás. Crecí con un padre obsesionado con una mujer que lo abandonó, dejándolo destrozado y casi sin cariño para darle a sus hijos... perdona que desconfíe de ese sentimiento, pero creo que es justificado.

Incómoda con el cariz que ha tomado la conversación, le arrebató el mando y le doy al *play*.

—Ninguna interrupción más. Recuerda las normas.

La película acabó como ya intuía: conmigo con la cara roja e hinchada por las lágrimas. Me remuevo irritada al recordar que no estoy sola. Tras nuestra pequeña charla sobre el amor, Cosimo no hizo ninguna pregunta más (ni tampoco ningún sonido), y yo me sumergí en la historia como hago cada vez que veo la *pele*, y esas serían muchas más veces de las que estoy dispuesta a admitir... vale, lo reconozco: soy adicta a las películas románticas, entre más pastelosas sean mejor que mejor. «*I love Mr. Darcy*».

Compruebo el reloj y me doy cuenta de que todavía es muy temprano. Son solo las 10.30 de la mañana, el día solo acaba de comenzar y todavía me quedan muchas cosas por hacer.

Intento buscar en mi mente algunas *delicadas palabras* con las que invitar a Cosimo a irse de mi casa, pero al oír la siguiente frase de mi invitado, me doy cuenta que mi pequeño dilema se ha resultado (y no precisamente a mi favor):

—¿Qué toca ahora: las uñas o la masturbación? Estoy 100% preparado para cualquiera de las dos opciones.

—¿No estás cansado de estar aquí? —lo interrogo curiosa—, si estás preocupado

por mí o algo parecido, no lo hagas. En serio. Es mi día narcisista, no mi día suicida.

—La preocupación es lo menos que me retiene aquí —responde tranquilo—. Se da el caso de que necesito un descanso, y tú me has ofrecido la alternativa perfecta. Tenía que elegir entre estar aquí u oír a mi hermana y a Óscar discutir a todas horas hasta por el más mínimo detalle. La balanza se inclina peligrosamente a tu favor. Además, me debes una pizza.

—Está bien. Puedes quedarte —acepto resignada—. Pero después no te quejes.

—No lo haré. Lo prometo —dice, posando su mano sobre el corazón en una pose solemne. Sonríe y exclama—: ¡Venga, no te cortes! He ocupado tu casa, es verdad, pero que ese pequeño detalle no te impida disfrutar de tu día. Haz lo que tengas en mente.

Lo observo fijamente y decido que tiene razón. Voy a disfrutar.

—Normalmente, después de ver la *pelí* lacrimosa de turno, bailo. Bailo mucho. — Me levanto del sofá y aparto la mesa de centro para hacer hueco. Me acerco hasta mi *Ipod*—. No puedes elegir ni tratar de cambiar la música, ¿*capisci*?²¹ Es otra norma.

Gracias al sistema de altavoces *bluetooth* que tengo integrado por gran parte de mi pequeña casa, la música empieza a oírse alta y clara al momento en que le doy al botón *play*. Los primeros acordes de la versión cantada por Paolo Nutini de *Bang Bang (My baby shot me down)*, resuenan, y empiezo a mover mi cuerpo al ritmo. Me doy la vuelta mientras contoneo mi cuerpo lento y seguro, notando como la voz grave del cantante se va apoderando de mí. Abro los ojos y me encuentro a Cosimo observándome casi sin parpadear.

—Baila conmigo, Cosimo —le pido mientras me acerco a él con la mano extendida.

Duda entre aceptar o no. Lo noto en su mirada y en cómo ha tensado los hombros. Al final, niega con la cabeza despacio. Bajo la mano y encojo los hombros, para nada ofendida por su negativa y devolviéndole en cambio una sonrisa de aceptación en vez de un reproche.

Me aparto y empiezo a mover mi cabeza y mis hombros al ritmo rápido que ha tomado la canción. Lo veo sonreírme y me animo con algunos pasos de baile. Locos, sin lógica, pero que me hacen relajarme y divertirme.

Me sorprendo cuando Cosimo me toma de la mano y me empieza a dar vueltas hasta que creo que me voy a marear. Bailamos, entre risas, nuestra peculiar versión

del rock and roll hasta que la canción acaba y comienza *Locked out of heaven*, de Bruno Mars. Seguimos meciéndonos al nuevo ritmo, cogidos de la mano; el ritmo y la letra de la canción me sobrecoge y siento que a Cosimo le pasa lo mismo. Me empuja hacia su cuerpo y seguimos bailando en los brazos del otro, mirándonos a los ojos mientras Bruno, en su canción, pregunta si se puede quedar aquí.

Nuestras cabezas se acercan. Nuestros alientos se mezclan en un gesto más íntimo que el sexo. «Nos vamos a besar», pienso entusiasmada y aterrada a la vez.

De repente, el DING-DONG de mi puerta interrumpe nuestro momento y no separamos algo... incómodos. Apago la música, me atuso el pelo con ambas manos y lo observo, viendo reflejado en su rostro la misma confusión que, estoy segura, tiene el mío.

Si no nos llegan a interrumpir, a estas alturas ya estaría en el sofá sentada encima de Cosimo restregándome contra él como una gata salvaje «y en celo». Me separo la camiseta del pecho porque estoy segura de que mis pezones erectos son visibles aunque tenga una blusa suelta. Veo a Cosimo seguir el movimiento de mi mano y sonreír. No sé porque me he molestado en hacerlo, por lo que veo, ya se había dado cuenta. «Maldito cuerpo traidor».

21 ¿Comprendes?

—¡ABRE LA PUERTA, NETTA. SÉ QUE ESTÁS AHÍ, HE OÍDO LA MÚSICA!

La voz de mi niño mimado se escucha a través de la puerta de entrada.

—Es Iván, mi vecino —le explico a Cosimo—. Iré a ver qué quiere.

No acabo de terminar de decir la frase cuando oigo el ruido que hace la cerradura, seguido por el de una puerta al abrirse y al cerrarse, junto con la voz de Iván.

—Netta, espero que estés vestida porque ya he entrado. Sé qué día es hoy y he pensado que una de las cosas que puedes hacer es seguir con nuestras clases...

Iván se detiene en seco al descubrir que no estoy sola.

—Tú no eres Marco, ¿quién eres? —interroga de manera protectora mientras taladra a Cosimo con la mirada—. Netta nunca trae hombres a su casa.

Cosimo me mira con la ceja alzada y yo encojo los hombros y sonrío.

—Tranquilo, Iván, lo he invitado yo. Este es Cosimo, un amigo. —Señalo a mi vecino y añado con orgullo—. Este es el hombre que mejor me cuida. Mi gran amigo, protector y vecino: Iván.

Noto como el atractivo joven de quince años cuadra los hombros al oír como lo presento. Es un chico muy guapo. Alto, moreno y atlético.

Le tiende la mano a Cosimo, aguantando el agarre un poco más de lo debido. Mi socio le sonrío en respuesta a su desafío.

—Basta, Iván. Es solo un amigo y compañero en el negocio. Es el chico que hace los pasteles que vendo en la heladería. Lo conozco, no va a hacerme daño. —Por fin deja caer la mano y se gira hacia mí. Ya tengo toda su atención—. ¿Por qué no estás en clase? Ayer te envié un mensaje y no me contestaste.

—Mi madre se ha puesto enferma otra vez. —Clave para: mi madre bebió o se drogó hasta la inconsciencia y tuve que cuidar de ella—. Ayer noche la dejé en su cama y como no se despertará hasta hoy muy entrado el día, pensé que podríamos seguir con nuestras clases y, tal vez, que me invitaras a almorzar. Pero si estás ocupada, ya vuelvo otro día.

Giro la cabeza hacia Cosimo.

—Por mí no hay problema. Es tu día y lo administras como quieres —me dice, creo, sonando un poco aliviado—. ¿En qué consisten esas clases? Tal vez pueda

ayudar...

—Le estoy enseñando a bailar. Aprovechamos mis huecos libres para hacerlo y algunas noches en las que no llego muy cansada.

—¿A bailar?

—No suenes tan sorprendido. Soy una excelente bailarina, e Iván, una de las mejores parejas de baile que he tenido.

—Es verdad —corroboraba Iván tomándome del brazo y haciéndome dar un giro completo para acabar pegada a su cuerpo—. También me enseña las cosas que todo hombre debería saber, y ofrecer, para conquistar realmente a cualquier mujer y que sea suya para siempre.

—¿Si? ¿Y cuáles serían? —pregunta Cosimo sonando realmente intrigado—. Tengo mucha curiosidad. A lo mejor yo también aprendo algo.

—R.A.C.G.R.O. —recita Iván—. Respeto, amor, comprensión, generosidad risas... la última no me la quiere decir. Me ha prometido que en cuanto cumpla los dieciséis, lo hará. Me quedan seis meses.

Su sonrisa toda hoyuelos nunca falla en cautivarme. Lo conozco desde hace siete años, y desde el primer momento en que lo vi sonreír, me embrujó.

Nunca me habría imaginado que el día en que me mudé a este piso conocería a un pequeño y, anormalmente flaco, niño de ocho años que cambiaría mi vida para siempre. He llegado a quererlo de una forma apabullante. No como a un hermano ni incluso un amigo, sino como a un hijo.

Había dejado la puerta del piso abierta en mi último viaje de recolección de cajas desde el furgón alquilado de mudanza, para que de esa forma entrara un poco de aire fresco. Noté que algo se movía y me encontré con una cabeza infantil asomada en el quicio de mi puerta.

—No sé quién eres, pero agradecería cualquier ayuda —grité lo bastante fuerte para que supiera que me dirigía a él—. Puedes entrar. No muerdo.

Seguí a lo mío mientras por mi visión periférica lo veía entrar dando tímidos pasos.

Empecé a hablar en alto a medida que sacaba cosas de las diferentes cajas y maletas. Cosas sin sentido, pero en un tono amable que intentaba hacerle sentir incluido y cómodo.

Recuerdo su mirada anhelante al ver mis bolsas que contenían la pequeña

compra de comida que había hecho por si me entraba hambre entre colocar caja y caja.

—¡Uy, chico! No sé tú, pero yo me muero de hambre —le solté como si nada—. No me gusta comer sola. Al final, acabo zampando más de la cuenta y no me cierran los vaqueros. ¿Me harías el grandísimo favor de almorzar conmigo? Te debería un favor, y yo siempre los devuelvo.

—¿Hay también para mi mamá? —Su preciosa voz infantil sonaba cargada de esperanza—. Está enferma y no se puede levantar de la cama. Podría llevarle mi parte, no me importa.

—No te preocupes, hay bastante para los tres —le dije pretendiendo sonar animada, aunque por dentro me rompiera el corazón ver a este pequeño niño escuálido renunciar a su comida a favor de su madre—. Serás mi ayudante del chef. Lávate las manos y has todo lo que yo te diga.

Esa fue la primera de tantas comidas que compartimos y, no sé ni cómo, acabé preparándole su merienda para el colegio, pero lo hice, e incluso, hoy en día, le doy una paga semanal.

Lo he protegido durante todos estos años. Fingiendo ser una tía suya en casi todas las reuniones escolares o cuando necesitaba ir al médico. Su madre, Mónica, sufre un trastorno bipolar, es adicta a la bebida y, según la época, a alguna que otra droga recreativa. Es una mujer joven viuda que parece no encontrar la fuerza y el valor para dejar esa vida y cuidar al maravilloso hijo que trajo al mundo, así que lo hago yo. Se niega a medicarse o a buscar ayuda sin pensar que con su actitud está destruyendo a su hijo poco a poco.

Por el dinero no se preocupan. La casa está pagada y de sus gastos se encarga un administrador de bienes que su marido le dejó asignado antes de morir como precaución por su enfermedad. El dinero no les dura mucho, pero por lo menos tienen lo básico. No tienen relación con la familia materna ni paterna. Solo están ellos dos y van sobreviviendo con lo poco que tienen.

Me aterraba (y aún lo hace) que los servicios sociales se enteraran de su situación y lo apartaran de mi lado o del de su madre porque, aun con todo lo que ha visto, la quiere con toda su alma.

—No me dediques esa sonrisa, Iván. Tendrás que esperar —le digo.

—Pues entonces dímelo a mí —pide Cosimo—. No me chivaré y te daré mi más

sincera opinión masculina sobre si es verdad.

—Venga, díselo —me anima Iván—. Quiero saber si la espera vale la pena.

Me acerco a Cosimo y le susurro al oído: «orgasmos».

Él me mira y asiente con la cabeza.

—Chico, esta última es de las más importantes. No solo te servirá en una relación seria, sino que también es aplicable a cualquier chica que conozcas. Saber ofrecer eso te simplificará la vida.

Observo divertida como los ojos del chico se amplían por el interés a cada palabra que le dedica Cosimo

—Puedo esperar —sentencia Iván.

—Voy a buscar algo de beber —anuncio.

Me dirijo a la cocina con Cosimo pegado a mis talones.

—Ahora que estamos solos, ¿me podrías explicar cómo coño le enseñarás eso al chico? ¿No estarás pensando en impartirle algunas clases prácticas, verdad?

Lo miro horrorizada.

—Eso que acabas de insinuar es insultante y asqueroso —digo—. Yo pensaba, más bien, en darle varias clases teóricas basadas en mi experiencia y en unas cuantas escapadas prácticas con una profesional en el tema.

—¿Pensabas llevarlo de putas? —inquire—. Joder, Simonetta, eres la hostia.

—¿Qué hay de malo? Son profesionales, y además pensaba contratarle a una *Escort*. Mi chico tendrá una primera vez de alto *standing* —le explico con suficiencia.

—Admiro tu arrojo en el asunto, pero eso no será real. Sabes muy bien que por muy adelantadas que estén las niñas de hoy en día, no tendrán la experiencia que tienen esas mujeres. Además, su primera vez debería ser *normal*, como la de todos, no subvencionada por ti. Se morirá de vergüenza si le ofreces ir a una profesional.

Escucho atentamente sus palabras, reflexionado mientras lo hago. Por una parte, una parte muy grande, tiene razón... no sé ni cómo se me pudo haber ocurrido.

—Vale. La misión *descorchar el vino* queda abortada. Por lo menos la parte práctica, la teórica sigue en pie. Me niego a claudicar en esta parte. Mi chico será igual de buen amante como lo es de bailarín —le digo—. Créeme, se merece toda la confianza en sí mismo que pueda obtener, y si saber satisfacer a una mujer le hace aumentarla, le dibujaré hasta un puto croquis.

—Está bien, lo entiendo —dice y, para mi sorpresa, añade—: pero deja que sea yo el que le dé esa charla.

—¿Por qué querías hacer tú eso por nosotros... por mí?

—Porque he notado la forma en que Iván te mira, Simonetta. Te idolatra. Estoy seguro que si le das esa charla ahora mismo, lo humillarás. Por lo menos deja que sea yo el que hable con él la primera vez. Entre hombres nos entendemos, y todo será más fácil.

—De acuerdo —cedo—, pero si veo que gracias a tus consejos no se come ni un colín, le daré una *master class* sobre sexo con muñecas hinchables incluidas. A saber todo el daño que tendré que arreglar... —Suspiro—. Solo espero que no sea tarde y lo que tú le hayas enseñado no se le pegue como si fuera una de esas manías extrañas que adquiere la gente al conducir y que incluso con clases intensivas no pueden remediar hacerlo de nuevo.

—Me estás insultando —sueno ofendido de verdad—. Que sepas que soy malditamente bueno en el sexo. Si el chico aprende de mí, convertirá a cualquier mujer en multi-orgásmica. Te lo aseguro.

—Que sepas que antes de poder demostrar tus *fantásticos dones* —digo haciendo comillas con mis dedos y olvidando que hace menos de diez minutos yo era esa chica *deseosa de probarlo*—, tienes que encontrar a una chica que quiera probarlos, y me temo que tus dones sociales no son tan fantásticos como tus supuestos y mágicos encantos sexuales.

—¿De qué hablas? Soy agradable y también un ligón...

—Ja, ja, ja. Cosimo, siento decirte que de ligón no tienes nada, y de agradable, menos. Recuerda que te vi actuando en el cumpleaños de Óscar y diste pena.

—No me viste ligando, solo siendo agradable con aquellas chicas. Si hubiera querido, alguna habría caído.

No considero que esté chuleando con lo de llevarse a cualquier chica. Está como un tren y capté el interés que despertó en las mujeres. Lo único que les impedía acercarse a él era el aura de *no molestar* que desprendía.

—Me has ofendido, y te voy a probar que no es cierto nada de lo que dices. Soy agradable y un ligón, y te lo voy a demostrar. Esta noche salimos solos tú y yo.

—Reto aceptado. Si pierdes, te tendré que dar esas clases a ti. Si lo hago yo...

—Yo te daré las clases a ti.

—De acuerdo —accedo—. Te espero esta noche con tus mejores galas. — Imitando mi mejor acento y tono de reggaetón añado—: Nos vamos de cacería.

Regresamos a la sala con las manos a rebosar de comida. En mi bandeja llevo zumos, café y leche. Y Cosimo, en la suya, lleva algunos sándwiches fríos. Son casi las doce del mediodía, pero entre la película y el baile nos habíamos (por lo menos yo) olvidado de desayunar.

Comemos mientras Iván nos cuenta la última novedad en su instituto: pillaron a dos chicos montándose en el vestuario del gimnasio. La gente se volvió un poco loca, sacaron los teléfonos móviles y comenzaron a grabarlos. Las consecuencias no se hicieron de rogar: video viral por la red, la chica llorando, el chico orgulloso de su *gran hazaña*, padres cabreados, junta directiva histérica... lo normal en estos casos. Si estos casos se pudieran considerar como tal.

No entiendo a la juventud de hoy en día. Cuando yo era una joven normal, no la que se escondía entre sus libros en la última fila, mi máxima preocupación siempre fue qué ponerme, qué fotos pegar en mi carpeta, y si permitía a algún chico afortunado tocarme el pecho por encima de la ropa. Es verdad que esa fase *inocente* me duró poquito, pero la tuve. Es más, nunca, ni en más salvajes sueños, se me ocurrió pasar de la primera base con un chico dentro del instituto. Como decían antes: me dejaba respetar.

Hoy en día, si un chico no intenta comprobar, de forma manual, si mi sujetador tiene relleno o si prefiero el tanga al *cullotte*, me siento hasta rara. Será que *ya no me dejo respetar* tanto como antes...

La pobre chica, en realidad, me da pena. No hizo caso a la regla de hora: sin cámaras y con condón es donde se encuentra la diversión. Bueno, creo que ya la habrá aprendido. O eso o es exhibicionista. Opción respetable, pero no dejes que te graben, mujer. Por lo menos, no hasta que te vayas de casa de tus padres...

Iván se lanza hacia el que sería su tercer bocadillo.

—Para ya de una vez, después me dirás que no tienes hambre —le digo al mismo tiempo que le doy un golpe en la cabeza—. No quiero oír tus quejas.

—Joder, Netta, eres una bruta —se queja, acariciándose el sitio donde le pegué—. Yo tampoco he desayunado y tengo mucha hambre. Además, estoy en vías de crecimiento. ¿No te da pena de mí?

Mi modo protector entra en acción.

—¿Por qué no me habías dicho nada? Tendrías que haberme tocado desde que te despertaste. Hubiéramos hecho algo, sabes que me encanta cuando desayunamos juntos los dos en pijama viendo los dibujos.

Iván desvía la vista hacia Cosimo y se pone rojo.

—No duermo en pijama —aclara—, y tampoco veo los dibujos.

—No hay problema, amigo. Yo duermo en pantalón de pijama y veo *Hora de aventuras* —le explica Cosimo—. No hay de qué avergonzarse.

Le dedico una mirada de agradecimiento y sigo hablando con Iván.

—¿Por qué no viniste, Iván?

—Ya te dije que mi madre se puso enferma, no pude venir antes... —su voz suena rota, y yo reprimo las lágrimas que luchan por escapar de mis ojos—. De todas formas, no quería molestarte en tu día especial. Sé que aunque intentes disimular, te afecta.

—No es la primera vez que estoy contigo cuando tu madre se pone así. Este día no significa nada comparado contigo. No pongas más excusas —le digo seria—. Sabes que lo primero en mi vida eres tú. Si tienes algún problema, me importa, y si te saltas alguna comida, me preocupo aún más.

Me levanto del suelo donde estaba sentada y me voy a recoger mi habitación. Estoy nerviosa y no quiero cogerla con Iván.

Estoy estirando la cama cuando siento una presencia en la entrada del cuarto.

—El chico trataba de hacer lo correcto, Simonetta —dice Cosimo desde el quicio de la puerta. No hace ni siquiera el amago de entrar. Se acaba de ganar mi respeto—. No sé qué es lo que le pasa a su madre, pero el chico cree que es lo bastante mayor para cuidar de ella él solo y ahorrarte a ti la molestia.

—También se creía lo bastante mayor a los ocho años, y ahí estaba yo a su lado. Me da igual que tenga quince, veinte u ochenta. No puede apartarme porque piense que puede él solo con todo.

—No sé, Simonetta. A lo mejor prefiere apoyarse en su familia.

—No te confundas. Yo soy su familia —sentencio—. Y que intente protegerme como hace con su madre me duele. Yo soy más fuerte, debería saberlo.

—Lo siento, Netta —se oye la voz de Iván desde detrás de Cosimo—. No quería preocuparte si lo tengo todo controlado. Ya sabes cómo es mi madre. Después de dormir unas cuantas horas, se calmará.

En todo este tiempo no he dejado de recoger. Iván entra en mi cuarto y me ayuda a colocar sobre la cama mis múltiples cojines.

—Ya lo sé. Pero no quiero que estés solo con ella cuando se pone así. Llámame inmediatamente, por favor. Solo te pido eso. —Le lanzo uno de los mullidos cojines a la cara—. No vuelvas a preocuparme, capullo.

Empezamos a lanzarnos cojines en una guerra improvisada. Riéndonos y, de paso, dejando escapar un poco de la tensión acumulada.

—¡Eh! No es justo. Toda la diversión se encuentra en la habitación en la que tengo el acceso restringido —se queja Cosimo—. Además, dijiste que ningún hombre podía entrar, y ese al que estás golpeando es un hombre hecho y derecho ¿Qué hace Iván ahí dentro?

—Me refería a hombres a los que no he visto crecer...

Tanto dar y tomar con los cojines me ha dejado casi sin aliento. Pero no me pasa por alto la referencia que hace sobre la hombría de Iván. Se lo agradezco profundamente. Este chico necesita toda la confianza que pueda, y con esa clase de comentarios la obtiene, aunque sea en gotitas pequeñas. Muchas gotas pueden hacer un lago.

—Bueno, como no estoy incluido en la diversión, voy a ejercer de adulto responsable y llamar al trabajo a ver si entre mi hermana y Óscar no lo han quemado desde los cimientos. —Camina hacia la sala, pero a mitad de camino para, se da la vuelta y me dice—: Te das cuenta de que si pierdo mi negocio por estar aquí contigo, estás obligada a darme un trabajo en la heladería, ¿verdad?

—Ni lo sueñes, guapo —le contesto—. Aunque pensándolo mejor, siempre he querido un hombre pancarta. Te verías muy bien desnudo, con solo dos cucuruchos tapándote las partes nobles y el culo... ¡estás contratado, Cosimo! —añado entre risas.

Me asomo *nada* disimuladamente para ver si todavía sigue en el pasillo. Al ver que no hay moros en la costa, le digo a Iván:

—Ahora que estamos solos, dime la verdad. ¿Por qué no me avisaste?

Me mira, dudando entre decirme la verdad o no.

—Esta vez ha sido peor, Netta —dice, desviando la mirada—. Ayer me quedé dormido temprano, pero me desperté por el ruido y me la encontré desnuda en un rincón de casa. Está en los huesos, parece un cadáver ambulante. Había estado

buscando dinero por la sala. Estaba todo patas arriba... me daba vergüenza que la vieras de esa manera.

Rodeo la cama y lo abrazo con fuerza.

—Iván, nada sobre tu madre me avergonzará jamás. Y a ti, aunque no lo creas, tampoco. Tu madre está enferma. No son solo las drogas lo que la han deteriorado tanto, su enfermedad no la deja pensar con claridad.

—Pero tiene momentos en que mejora. Lo has visto. Cuando el administrador se pasa por aquí, ella se controla y parece totalmente normal... —explica—. Tal vez, si se esforzara más, se recuperaría totalmente.

—Tu madre está enferma, sin embargo, no es tonta. Cuando el abogado viene, no sé cómo lo hace, pero se refrena —comento—. De todas formas, creo que esa solución no le servirá de mucho por más tiempo. Las drogas que toma, a largo plazo, impedirán que las pastillas le hagan efecto... Reza para que el administrador siga avisando antes de sus visitas como ha estado haciendo hasta ahora, si no, estamos jodidos.

—Algunos días la veo y solo me sonrío, me dice que me quiere y que todo va a ir bien. Eso tiene que contar para algo, ¿no? —Noto la desesperación en su mirada. Su rostro refleja el anhelo porque su querida madre se encuentre de una vez bien—. Si durante ese ratito en el que parece lucida, consiguiera convencerla para que tome la medicación regularmente, mejoraría. Estoy convencido.

—A ver, Iván —mi voz suena dura porque quiero que me preste toda su atención—. Tu madre sufre un trastorno bipolar, con la medicación mejoraría considerablemente, pero, por desgracia, no la toma; y por si fuera poco, las drogas han agravado su situación. —Tomo una respiración profunda y me obligo a decirle la verdad—. No quiero que pierdas la esperanza, pero quiero que seas consciente que con tu madre, aún nos queda un largo y duro camino para llegar hasta su recuperación, y tal vez, eso no ocurra nunca.

—¿Qué toca ahora en el mundo sibarita de Simonetta? —Se oye la voz risueña de Cosimo sonando cada vez más cerca. Asoma la cabeza por el quicio de la puerta y dice—. Solo quiero informar que otra vez me muero de hambre. Dime que el próximo paso en tu lista del día es comer —Se arrodilla y junta las manos delante del pecho de manera suplicante—. ¡Aliméntame, por favor!

Agradecida por la interrupción, le hago una seña a Iván para que salgamos.

—Es tu día de suerte —le digo a Cosimo mientras lo paso de largo en dirección a

la cocina—. Tengo todos los ingredientes necesarios para hacer el plato favorito de Iván desde los ocho años: *Albondipizza*. ¡Te vas a chupar los dedos!

—¡Mmm! Hace mucho que no lo hacías. —Se relame mi muchacho—. El día va mejorando por momentos...

Llegamos a la cocina y empiezo a sacar los ingredientes necesarios.

—El secreto para que una *albondipizza* salga perfecta es dejar la masa un poco gruesa para que aguante el peso de las albóndigas, que están rellenas de queso —instruyo, como haría una buena profesora, a mi invitado—. Yo siempre tengo en el congelador por si a Iván le apetecen, pero me temo que de la masa te tendrás que encargar tú.

—¡Eh! No es justo, soy un huésped, merezco que me sirvan.

—Eres un okupa. Si quieres comer, tienes que ganártelo, como todos.

—Chicos, voy a comprobar a mi madre —interrumpe Iván—. Volveré desde que pille el olorcillo a comida.

Me da un beso y se va.

—¡Adiós, escaqueado! —grito para que me oiga antes de salir—. Y por ese motivo —añado, mirando a Cosimo—, eres el que hará todo el trabajo sucio. A mí no me apetece nadita, y antes de que te quejes, recuerda: hoy es mi día.

—No puedes escudarte en eso, caradura.

—Míralo de esta forma: amasar es como hacer una paja. Empiezas con entusiasmo, pero si realmente no tienes ganas, al final solo consigues un cabreo de narices y que te duelan los brazos... las cosas van mejor si te salen desde dentro —explico muy seria para después hacerle un guiño.

—¡Joder, Simonetta! Tú y tus símiles.

—¿Qué quieres que diga? Es la pura verdad. Los brazos se me quedan hechos papilla, parece como si hubiera estado cogiendo pesas sin parar. Y si el tío es de los que tardan en correrse... prefiero hacerle una mamada, me canso menos.

—¡Quieres callarte de una vez! Me podrías haber ahorrado la imagen mental.

—¿Te molesta imaginarme con los brazos cansados? —lo provoco—. ¡Qué raro que eres, chico!

—Eres mi amiga, y a los amigos no se los imagina teniendo sexo de ninguna clase. Es raro.

—Una mamada no es sexo. Lo dijo Bill Clinton, y es un hombre muy sabio —

bromeo—. Creo, Cosimo, que eres un poco mojigato.

—Si no puedes con ellos, únete —lo oigo murmurar.

Baja la mirada de vuelta a mi camiseta y clava sus ojos en mí.

—Las mamadas están bien, pero no hay nada mejor que sentir a una mujer correrse contra tu boca mientras tienes los dedos enterrados profundamente en ella.

Me quedo lívida. No me esperaba una frase como esa, y mucho menos de Cosimo.

—¿Qué? ¿Ahora te haces la tímida? —pregunta burlón.

—No me lo esperaba..., pero tienes razón —digo, recuperando la compostura—. No hay nada mejor que correrse contra la boca de un hombre mientras empuja dos dedos profundamente dentro de ti. Bueno —añado solo para provocarlo—, nunca se puede desprestigiar una buena follada. Una follada de las salvajes, de las que tienes que esperar un tiempo antes de poder cerrar las piernas de nuevo.

¡Error! Me he puesto cachonda. Muy cachonda. Absolutamente cachonda.

—Aparta —le digo a Cosimo—. Me han dado ganas de amasar.

Le doy un, no muy suave, empujón y me pongo en su lugar. Necesito mantener la cabeza, «y las manos», ocupadas. Una imagen de Cosimo tumbado boca arriba sobre mi encimera, con manchas de harina cubriendo su brillante piel, mientras yo lo cabalgo como una posesa destella en mi mente. Tengo que parpadear un par de veces para que la vívida escena desaparezca.

—Voy al baño —dice la fuente de mis fantasías.

«Sí. Vete, por favor. Y, de paso, dame una muestra de ese culito respingón que se marca bajo ese pantalón de chándal».

Estoy amasando como una loca. Estoy preparando pasta para un regimiento, pero no me importa. La clave está en tener la mente despejada. Vaciar mi cerebro de imágenes de Cosimo desnudo.

«Por cierto, ¿dónde está Cosimo? ¿Se estará masturbando en el baño? No. Él nunca se atrevería a eso», pienso.

Cosimo sentado, con los pantalones por los tobillos, gimiendo bajito para que no lo pille mientras bombea su miembro en su mano con firmeza. «¡Joder, Simonetta! Estás enferma... y cachonda»

—Simonetta —oigo de repente—. ¿Me podrías explicar para que se usa todo esto?

Levanto la cabeza y veo a Cosimo que tiene las manos llenas con mis aparatos sexuales. «Menos mal que les di un repaso en la bañera».

Mi vibrador morado de veinte centímetros, mi estimulador rosa para el clítoris incorporado en una funda para el dedo, mis bolas anales naranjas...

Decido hacerme la chica de mundo y actuar como si nada, aunque por dentro me estoy muriendo de vergüenza.

—Definitivamente, Cosimo, no eres un hombre experimentado. —Me acerco a él, con las manos aun manchadas de harina, y se los arrebató de las manos al mismo tiempo que digo sus nombres—. Estas son unas bolas anales; este, un estimulador para el clítoris, y este... —le pongo el dildo morado frente a sus ojos—. ¿Sabes para qué sirve o también tengo que explicártelo?

Su cara está roja. Roja brillante. Me está dando hasta pena el pobre...

—Cosimo, no sé cómo te has atrevido a coger todo esto, ¿qué habría pasado si no los hubiera lavado? Tendrías tus manos oliendo a mí.

Soy consciente de que estoy jugando con fuego, pero estoy caliente y necesito alguna vía de escape para mi lujuria, y quemarme, en este momento, me parece una estupenda opción.

—Sé cómo se usan —contesta—. Me expresé mal. La pregunta que quería hacerte es: ¿tienes que utilizar todo esto para darte placer? ¿No te bastaría solo con esto? — Señala mi falo morado.

—La cuestión correcta sería: ¿Por qué te extraña que una mujer liberada, y activa

sexualmente como yo, los use?

—Lo pregunto por eso mismo. No te ves como alguien que necesite ayuda para conseguir un cuerpo caliente que le consuele.

—Hay algunas cosas que, a veces, apetece tomarse por su cuenta. Cosimo, eres un hombre, tienes que entenderlo mejor que nadie. ¿O acaso tú no, ya sabes..., les das a la zambomba regularmente?

Lo interrogo con verdadero interés, no solo porque su rostro esté adquiriendo un tono magenta fosforescente que me divierte y me incita a ser aún más descarada.

—No te preocupes, Cosimo —le digo colocando mis juguetes en una ordenada fila multicolor sobre la encimera—. Todos lo hacemos. Es algo natural, no hay de qué avergonzarse.

—Sé que es normal, solo que nunca había tenido una conversación como esta con una chica ni con nadie, si soy sincero. —Se pasa la lengua por los labios—. Me siento un poco incómodo...

—¡Ay, limón! —lo nombro por su apodo en un intento de hacerlo sentir incómodo—. ¿No dijiste hace poco algo como: si no puedes con ellos, únete? Pues yo no veo que te hayas adaptado.

—Es verdad. Tienes razón. Tengo que cambiar el chip —me da la razón—. Tú eres una chica sincera (demasiado, diría yo), sin inhibiciones aparentes en la vida. Eso es refrescante hoy en día. No me has pedido lo mismo, pero lo voy a intentar.

Le echa una última ojeada a los consoladores y, por extraño que parezca, ese gesto, creo, le da fuerzas para seguir hablando.

—Me masturbo, sí, pero no tanto como quisiera o debería... y más si tengo en cuenta que no estoy con una mujer desde hace más de un año.

Su confesión me ha dejado de piedra. Es un hombre en la flor de la vida, aparentemente sano y que está como un tren.

—No lo entiendo, Cosimo —digo confusa—. ¿Estás enfermo? —le pregunto con la mirada fija en la parte delantera de su pantalón.

—¡¿Qué?! ¡No! Joder... Todo me funciona estupendamente —exclama ofendido—. Simplemente, he elegido no estar con nadie. Una elección personal, ¿comprendes?

—No. No comprendo —niego todavía más perpleja que antes—. ¿Por qué elegirías conscientemente una vida monjil? Estás bueno. Si yo tuviera tu cuerpo, me exhibiría sin pudor allá donde fuera. Las playas nudistas se convertirían en mi hogar.

Me siento tan anonadada que ni me paro a pensar en la confesión que sin querer le acabo de hacer.

—Me alegro de que me encuentres atractivo, pero no tiene que ver con el físico. — Veo que se muerde el labio y sé que lo hace mientras se centra en buscar las palabras para que lo entienda—. El sexo para mí nunca fue algo casual, ni siquiera cuando era adolescente. A ver, he tenido sexo sin compromiso, sin embargo, no me va. Nunca sabes lo que te puedes encontrar por ahí, así que suelo elegir con cuidado con quien me acuesto y si puede ser, conocerlas de antes.

—Sigo sin entenderlo. Tienes que haber conocido chicas durante este tiempo de sequía auto-impuesta.

—Pero no estaba preparado para compartirme con ellas...

—Porque aún te duele la traición de tu ex —acabo la frase por él.

Me mira fijamente y asiente con la cabeza. Un gesto sutil que deja entrever la inmensidad su dolor.

Con todo rastro de humor y picardía ya olvidado, va hacia el fregadero en donde se lava las manos minuciosamente con la soltura de alguien acostumbrado a la limpieza, las seca con papel absorbente y se dirige a donde se encuentra la descuidada masa.

Se toma su tiempo manoseando la mezcla pastosa. Sintiendo su tacto entre los dedos, explorándola, pensando... añade un poco más de harina y empieza trabajar en serio. Los músculos de los brazos se le tensan con cada enérgico movimiento. Una parte de mí no puede evitar pensar que es una de las imágenes más eróticas que he visto. Pura dedicación masculina que hace que me plantee si será igual de metódico usando las manos para otros asuntos no relacionados con la comida.

—Jennifer —comienza con un susurro tan bajo que si no hubiera estado concentrada en él, no lo habría escuchado—. La conocí con veintitrés años recién cumplidos. Era un chico despreocupado y feliz, con ganas de encontrar eso que veía en mis padres. Soñaba con tener una mujer a mi lado y cuidarnos mutuamente. Soy un romántico, será mi sangre italiana... Ella tenía veintinueve y más experiencia en la vida que yo. Había viajado a numerosos países y conocido a gente interesante mientras que yo era feliz, simplemente, siendo un pastelero de barrio. No me hacía falta viajar para ser feliz.

Hace una pausa mientras sopesa la masa y sigue:

—La conocí en una fiesta, y cuando mostró interés por mí, me quedé atónito. Ella

era una belleza pija y refinada, y yo, un chico de vaqueros y deportivos... caí enamorado de ella casi al instante, o eso creía yo. Fui un estúpido. Confundí lujuria y pasión juvenil con amor. —Da una breve carcajada—. Sin embargo, no estaba tan ciego como para saber que las cosas no iban como deberían, por eso me esforzaba en ser la persona que ella quería que fuese, aunque eso fuera lo contrario a lo que yo era; me criticaba a todas horas. Mi familia no quedó mejor parada. Me envenenaba diciendo que no eran lo suficiente buenos para mí, me incitaba a ser más ambicioso... ¿Por qué conformarse con ser pastelero, aunque esa fuera mi pasión? Y lo peor es que estaba tan ciego que lo único que veía eran flores y corazones a su alrededor.

Mientras lo veo torturar la masa contra la superficie de mármol, siento su vergüenza al contármelo, al reconocer su error. No me atrevo a interrumpirlo por miedo a que se calle y no termine de desahogarse.

—Me mataba al trabajar. Me negaba a contratar a nadie, necesitaba todo el dinero posible para hacerla feliz. Estuve a punto de vender la *pasticceria*, ¡por Dios! Durante cinco años me comporté como un completo gilipollas y aunque la gente, mi familia y amigos me advirtieran, yo solo hacía oídos sordos y me enfadaba con ellos por meterse en mi vida. Cuando mis padres regresaron a Italia para jubilarse, no fui al aeropuerto a despedirlos —esto último lo murmura, otra vez avergonzado.

En un impulso, rodeo la isla y me abrazo a su cuerpo desde atrás. Necesito que se sienta arropado en este momento. Que sepa que no está solo y que todo eso ya quedó muy atrás.

—Una tarde, tras despertarnos de una mini siesta post-sexual, me dejó. Así, sin más. Se levantó, se puso con calma la ropa, prenda por prenda, se arregló el pelo y me dijo: «ya no puedes darme lo que necesito». Mi mente embotada por el sueño tardó en procesar sus palabras. «Acabamos de acostarnos y ¿me sueltas eso?», le dije creyendo que era broma. ¿Y sabes qué fue lo que me contestó? «El sexo es solo sexo, eso nunca ha fallado entre nosotros. He conocido a alguien que también me lo hace estupendamente y me puede dar la vida que me merezco y a la que estoy acostumbrada».

Se calla durante unos instantes en los que se dedica a pasar con suavidad un dedo por mi antebrazo firmemente sujeto a su cintura. Lo dejo hacer porque me relaja y creo que a él también.

—Recogió unas pocas cosas y se marchó. Lo último que oí fue el ruido de la puerta

al cerrarse. Convivimos juntos durante más de cuatro años y se fue sin decirme adiós.

—No te martirices, Cosimo. Era una zorra sin corazón. Estás mejor sin ella —le digo en un pobre intento de consuelo.

—El único alivio que me queda es que estaba tan aturdido para no suplicarle que se quedara. Cuando me levanté de la cama, al cabo de un rato, seguía sin creérmelo. Fue al revisar los armarios y verlos vacíos que me convencí. —Me da un toque para que suelte mi casi asfixiadora llave de su cuerpo—. Por lo menos, en ese aspecto, mi orgullo está intacto.

—Tienes que aprender a mirar el vaso medio lleno; lo que no te mata, te hace más fuerte; pelillos a la mar y lo pasado a olvidar; más vale pájaro en mano que ciento volando; a buen entendedor, pocas palabras bastan; el que a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija... —le digo casi un refranero completo para animarlo—. Ahora, en serio, tienes el cariño de tu familia, la pastelería y la arrogancia inalterada. —Sonríó mientras cojo dos rodillos y me coloco a su lado—. Aunque lo hicieras por una loca insensible, te arriesgaste, eso dice mucho de ti. Vivir solo es un asco. Te lo digo por experiencia. Simplemente, procura elegir mejor la próxima vez.

Le doy un golpe de cadera para que me haga sitio, le quito la suave bola y la parto en cuatro pedazos. Le paso un rodillo y me pongo a estirar la masa mientras él hace lo mismo a mi vera.

—Tienes mi respeto, Cosimo. Amaste y perdiste... sobreviviste. No te avergüences de ello.

Seguimos preparando el almuerzo en un cómodo silencio, solo roto por el ruido de nuestras respiraciones y de los utensilios que utilizamos. Con las pizzas ya listas, pongo el horno a precalentar y me pillo unas cervezas de la nevera. Le doy una a Cosimo y dejo que el líquido frío baje por mi garganta.

Con los ojos cerrados, me paso la botella por el cuello, el pecho y los hombros en un intento de refrescarme. Al abrirlos, veo a Cosimo a mi lado, nuestros cuerpos casi tocándose.

—No te pareces a ella —me dice.

—¿A quién? —le pregunto confusa, aunque ya sé a qué persona se refiere.

—A Jennifer... —agarra con su dedos el cuello de la botella que sostengo contra mi hombro izquierdo, provocando que pulgar e índice acaricien mi mano—. A tu madre. No eres como ellas. Eres mejor.

Lo miro confusa y nerviosa fijamente a los ojos. Este hombre parece ver en mi interior. Mis anhelos y temores al descubierto.

—No sé de qué estás hablando... —susurro un poco asustada.

—Sí lo sabes, y me alegro por ello. Eres mejor, Simonetta. Eres extraordinaria. Una mujer que ama sin reservas y que da todo por los demás.

—¿Qué sabrás tú? Lo único que has hecho desde que me conociste ha sido juzgarme. ¿Qué te hace pensar que no estás haciendo lo mismo otra vez?

Me separo. Su proximidad haciéndome anhelante de algo que no me atrevo a reconocer... abro el horno que ya está de sobra caliente y meto las pizzas. Esto me salvará.

—Ya te pedí perdón por eso. No intentes cambiar de tema porque este te incomoda. Eres buena. Lo veo en cada una de tus acciones hacia los demás. Cor Sandra, tu hermano, e incluso mi hermana. Tazia es más feliz gracias a ti.

—Tu hermana es una mujer adulta, solo necesitaba un poco de confianza en sí misma y más conversaciones con mujeres que no tengan mentalidad de una chica de catorce años. La primera vez que dije algo sobre pollas delante de ella se ruborizó como una niña... —Sonrío sin poder evitarlo.

—¿Y dónde encaja Iván en todo esto? Él sí que es un niño. Un niño indefenso al que tú has dado amor y apoyo. Una mujer egoísta nunca lo habría hecho.

—Te confundes. Soy superficial. Que haya dejado entrar en mi círculo a algunas pocas personas no lo cambia —digo con vehemencia—. Soy como soy. No puedes cambiarme.

—No comprendo a qué tienes miedo. Sentir no te hace vulnerable, Simonetta. Te hace más fuerte. ¿Quieres saber por qué te odié nada más verte? Cuando te estuve observando desde fuera, ¿sabes qué fue lo que vi? Vi a una chica guapísima, pero también vi a una chica risueña, de risa fácil, y eso, a mis ojos, te hizo parecer preciosa. Brillabas, Simonetta.

Se vuelve a acercar a mí. Siento su calor en mi espalda mientras disimulo limpiar la puerta del horno, con el cuerpo tenso a más no poder. Por mucho que me sienta atraída por este hombre, eso no quiere decir que esté preparada para esto. Esta especie de mitin dirigido directamente hacia mi persona. Me hace sentir insegura de lo que soy, y lo que es aún peor, de lo que siempre he sido o pensado.

—Me hiciste desearte. Quería ser el que te hiciera resplandecer de esa manera...

—Se pega a mi cuerpo. Noto su pecho en mis hombros y me veo luchando por no apoyar mi cabeza sobre él—. Al entrar, me llevé una desilusión tremenda. Pensaba que la chica que adoré de lejos era un calco de la que tanto me hizo sufrir... te odié por obligarme con ese cuerpo y esas risas dedicadas a otros a encapricharme de ti. Llegué a la pastelería confundido, enfadado con todo el mundo y, en ese momento, decidí que te olvidaría.

El calor de su aliento se desliza por mi cuello. El roce de su nariz contra mi piel hace que me erice. Ya no puedo pelear contra lo inevitable, me dejo caer contra él. Mi cuerpo fundido contra el suyo. Sus brazos apoderándose de mi cintura, mis manos con un fuerte agarre a las suyas para impedir que me deje sola. Son con una toma de tierra que evita que acabe electrocutada por las sensaciones y que me dicen que esto es real, no me invento nada. Estoy aquí con Cosimo, que parece leer mi alma con una asombrosa facilidad.

Desplaza sus dedos a través de mi abdomen mientras mis manos acompañan sus movimientos. No me besa, no se restriega contra mi parte trasera. Se limita a eso. Me tranquiliza y me excita a la vez. Me siento extrañamente relajada y pienso que puede ser porque, tal vez, es la primera vez que alguien parece verme de verdad. Tengo la certeza que Cosimo nunca me apartaría de su lado y aunque me siento en paz por ello, también me siento asustada. Muy asustada.

Necesito decir algo. La ocasión lo merece, ¿no? Pero, extrañamente, las palabras se niegan a salir de mi boca. Mi mente embotada por el calor y la ternura que me rodea.

—No sé qué decir —«muy original, chica. Sigue así, te darán un premio de oratoria».

—No digas nada. Solo con que me dejes abrazarte me conformo.

—¡Huele de maravilla!

El grito de Iván hace que salte como un resorte. Le doy un culetazo a Cosimo para alejarlo y me pongo a mirar cómo de hecha está la pizza en el horno. Soy la reina del disimulo. En ningún momento me doy la vuelta para ver qué hace el hombre rubio que hasta hace un instante me rodeaba con su cuerpo.

—Casi no llegas —le recrimino a mi vecino, al girarme por fin—. Sabía que al oler a comida te darías cuenta que no hay nada que hacer y vendrías corriendo. Nunca falla.

El olor a comida aparentemente es un reclamo místico para este adolescente que parece tener hambre a todas horas. Estaba segura que me salvaría... no obstante, al ver la brillante mirada que me dedica Cosimo, no estoy segura de haber querido realmente que me salvaran. «Estoy en un lío».

Durante el almuerzo y parte de la tarde, me dedico a ignorar a Cosimo. Centro mi atención en Iván o en cualquier otra cosa que se me ocurra. Todo es poco con tal de olvidar lo de antes. Cada vez que lo recuerdo, mis ojos fluctúan hacia el rubio italiano que ocupa gran parte de mi sala, «y de mi mente», con su cuerpo y siento como mi rostro arde. Estoy convencida que hasta mis pecas están resplandecientes al igual que mis cachetes, cuello y pecho. Antes no me ruborizaba y desde que lo conozco, es raro el día que no lo haga.

Él no me agobia. No intenta retomar el contacto. Tan solo me mira y me sonrío. No es una mueca arrogante, ni mucho menos. Es una sonrisa bellísima, toda dientes blancos, que, en otras circunstancias, podría haberlo hecho parecer un idiota. Sin embargo, hace que mi corazón retumbe de felicidad.

Le seguimos las bromas a mi niño mimado. Comemos, reímos e intentamos contestar (sobre todo Cosimo) a todo lo que nos pregunta. Iván está disfrutando como un chiquillo. Se ve que está gozando de una de las pocas conversaciones que ha mantenido con un hombre adulto. Me duele por él, pero hay cosas que yo no puedo darle.

Mi vecino se levanta, desaparece por el pasillo y reaparece al instante con un gran libro en las manos. Es mi álbum especial, en donde tengo mis fotos preferidas, esas que no tengo colgadas en la pared de la heladería.

Se sienta en el suelo, la espalda apoyada en el sillón, en medio de Cosimo y yo, que estamos sobre él. Cada uno sentado en una punta. Lo he hecho adrede con el descarado propósito de estar lo más separada posible de mi invitado.

Iván abre el álbum y empieza a pasar las fotos en las que no hay ningún orden. Nuevas y viejas. Pasado y futuro. Todo se mezcla según me plazca en ese momento. No las colecciono para recordar tiempos pasados, lo hago para recordar momentos... instantes llenos de felicidad que me han llenado en diferentes etapas de mi vida.

La primera es una de Marco y mía, disfrazados de cartas de la baraja de Póker con un *traje* hecho de cartulina blanca y roja. Posamos felices uno al lado del otro. Marco es el dos de tréboles, y yo, el as de corazones. Tendríamos unos siete y once años, y

nos la hizo mi abuelo en una fiesta del colegio.

La segunda fotografía es de una adolescente Sandra con dos bolas de helado en el pelo, cortesía de mi hermano. Verlos correr uno detrás del otro no tuvo precio...

La tercera es Iván durmiendo con la cara manchada de chocolate. Tiene puesta la equipación completa del Real Madrid. Fue nuestro primer cumpleaños juntos. Nueve años. Le compré una tarta y le canté el cumpleaños feliz. Cayó rendido en mi antiguo sofá.

Al pasar las hojas, me veo contando la historia detrás de cada imagen. Hasta llegar a una que hace que me avergüence: yo con catorce años, con mis viejas y grandes gafas de pasta, el pelo separado en múltiples y multicolores coletas, y una gran sonrisa de alambre, de pie en la heladería mostrando con orgullo un gran recipiente de helado. Fue el primer sabor que creé yo sola.

—Mira qué pelo —digo y empiezo a contar la historia.

—Sí. —Se ríe Iván—. Menos mal que la moda ha evolucionado

—Yo también lo pienso —farfullo entre risas

—Yo creo que estabas adorable —opina Cosimo, pasándome un dedo por el cuello. Estaba tan absorta en las fotografías, que ni me di cuenta que se había movido de sitio y que casi se encontraba pegado a mí.

—Pues eres la única persona fuera de mi familia que lo ha pensado. No era muy popular en esa época —le digo.

—Eras preciosa. Esos ojos, ese pelo... hasta con los *brackets* tu sonrisa era bonita.

Y aquí, en este mismo instante, casi me enamoro de él. Del hombre que ha dicho palabras que parecen sacadas de mis más secretas fantasías infantiles.

¿Qué se pone una mujer para salir a ver cómo liga un hombre del que descubrió, hace menos de tres horas, que está casi perdidamente enamorada? Podría optar por ropa de camuflaje, sentarme en una esquina y vigilar de lejos. Sería mucho más fácil, pero no puedo perder el glamur que me caracteriza ni arriesgarme a que me lo robe alguna rubia pechugona en mis narices... Al final, opto por unos, cómodos y sencillos, pantalones Capri azul intenso, con una camisa de seda semitransparente con estampado de flores y manga al codo. Sandalias con una sola tira y de pulsera en plata, a juego con las lentejuelas de mi bolso de mano. Vale, no me he vestido precisamente para no destacar pero, por lo menos, voy sencilla, ¿no?

Salgo de mi habitación y me dirijo con paso firme a la sala.

—¿Cómo estoy? —le pregunto a Iván, que está repantingado en el sofá.

—Preciosa, como siempre —me responde—, aunque...

—¡Siempre tienes algo que añadir, hijo mío! —digo exasperada—. Esta vez, casi no me he maquillado, así que de eso no te puedes quejar. Tengo el pelo suelto como a ti te gusta. No sé por qué protestarás esta vez.

—Esa camisa no me convence, se te nota el sujetador. —Se pone rojo como un tomate—. No quiero que los hombres se confundan contigo.

—Pero que inocente eres, Iván. Esto —digo, señalando mi camisa—, se llama tendencia. No se me ve nada, solo insinúo. Joder, no sabía que fueras tan neandertal para cuestiones sobre moda. No quiero ni pensar en el día en el que, por fin, te salga una novia y se ponga una falda corta... acabarás calvo antes de los treinta. ¡Relájate, chico!

—No es eso, Netta. Estás muy guapa, de verdad.

Baja la mirada y se dedica a restregarse manchas inexistentes del pantalón. Me arrodivo a sus pies.

—¿Qué ocurre? —Le pongo la mano bajo la barbilla y lo obligo a mirarme—. Sabes que me puedes contar cualquier cosa, ¿verdad?

Con un seco movimiento de cabeza, me aparta la mano y vuelve a agachar la mirada antes de contestarme.

—Si conoces a alguien, todo cambiará. Ningún hombre aceptará que entre y salga

de tu casa como lo hago ahora. Además, sé que cuando seas feliz te desharás de mí, te traigo muchos problemas. —Hace una pausa para enfrentar sus ojos a los míos—. No soy tonto, Netta. No somos familia de verdad ni nada, no tienes por qué cargar conmigo...

Veo como sus ojos se llenan de lágrimas y noto como mi corazón se va rompiendo poco a poco.

—... Soy consciente de que es ley de vida. Acabarás por hacer tu vida. Solo que... me quedaré solo. Con mi madre no puedo contar, tú eres lo único que tengo.

—Cariño. No digas tonterías. —Le mantengo la mirada para que vea que voy en serio—. Óyeme bien, tú, y solo tú, eres el único hombre importante aquí. Si algún día conozco a alguien, bienvenido sea. Pero si no te acepta a ti, no lo quiero a mi lado. Somos un pack indivisible. Tú y yo, somos como esos yogures que venden con bolitas de chocolate para mezclar. Se pueden comer separados, pero como realmente están ricos, es comiéndolos todo junto.

Lo abrazo con fuerza y acabo sentada en su regazo.

—¿Recuerdas cuando eras tú el que te sentabas encima de mí, verdad? Han pasado muchos años de eso, pero yo lo recuerdo como si fuera ayer. Algunas veces llegaba a casa y te veía durmiendo en mi sofá, te cogía y te arrullaba contra mí. —Lo beso en la mejilla—. Te quiero, Iván, y eso no va a cambiar por mucho que el mismísimo Johnny Deep entre por esa puerta en este instante y me declare su devoción eterna. A donde quiera que vaya, tú siempre tendrás un sitio entre mis brazos. Recuérdalo, no quiero volver a tener esta conversación.

Me estruja con fuerza y me lanza a su lado en el sofá.

—Vale, gorda. Pero no te acostumbres a sentarte encima, me has aplastado —me suelta mientras se seca los ojos con el bajo de su camiseta—. Te quiero, Netta. Algún día te pagaré todo lo que has hecho por mí.

—Tengo todo apuntado en una lista debajo de la cama. Vas a tener que hacerte multimillonario. Solo con las facturas en pastillas contra el dolor de cabeza el importe ha subido bastante... —Me levanto y me atuso el pelo—. Ahora que estamos más relajados, tengo una cosa que decirte: como bien sabes, dentro de nueve días es tu cumpleaños. Yo tenía planeado regalarte una cosita, pero Cosimo me ha hecho entender que era una mala idea... Dicho esto, ¿qué quieres para tu cumple? Pide por esa boquita. Tengo dinero ahorrado, aunque ni te atrevas a decir la palabra moto

porque sabes que mi respuesta será un rotundo no.

Se le ilumina la cara, y mi corazón vuelve a unirse.

—¿Puedo pedir cualquier cosa? —pregunta de repente.

—Menos un vehículo de dos ruedas o algo inverosímil. Nada de viajes a la luna ni algo parecido...

—Solo quiero una cosa. Antes de decírtelo, tienes que prometerme que, por lo menos, lo intentarás. Tiene que haber una manera de hacerlo posible sin que tú tengas que pagarlo todo.

—Ahora sí que estoy intrigada. Suelta por esa boquita, pillín.

—Espera aquí un momento, voy a mi casa a buscar una cosa.

Sale y me deja de pie en medio de mi salón. En lo que dura un parpadeo, vuelve a entrar y me tiende un papel doblado.

—Espero que no sea una imagen de una chica desn... .

Al ver lo que contiene me quedo muda:

CENTRO SILVIA LÓPEZ

Clínica privada especializada en adicciones, patología dual y desintoxicación.

El folleto a todo color muestra la foto de una gran casa ubicada en la sierra madrileña, una lista con las adicciones que tratan, una dirección electrónica y un número de teléfono.

—Solo te pido que llames y que te informes —me dice tembloroso—. Es lo único que quiero por mi cumpleaños.

Iván me mira fijamente, con la esperanza pintada en sus ojos.

—A ver si lo he entendido bien. ¿Lo que me pides para tu cumpleaños es que interne a tu madre en este centro? Sabes que eso no es tan fácil, ¿verdad? Principalmente si ella no ingresa de manera voluntaria.

—Lo sé. Solo inténtalo, por favor.

—Está bien, me informaré. Seguro que Sandra tiene que saber algo sobre esto. —Meto el folleto en mi bolso—. Lo voy a intentar, pero tu madre tiene que poner de su parte, Iván. No quiero que te sientas mal si no lo conseguimos.

Suena el telefonillo.

—Este es Cosimo. Cena algo y si no vas a dormir aquí, por favor, cierra la puerta al salir. —Le doy un beso y antes de cerrar la puerta, le digo, aunque no sé si me

escucha—: Todo se arreglará, confía en mí.

¿Quién me iba a decir que mi regalo iba a cambiar tanto? Sin embargo, ante ese pensamiento, solo una idea me viene a la cabeza: «No voy a fallar».

Tal vez sea porque lo que me ha pedido Iván hace un momento me dejó en shock, pero no estoy preparada para ver a Cosimo vestido para salir a matar. Sport, pero sexi al mismo tiempo: camisa entallada negra con botones morados, remangada en los codos y por fuera del pantalón vaquero pitillo y con una vuelta en el tobillo. Zapatillas de tela moradas y una pulsera de cuero en su muñeca.... Mis bragas se han derretido.

El pelo rubio en su habitual estilo despeinado le da un toque desenfadado que lo hace parecer un chico travieso. Su mirada verde destaca más que nunca contra su camisa oscura, perforándome por dentro y haciéndome desear que llevara puestas sus gafas para no sentirme tan a su merced.

Noto como me observa con lentitud. Su mirada paseándose por mi cuerpo como si tuviera todo el derecho del mundo a hacerlo. Recuerdo el momento de nuestro baile y del *casi* beso y reacciono en consecuencia. Mis pezones se aprietan y mi piel se pone de gallina. Tengo que respirar varias veces antes de acercarme a él y darle un beso en la mejilla recién afeitada.

Intento no recrear el otro episodio vivido en mi cocina. No estoy preparada para comportarme como una loca enamorada. Soy nueva en esto, no sé qué hacer...

—Hola, depredador. ¿Preparado para la caza? —le pregunto insinuante y apoyándome en un tema que me hace sentir cómoda—. Aún estás a tiempo de admitir que ligar no es lo tuyo, podemos ir a tomar algo tranquilamente. No pasa nada por ser un perdedor en cuestiones de ligoteo. No tienes de qué avergonzarte.

—No, señora. He venido a darlo todo esta noche. No me iré a casa sin tener los bolsillos llenos de números de teléfono femeninos. Es una cuestión de orgullo — contesta muy seguro de sí mismo—. ¿A dónde vamos primero?

—Si no te importa, me gustaría ir a tomar antes algo a un lugar tranquilo. Aún queda noche por delante, tenemos horas para meternos de lleno en el barullo de la movida madrileña.

—Vale. Así podré mostrarte mis primeros movimientos contra las féminas...

Hago un ruidito de aceptación con la garganta.

—Sígueme —le pido—, hay un sitio por aquí cerca que está muy bien.

Cosimo me agarra del antebrazo para impedirme andar.

—¿Estás bien? Si estás cansada o algo, podemos dejarlo para otro día. No pasa nada, de verdad.

—No, no. Las apuestas hay que mantenerlas. Estoy bien, de verdad. —Empiezo a caminar—. Solo estoy un poco alterada, pero no es nada que una ronda de chupitos no pueda cambiar.

—Tal vez si me lo cuentas, podremos encontrar una solución entre los dos —dice dubitativo—. No sé... a lo mejor, la opinión de otra persona te ayuda a aclarar las ideas.

—Está bien —accedo—. Pero no aquí. Hace frío y quiero estar cómodamente sentada e hidratada cuando te lo cuente.

—Ok. Vamos. No quiero que me acuses de ser un mal acompañante y descuidar tus necesidades. —Empezamos a andar uno al lado del otro—. No me gusta verte preocupada, Simonetta. Intentaremos arreglar lo que sea que te está preocupando.

—Ojalá sea fácil, Cosimo. ¡Ojalá! Pero me temo que esta vez he puesto en mi plato más de lo que puedo comer. —Sin la adrenalina fluyendo por mis venas, no me siento tan optimista como antes. La verdad es que en este asunto no tengo mucho que pueda hacer si Mónica no pone de su parte. Estoy asustada. No quiero ni pensar en cómo sufriría Iván si su madre empeora.

Seguimos andando, y Cosimo desliza un brazo sobre mis hombros. Siento su cuerpo caliente pegado al mío y me acomodo contra su calor. Paso mi brazo por su cintura y lo estrecho más a mí. Ahora somos amigos, ¿no? No hay nada malo en caminar agarrados por la calle.

El único inconveniente que le veo es que, entre sus brazos, tengo la sensación de que por fin he llegado a casa. Y si lo de la madre de Iván me asusta, este nuevo sentimiento que estoy experimentando me da pavor.

Llegamos al restaurante, un lugar un tanto sombrío, con gruesas paredes de piedra, con bancos y mesas en madera oscura; da la impresión de que estamos en una antigua taberna vikinga... ¡Me encanta! Nos sentamos al fondo y, para mi sorpresa, Cosimo lo hace a mi lado. No es de las posiciones más cómodas para mantener una conversación mientras se cena, pero nuestros muslos se tocan, y eso, por sí solo, ya es un plus para mí.

Pedimos unas cervezas y ojeamos el menú con calma. Yo casi no he hablado, y mi

chico limón parece que me sigue la corriente. No me presiona, no intenta sacar temas de la nada... como si entendiera que necesito ordenar mis ideas antes de entablar un diálogo mínimamente coherente.

Me decanto por una pequeña hamburguesa de carne de vacuno con cebolla caramelizada, champiñones salteados, y *Cheddar* derretido con nachos como guarnición. Cosimo (que debe tener más hambre que yo) se pide una gran hamburguesa con una mezcla de pollo crujiente y carne de vaca a la plancha con todos los extras posibles. Al traérsela, me quedo asombrada. Para darle un bocado a *eso*, tendrá que desencajar la mandíbula...

La conversación durante la cena es agradable, fluida, sencilla... Maratones, comida, música... temas superficiales con los que me encuentro a gusto. Al terminar, y ya por la tercera jarra, me siento con fuerzas para hablar.

—Tienes que prometerme que no le comentarás nada de lo que voy a contarte a nadie —le pido muy seria.

—Me ofendes, Simonetta. Soy una tumba. Aunque soltaras por esa boca que has matado a alguien, no lo diría. Sin embargo, prefiero que no lo hagas. No me gustaría mentir en un juicio —termina sonriente.

No estoy para bromas, así que me limito a sacar el folleto de mi bolso y estirarlo sobre la mesa.

—Esto es lo que quiere Iván por su cumpleaños —le explico.

—Espera, a ver si lo he entendido bien. ¿Te ha pedido que lo lleves de visita a un centro de desintoxicación? —pregunta confuso.

—¡Ojalá fuera tan fácil! —farfullo—. No. Lo que él quiere es que ingrese a su madre en este sitio.

Giro el cuerpo para estar más cómoda y empiezo a relatarle con detalle la historia de la relación con mis vecinos, en especial, con el chico. No me guardo nada. Me desahogo con él. Mis palabras fluyen junto con mis lágrimas... la desesperación y la tristeza grabadas en mi voz.

—No sé qué decir... —confiesa Cosimo, negando con la cabeza—. Cuando hoy dijo que su madre se encontraba enferma, creía que hacía referencia a la gripe, no a que estuviera inconsciente debido a las drogas.

—Estoy asustada. Tengo una imperiosa necesidad moral y de corazón de ayudar a Iván, sin embargo, tengo las manos atadas porque la decisión final no depende de mí.

Yo solo puedo insistir... —Me agarro la cabeza con las dos manos en un gesto de desesperación—. No viste su cara al enseñarme el folleto. Había tanta esperanza grabada en su rostro, y yo... solo quiero que no sufra.

—Vale. No te desesperes. Encontraremos una solución —me dice muy seguro. No se me ha pasado el *nosotros* implícito en su frase—. Vamos a centrarnos en lo fácil. Lo primero sería llamar al centro y pedir una visita. Si conseguimos pillar sobria a la madre, exponerle todo será más sencillo si podemos explicarle todo al detalle.

—¡Ojalá fuera todo tan sencillo! —«¡Ojalá!», esa parece ser mi palabra del día. Tal vez sea porque expresa todos mis miedos sobre el futuro.

—Nuestra parte sí lo es. Lo complicado será que ella acepte —asevera—. Espero que le importe tanto su hijo como para ingresar sin problema. El chico es muy joven como para aguantar tanta mierda a sus espaldas. Es hora que descanse.

Me aparta las manos del agarre casi estrangulador a mi cráneo y me pasa los pulgares por los ojos apartando las lágrimas que tengo atrapadas en las pestañas.

—Piensa en positivo, Simonetta. Aunque fallemos, que nadie pueda decir que no lo intentamos. Vamos a tratar de hacer cualquier cosa para que Iván tenga la vida que se merece. —Me toma de la cara y añade muy serio—. Encontraremos una solución.

Cosimo, con sus palabras, hace que me sienta optimista. O, tal vez, el culpable de mi cambio de actitud sea el alcohol, pero cuando me dice: «encontraremos una solución», le creo. Y yo, al mirar sus ojos verdes llenos de esperanza, siento que debo hacer algo para agradecerle que esté a mi lado en estos instantes y que tenga la intención de hacerlo en el futuro.

—Gracias —le susurro. Y lo beso.

Los labios de Cosimo son suaves contra los míos, sin embargo, están demasiado quietos para mi gusto. Me separo de él, aunque no demasiado, ya que aún me tiene atrapada entre sus manos.

Me está observando de una forma *rara*, y yo, a mi vez, le devuelvo una mirada confusa mientras intento idear una manera disimulada con la que comprobar si tengo mal aliento. «¡Listerine total, no me abandones ahora!».

Estoy muy nerviosa. No habla y, por mucho que lo intento, no puedo apartar la cabeza de su agarre. Mis ojos imitan a Marujita Díaz y empiezan a hacer *chiribitas*²², mis mejillas se están volviendo rosas y me muerdo el labio tan fuerte que creo que me voy a sacar sangre... al final, me doy por vencida y fijo mi mirada en él.

—Lo siento —farfullo avergonzada.

—No lo sientas. Es solo que... me has sorprendido. —Me acaricia las mejillas suavemente y sonrío—. No planeaba que nuestro primer beso fuera de esta forma.

—¿Cómo pensabas que sería? —murmuro.

—No con nosotros dos medio borrachos, eso seguro. Y ni mucho menos que fuera un beso de agradecimiento.

—Lo siento —repito porque no sé qué otra cosa decir.

—Bueno, no me amargo por ello. Todavía estoy a tiempo de rectificar una de las dos cosas.

—¿Qué? —pregunto curiosa y excitada al mismo tiempo.

—Tenía un plan definido en mi cabeza, ¿sabes? —me dice, acercando su rostro al mío—. Hoy te enseñaría lo bueno que soy. Te seduciría poco a poco, demostrándote que no soy tan capullo como te he dejado creer.

—Eso ya lo sabía —lo interrumpo.

—Da igual, lo haría de todas formas. —Sonrío—. Lograría que no pararas de reírte y te dejaría loca con mis movimientos en la pista de baile..., pero lo más importante de todo: te mostraría el respeto que no hice cuando nos conocimos.

—Ya te has disculpado, Cosimo. Deja de pensar en el pasado —le pido en un intento de cambiar de tema al ver su mirada, de repente, seria—. Sigue contándome tu brillante plan de seducción. Por ahora me estaba gustando muchísimo. Casi me tienes en el bote.

Sus meñiques juegan en mi cuello y me estremezco. Mi piel se vuelve de gallina hasta que sus dedos regresan a su posición inicial en mis mejillas.

La postura en la que nos encontramos, él arropándome con sus manos, ahuecándome la cara con sus dedos, mirándome a los ojos... me parece mucho más íntima que si hubiésemos estado desnudos en la cama. Allí, solo compartiríamos nuestros cuerpos, y aquí, en este momento, en este restaurante, parece que estamos a punto de compartir algo mucho más importante: nuestros corazones.

Porque por mucho que ya haya admitido mi atracción por él, sola hace pocas horas que acabo de descubrir que no solo es eso lo que siento. No digo que esté enamorada (aunque me quede poco), sin embargo, no puedo evitar preguntarme como sería tener un hombre como Cosimo a mi alrededor todo el tiempo. Tener el derecho de besarlo, pasar mis manos por su cuerpo, y él por el mío...

—Como iba diciendo —prosigue—, te enseñaría algunos movimientos en la pista de baile que gracias a mi hermana tuve que aprender y por los cuales le estaré eternamente agradecido. Me han venido muy bien en las clases de Zumba del *gym*. Las mujeres se vuelven locas por un hombre con ritmo... —Emboza otra de sus grandes sonrisas. Esas a las que aún no me he acostumbrado a ser la beneficiaria y que lo vuelven todavía más guapo—. Me verías interactuar con las demás chicas, acumular números de teléfono en mi bolsillo y te morirías de ganas por estrangularlas a todas y quemar las servilletas aún dentro de mi pantalón.

—Menos lobos, caperucita. Sabes muy bien que te animaría y que yo misma te presentaría chicas. —Esto que acabo de decir es una mentira y de las gordas—. Tal vez, incluso me buscaría un acompañante. No me gusta estar sola.

—Un hombre puede soñar, ¿no? —me dice acercándose aún más a mi cara. Nuestras narices casi rozándose—. Lo del acompañante no me molesta, sé que estarías todo el tiempo pensado en mí.

Esa última palabra la dice pegado a mis labios entreabiertos. Noto su cálido aliento enlazándose con el mío y (otra vez) rezo para que me huelga bien el aliento.

—¿Por qué habría de pensar en ti? —inquiero. Mi boca moviéndose ahora contra la suya—. A lo mejor, mi acompañante es un hombre entretenido.

—¿Es raro que esté celoso de un hombre que no existe? —pregunta, pero sin darme tiempo a responder—. Bueno, eso ahora da igual —prosigue—. Pensarás en mí como yo no puedo dejar de pensar en ti.

Se separa un poco para mirarme, y aprovecho esta especie de pausa para respirar profundamente.

—Pensarás en mí y no querrás a ningún otro hombre a tu lado —continúa—. Pensarás en mí y no querrás que *yo* me separe de tu lado.

Se acerca otra vez y, cuando habla, parece que me besa.

—Pensarás en mí porque no es justo que yo esté obsesionado contigo, que busque cualquier excusa para acercarme a ti. Lo harás porque desde que te vi, no sales de mi mente... y lo más importante, lo harás porque estoy totalmente seguro de que me deseas tanto como yo a ti. Todas esas peleas han sido solo juegos preliminares para nosotros, Simonetta.

Asiento conforme con todo lo que ha dicho. Es lo único que puedo hacer para no derretirme en el lugar o coger mi móvil, encender la grabadora y obligarlo a repetirlo.

—Y ahora, *Fragola*, contéstame a una cosa: si te besara ahora mismo, ¿lo considerarías un beso de agradecimiento?

—Solo hay una forma de averiguarlo —le contesto orgullosa de que mi voz suene firme, aunque mi cuerpo esté temblando de deseo.

—Es verdad —concuerta.

Entonces me besa. Y en ese beso no hay nada de gratitud, solo pasión descarnada.

22 Movimientos oculares involuntarios (en este caso, circular), cuyo nombre científico es Nistagmo.

Soy una persona escéptica por naturaleza. No creo en milagros ni en fantasías. Por eso, aunque me gusta la literatura romántica, nunca me he creído cómo los protagonistas de las historias pierden el norte, no son conscientes del tiempo y del espacio o, simplemente, se olvidan hasta de respirar por un simple beso. No lo creía... hasta ahora.

No cuando estoy siendo devorada por Cosimo. Alias limón, capullo, sexi, irresistible, tentador... nunca, y cuando digo nunca, lo digo muy en serio, me han besado de esta forma. Me siento como si hubiera perdido el norte, no soy consciente de cuánto tiempo ha pasado ni de dónde me encuentro y creo que se me ha olvidado cómo respirar.

Sus labios juegan con los míos, su lengua acaricia el interior de mi boca, sus dientes mordisquean y hacen las cosas más deliciosas. Sus manos no han abandonado mi cara, su cuerpo se pega al mío arrinconándome contra la pared, haciendo que parezca que estamos en una burbuja privada.

Al acabar, pega su frente a la mía. Sus ojos están cerrados mientras intentamos recuperar el aliento.

—¡Guau! —acierto a decir.

—¡Guau! —repite.

—Si llego a saber que eras tan buen besador, te habría atacado mucho antes. —Me río—. Bueno, pensándolo mejor, tú fuiste quien me atacó a mi... no sé si provocarte un poquito para que lo repitas.

—Simonetta, si quieres que te vuelva a besar, solo hace falta que lo digas. De todas formas, creo que lo haré de igual manera. Tengo toda la intención de besarte, y mucho, además. Tengo un montón de tiempo perdido que compensar —me dice—. Pero si hablamos de provocar, te diré que eres una experta. No hay día desde que nos conocemos en el que no me hayan entrado ganas de estrangularte. Sobre todo cuando sueltas una de tus perlas por la boca.

—¡Eh! No te pases —reclamo—. Jamás digo nada inapropiado y soy correcta er todo momento. Soy una flor delicada —afirmo con la dignidad de una reina, para acabar como una niña de guardería—, y tú eres un capullo. Ya no quiero que me

beses.

Mentira más grande jamás se ha dicho. Me muero por repetirlo. A poder ser: sin público, «eso es opcional», sin ropa, «no es un requisito obligatorio. Sin embargo, parece indispensable para mi salud mental», con sus nalgas entre mis manos, «este requisito, tiene máxima prioridad».

—Tampoco iba a hacerlo. He decidido que no te lo mereces. —Se ríe. La verdad es que se descojona el muy cerdo. Se está riendo de mí, no me lo puedo creer.

—Ja, ja, ja. Eres un gracioso. Ya veremos quién ríe el último —lo amenazo— Además, ya no pretendo que seas tú el que me bese a mí. Si yo quiero hacerlo, si me apetece besarte, tocarte o pellizcarte, lo haré. Con o sin tu permiso.

—¿Me estás amenazando con abusar sexualmente de mi cuerpo? —pregunta con una sonrisa que me deja entrever que se lo está imaginando y le gusta lo que ve—. Te recuerdo que es un delito, pero, y es un gran pero, no me importaría jugar un poco al esclavo sexual. Ya sabes... obedecer todas tus ordenes sin rechistar, darte placer una y otra vez, dejar que juegues conmigo como te venga en gana.

—Hacer que lamas mis tacones de trece centímetros —lo interrumpo.

—Si la cosa va de lamer, se me ocurren sitios que te podrían resultar mucho más interesantes que unos zapatos.

Hasta hace media hora, rectifico, hasta hace tres segundos, desconocía que poseía la capacidad de crear en mi mente fantasías tan vívidas que juraría que puedo oler el aroma a sexo. Una imagen de Cosimo agachado entre mis piernas, dando una lenta y profunda lengüetada a mi coño, mientras sujeta mis muslos para evitar que los cierre se está proyectando ante mis ojos en este momento.

Ahora entiendo a los hombres cuando dicen padecer *dolor de huevos*. Yo siento dolor. Me duele todo el cuerpo y creo que la cura la tiene mi acompañante embutida en un ajustado pantalón, a par de centímetros de mi mano.

—Ni lo sueñes. —Otra mentira más. Me estoy volviendo una experta. O lo sería si Cosimo no me mirara como diciendo *te pillé*—. Me prometiste una noche de seducción y baile. Lo quiero.

—Está bien. Si insistes, te llevaré a bailar. Comprendo que tienes que estar ansiosa por ver cómo meneo la pelvis... —El muy puñetero y sus dobles sentidos. ¡Me está volviendo loca!—. La parte de la seducción ya la he comenzado, pero te haré un bis para que recuerdes esta parte —me dice al levantarse de la mesa.

Me tiende la mano y me ayuda a ponerme en pie. Casi al instante, como salido de la nada, aparece un camarero con nuestra cuenta. «¿Se creía que íbamos a irnos sin pagar o qué? Aunque para ser sinceros, lo había olvidado».

Saco la tarjeta con un rápido movimiento y echo al camarero con un gesto. Victoriosa, miro a Cosimo esperando verlo con el ceño fruncido, pero se está guardando su cartera en su bolsillo trasero, tan tranquilo.

—¿No tienes nada que decir? ¿No te molesta que haya pagado?

—Si buscas indignación, a mí no me mires. Estoy de acuerdo con la igualdad de la mujer. Si quieres pagar, allá tú. —Me toma por la cintura y me acerca a su cuerpo—. No empieces a buscar pegos, Simonetta. En este momento estoy tan contento que nada me molestaría.

—Vale. De acuerdo —digo, aprobando su actitud. Es verdad que esperaba alguna queja—. No estoy acostumbrada a pagar sin tener que tener una lucha antes o ver caras largas después.

—Conmigo jamás pasará eso —sentencia—. Es más, si me quieres convertir en un mantenido, lo aprobaría sin rechistar. Incluso te daría algunas sugerencias.

Me río con ganas mientras niego con la cabeza.

—¿Qué te ha hecho tanta gracia? —me pregunta—. Lo que te acabo de decir es completamente en serio. Te doy permiso para pagarme todos los caprichos.

—Estás loco —le digo sin perder el tono feliz en mi voz—. Solo estaba pensando en cómo has cambiado. En cómo hemos cambiado los dos y nuestra relación desde que nos conocimos.

—¿Qué? No pensabas que sería tan encantador, ¿verdad?

—No. Ni se me pasó por la cabeza —contesto con sinceridad—. Creía que serías el típico hombre que cae en mi red nada más conocerme, no que fueras un capullo que aprovechaba cualquier ocasión para ponerme en mi sitio. Casi siempre sin razón —termino con una mueca.

—Lo siento por eso. No era precisamente yo mismo en esos momentos.

—Eso ya lo sé. Déjame acabar, por favor —le pido—. En mi mente te apuñalaba en tus partes una y otra vez y, sin embargo, ahora solo tengo ganas de mimarte en esa zona en particular. —Su pequeño gemido me anima a continuar—. Al principio, solo vi tu físico y mala leche, y todavía así me tenías cautivada.

—Tú sí que me tienes cautivado.

Le doy un rápido pico en los labios porque se lo merece al ser tan dulce, seguido de un suave bofetón por interrumpirme.

—No sé a dónde nos llevará todo esto. Lo que sí sé es que estoy como loca por descubrirlo.

Las cervezas me deben de haber vuelto más melosa de lo normal. Y aunque no es típico de mí decir este tipo de cosas, me siento bien al hacerlo.

El camarero elige el momento perfecto para regresar con mi tarjeta y el recibo. Lo firmo y, con Cosimo entrelazando su mano a la mía, salimos del restaurante. Ya en la calle, mi chico limón coloca un brazo por mis hombros, mientras que yo le paso uno por la cintura. No me quedo contenta con ese contacto y subo mi otra mano para volver a unir nuestros dedos. Me es raro pasear de esta manera con alguien, ya que solo lo he hecho con contadas personas y ninguno era mi amante. No es que Cosimo lo sea, no obstante, tengo intenciones de cambiar eso en breve. «¡Ohh, sí». Mi motor interno ya está en marcha y quiere que este italiano caliente lo ponga a punto.

«¿En serio acabo de comparar mi cuerpo con un coche? Deja de flipar, Simonetta. Pasa a la acción. Sé descarada. Sedúcelo», me digo. Decido hacerme caso y pasar al ataque. Bajo mi mano de su cintura, la meto en su bolsillo trasero y le amaso un poco el duro trasero. Tiene las nalgas como piedras. Me dan ganas de darle un bocado y después hacerle un *sana, sana* con mi lengua.

—Podemos saltarnos el baile e ir directamente a mi casa —sugiero sin perder el paso.

—Me encantaría, pero te prometí un baile y pienso cumplirlo —dice—. No quiero darte razones extras (ahora que estamos bien) para que empieces a insultarme.

—Podrías hacerme un baile privado —insisto—. No me desagradaría tener mi propio *show* privado tipo *Magic Mike*.

—No, Simonetta. Vamos a dar una vuelta.

«Me está rechazando. No me lo puedo creer».

—¿No quieres tener sexo? —quiero que me salga como una pregunta, sin embargo, no puedo evitar un tono de ofensa que lo convierte en una afirmación.

Se detiene y se posiciona delante de mí.

—Ahora me estás ofendiendo. Sabía que no tardarías mucho... —me reclama—. Te he deseado desde el primer momento en que te vi. Tan solo no quiero terminar la noche tan pronto. Quiero divertirme un poco contigo.

—La noche no tiene por qué acabar. Al contrario, empezaría la parte divertida. Y como eso es lo que quieres, nos vendrá fantástico.

—Sabes que eso no es lo que quiero decir —protesta.

—Me haces sentir como un viejo pervertido. Solo me hace falta una bolsa de chuches y ofrecértelas a cambio de que me enseñes las peras —me quejo. Soy una infantil, pero es que me muero de ganas por verlo desnudo. Si tanto quiere salir, podemos hacerlo tras echar un rapidito en mi sofá. Es muy comfortable.

—¿No lo entiendes, verdad? —demanda—. No quiero un revolcón en tu sofá.

«Y... ¡Pillada!».

—Mi sillón es muy cómodo. Y cuando estoy desnuda encima, me vuelvo muy creativa... vale. Está bien —desisto al ver su cara de *no me convencerás*—. Al contrario que muchos otros, soy consciente que no significa simplemente eso, no.

—Ni te atrevas a pensar que te estoy rechazando. Digamos que es un tal vez...

—¿Tal vez? —pregunto esperanzada.

—Sí. Siempre y cuando me invites a tu cama.

—Las camas están sobrevaloradas —murmuro.

—Lo sé —concuerta—. No obstante, ir a la tuya es importante para mí.

—Te estoy ofreciendo mi cuerpo, y tú solo piensas en mi cama. Si tanto te interesa, te la regalo —digo enfadada y dolida.

—Tu colchón no es lo que quiero, pero es la única forma que se me ocurre de poder estar seguro de algo —explica—. Considéralo una especie de prueba.

—No comparto mi habitación con nadie del sexo masculino. Ya lo sabes —le recuerdo—. Es algo muy íntimo.

—¿Más íntimo que el sexo? —pregunta ansioso.

—Para mí, sí —respondo sin vacilar ni un instante.

Debo de haber contestado de manera correcta porque me ofrece otra de sus sonrisas matadoras.

—Ese es el motivo por el que insisto en saltarnos la parte del sofá —aclara—. Lo que quiero contigo va más allá del sexo.

Sé lo que me está pidiendo. Lo que pasa es que no creo estar preparada para poder dárselo. Mi corazón (aunque él no lo sepa y yo aún tenga que terminarlo de creérmelo) ya es casi suyo, pero eso no es lo que me exige. Él quiere que le entregue algo que es mucho más difícil de dar: mi confianza. Y eso no estoy segura de poder hacerlo. No

tan pronto.

—Lo pensaré —miento, deseando cambiar de tema—. Vamos a bailar, Cosimo.

—Una cosa más —dice—. Esta noche es solo tuya y mía. No quiero conocer a nadie más ni que tú lo hagas tampoco.

—¿Te pondrías celoso si flirteara con otros? —curioso coqueta.

—No, Simonetta. Me sentiría dolido —contesta vehemente.

—No te preocupes. El único que me interesa eres tú. —Acercó mi cara a la suya y lo beso. No quiero que se sienta inseguro. Puedo ser una loquilla, pero no soy como la zorra de su ex. El respeto ante todo—. Y, para tu información, yo sí que me pondría celosa. Tal vez, incluso llegarías a ver algún tirón de pelo o algún puñetazo nada femenino dedicado a alguna de esas chicas que se atreven a intentar ligar contigo delante de mí.

Lo que me desconcierta un poco es la verdad de mis palabras. A lo mejor no le pegaría a nadie, «bueno, a lo mejor un codazo (o dos) disimulado caería», pero me sentiría celosa. Yo, que nunca he celado por nadie.

—Me acabas de quitar un peso de encima —confiesa con un suspiro para devolverme el beso—. Si te digo la verdad, sufría un poco por cómo quedaría mi integridad física tras esta noche... me alegro que seas mi guardaespaldas.

Empiezo a reír y con muchas ganas. Este hombre me asombra cada vez que abre la boca. Primero, no salta de cabeza a tener sexo conmigo y, segundo, se ríe de mis recién descubiertos instintos posesivos.

—Pillemos un taxi, limón —le pido—. No quiero cansar mis piernas por si acaso nos crucemos con una banda de albanos kosavares o alguna despedida de soltera y tenga que pegar un par de patadas voladoras.... Aunque creo que debería de calentar y practicar un poco, mis movimientos de kárate están un poco oxidados.

—Si vas a pegarle a alguien —dice sonriente—, avísame un poco antes. Necesito algo de tiempo para preparar la piscina de barro y los tangas de hilo.

—Todos los hombres son iguales—sentencio.

—Cómo si las mujeres no pensarán en lo mismo —replica.

—El día que te imagine junto con otro hombre dentro de una piscina de barro con solo un minúsculo tanga de hilo, donaré de forma voluntaria mis glóbulos oculares.

—Eres una graciosa.

—Lo sé.

Paramos un taxi y dejo que Cosimo le dé la dirección. Que me lleve a dónde quiera. A lo mejor, con un poco de suerte, me guía directo a su casa. Pierdo las esperanzas al oírlo decir al chófer que nos lleve al barrio en donde se encuentra la zona de marcha. Al final será verdad que el único movimiento que tenga de cintura para abajo sea el que yo misma me dé en la pista de baile. Bueno, no se puede tener todo en esta vida.

Lo que sí que no me esperaba, mientras me distraía hablando y besando a Cosimo durante el trayecto en coche, era que paráramos justo en frente del *Diamond*. La discoteca en donde se celebró el cumpleaños de Óscar y de la cuál Germán (mi ex amante, rollo o lo que fuera) es el propietario.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunto confusa al bajar del vehículo. De todos los locales que existen en Madrid, teníamos que venir precisamente a este. No es que me importe mucho. Germán y yo no nos juramos fidelidad eterna ni nada de eso. Solo espero no tener problemas, y mucho menos del tipo en que dos hombres se golpean el pecho mientras gritan: «¡mujer, mía!».

—Me gustó bastante la otra noche. Pensé en repetir. Ir a lo seguro. No estoy muy puesto en locales de moda —me dice, pero su respuesta no me convence.

—Me lo podrías haber preguntado. No creo que hayas olvidado mi vena fiesterera. O, ¿me estás escondiendo algo? —lo acuso.

—No te escondo nada. Ya sabes que mis intenciones para contigo son totalmente deshonestas —se burla—. Simplemente me ha parecido adecuado venir aquí —dice para después añadir bajito—. Y, de paso, quitarme de encima a molestos rivales.

—¿Qué has dicho?

—Que no te molestes en intentar convencerme —responde—. Nos quedaremos un ratito. Solo una copa, por favor.

—Está bien —cedo—. Pero después iremos a mi casa o, mejor dicho, a la tuya.

¡Qué lista que soy! Con esta frase me acabo de asegurar de dos cosas importantísimas: sexo y evitar mi cama. «¡Ole por mí!».

—Ok —dice, y yo estoy a punto de darme un par de palmadas en la espalda—. Iremos a la tuya.

—¡No! —digo soltando un grito. «Que no note tu histeria, Simonetta»—. Tengo curiosidad por ver tu casa. No es justo que tú hayas visto la mía y yo no sepa ni en dónde vives. —Bien. Eso está mejor. Segura y controlada.

—Es verdad, no es justo —dice de forma conciliadora—. Mañana te llevaré a verla.

Este hombre es imposible. No hay por donde pillarlo.

—Mira, ¿sabes qué? He cambiado de idea —digo quemando mi último cartucho—. No recordaba que mañana tengo que ir a trabajar y... no quiero acostarme tarde.

—No nos iremos muy tarde. Solo una copa —reitera.

—Está bien, pero después cada uno por su lado —digo. Es inútil discutir (o tratar de hacerlo) con este italiano. Su voluntad es firme como un muro de piedra.

Entramos al local cogidos de la mano y al pasar junto al portero, no puedo evitar decirle: «Que tengas buena noche» mientras le dedico una sonrisa coquetona.

Seguimos andando y veo que Cosimo agita la cabeza en un gesto divertido.

—¿Qué? —pregunto.

—¿No puedes evitarlo, verdad?

—Mmm... No sé a qué te refieres —respondo algo perdida.

—Al ser tan provocadora.

—Hay cosas que no puedo ni quiero cambiar —digo dolida. Si no le gusta como soy, ya puede irse a dar una vuelta de duración indefinida.

—No quiero que lo cambies. Me resulta encantador.

—No puedes decir eso. —Nos acercamos a la barra y me siento en un taburete—. Hasta hace poco me odiabas, pensabas que me aprovechaba de la gente.

—No te conocía y tan solo veía lo que quería. Sin embargo, ahora lo hago. —Con un gesto de su mano, me obliga a abrir las piernas y se coloca de pie entre ellas—. Cautivas a la gente con tus palabras y gestos, ¿y qué? No le haces daño a nadie, al contrario, los haces sentir bien consigo mismos, importantes.

—Eso no es del todo verdad. Algunas veces me aprovecho —agradezco la escasa iluminación porque me acabo de poner roja como un tomate. Parece que le estoy confesando mis pecados, y eso me avergüenza muchísimo—. Ya sabes, conseguir copas gratis, que me hagan la declaración, no pagar la multa por retraso en la biblioteca...

—Conseguir copas gratis es casi un deporte olímpico para las mujeres, Simonetta. —Se ríe—. Y respecto a lo demás, estoy seguro que la gente lo hace porque quiere y porque siempre eres amable con ellos. La gente no es tonta. Una vez podría caer, dos no.

Bueno, eso es verdad. Al chico que me hace la declaración, Fran, siempre le llevo algún regalito, y la bibliotecaria, la vieja señora Paca, tiene los cafés gratis de por vida en la *gelateria*.

—Tal vez sí que soy buena persona —coincido—. Le deseé buena noche al portero...

Se agacha un poco y acerca su boca a la mía.

—Cada minuto que paso contigo, hace que me gustes más y más. Eres lista, divertida, cariñosa, descarada, sexi, orgullosa, a veces infantil y creo que estás un poco obsesionada con el sexo —recita contra mis labios—. Sin embargo, no cambiaría nada de ti. Sobre todo la parte del sexo —añade con una risita.

—Tú tampoco eres perfecto, ¿sabes?

—Estoy al tanto.

—¿Y estás bien con ello?

—Sí. No me molesta ser defectuoso... tras pasar treinta y un años conmigo mismo, he llegado a acostumbrarme —responde con seguridad. Me aprieta contra su cuerpo. Puedo sentir como mis duros pezones se clavan en su pecho. Acerca su boca a mi oído y susurra—. Lo único que me importa en estos momentos es lo perfecta que eres tú para mí. Lo bien que te noto entre mis brazos.

Me mordisquea el lóbulo mientras se pega mucho más a mí. Percibo a la altura de mi vientre un bulto duro y rezo en mi interior para que no sea una pistola. «Al final va a ser verdad que estoy obsesionada con el sexo...».

Las palabras de Cosimo son un potente afrodisiaco. Me estoy encendiendo por momentos y tengo que luchar por la necesidad de mecarme en su contra. Le paso las manos por la cintura, haciéndole ver que me gusta lo que me hace, al mismo tiempo que suelto un pequeño gemido que estoy segura que ha oído aunque la música esté a todo volumen.

Estoy tan absorta en él y en su boca en mi cuello que me llevo un susto tremendo al sentir que me sacuden ligeramente por el hombro. Suelto su cintura a regañadientes y me encuentro de frente con la cara divertida de mi Óscar.

—Mira qué ha traído la marea... —dice guasón—. Ya sabía yo que eso de odiarse era pura fachada.

—¿Qué coño haces aquí? —le pregunta Cosimo, girando la cabeza, pero sin llegar a soltarme. Aún sigue pegado a mí. Intentado esconder su erección, seguro.

—Eso te lo tendría que preguntar yo a ti, Don no me gusta la noche —se burla—. Este local es de un amigo, ¿lo has olvidado?

—No lo he hecho. Pero no conozco muchos sitios y este me pareció perfecto.

—Mónica Belluci —me llama—. No tendrías que haber venido. Germán está pululando por aquí y no creo que le haga gracia verte con otro.

—En mi defensa, diré que no sabía a dónde me llevaba —digo—. De todas formas, no le debo explicaciones a nadie, Óscar. Solo quedamos una vez.

—Vale, pero no es muy agradable ver que la chica que te interesa está en tu propio negocio con otro hombre.

—No seas dramático, caramelo. El chico tendrá mujeres a patadas. Yo solo fui una de tantas.

—Si tú lo dices... será verdad —farfulla.

—Espero que sea verdad eso que dices, Simonetta —dice Cosimo entrometiéndose en la conversación con la vista clavada al frente—. De todas formas, aunque siguiera interesado, ya sabe que no estás disponible.

Giro el cuerpo para seguir la dirección de su mirada y veo a Germán dirigiéndose con paso firme hacia nosotros. Cosimo me agarra con más fuerza. Tanta que casi me impide moverme.

—Mira quienes repiten la experiencia *Diamond* —le dice Óscar cuando el dueño del club se coloca a su lado—. Has llegado a tiempo para las despedidas, creo que ya se iban.

—Hola, Netta. Tanto tiempo sin verte —me saluda.

A Cosimo lo ha ignorado completamente. Forcejeo un poco para que me suelte y poder levantarme. Me acerco a Germán y le doy dos besos. No he hecho nada malo, no voy a avergonzarme.

—Hola —le digo. Y aunque acabo de decir que no lo haría, me avergüenzo. No tendríamos que haber elegido este local—. Vinimos a tomar una copa rápida, pero ya nos vamos.

—No has tomado nada. Deja que te invite —dice, mirando a la vacía barra a nuestro lado.

—No, gracias. La verdad es que me duele un poco la cabeza —me justifico, incómoda con toda esta situación—. Además, mañana me tengo que levantar pronto.

Cosimo se acerca y me pasa el brazo por el hombro.

—Vamos. Te llevaré a tu casa —me dice sin dejar de mirar a Germán—. Prometiste enseñarme tu habitación.

Óscar pasea la mirada entre nosotros tres. La tensión es evidente y yo solo tengo ganas de salir corriendo.

—No —niego—. Óscar me llevará. Tú te puedes quedar aquí o hacer lo que quieras.

—Te llevaré yo —refuta.

—Déjalo, Cosimo. No me importa alcanzarla a casa —dice Óscar.

Me dirijo hacia la salida murmurando un seco adiós a Germán, que me detiene agarrándome del brazo.

—Estás preciosa —me dice al oído.

—¡No la toques! —grita Cosimo, apartándolo de un empujón de mi lado.

Me giro y lo enfrento.

—No te confundas. El que no tiene derecho a tocarme ni un solo pelo eres tú —le reprocho—. Me equivoqué contigo. Sigues siendo un capullo.

—Espera, Simonetta —me pide.

—Me trajiste aquí adrede, ¿verdad? —le pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—Sí.

—Ya hemos terminado. Te agradecería que de ahora en adelante cualquier cosa referente a los negocios lo tratemos a través de tu hermana.

Y dicho esto, me voy sintiéndome utilizada. Me llevó allí para demostrar un punto: que yo estaba con él. Quería marcar su territorio y, de paso, ahorrarse futuros problemas con otros hombres.

¡Tonto! No se dio cuenta que yo solo estaba por él... Qué pena que ya sea demasiado tarde.

Adiós, Cosimo.

Nada más salir por la puerta, me arrepiento de haber sido tan drástica. Vale, es verdad que se pasó tres pueblos. Sus palabras y acciones sobraron... Con lo bien que lo estábamos pasando, ¡tuvo que estropearlo! No estoy segura de qué lo impulsó a comportarse de esa manera, sin embargo, de una cosa estoy segura: Cosimo no es así.

Sigo caminado calle abajo. Mi mente tan confusa como nunca ha estado. Simplemente, no entiendo qué ha pasado.

Entre Germán y yo solo hay, había, atracción física, y por mi parte, eso quedó olvidado hace bastante... ¿Por qué Cosimo ha querido que nos viera juntos? Creo que esto va más allá de un, absurdo y repleto de testosterona, concurso de meadas masculino. No es lógico. No sé... no logro entenderlo.

Rezo para que aparezca un taxi y que Cosimo me detenga de subirme en él. No, así no era. Rezo para que aparezca un taxi y que Cosimo no llegue a tiempo para detenerme de subirme en él. Eso está mejor... o no. No lo sé... ¡Argh, estoy tan confusa!

Al final, una fuerza superior desoye mis suplicas (o las convierte en realidad) y, doblando la esquina, aparece un taxi libre. Elevo el brazo para captar su atención al mismo tiempo que oigo los gritos de Cosimo al llamarme cada vez desde más cerca; muevo el brazo arriba y abajo desesperada, como si ese gesto pudiera hacer que el conductor se diera prisa. «No existen los milagros». Cosimo llega a mi lado y me baja la mano, agarrándome con fuerza para que no vuelva a subirla.

—Simonetta, espera un segundo —me dice con la respiración entrecortada debido a la rápida e improvisada carrera para llegar hasta mí—. Deja que me explique.

—No tienes por qué hacerlo. Todo ha quedado bastante claro.

—Por favor. Tan solo te pido cinco minutos —ruega—. No tienes nada que perder al escucharme.

Algo en su mirada me dice que necesito escucharlo, o tal vez es que solo necesitaba encontrar una excusa para hacerlo sin sentirme una tonta.

—Tienes hasta que aparezca otro taxi.

—Lo que te tengo que contar puede llevarme un poco más de tiempo. Es un algo largo.

—Pues, resúmelo —exijo con la vista perdida en la carretera.

—No creo que esa sea la solución —afirma—. Si lo hago a tu manera, solo acabaré peor contigo.

—No soy tonta, ¿sabes? Puedo entender cualquier tipo de explicación por muy corta que sea —digo indignada—. Tú solo inténtalo.

—Germán es el hombre por el que me abandonó mi ex —suelta sin más.

Estoy tan sorprendida (y no de la mejor manera) por lo que acaba de decir que ni siquiera protesto cuando un taxi desocupado pasa por nuestro lado.

—¿Eh? —acierto a decir cuando mi mente procesa lo que acaban de oír mis oídos—. Por tus palabras, supuse que no sabías quien era el chico.

—Y no lo conocía.

—Entonces, ¿cómo? —pregunto dudosa—. ¿No te habrás equivocado de persona?

—Es él —asegura—. La noche del cumpleaños de Óscar, poco después de que te fueras, me lo confirmó.

—No lo entiendo, Cosimo —confieso aturdida.

—El señor Germán, muy amablemente, me hizo una seña para que me acercara hasta él. Yo, pensando que me iba a preguntar sobre ti (ya que nos había visto hablando), lo hice —explica—. Lo que menos me esperaba era que me dijera que conocía a Jennifer, y por su tono, supe que no solo mantenían una simple amistad.

—¿Y te lo dijo así, sin más? —lo interrumpo—. No sé... ir haciéndote algunas preguntas sobre el local, Óscar o incluso sobre mí. Ya sabes, sacarte el tema poco a poco.

—No, Simonetta. Me lo soltó a quemarropa.

—Lo siento —le digo compungida.

—A ver... no me afectó. Si eso es lo que estás pensando —me dice al ver mi cara de pena—. Simplemente, me impactó un poco que me hablara de mi ex y que me reconociera. Sobre todo, eso. Estoy seguro que no lo he visto en mi vida.

—Tal vez vio alguna foto tuya —señalo, cortándolo otra vez.

—¿Me dejarías acabar? —suplica de manera falsa—. Tengo un tiempo limitado —añade como si no hubiera visto (y contado) los taxis que he ido dejando pasar. «Cínico», pienso derrotada.

—Continúa —exijo con el tono que utilizaría una princesa y escondiendo una sonrisa al saber que aunque él ha ganado esta batalla, la guerra de voluntades todavía

sigue en pie.

—Le dije de buenas maneras que sí, pero que no me interesaba hablar sobre esa persona; que era parte de mi pasado y que quería que siguiera estando allí —narra—. Al muy cabrón no le tuvo que hacer mucha gracia que no le siguiera el juego, ya que me contestó: «Normal que Jenny te dejará por mí. Entre lo aburrido que pareces y lo pobretón que me aseguró ella que eres, es normal que no te aguantara».

—¡Qué cabrón! —murmuro. Germán es un hombre cruel. Muy, pero que muy cruel.

—Ahí no acaba la cosa —continúa—. Me di cuenta que este tipo no valía la pena, así que pasé de replicarle. Cuando me daba la vuelta para irme y dejarlo con la palabra en la boca, ya para rematar, me soltó: «*Pastelerito*, la morena que se acaba de marchar, esa con la que estabas hablando muy juntitos cuando os interrumpí... olvídala. No es para ti. ¿La has visto? Una chica como esa se merece más. Más que tú».

¡Qué tío más descarado! Y pensar que me gustaba e incluso me acosté con él... «¡Argh, que asquito que me da en este momento!».

—«... solo piensa que dentro de poco estaremos en la cama juntos y desnudos riéndonos de ti a mandíbula batiente. Por cierto, con Jenny hice lo mismo, con la única diferencia que teníamos fotos de tu cara de panoli enamorado».

—¿Cabrón? ¡Es un hijo de puta! Menudo bastardo —exclamo al acabar Cosimo. Estoy muy enfadada. Tanto, que incluso siento ganas de regresar y darle una bofetada a esa escoria de hombre—. Dime que no dejaste que te avergonzara.

—No lo hizo —afirma serio—. Ofende quien puede, no quien quiere, Simonetta. Y yo no voy a dejar que un tipejo como ese lo hiciera.

—¿Le pegaste? Yo lo habría hecho... —le pregunto para romper la tensión generada debido a la conversación.

—No. No tuve ni ganas... —niega para, a continuación, dedicarme una sonrisa matadora—. Me conformé con darle las gracias por quitarme de encima a ese parásito succionador de almas y dinero.

—Ese es mi chico —digo con orgullo—. La lengua más afilada de España, Italia y casi, el resto de Europa.

Lleva su mano a mi cara y me acaricia con suavidad la mejilla.

—Lo siento —dice con sentimiento.

Al oír esas dos palabras mi cabreo regresa. Con fuerza. Recuerdo el porqué de mi

enfado y me pongo furiosa.

—¿Por qué lo sientes? ¿Por haberme metido en medio de una guerra sin avisarme? ¿Por usarme para vengarte? —Aparto su mano de mi rostro—. ¿Por fingir que te gustaba para algo más que una simple amistad? —inquiero dolida.

Ya no tengo ganas de sonreír, más bien, todo lo contrario. Por fin he entendido muchas cosas, sobre todo su negativa a tener sexo. Me siento usada y estafada... dolida, humillada. ¿Qué es lo que tengo que hacer para que me elijan? «Si mi padre no lo hizo y era mi padre, no creo que nadie lo haga».

—Llevaste tu engaño demasiado lejos. Si me lo hubieras dicho, te habría ayudado con lo que fuera —le digo con tristeza. Ya he perdido la esperanza de hacerme la fuerte. Mi voz refleja lo perdida que me siento—. No te hacía falta aparentar que te gustaba. —«O besarme como si te importara».

—Eso no es así, Simonetta. No todo es blanco o negro.

—¿Ah, no? ¿Acaso pensabas contármelo? —replico y, al no contestarme, añado derrotada—: Quiero irme a casa, Cosimo. Por favor, esta vez, no me detengas.

—No dejaré que te vayas sin que hayamos hecho las paces. Sin que sepas que todo lo que te he dicho, lo que me haces sentir, es verdadero.

Voy a protestar, pero me tapa la boca.

—No te lo pensaba contar hoy. Quería esperar a que lo nuestro estuviera más consolidado. —Admiro la seguridad de este hombre. Se le nota completamente confiado en que íbamos a ser una pareja—. Te traje aquí, no para vengarme, sino para demostrarle a ese gilipollas que no te iba a dejar escapar. Que esta vez sí que lucharía por lo que quiero.

Escucharlo me sume en una nube de placer auditivo. Parece ser que, al final, sí me eligen. Sin embargo, por mucho que me guste lo que dice, no quiero que olvide un detalle:

—Aunque Germán se merezca lo peor, no me gusta sentirme utilizada ni hacer daño a los demás —digo ya más calmada. «Soy así de fácil de convencer. Un par de palabras bonitas y ya soy suya de nuevo»—. La próxima vez, rétalo a un duelo al amanecer, como corresponde a todo hombre hecho y derecho.

—Te compensaré, *Fragola* —promete. Que me llame por ese apodo tan personal siempre consigue que mi estómago se revuelva, en el buen sentido—. Aún no sé cómo, pero lo haré.

—Se me acaban de ocurrir un par de sugerencias —digo, acercándome a su cuerpo, pero sin llegar a tocarlo—. Por ahora, quiero que me lleves a tu casa. No me he olvidado que me debes un baile. De ti depende que sea desnudo o con ropa.

—¿Qué tal si te bailo mientras me desnudo? —negocia al mismo tiempo que me toma por la cintura y me pega contra su duro torso.

—¿Y si mientras bailas nos desnudamos los dos? —replico a mi vez.

—Mujer, veo que nos vamos a llevar muy bien.

Se acerca a mi boca y me besa. «¡Joder! ¡Por fin!», pienso eufórica «En breve tendré a un Cosimo desnudo y complaciente solo para mi uso y disfrute. La noche promete», y aunque no puedo reírme sin dejar de besarlo (y ni loca que voy a parar), solo en mi cerebro se oye la risa malvada que se me escapa al terminar la frase mental. Porque sí, hoy seré muy mala.

Durante el trayecto en el taxi nos atacamos mutuamente. Vamos tan concentrados el uno en el otro que ni siquiera somos conscientes de lo que nos rodea. No nos preocupa que nos puedan invitar (y no de una forma educada) a abandonar el vehículo.

El taxi se para y, al bajarnos, descubro con sorpresa que vive justo encima de la *pasticceria*, en un viejo edificio de tres plantas. Al subir por las escaleras, ya que no tiene ascensor (cosa que no me importa en este momento. El deseo debe haber disuelto el dolor de pies asociado al subir uno o varios tramos de peldaños con tacones de aguja), Cosimo me cuenta entre beso y beso que la vivienda pertenece a la familia Olivetti. La primera planta es su antigua casa y es en la cual se quedan los padres cuando vienen de visita a España; la segunda le pertenece a Tazia, y la tercera, a él.

No recuerdo haber entrado al piso. Ni siquiera me acuerdo de oír el sonido de llaves, cerraduras o puertas al abrirse. Estoy siendo consumida por Cosimo, y eso es lo único que me importa. Lo más extraño es que sus manos no han abandonado *las zonas seguras* merodeando por mi cuerpo con libertad, sino que se ha limitado a mi cara cuello y espalda. No obstante, nunca he estado más excitada ni tan segura del poder de seducción que ejerzo en un hombre.

Nos separamos con la respiración entrecortada.

—Espera un momento —me dice.

Se aparta, dejándome sola. La estancia se encuentra en penumbras, pero, por una

vez, no temo a lo desconocido. Sobre todo, no siento miedo a mostrarme tal y como soy con él. Lo he estado haciendo todo el tiempo desde que nos conocimos. Sabe de mi lado bueno, el loco, el triste, y ahora quiero, necesito, que conozca mi yo sensual. Esa parte de mí que ni siquiera yo conozco.

Porque si de una cosa me he dado cuenta, es que ser sexual y ser sensual no significa lo mismo. En el primero solo se trata de dos cuerpos interactuando en busca gozo, y con el segundo, no solo se trata de eso, sino de regalar a tu pareja una parte de ti misma. No es solamente un juego para ver quien llega antes al clímax, sino que se trata de retenerlo para, de esta manera, obtener más placer. No es hacer lo que se espera que hagas, sino dejarte llevar y que sea lo que Dios quiera...

Inesperadamente, todo a mi alrededor se ilumina y me encuentro dentro de un piso tipo *loft*. Mi limón maduro se encuentra en el extremo opuesto de la gran sala con dos vasos en la mano, mirándome. Sin dejar de hacerlo, camina hasta detenerse en el centro de la habitación. Sus ojos desprenden un brillo depredador que parece incitarme a lanzarme en su contra y escalar de manera ascendente por su cuerpo llenándolo de besos hasta acabar en sus labios para después volver a bajar.

—Ten. Acércate. —Me tiende uno de los vasos—. Es agua.

De repente, siento la garganta pastosa y quiero estar hidratada para lo que va a pasar. Me aproximo y le quito el vaso de las manos como si fuera ambrosía en vez del líquido transparente más corriente del mundo, sin embargo, no lo bebo. La excitación me tiene paralizada.

—No hemos bebido mucho, pero no quiero arriesgarme ofreciéndote alcohol —explica—. Pretendo que seas totalmente consciente de lo que va a ocurrir aquí. Quiero que mañana al despertarte recuerdes cómo me he alimentado sin parar de tu cuerpo y de tus gritos diciendo mi nombre.

Engullo el agua de un solo trago. Cómo de curioso es el cuerpo humano: la boca se me seca y los labios se me humedecen. Y cuando digo «labios», no me refiero a los que están situados en la cara.

—Por desgracia, no tengo ninguno de esos aparatitos tan interesantes que encontré en tu casa —prosigue jocoso—, pero creo que podré arreglármelas —termina moviendo las cejas de arriba a abajo.

—¿Trucos de magia? —pregunto, riendo de lo payaso que es—. ¿Vas a sacar flores de un sombrero de copa?

—Precisamente no pensaba en eso —dice muy serio—. Prefiero los trucos tipo encontrar al conejo escondido. Estoy especializado en búsquedas bajo faldas.

Comienzo a carcajearme de forma exagerada. Todos los nervios que podría haber sentido se esfumaron. El hurraño italiano ha hecho esto por mí. Ha intentado tranquilizarme con sus bromas. Un gesto dulce pero innecesario. No siento nerviosismo, sino anticipación. Cada vez estoy más segura de que estar con Cosimo será tan bueno como me imagino, y eso que tengo una mente muy vívida.

Retrocedo para dejar el vaso en una mesita baja y empiezo a desabrocharme lentamente la camisa mientras me acerco a él, otra vez, bamboleando las caderas suavemente. Llego a su lado con la prenda abierta, mostrando mi sujetador negro y lo poco que cubre.

«Espero que le guste lo que ve», pienso, desviando la mirada. Inesperadamente, y contra todo pronóstico, me siento insegura.

—Eres preciosa —dice con seguridad, como si me hubiera leído la mente.

Lo miro a los ojos necesitando ver cómo devora, milímetro a milímetro, lo que alcanza a descubrir de mi cuerpo. Deleitarme con su expresión de fascinación ante la poca carne que enseño y odiándome por no mostrar un poco más.

Sin embargo, una vez más, me sorprende. No me mira al escote, sino al rostro. No puedo evitarlo y, con un salto, me lanzo hacia su boca. Me enrolló a su cuerpo cual boa constrictor, obligándolo a aguantar mi peso sujetándome por las nalgas. Las amasa al ritmo que su lengua juega con la mía... ¡Me encanta!

Aún sin parar de besarnos, siento que nos movemos, pero no abro los ojos para ver a dónde nos dirigimos. Súbitamente, paso de estar en la gloria, apretadita contra un cuerpo duro, a verme rebotando contra un firme colchón.

—¡Eh! Eso no es justo —me quejo.

—La vida no es justa. —Se ríe—. Grábatelo en esa cabecita tuya.

Cosimo me está seduciendo. Con cada acción, gesto, mirada... es lo que consigue incluso si no lo hace aposta. Está logrando que me olvide de todo y que solo me centre en él. Me quita los zapatos y me masajea brevemente la planta del pie, me desabrocha el pantalón y, mientras, me da lentos lengüetazos en el estómago, que hacen que mi piel se ponga de gallina. Me lo saca por las piernas y, de rodillas en la cama, me observa con detenimiento.

Juguetona, pongo mi pie desnudo contra su pecho vestido. Me lo agarra y

mordisquea suavemente mi tobillo, rodilla y muslos, dejando a su paso agradables sensaciones por todo mi cuerpo. Al llegar a la parte izquierda de mi cadera, se detiene y se coloca a horcajadas.

—Continuas vestido —le reprocho, aunque verlo así, vestido sobre mí, me resulta súper erótico.

—Déjame contemplarte un poco más. Nunca imaginé que te vería de esta forma conmigo. Excitada pero tranquila, ansiosa y al mismo tiempo calmada... Estás preciosa —dice con suavidad para, a continuación, soltar una pequeña carcajada—. Te he mentado. Si supieras cuantas veces fantaseé contigo en mi cama, me tacharías de perverso.

—Yo también lo he hecho —confieso con la intención de que mi pequeño gesto lo motive a continuar su exploración—. Tras este momento juego de la verdad, toca que te desnudes.

—Tendremos paciencia —me dice, y me dan ganas de matarlo... o violarlo—. Estoy completamente seguro de que cuando me desnude, no podré tomármelo con calma. La primera vez quiero saborearla. Quiero saborearte.

—Dejemos la calma para el bis. Estoy ardiendo, Cosimo —imploro anhelante—. Te necesito.

Comienza a soltar botón a botón de su camisa, dejando ver de a poco su bronceado torso. Al empezar a desabrocharse el pantalón con la misma parsimonia, estoy hiperventilando y me dan ganas de arrancárselo. Sobre todo cuando deja al descubierto la goma de sus slippers negros.

Lo está haciendo adrede, pero yo también sé jugar al juego de la provocación. En realidad, soy toda una experta.

—Como veo que no tienes prisa, tendré que empezar sin ti —menciono como si nada.

Inicio un suave balanceo de caderas con el que rozo mi sexo contra la parte inferior de sus nalgas al mismo tiempo que bajo las copas de mi sujetador y juego con mis pezones. Reprimo una mueca de triunfo al ver su expresión de asombro mezclada con la del crudo deseo.

—¡Joder! —gime. Y se lanza a por mí como si no pudiera evitarlo, como si el verme así hubiera roto de un golpe el hilo de su autocontrol.

Moldea mis pechos con sus grandes palmas y se agacha para besarlos con ansia.

Mordisquea mi pezones. Los lame, los succiona. Sin dejar de trabajarme con su boca, se quita de encima, colocándose entre mis piernas y arrancándose mis pequeñas braguitas. Empuja mis rodillas hacia arriba y, sin avisar, pasa de devorarme las tetas a tener la cabeza enterrada en mi húmedo coño.

Sollozo de placer. La lengua y los dientes de Cosimo hacen maravillas en mi sexo. Absorbe mis labios vaginales, dejándome temblorosa. Chupa mi clítoris con fuerza y lo atrapa en su boca para darle rápidos lengüetazos que me hacen vibrar.

—¡Joder! —grito, repitiendo la última palabra que me dedicó al sentir como de golpe introduce dos dedos en mi interior al mismo tiempo que pasa de lamer a morder mi hinchado capullo.

Con un grito, me corro con fuerza. Sin embargo, no me da tregua. Sigue metiendo y sacando sus dedos de mi coño empapado, y yo, en este momento, no puedo ni respirar. Llego al orgasmo una y otra vez. No puedo parar. Es tal el placer que siento que si muriera en este instante, lo haría con una sonrisa.

«Ya comprendo por qué los franceses lo llaman la *petite mort*», pienso al calmarme un poco.

Le tiro del pelo apartándolo, instando a que se detenga. Acabo de vivir el clímax más potente de toda mi vida y me encuentro agotada. Solo me apetece acurrucarme en posición fetal y dormir como un cachorrito satisfecho tras toda una tarde de juegos.

Levanta la cabeza y apoya la barbilla en mi, casi carente de vello, pubis. Su boca brilla y no solo por la sonrisa de orgullo masculino que muestra. Sus dedos siguen quietos dentro de mí, sin embargo, no me siento llena... plena. Ya he salido de la bruma de satisfacción sexual y tengo ganas de más. Solo que, esta vez, no me conformaré con sus manos y boca para complacerme.

Una instantánea de Cosimo con solo sus apretadas mallas de deporte tintinea en mis pensamientos. «Si ese paquete que marcaba era todo suyo, me daré un banquete», me digo con gula. Pensar en su miembro hace que las ganas de dormir se marchiten y sean sustituidas por unas profundas ansías de darle tanto placer como el que él me acaba de proporcionar a mí.

—Me toca —digo contenta con la idea de meterlo en mi boca.

—Después —replica—. Estoy demasiado excitado, Simonetta. Tengo que tenerte ya.

—¡Yo quería tocarte! —protesto.

—Podrás tocarme... más tarde.

Quiero volver a quejarme, pero empieza a mover los dedos al tiempo que se eleva por mi cuerpo y me devora los pechos. Ya no me acuerdo ni de mi nombre....

Me corro otra vez. El orgasmo me llega rápido y con fuerza, pero mi cuerpo demanda más.

—Fóllame, Cosimo —suplico—. No aguanto más.

Para de tocarme y se baja los pantalones hasta medio muslo, dejando al descubierto lo bien que le quedan (y los tirantes que se encuentran en la zona delantera) los calzoncillos negros que lleva puestos.

Me recreo en su cuerpo. En sus duros pectorales y en su definido abdomen, bajo la vista para intentar ver el contorno de la erección a través de la tela, pero llego tarde, él ya se los ha bajado dejándolos arremolinados junto a los descartados vaqueros.

«¡Joder con Cosimo!», pienso al ver su duro y grueso miembro, seguido de: «podría estar chupando esta piruleta, sin cansarme, durante toda mi vida».

Me está observando. Quizás esperando que diga algo, pero yo no puedo ni parpadear, y mucho menos hablar. No puedo apartar la mirada de esa serpiente que parece estar hipnotizándome.

—Di algo, mujer. Te has quedado en trance —dice, agarrándose el miembro. Menos mal que lo ha hecho, el movimiento consigue que salga de mi ensoñación tipo *mil y una noches* sobre su pene.

—Tienes una polla enorme... y bonita —añado, sonrojándome por lo que acabo de decir. Yo ruborizándome... ¡Qué locura!

—Mmm, ¿gracias? —dice divertido. Se sienta sobre sus cuclillas y me toma por las rodillas para colocar mi parte inferior sobre muslos. Siento en el sexo el calor que desprende su cuerpo y eso me hace desearlo todavía más.

—Dime que tienes condones —le exijo excitada.

—Sí que tengo —contesta—, pero aún no los vamos a necesitar. Antes quiero que te corras así.

Empieza pasar la punta de su miembro contra mi clítoris, masturbándome, masturbándonos, con el movimiento. Lo miro, y nuestros ojos se conectan. Me está fulminando, fundiéndome con sus preciosos ojos verdes que me dicen sin palabras lo que mi corazón está deseando oír. Veo su cara trasformada por el placer y no pongo en duda que me correré en breve, y no solo por lo que me hace, sino por cómo me

observa, por lo que me hace sentir en el alma...

Cierro los ojos y me dejo llevar por las sensaciones que recorren mi cuerpo. El éxtasis me reclama y con un gemido, se lo hago saber al causante de que mis hormonas estén bailando un Rock and Roll sexual.

—Me encanta verte así, Simonetta. Eres la mujer más sensual que he conocido en mi vida. —Escucharlo hace que vuelva a estallar. Noto como su verga hace presión en la entrada de mi sexo sin penetrarlo, y eso me vuelve loca. Los espasmos de placer me recorren por entero y tengo que agarrarme los pechos con fuerza para canalizar las sensaciones.

No dudo ni por un segundo de él. No creo que Cosimo me suelte eso de «solo la puntita» como excusa para no ponerse el condón. Simplemente lo dejo hacer. Que juegue con mi cuerpo todo lo que quiera.

Se aparta y se levanta de la cama. Todavía tumbada, oigo el ruido de ropa al caer al suelo, cajones abrir y cerrarse, envoltorios rasgados y jadeos masculinos. Siento el colchón moverse y me incorporo sobre los codos para no perderme ni un ápice del cuerpo de Cosimo totalmente desnudo.

Lo encuentro como quería, desnudo, de rodillas sobre la cama con tan solo un preservativo de color verde enfundado en su miembro.

—Por lo que veo, te va el color... —digo sonriendo. ¿Un condón verde lima? Este hombre nunca deja de sorprenderme, ni de divertirme. Ni siquiera en la cama.

—Déjate de coñas, Simonetta. No sabes lo difícil que resulta parecer varonil cuando tu polla parece una de esas barritas radioactivas de los Simpsons.

—No me burlo. Bueno, sí —rectifico—. Tan solo no me esperaba eso... —señalo— tan colorido.

—Agradécele a Óscar y a su raro sentido del humor que tengamos protección esta noche —dice—. Me los regaló alegando que al paso que iba, con la única mujer que me acostaría sería con una extraterrestre verde. De ahí el color.

—Mi chico caramelo es mucho... —comento risueña, para terminar con la verdad que veo detrás de ese gesto—. Se preocupa por ti.

—Me resulta muy raro estar desnudo y hablando de otro hombre. Pensaba que a estas horas estaríamos haciendo otras cosas más interesantes.

—¿Te he dicho alguna vez cual es mi color favorito? —pregunto—. Porque ahora mismo estoy viendo una muestra larga y dura y me están dando ganas de saborearlo.

—Después —vuelve a repetir, gateando por la cama—. No ha acabado mi momento.

Me revuelvo y me posiciono a cuatro patas. Quiero que me tome así. Rápido y con fuerza.

Se acerca por detrás, rozando con su miembro la hendidura de mis nalgas. Con su mano entre mis omoplatos, me empuja hacia abajo, dejando mis hombros y cabeza en el colchón y mi culo en pompa. En esta postura lo sentiré al máximo... me espera una buena cabalgada.

Vuelve a pasar la polla, ahora enfundada, a lo largo de mi sexo, lubricándolo con mis fluidos a su paso. La presión que ejerce en la entrada de mi cuerpo hace que comience a temblar de anticipación y cuando poco a poco me penetra, me corro con un grito de agonía.

Comienza a moverse como un pistón, y yo solo puedo dejarme llevar. Mis orgasmos se suceden uno tras otro. Cosimo se corre murmurando algo inteligible y, sin salirse de mí, se deja caer encima, dejándonos a los dos acostados. No me pesa, es más, agradezco su calor, me hace saber que lo que acaba de pasar en esta habitación es verdadero y no un producto de mi exorbitada imaginación.

No he sido coqueta. No he jugado todas mis bazas de seducción con él y, aun así, he disfrutado como nunca. Porque no me voy a dejar engañar, lo que acaba de ocurrir entre nosotros no es solo sexo estratosférico... es amor. Lo demuestra su forma de tocarme antes y ahora, sus palabras, nuestras agitadas respiraciones.

—No dejaré que escapes de mí, Simonetta —me dice. Se gira y llevándome con él, nos coloca de lado—. Tal vez pienses que voy demasiado rápido, pero estoy convencido que, al igual que yo, sientes nuestra conexión.

¡Vaya si la siento! Tanto, que ya no tengo ninguna duda ni ningún reparo en admitirlo: Estoy enamorada de Cosimo.

Cierro los ojos y dejo que sus palabras me acompañen al mundo de los sueños. Hoy no soñaré con madres que abandonan y padres que no aman lo suficiente, lo haré con el hombre que me acaba de catapultar al cielo.

Este sueño me gusta. Mucho. Muchísimo.

Pequeñas cordilleras de helado de limón adornan, de manera diseminada, el cuerpo desnudo de Cosimo. Le doy un lengüetazo a una montañita situada justo encima de su pezón derecho y me relamo del gusto.

—Mmmm. Sabes delicioso —murmuro golosa—. ¡Quiero más!

Me preparo para atacar la otra tetilla, pero... me despierto de golpe.

«¡Qué mal! Me encantaba esta fantasía», me lamento.

Lo único que me gusta más que el ensueño que acabo de vivir es saber que puedo hacerlo realidad en cualquier momento que me apetezca. Tengo a Cosimo pegado a mi espalda, estrechándome con fuerza entre sus brazos. Su olor entra por mi nariz y me dan ganas de darme la vuelta y enterrar la nariz en su pecho para recoger mejor su aroma a hombre.

«¿Su olor a hombre? Joder, Simonetta, el amor te está cambiando. Y no precisamente a mejor...», me reprocho a mí misma por ser tan ñoña.

Me restriego un poco contra él, solo por el placer de hacerlo, y me alegra comprobar que no le soy indiferente ni siquiera dormida. Mi sueño me ha dejado bastante caliente y tengo intención de ponerle remedio. Que Cosimo esté activo por debajo de la cintura juega en mi favor.

—¿Qué coño haces todavía aquí? Te dije que te marcharas. Que después te llamaba... —el susurro enfadado de Cosimo me descoloca. ¿Se está dirigiendo a mí?

—Estaba preocupada por ti. No es lógico que faltes al trabajo. —La voz preocupada de Tazia disuelve todas mis dudas sobre si me estaba echando de su cama—. Dijiste que hoy irías más tarde, pero no cuanto más tarde sería. Y como no dabas señales de vida desde ayer por la mañana, pensaba que estabas enfermo o algo peor.

—Ya ves que no es así. Vete de una vez, por favor. Vas a despertarla.

—Demasiado tarde —farfullo, incorporándome hasta quedar sentada—, ya lo estoy. Por cierto, ¿qué hora es?

—Las seis de la mañana —contesta Tazia, tapándose los ojos con la mano—. Netta, tienes los pechos al descubierto. Tal vez quieras cubrirte.

Miro hacia abajo por mi cuerpo y me encuentro con que, efectivamente, sigo

desnuda.

—No. Estoy cómoda así, gracias —digo, encogiendo los hombros—. Puedes mirar, no soy tímida. Además, todas tenemos lo mismo.

—Mejor tápate —me pide en un susurro Cosimo—. Mi hermana parece que se vaya a desmayar.

—No tendría por qué. Pero está bien. Me cubriré —digo al tiempo que me subo la sábana pudorosamente hasta las axilas, aguantándola con mis manos y escondiendo mis turgentes provocadoras de vergüenza ajena.

—¡Ey, Tazia! —llamo a la tímida rubia. Cuando aparta las manos de la cara y me aseguro de tener toda su atención, suelto la dichosa tela y la dejo caer hasta mis caderas. Comienzo a bambolear los pechos al mismo tiempo que le pregunto—. ¿Tú no eras bailarina? —Al ver su cabeceo afirmativo y su rostro rosa, continúo—: No sé por qué te sonrojas, has tenido que ver más tetas que tu hermano en toda su vida. Por ver un par más, no te vas a quedar ciega.

—¡Es verdad! —Se ríe—. Pero no puedes comparar ver chicas desnudas en un vestuario con verte a ti desnuda, en la cama de mi hermano, con él todavía dentro, y seguramente —balbucea—, igual de desnudo. Es... incómodo.

—A él no le has visto nada, y respecto a mí, no lo entiendo, la verdad —digo intentando que vea las cosas con normalidad—. Imagina que estamos jugando al juego del espejo. Tú también tienes un buen par, y fijo que te las has tenido que ver en más de una ocasión en una cama... acompañada o no —bromeo.

Su cara ha pasado del rosa al magenta. Y aunque tengo que admitir que disfruto una barbaridad ruborizando a esta chica, me vuelvo a cubrir. No está acostumbrada y tengo que aceptarlo. Por otra parte, la noto muy tranquila con el hecho que sea yo la que esté en la cama con su hermano.

—Demasiada información —interrumpe Cosimo—. Aún pienso que mi hermana está lisa como una tabla de surf y que esas dos montañas que tiene ahí —dice señalando la delantera de su hermana—, son debidas a que se pone calcetines en el sujetador.

—¡Yo no uso relleno! —grita la aludida ofendida. Seguido de una retahíla de insultos en italiano.

—Como iba diciendo —continúa, ignorando los gritos histéricos proferidos por Tazia—, en lo que respecta a todo lo que tenga que ver con mi hermana como mujer,

quiero seguir siendo un feliz ignorante.

—Muy mal hecho —lo reprendo—. Ya te dije en su momento que no trataras a tu hermana como a una niña. Es una mujer, asúmelo de una vez.

—No la trato como a una niña —se queja.

—Sí lo haces —decimos Tazia y yo al unísono.

—¿Qué quieres que haga? ¿Qué la aliente y deje que me cuente todos los sucios detalles? —pregunta, girando su cuerpo hacia mí—. ¿Eso me haría mejor hermano? Creo que no y, ¿sabes qué? Tampoco creo que tu hermano lo haga contigo.

—Primero: Se trata de poder hablar a su hermano con libertad, no de contar intimidades... sería un poco asqueroso. ¡Es tu hermana, por Dios! —contesto enumerando las respuestas con los dedos en alto, haciendo que la sábana, otra vez, resbale por mi cuerpo—. Segundo: Marco no lo hace, pero tampoco me trata como a un bebé. Simplemente, me deja vivir mi vida tal y como quiero. Si necesito su apoyo, sé que estará ahí para mí.

—Me lo pensaré —gruñe con irritación al verse derrotado por mi lógico discurso—. Aunque no aseguro nada. Y ahora, por favor, tápate de una vez. No quiero que Tazia vea cosas que no tiene que ver, y tu constante rebote me está haciendo cosas en el cuerpo. —Esto último lo dice en un bajo balbuceo.

Levanta la sábana y me deja ver su incipiente y hermosa erección matutina. «Es hora de que Taz se marche», decido con la boca haciendo un trabajo extra produciendo saliva.

—Taz, querida, es hora de que te marches —repito en alto mi sugerencia/orden—. ¡Ah! Y no olvides que a mí sí que me puedes contar hasta el más mínimo detalle sexual o de lo que sea. Entre más sucio mejor —le recuerdo mientras la veo alejarse hacia la entrada—. ¿Quién sabe?, tal vez lo use con tu hermano —Rio al ver la manera en la que Cosimo se ha tensado a mi lado.

—¡Puaj! Repugnante. —Oigo que dice la rubia antes de salir y cerrar la puerta a su paso.

Girándome hacia Cosimo, me pongo de rodillas sobre la cama.

—Perdone, señor Olivetti —digo con voz inocente mientras lo destapo, dejándolo como Dios lo trajo al mundo—, antes de que su hermana abandonara la sala, usted me informó sobre una parte de su cuerpo que se había inflamado. —Mi chico limón levanta una ceja al escucharme—. No se preocupe, soy enfermera. Trataré su afección

con total profesionalidad.

—Así que enfermera, ¿eh? —observa—. Le advierto que siento mucho dolor y que solo dejaré que me traten expertos en la materia. ¿En qué tipo de medicina está especializada?

—Soy técnica en besar pupas —contesto—. Ya verá que cuando acabe con su tratamiento, su aflicción habrá disminuido de manera significativa y se sentirá mucho mejor. No se arrepentirá de haberme contratado.

—Está bien. Prosiga con el análisis de la zona —Con voz grave, Cosimo me insta a continuar—. Estoy segura que se muere de impaciencia.

Acercó mi cara a su entrepierna y lo observo con detenimiento. Le agarro con firmeza el miembro con una mano, y con la otra le sopeso los testículos con aire profesional. El siseo erótico que suelta *mi paciente* me anima a continuar con mi concienzudo escrutinio.

—Sí, señor. Es lo que me temía... —afirmo para mí misma como si fuera de verdad una maestra en el tema—. Se le ha infectado y a consecuencia de ello se le ha inflamado la zona. Voy a tener que drenarlo hasta que quede totalmente libre de fluidos dañinos para su organismo.

Dicho esto, me lanzo a matar. Mi turno de juegos ha comenzado.

Par de condones radiactivos después y completamente saciada, me encuentro apoyada de forma relajada sobre el pecho de Cosimo oyendo el firme retumbar de su corazón. El sonido me calma al igual que si estuviera escuchando cómo rompen las olas en la orilla de una playa de piedra. Su mano acaricia mi pelo, que me cae suelto por la espalda.

—Estoy tan contento de que estés aquí —murmura.

—Yo estoy contenta de estar aquí —contesto—. ¿Quién me habría dicho la primera vez que nos vimos que acabaríamos enredados en tu cama? No es que no lo pensara en aquel momento. Estás muy bueno —aclaro divertida—. Pero tuviste que abrir tu boca y lo estropeaste todo.

—¡Eh! No fue culpa mía —se defiende—. Me intimidaste.

—Por eso que acabas de decir, casi te perdono el que fueras tan imbécil. Casi —digo riendo—. Pero solo porque tienes razón, soy una belleza intimidante...

—Cierto —coincide—. Sin embargo, no fue solo eso. Nada más verte supe que me

traerías problemas. —Levanto la cabeza y lo miro ofendida—. Entiéndeme. Todas mis alarmas internas decían que tenía que huir lo más lejos posible de ti, pero como has podido comprobar, no pude. Eres magnética. Me intrigabas con tu forma de ser, tan opuesta a como estaba convencido que serías.

—Sigue hablando —lo animo, curiosa por saber qué es lo que pensaba sobre mí.

—A primera vista me pareciste lo peor —confiesa—. Una chica guapa y creída, con el cerebro de un mosquito.

—Sigo siendo una creída —contesto sincera.

—Eso no voy a discutirlo —concuerta, sonriendo—. Mas no eres tal y como esperaba. Eres mejor.

—No sé a qué te refieres. Solo soy yo, una chica normal.

—No lo eres. Te he visto interactuando en la *gelateria* con tus clientes, con tu hermano, con Sandra, con Óscar e incluso con mi propia hermana. No te crees superior a nadie y siempre tienes una sonrisa en la boca.

—Ser amable con la clientela y amigos es algo lógico, natural —razono.

—Sí. Lo es, pero tú no lo haces por obligación. Lo haces porque te sale de dentro.

—Me gusta que la gente se sienta cómoda conmigo y a mi alrededor. No sé... solamente, procuro ser agradable —farfullo con timidez—. Trato a la gente como me gusta que me traten. ¿Es razonable, no?

—Es más que simple educación o el *quid pro quo*. Eres buena persona, Simonetta —afirma de manera categórica—. No quedan muchos de tu clase por el mundo.

Ahora estoy roja como un tomate. Se nota que no estoy acostumbrada a que me halaguen por algo que no sea el físico.

—Para ya, anda. No hace falta que me hagas la pelota para meterte entre mis piernas... —bromeo en un intento de aligerar el tema de la conversación para dejar de sentirme tan incómoda.

—Deseo entrar mucho más profundo dentro de ti, *Fragola* —puntualiza—. No sería un hombre inteligente si solo me contentara con eso.

Me empuja boca arriba y se acuesta encima de mí. Abro las piernas para hacerle hueco y envolverme a su alrededor con ellas, aprisionándolo en mi contra.

—Si solo me conformara con esto —prosigue, al tiempo que se balancea, dejándome sentir el roce de su excitado miembro contra mi núcleo desnudo—, estaría desperdiciando una de las mejores oportunidades que la vida me ha brindado. No

todos los días se tiene la suerte de conocer a una mujer que no solamente es guapa, sino que, además, es más lista que el hambre y le encantan mis postres. Por no mencionar tus otros talentos... como el baile. —Me besa en el cuello y me susurra al oído—: Pero sin lugar a dudas, lo que más me apasiona de ella es su corazón. Me conformaría con ser el receptor de la centésima parte del cariño que dedica a los que tienen la suerte de haber sido capaces de traspasar su escudo protector.

—Me das más crédito del que merezco. No soy perfecta, y lo sabes.

—No he dicho que lo seas, solo que lo eres para mí.

No consigo distinguir entre si estoy incómoda o, simplemente, estupefacta por sus palabras. Pero lo que más me asombra es la convicción que desprende al hablar. Lo que dice lo piensa de verdad, y eso hace que mi cerebro esté dando un giro de 360° dentro de mi cráneo.

Estoy acostumbrada a que los hombres me halaguen. Que regalen los oídos con lo hermosa que soy, cosa que siempre me ha gustado y he necesitado para subsistir (¿a quién no le gusta sentirse deseada?). O, llanamente, que me digan lo que ellos creen que necesito oír... a esos nunca les he creído. Sus comentarios han circulado por mis orejas sin hacer ninguna parada significativa en mi mente.

Y teniendo todo eso en cuenta, yo me pregunto: ¿Por qué me es tan fácil creer en Cosimo? ¿Oír sus palabras y convencerme de que soy esa persona a la que describe con tanto entusiasmo?

«Porque te gusta de verdad y es la primera vez que en realidad te pasa. Los demás no cuentan», me respondo, sincerándome conmigo misma.

Seguimos tumbados un rato más, compartiendo un cómodo silencio.

—¿Qué hora es? —pregunto de forma distraída, pero sin olvidarme que el tiempo pasa.

Cosimo, sin soltarme, gira el cuerpo y arrastrándome con él, llega hasta la mesa de noche para virar el despertador y comprobar la hora.

—Las ocho menos cuarto —responde.

—¡Joder! —grito, levantándome de un salto de la cama y buscando mi bolso como loca por la casa.

—¿Por qué estás tan obsesionada con la hora? Antes también lo preguntaste. ¿Tienes prisa?

—Se me ha olvidado avisarle... —digo como si nada, agachándome para mirar

debajo del sofá.

—¿A quién? —curioseosa—. Si no te conociera, diría que tienes a alguien esperándote en casa. No lo tienes, ¿verdad?

—¿Qué...? ¡No! —niego, levantado la vista del suelo un instante y mirándolo desconcertada—. Estoy buscando mi móvil, tonto. No le preparé a Iván el desayuno ni le dejé dinero para que se comprara algo —le aclaro—. Tengo que avisarle para que entre en casa y coja dinero de la lata que reservo para las compras.

Sigo buscando despatarrada por el suelo, ignorante de mi propia desnudez. Siento como un dedo me sube por la costura de mi sexo expuesto, la hendidura de mis nalgas hasta pararse en la parte baja de mi espalda. Un escalofrío me recorre por entero y mi piel se vuelve de gallina. Tengo que respirar profundamente para encontrar las fuerzas que me ayuden a ignorar las deliciosas sensaciones que me ha provocado ese pequeño roce.

—En otro momento, te diría que añadirías otro par de dedos al juego, pero ahora no puedo. Como puedes ver, estoy un pelín ocupada —le digo sin apartar la cara del suelo. Si lo miro, sé que cederé y, en este momento, Iván es la cosa más importante.

—¡Eres una tentación, Simonetta! —gime—. Toma. Llámalo desde el mío. Si te sigo viendo menear el trasero de esa forma, voy a acabar padeciendo de priapismo —me dice, poniéndome su teléfono delante.

—¡Gracias! —le digo por sus palabras y por prestarme su móvil, que acepto como si se tratara de un vaso de agua en medio del desierto.

Me levanto y marco con rapidez el número. Suspiro satisfecha cuando Iván responde al segundo tono.

—¿Diga?

—Iván, entra en casa y pilla dinero del bote para el desayuno —le digo con rapidez sin ni siquiera identificarme. Sé que comenzará con el interrogatorio de un momento a otro y no quiero olvidarme del motivo de mi llamada.

—¿Netta? —pregunta—. ¿Dónde estás? ¿Este es el número de Cosimo?

—Como si no conocieras mi voz... —lo acuso con sorna—. Y sí, es su número. Estoy en su casa.

—¿Quieres que vaya a buscarte?

—Aunque es un detalle muy tierno por tu parte, no, gracias. Obviando el hecho de que no tienes ningún vehículo con el que pasar a recogerme, tienes que ir a clase.

—*Puedo coger un taxi* —insiste.

—¡Estoy bien! —le aseguro—. Deja ya de preocuparte, cariño. Después nos vemos.

Cosimo se acerca, se pega a mi espalda y apoya la cabeza en mi hombro al lado de la oreja en donde sostengo el teléfono.

—¡Ey, chico! —dice lo bastante alto para que lo oiga.

—*Hola, Cosimo* —lo saluda.

—Dice que «hola» —le repito en alto.

Cosimo parece que no se ha satisfecho con mi pobre imitación de un loro porque me quita el móvil de la mano.

—Hola, Iván —dice al auricular—. No. No es molestia. Yo la llevaré al trabajo. Sí. Llegará a tiempo —oigo que afirma y sigue escuchando—. De acuerdo. Llámame Adiós.

Se gira y me abraza por delante.

—Dice que «adiós» y «que no te olvides de sus clases de baile. Que queda poco para la fiesta» —me dicta con voz monótona y añade ya con otro tono más parecido al que usa normalmente—. ¿Qué fiesta?

—Su equipo de futbol organiza día de actividades —le comento—. Un picnic familiar durante el día, y por la noche, un baile. Estamos ensayando unos movimientos que dejarán a cierta chica, hermana de un compañero, loca por sus huesos.

Entierro la cabeza en su pecho y lo siento retumbar de la risa.

—Espero que no le estés enseñando algo muy femenino. Al final se van a pensar que es de la acera de en frente.

Le doy un golpe *suave* en el estómago.

—Si lo vieras bailar, hasta tú te pondrías cachondo —afirmo—. Imagínate a Channing Tatum con quince años y las orejas perfectas. Si no fuera como mi hijo, hasta yo me plantearía hacérmelo con un menor.

—Vale, veo tu punto. Pero tengo que aclarar una cosa, como mucho, apreciaría sus movimientos, nada más. Nunca, pero nunca jamás, me he puesto por un hombre —aclaro—. Y es una pena, porque soy un imán para los *gays*. Si por lo menos fuera bisexual, mi vida sería más activa, por lo menos de cintura para abajo.

—Yo sí que te voy a dar a ti movimiento... —le digo mientras le aprieto las nalgas con las dos manos—. Si quieres probar cosas nuevas, puedo ir al Sex shop a por un

arnés sexual, coloquialmente llamado cinto-pene.

Se aparta de un salto y me dedica una mirada de puro horror masculino.

—Dejemos que, en esta relación, seas tú la única que use los aparatitos... yo estoy bien como estoy.

Me río con ganas y lo atraigo otra vez hacia mí. Se agacha para ponerse a mi altura y me da un beso en la nariz.

—Todo va a salir bien, Simonetta. Ya lo verás —me dice con dulzura—. Iremos paso a paso y que sea lo que Dios quiera. Preocúpate después. Por ahora, vive el momento.

Me arrimo contra su cuerpo desnudo y me derrito. ¿Cómo sabía que necesitaba palabras de ánimo? ¿Cómo es posible que aun no regalándome los oídos, dándome vanas esperanzas, me haya dado el empujoncito de confianza que me hacía falta?

Será que su total honestidad para conmigo me ha cautivado. Hoy en día, eso es difícil de ver, es un regalo raro, precioso y escaso.

—¿Qué es lo que te dijo Iván? —pregunto al recordar su «llámame» de antes de colgar.

—Cosas de hombres —contesta resuelto, dándome una palmada en el culo—. A la ducha, *signorina*²³. Prometí a cierto chico sobreprotector que entrarías a trabajar a tiempo.

—Como da la casualidad de que hoy no trabajo, voy a tomarme mi tiempo para jugar con tu *cosa de hombre* —digo, tomándolo en mi mano—. No quiero que llegues tarde al trabajo. Tazia me mataría.

—Nombrar a mi hermana mientras me provocas una erección es algo muuuuy raro —me dice alargando la palabra—. Pero te entiendo. Mi hermana puede ser una pequeña tirana. Ojalá nunca tengas que verla enfadada. De todas formas —dice, cogiéndome y colocando mis piernas a su alrededor—, todavía no estoy preparado para cumplir con mi deber. Quiero ver cómo me bañas, y luego, hacer unas cuantas llamadas.

Lo miro confusa. ¿Está pensando en hablar con alguien mientras estoy desnuda y envuelta a su alrededor?

—Quiero llamar al centro y quitarnos eso ya de encima —aclara—. Un punto a tachar de la lista y menos por lo que te comerás la cabeza.

Que se acuerde de mi niño mimado en un momento como este es digno de admirar.

Lo beso con gratitud, con pasión, con amor. Pero sobre todo, lo beso con toda mi alma.

—Vamos a la ducha, *Limone*²⁴. Voy a sacarte todo el jugo.

23 Señorita.

24 Limón.

Una semana después, y tras concertar una cita con el director del centro, estoy en el coche con Cosimo y con Sandra de camino hacia allí. El recorrido no es tan largo como aparentaba ser en un principio. Es más, se encuentra relativamente cerca de la ciudad. Cosa buena, ya que me estoy poniendo de los nervios con el lento conducir de Cosimo. Gracias a Dios que, al final, Sandra ha venido con nosotros y anima el viaje contando chismes sobre los famosos más casposos del panorama televisivo español, muchos de los cuales no sabía ni que existieran. Si no fuera por ella, cometería un asesinato lanzando a un italiano irritablemente lento fuera del coche en marcha. Aunque, para ser realistas, a esta velocidad lo máximo que le pasaría sería despellejarse las rodillas.

—Y hablando de corazón... —menciona, como si nada, la pelirroja que va sentada en la parte de atrás, asomándose por entre el hueco de los dos asientos delanteros—. ¿Cómo tienes el tuyo, Cosimo? Y por corazón no me refiero al órgano dentro de tu pecho, sino al que llevas colgando entre las piernas y tiene a mi amiga con una permanente sonrisa en los labios.

—No te pases, Sandra —la reprendo—. Además, no es verdad.

—¿No es verdad que te pongo una sonrisa en la cara o que te doy buen sexo? —pregunta Cosimo con tono burlón.

—Ninguna de las dos cosas —le respondo con chulería. La verdad es que hacía tiempo que no era tan feliz, y no estoy hablando solo del sexo.

—No me extraña nada —se burla Sandra—. Si folla igual que conduce, tienes que quedarte dormida antes de llegar a las partes interesantes.

—Amiga —le digo muy seria, girando el cuerpo para enfrentarla—, cuando un hombre se tome su tiempo con calma para tocarte y hacerte explotar, hablaremos largo y tendido sobre si me entra sueño o no.

—¡Buah! —exclama mientras hace un gesto de desinterés con la mano—. No tengo paciencia para eso. Me gusta rápido y fuerte. —Se toca la frente y finge meditarlo durante unos segundos—. Tal vez me he confundido de pleno y necesite explotar otras opciones de cama. No sé... si me prestaras a tu limoncito durante una temporadita, tal vez, incluso me apuntaría en clases de meditación para calmar mis nervios. A lo

mejor me hace descubrir que lento es mejor.

—¡Ni lo sueñes, perra! —la insulto riendo—. Busca a tu propia tortuga al volante. Esta es mía.

—¡Cómo me gusta picarte! Si por lo menos lo hiciera bien... —confiesa mi amiga entre risas—. De todas formas, es normal que nunca te preocupes. Sabes que nunca haría ningún movimiento hacia él. Bueno, a no ser que me lo pida...

—Aunque nadie ha preguntado mi opinión, la diré de todas formas —interviene Cosimo—. No estoy interesando. Me temo que las pelirrojas de lengua suelta no me van.

—A ti te van más las morenas de lengua suelta que las de pelo anaranjado, eso lo has dejado claro —lo interrumpe Sandra—. Bueno, mientras exista el tinte castaño, no todo está perdido. ¿Quién sabe? Todavía podrías cambiar de parecer y tendré que hacer una visita de urgencia a la droguería. Lo más raro de todo esto es que tendría que llamar a Netta para que me lo diera, y eso sería un poco incómodo...

—Ni aun así. Me gusta lo natural, y estás demasiado chiflada —la desalienta Cosimo—. Tal vez te pueda presentar a un amigo. Conozco a algunos tíos que creo que tienen la paciencia como para aguantarte sin intentar tirarse de un puente.

—Eso ha sido cruel, limón —le reprocho burlona—. Nunca le haría eso a ningún amigo. Sería una crueldad equiparable a la de Guantánamo.

—¡Ja, ja, ja! La parejita se une en mi contra, ¿eh? Pues que sepan que no me caer bien —se queja refunfuñando Sandra—. Y no, gracias. Prefiero buscar amantes por mi cuenta. Menos complicado.

—¿Menos complicado para quién? —le pregunta Cosimo.

—Si no tiene amigos en común con los chicos que se liga, es más fácil no volver a verlos nunca —respondo por ella—. Sandra prefiere llevar las cosas de manera sencilla: un tío guapo, una vez. A lo mejor, dos, y si te he visto no me acuerdo.

—Entiendo —dice Cosimo.

—Gracias por la explicación, amiga —me agradece la aludida, que ha levantado un dedo y se dedica a clavárselo en la mejilla al único varón en el coche para llamar su atención—. ¿Cómo es que ya no te escandalizas? Desde que no te vuelves escarlata, es menos divertido decir barbaridades a tu alrededor —se queja de forma casual, aunque no se me ha pasado el cambio sutil de tema.

—Cuestión de supervivencia —contesta, sin inmutarse por los toquecitos que le

está dando Sandra en la cara—. Digamos que tu mejor amiga, aquí presente, me ha dado un curso acelerado e intensivo sobre el mundo de las mujeres sin filtro de censura en la mente.

—¿Ah, sí? Eso tendrás que probármelo en otro momento —duda Sandra—. Porque, para mi parecer, sigues siendo bastante mojigato. No tanto como mi queridísima Tazia, pero casi.

—Confundes el ser serio con ser un santurrón —lo defiende—. Y ya que estamos, tampoco es serio. Por lo menos, no conmigo.

—Tienes razón, Sandra. Que me haya acostumbrado a sus cosas no quiere decir que no me incomode algunas veces, solo que lo disimulo mejor. No quiero que te sigas, que sigan —dice, mirándose—, riéndose a mi costa.

—¡Pero es que es tan divertido! —exclama mi punzante amiga.

—Sí. Lo es —afirma Cosimo—. ¿Y sabes qué? Lamento no haber conocido antes a chicas como vosotras. Mi vida habría sido infinitamente más entretenida.

—O habrías acabado calvo —intervengo entretenida con sus intercambios. Que mi mejor amiga-hermana se lleve bien con el chico del que estoy enamorada me llena de regocijo.

—No creo que eso te importara —me dice Sandra—. Y más teniendo en cuenta que una de tus partes favoritas de su cuerpo es calva... y bastante grande —termina riendo.

—¿Hablas con tu amiga sobre mi polla? —curioseas más divertido que enfadado el dueño de dicho miembro. «Y qué miembro...».

—Sí —confirmo tajante sin dudarle ni un segundo—. Y sobre lo bien que lo usas, también. No tengo secretos de ningún tipo con ella.

—No sé si enorgullecerme o sentirme ofendido por lo que acabas de decir —dice asombrado—. ¿Qué te parecería a ti que yo hablara sobre tu cuerpo o de lo que hacemos con otros?

—Que poco me conoces... ¡Me encantaría! —grito, chocando los cinco con Sandra para incomodarlo todavía más—. Puede que incluso te envíe fotos en bikini para que presumas por ahí. —Me río por la cara de horrorizado que se le ha quedado—. Tengo un cuerpo de escándalo y soy bastante impresionante en la cama. Si quieres fardar por ahí sobre ello, no me oirás quejarme.

—¡Joder, Simonetta! —exclama—. Cuando pienso que ya lo sé todo sobre ti, vas y

me sueltas cosas como estas. No voy a hablar con nadie sobre nosotros ni mucho menos enseñar fotos a otros hombres. Es una falta de respeto —inhala con fuerza—. Dicho esto, puedes enviarme todas las imágenes tuyas que te apetezca.

—¿Por qué te parece una falta de respeto que me lo cuente? —le pregunta Sandra—. Siempre lo ha hecho. Es lo que hacen las hermanas. Yo también le digo todo lo que hago y con quien.

—Tú no cuentas, pelirroja. Ya suponía que entre vosotras dos no existen secretos —asegura mi chico limón—. Lo que digo es que no es lo mismo hablar de un desconocido o de alguien sin importancia, que de tu novia. Eso es terreno vetado.

—¿Soy tu novia? —inquiero sorprendida. Nunca he sido novia de nadie.

—Sí. Lo eres —afirma con rotundidad, apartando la mirada durante un instante de la carretera para fijarla en mi—. ¿O no es eso lo que somos?

—Ok. De acuerdo —digo sin saber qué más decir, aunque eufórica por dentro—. Pero seguiré contando cosas sobre tu pene a mi amiga.

—Está bien.

—Vale —replico.

—Vale —reitera.

—¡Bienvenido a la familia! —lo felicita Sandra, abrazándolo a través del asiento—. Sabes que ahora que estamos emparentados puedo verte desnudo sin que sea nada malo, ¿verdad?

—No te pases —le advierto—. Solo verás su desnudez en las fotos que, por pena y algún soborno, te mostraré algún día.

—¡Nada de fotos! —exclama mi recién proclamado novio, con las mejillas de un rosa brillante.

—Entonces, si no puedo presumir de la mercancía, ¿cómo le daré envidia a mi mejor amiga?

—Nada de fotos —repite con rotundidad.

—¡Aguafiestas! —le reprocho con una sonrisa. Todavía tengo talento para hacerlo sonrojar...

Al llegar a la Sierra de Guadarrama y dirigirnos hacia la dirección indicada, casi en medio de la nada y rodeado de algunos árboles espectaculares, encontramos el

acceso que nos llevará, por lo que se puede distinguir de lejos, a un gran caserón rodeado de tierra y vegetación. Una gran vivienda antigua tipo inglesa de dos plantas, hecha de piedra, teja negra, y, casi cubierto, con mullidas enredaderas.

Es un lugar muy bonito. Es más, nada más verla me ha enamorado. Tiene ese rollito romántico que veo en todas las películas basadas en los libros de Jane Austen y que me hace suspirar al recordarlas.

Me ha sorprendido. Me esperaba algo más tétrico, tipo casa del protagonista de *Psicosis* o, tal vez, algo con aspecto más triste, acorde con lo que ocurre dentro o, mejor dicho, con las personas que se tratan en su interior.

Aparcamos en un lugar adecuado para ello y nos encaminamos hacia la entrada del precioso edificio, en donde se encuentra un grupo variado de personas trabajando en los jardines. Uno de ellos, un chico guapo que va sin camiseta mostrando un torso fibroso y unos brazos llenos de tatuajes, nos enfrenta antes de que podamos subir los tres escalones hasta la puerta.

—Hola, ¿puedo ayudaros en algo? —nos pregunta de manera educada con una voz grave y bastante sensual.

—Hemos concertado una cita con Alexander, el director —le responde Cosimo.

—En realidad, es Aleksandr. Aleksandr Glazunov —indica de manera automática para después añadir, pensativo, mirando el reloj en su muñeca izquierda—: Me parece muy raro tener una cita tan temprano cuando siempre las programo por la tarde, que es cuando los chicos están ocupados con actividades recreativas o alguna sesión grupal y suelo estar libre.

—Llamé personalmente el pasado miércoles, y un hombre, creo que tú, me dijo que viniéramos hoy, martes —le explica mi novio al confundido hombre frente nuestro—. Pero si estás muy ocupado, podemos regresar otro día por la tarde.

—No. No. Me han malinterpretado. No quiero que se vayan, y menos después de haber llegado hasta aquí —niega—. Si me siguen dentro, los conduciré a mi oficina, en donde podrán esperarme mientras me arreglo un poco.

—Gracias —dice Cosimo, mirando a mi amiga—. No ha sido un viaje muy largo, pero sí algo pesado.

—A mí no me mires —dice la aludida—. No es culpa mía que vayas a paso de tortuga y que me aburra. Para el viaje de vuelta tienes que ir a más de sesenta o se pondrá peor... es una advertencia.

Le doy un, no muy disimulado, golpe. Quiero dar buena impresión, y con sus comentarios no creo que lo consiga.

—¿Qué?! Es verdad —me dice, frotándose el brazo dolorido.

El chico, mejor dicho, el señor Glazunov, nos pide que lo sigamos, y nos señala una puerta para que entremos y nos pongamos cómodos.

El despacho tampoco es cómo me lo esperaba. Viejas fotos, de lo que parece ser una cantante de ópera, junto con infinidad de partituras enmarcadas cubren casi por completo las paredes laterales de la habitación, mientras que las dos restantes están casi vacías.

—Bonito lugar —dice Cosimo al sentarnos.

—Lo es —conuerdo porque es verdad. La estancia combina la piedra y el color blanco a la perfección. Robusto mobiliario de madera oscura completa la decoración, presidida por una gran mesa con una guitarra eléctrica encima—. Pero no sé... me parece un poco... triste.

—Es verdad. Parece una especie de homenaje funerario —dice Sandra, apuntando a las paredes cubiertas—. Bueno, da igual. Cosas peores se han visto. Si no, fíjate en el Taj Mahal. Una de las siete maravillas del mundo y es, simplemente, un mausoleo. Uno grande y precioso, pero una tumba al fin y al cabo.

—Es un tributo al amor, tonta. Parece mentira lo poco romántica que eres —le reprocho.

—Soy pragmática, que es diferente —me replica—. No veo motivo por el que tengamos que rodearnos de objetos de un ser querido para recordarlo.

—¿No? —interviene una voz a nuestras espaldas. Nos giramos y vemos a Aleksandr Glazunov en el marco de la puerta, que atraviesa, mientras sigue hablando —: ¿Aunque esa sea la única forma que tiene una persona para rememorar los momentos felices? ¿La única manera de ver la belleza del mundo?

—No he dicho que no lo comprenda, sino que no lo comparto —lo enfrenta mi amiga—. Entiendo que la gente lo haga, aunque yo no le encuentro la lógica.

—Por lo que veo, no tiene ningún ser querido al que añorar —dice, sentándose a su mesa y paseando un dedo por el mástil de la guitarra.

—Se equivoca. Sí que tengo —contesta con seguridad—. Lo que pasa es que no necesito ningún estímulo visual para acordarme de él. Con la memoria me basta.

—Creo que eso depende de la persona —digo participando en la conversación—.

Yo conservo el viejo sillón de mi abuelo y muchísimas fotos de él esparcidas por mi casa y mi negocio.

—Tal vez por eso, no me hace falta guardar nada a plena vista. Tú ya lo has hecho por mí —reflexiona Sandra, cogiéndome de la mano—. No lo extraño porque veo sus cosas cada día.

—Es lo justo, ¿no? Tú me mantienes los pies en el suelo, y yo te ayudo a recordar que no todas las personas son malas —le digo en vez de contestarle lo que realmente pienso: te ayudo a recordar que no todos los adultos fueron unos hijos de puta contigo. Que hubo uno que te protegió mientras vivía y nunca te pidió nada a cambio—. Eso es lo que hace la familia.

Nos miramos, y tengo que parpadear varias veces para que no se me salten las lágrimas.

—¡Vale! —exclama Sandra, soltándome la mano—. Sabes que te quiero, amiga. Que siento casi un amor homo-erótico por ti, pero ya hemos esparcido suficientes estrógenos por este despacho, y el señor apellido impronunciable aquí presente es un completo desconocido. Mejor cambiamos de tema.

—A mí no me importa —dice el aludido con una mueca divertida en la cara—. Me gusta ver interactuar a la gente que se quiere sin ningún drama de por medio. Es un cambio agradable de lo que encuentro por aquí.

—Mejor nos centramos en lo que hemos venido a tratar —se apresura a decir Cosimo—. Si seguimos sentados aquí sin hablar de nada importante, estas dos empezarán con sus locuras y acabarás echándonos de una patada en el culo. No siempre son tan amorositas, ¿sabes? Más bien son del tipo híbrido camionero-obrero de la construcción.

—Perdone, señor —le digo modosita a mi recién adquirido novio—. Creo que se equivoca de personas. Nosotras somos dos damas respetables de la sociedad. Nunca emplearíamos lenguaje soez. Es una cosa vulgar y ordinaria.

—Es verdad, milord. No sé con quién se relaciona normalmente, pero no tiene nada que ver con nosotras —dice Sandra con un fingido (y malo) acento inglés.

—¿Ves? —se lamenta exasperado Cosimo al director mientras nosotras seguimos despotricando sobre la falta de caballeros—. A cosas como estas me refería.

—¿Cómo las aguantas? —inquieta divertido—. Acaban de empezar con su parloteo y ya estoy deseando taparles la boca. Tenemos mucha tierra por aquí. Si no

dices nada, estaría dispuesto a una pequeña ejecución. Nadie se enteraría.

—No había pensado en las implicaciones prácticas de que el centro se encuentre relativamente aislado —dice Cosimo dubitativo—. Lamentablemente, tengo que negarme. Aunque puede que te tome la palabra más adelante.

Los dos se ríen compartiendo camaradería masculina, pero al oír la palabra *centro*, recuerdo el por qué estoy aquí, y toda gana de guasa se me pasa al instante.

—Basta de risas por hoy —digo con voz firme. Dirigiéndome al mandamás de aquí, comienzo a disculparme, rezando en mi interior por no haber estropeado la oportunidad pareciendo que no tengo intenciones serias—. Lamento todo esto. Me he dejado llevar por el ambiente distendido. No tienes aspecto de director...

—¿Qué aspecto tendría que tener? —me pregunta, levantando una ceja en un divertido gesto.

—No sé... —empiezo a responder azorada—. No tan joven, ropa más formal, un aspecto menos...

—Comestible —termina mi amiga por mí.

—¡Joder! Lo siento —me vuelvo a disculpar, muerta de vergüenza, con las manos tapándome la cara—. Mi amiga tiene diarrea verbal, y yo no tengo excusa. Soy así de tonta, pero estoy aquí por un motivo serio.

Las sentidas carcajadas que interrumpen mi diatriba me impulsan a levantar la cabeza y a apartar las manos de delante.

—No te preocupes, mujer. Parece como si te fueras a desmayar. En realidad, agradezco todo esto —me disculpa cuando cesa de reír—. Soy consciente de que no soy lo que la gente suele esperar cuando viene a un sitio como este —me dice mientras se señala su alborotado pelo, sus tatuajes y su camiseta de *Los Goonies*—. A decir verdad, me alegra que hayamos empezado de esta forma. Hará que el trato sea más distendido en el futuro, si al final deciden que su familiar estaría bien aquí. Por cierto, pueden llamarme Aleksandr a secas.

—Gracias. Este es Cosimo, Sandra, y yo soy Netta —digo aliviada por su actitud presentando a todos—. Espero que todo salga bien y que podamos llegar a un entendimiento. De todas formas, te digo que hoy hemos venido solo a buscar información. Partiendo de lo que me digas, podré hablar con la persona que necesita el tratamiento. Intentar convencerla de que es lo mejor para ella.

—Entiendo —dice con el ceño fruncido—. Aunque convencer a un adicto de que

ingrese sin que tenga algún episodio previo que lo impulse a ello, es cosa difícil.

—Lo sabemos. Por eso estamos aquí —dice Cosimo—. Este es el primer paso. Convencerla será el segundo y el más difícil.

—Creo que pudiendo decirle todo lo que pasará aquí, se relajará, o por lo menos sabrá a qué atenerse —le explico—, y su hijo se quedará más tranquilo sabiendo que su madre estará en buenas manos.

—¿Tiene un hijo? Eso cambia las cosas —asegura—. Una madre, por muy enferma que esté, es capaz de hacer lo que sea por su descendencia. Solo tenemos que encontrar la manera de traerla a nuestro camino.

Le narro la historia completa sin omitir nada. Desde cómo conocí a Iván, pasando por lo que sé de la madre y terminando con lo que me pidió como regalo de cumpleaños mi niño mimado.

—Por lo que puedo intuir de todo lo que me has contado y sin ver los informes médicos, la madre del chico padece una patología dual —dice Aleksandr—. Eso quiere decir que sufre una enfermedad mental, en su caso, la bipolaridad, y que es adicta al alcohol y a ciertas sustancias como la cocaína, pero, a esta, no de forma regular.

—A la cocaína que yo sepa —aclaro—. Antes de seguir, quiero puntualizar una cosa: nunca se ha portado mal o ha maltratado a su hijo. Es verdad que no lo atiende como debería, pero no le ha pegado o abusado de él.

—El no atender a su hijo es un tipo diferente de maltrato. Estamos hablando de que no compraba comida ni se preocupaba de su salud, no de que se olvidara alguna vez de darle un baño —dice Sandra—. Si no hubieras estado ahí para el chico, se lo hubieran llevado las asistentes sociales hace mucho tiempo.

Los ojos se me llenan de lágrimas (otra vez) ante la verdad de sus palabras, pero me resisto a pensar que Mónica no quiere a su hijo. Solo ha estado demasiado enferma como para demostrárselo a él o a todos los demás. Incluida ella misma.

—Soy consciente de que no hay ninguna cura milagrosa y que todo empieza porque ella esté segura de querer cambiar, pero dime algo que me ayude a traerla aquí —le pido a Aleksandr—. Algo que ayude a Iván. Se lo merece.

—El caso de esta chica no será fácil, pero nada es imposible. Porque nunca es tarde para ser feliz. Esta mujer lo logrará, y su hijo también —enuncia el Director—. Si tú la convences de que cambie y que ingrese de forma voluntaria, nosotros aquí

haremos todo lo que esté en nuestras manos para ayudarla. Es una promesa.

Pasamos la siguiente hora discutiendo los diferentes tratamientos y del funcionamiento de la clínica. Concretamos una cita para dos días después y que Iván nos acompañe. Todos estamos de acuerdo en que ver el lugar en donde estaría alojada su madre sería beneficioso para él. Sobre todo si responde al tratamiento y tiene que quedarse durante una larga temporada.

Me marché de la clínica Silvia López con un agradable sabor de boca. Cada palabra que he oído ha hecho que mis esperanzas se eleven y que fantasee con un futuro de color de rosa para Mónica y nuestro chico. Solo espero que, al regresar a casa, a la vida real, Mónica se encuentre de humor y lo bastante sobria como para escucharnos. Pero ante todo, que esté con ánimos para desear con todas sus fuerzas cambiar de vida y sanarse.

El viaje de regreso no es tan ameno como el de ida. La visita y la charla con Aleksandr nos ha dado que pensar a todos. Cosimo va concentrado en la carretera, y Sandra, en la parte de atrás, con la mirada clavada en el techo del vehículo sin casi parpadear. Estoy absolutamente segura de que está pensando en su madre y en que si hubiera sido un poco más como Iván, podría haberla salvado. O, por lo menos, haberlo intentado.

—Sandra, puedo ver como los engranajes de tu cerebro sueltan humo por el sobre uso —le digo—. Tu madre eligió su propio camino. No te comas la cabeza.

Como respuesta, recibo un encogimiento de hombros, y eso me asusta. Es malo cuando se cierra en sí misma. Prefiero a la pelirroja descarada que a la que no dice nada. A la primera me la veo venir de lejos; a la segunda la veo, pero no sé a dónde se dirige ni que hará para paliar con sus remordimientos. Tengo que encontrar una solución para ella. No puedo dejar que se autodestruya por cosas de las que no tiene la culpa.

—Esta noche, después del trabajo, vamos a ir a tomar algo —le ordeno más que sugiero—. No puedes negarte. Y no me vale la excusa de que es tu tarde libre. Pasas a buscarme y se acabó.

—¿Puedo apuntarme? —pregunta Cosimo.

—Lo siento, limón. Noche de chicas —le respondo mientras le acaricio la rodilla y un poco más arriba—. Solo espero que no te importe recibir una visita nocturna. No hace falta que me esperes despierto ni nada. Ya me ocuparé yo solita de conseguir de ti todo lo que necesito.

—Mientras no te vayas tras acabar, puedes hacer lo que quieras conmigo —dice brincando cuando le doy un suave pellizco en sus partes nobles—. Tu plan tiene un fallo, ¿cómo piensas entrar en mi casa sin despertarme?

—Muy fácil —respondo—. Tazia vendrá con nosotras. Ella me abrirá la puerta del edificio, y tú dejas entreabierto la de tu casa. Todo solucionado. Cuando te quieras dar cuenta, tendrás a una desnuda y escultural morena pegada a tu cuerpo. Te usaré como osito de peluche.

—No hace falta que invites a mi hermana para eso. Después te llevaré una llave a

la *gelateria*.

—No puedes evitar comportarte como un capullo, ¿verdad? Incluso creo que lo has echado de menos... —le reprocho—. Invito a tu hermana porque nos cae bien, no para tener una portera a mi disposición.

—Eres tonto, Cosimo —dice mi amiga desde atrás—. ¿De verdad crees que nosotras iríamos con alguien que no nos cayera bien?

—Lo siento —se disculpa—. Es que me parece raro que queráis estar con ella.

—¿Por qué? —pregunto de forma retórica—. Es lista, guapa, divertida, sabe cocinar unos pasteles de muerte y ha prometido enseñarme algo de ballet.

—Tiene una ropa increíble y se puede hablar de todo con ella —continúa Sandra—. Es algo tímida en cuestión de hombres, pero resulta muy entretenido hacerla sonreír y sonrojarse como una colegiala —explica—. Vamos a hacer una *sexcapada* para conocer a sus antiguos compañeros de compañía. No me creo que sean todos gays... ¿Has visto los paquetes que se gastan con esas mallas cortadoras de circulación?

—Comprendo que estés preocupado, pero eres un paranoico. Tu hermana es una niña grande, Cosimo —le digo cariñosamente para, a continuación, añadir una de mis burradas—: Hace mucho tiempo que le crecieron las tetas y que evolucionó como mujer. Seguro que ni es virgen analmente.

—¡Joder! Eso sobraba... Ahora, cada vez que la vea, no podré dejar de preguntarme si necesita una rosquilla de esas que se ponen los que padecen de hemorroides —se lamenta.

Mientras Sandra se descojona en su sitio, yo me suelto el cinturón de seguridad, me arrimo en su contra y le acaricio el cuello.

—Lo que te quiero decir es que dejes de ver a Tazia solamente como tu hermana menor. A lo mejor tiene una vida secreta que tu ni siquiera intuyes. Protegerla está bien. Sobreprotegiéndola, lo único que lograrás será cortarle las alas y que haga todo a escondidas de ti. Te tratará como a un padre no como a un hermano.

—No es fácil para mí.

—Lo sé. Sin embargo, se pone menos complicado con el tiempo.

—Haz caso a la voz de la experiencia, Cosimo —le dice Sandra—. Netta es la persona con la mejor relación filial que conozco.

Ahora, la que me río soy yo. Es verdad que tengo una estupenda relación con

Marco, pero me la he ganado a pulso.

—Mi hermano aprendió a las malas que soy una mujer hecha y derecha —digo entre risas—. Aprendió a no meterse en mis asuntos el día que entró de sopetón en mi cuarto cuando estaba haciendo como que estudiaba Historia con un compañero de clase y nos pilló con la cabeza de él enterrada entre mis piernas.

—¿Y cómo reaccionó? —pregunta atónito.

—Primero, se quedó en shock —narro—, pero tras recordarle que yo lo pillé en la misma situación, solo que a la inversa, unos días atrás en la trastienda de la heladería, se fue para regresar al instante, arrojar unos condones dentro de la habitación y cerrar con cuidado la puerta.

—¡Qué situación más incómoda...! Para tu hermano —grita. He conseguido escandalizar a Cosimo de nuevo. Hoy estoy en racha.

—¿Incómoda? Más bien surrealista —digo mientras sigo riendo—. El pobre chico, asustado porque mi hermano nos había pillado, se pasó todo el tiempo con la cabeza escondida en mi sexo como si fuera un extraño tipo de avestruz sexual —me carcajeo—. Lo único bueno que saqué de todo esto fueron condones gratis hasta que Marco se independizó, y que mi hermano se diera cuenta de que por debajo de mi cintura también existía vida.

—No soy tan liberal como tu hermano. Yo lo hubiera sacado a patadas de mi casa.

—¿Y arriesgarte a verle el chichi a tu hermana? —se mofa Sandra—. No lo creo...

—En lo menos que habría pensado sería en eso —dice el hermano sobre protector que tengo al lado—. Estaría demasiado ocupado metiéndole una bota por el culo al que se lo estaba comiendo.

—Eres un carca... —le comento para picarlo—. No te quiero ni imaginar cuando tengas hijos, y ni mucho menos si tienes hijas. Te harás accionista de una fábrica de burkas.

—Por lo que veo, serás una madre liberal —conjetura—. Seguro que les dejarás la casa libre a tus hijos para que hagan lo que quieran. Una de esas que dicen: ¿para qué lo van a hacer en la calle teniendo un techo?

—Estás confundiendo libertad con libertinaje —le reprocho—. No haría ninguna de esas cosas, pero les haría entender el sexo como algo normal e incluso les compraría condones.

—Que sepan que cuando tengan hijos, voy a ser una asidua espectadora dentro de

su casa —suelta mi amiga—. Va a ser muy divertido verlos pelear hasta por el color de la habitación infantil.

—¿Eh? ¿De qué hablas? —Esta chica está loca. Acabo de descubrir hace unas horas que tengo novio. Los niños no han pasado por mi cabeza.

—Ya me los imagino. Pequeños niños rubios y niñas morenas correteando por la heladería —divaga Sandra—. Siento decirlo, Cosimo, pero me temo que vuestros críos serán mini polvorines. Te van a faltar manos.

Giro la cabeza hacia el supuesto padre de mis futuros hijos y lo encuentro con una sonrisa pintada en la cara. Por lo que parece, le gusta la idea.

—No te emociones —le digo. Sin embargo, el verme embarazada de este hombre un tanto huraño que tengo al lado hace que mi estómago gire. En el buen sentido—. Aún queda mucho para eso.

—Pero no niegas que sea una posibilidad —dice, y se le pone, si eso es posible, una sonrisa todavía mayor que la de antes.

—Eres imposible —le recrimino—. Y tú —digo, girándome en el asiento para enfrentar a la culpable de que de mi mente no salgan imágenes de bebés adorables con la cara manchada de helado—, eres una traidora. Olvídate de ser madrina de alguno de mis retoños.

—No importa. Me conformo con ser la tía consentidora —dice con chulería.

—¡Perra! —la insulto y vuelvo a mi sitio.

Empiezo a jugar con la radio hasta que encuentro una emisora que tenga alguna canción que no incite a la procreación. Al final, la dejo en una que emite música clásica. ¿Quién me iba a decir que era tan difícil buscar una canción sencilla que hablara de la amistad o de los animalitos del bosque?

«¡Puto reggaetón de los cojones!», pienso mientras oigo alguna sinfonía tristísima de alguien muerto, seguramente, de forma trágica y que me dan ganas de rematarlo solo de escucharla.

Nada más llegar a la *gelateria*, llamo a Iván para decirle que toda ha ido bien y preguntarle por su madre. Con la promesa de que almorzará en condiciones y que vendrá hasta aquí tras el entrenamiento de fútbol, le cuelgo.

Después de un día y medio sin trabajar, tengo cosas que hacer. A ver si toda esta actividad física hace que mi mente se centre y dé con soluciones para las diferentes

cuestiones que quiero resolver: encontrar el momento adecuado para hablar con Mónica, vengarme de Sandra por implantar en mi cerebro pequeños bebés rubios, de ojos verdes y con pecas, ayudar a la susodicha a encontrar estabilidad mental, volver a poner en la cara de Cosimo una sonrisa como la del coche sin que hayan pequeños mini-nosotros de por medio.

No es una lista muy extensa, ¿no? No obstante, sí es complicada.

El trabajo está siendo frenético. Los días primaverales están comenzando y la gente parece hambrienta de calle y de cosas fresquitas. Para mí, mejor, la verdad. Estoy haciendo una de las mejores cajas del mes y aunque ha sido un ir y venir, el local es pequeño y lo llevo bastante bien. Como suponía, el ejercicio me ha venido de maravilla para pensar, sin embargo, estoy completamente agotada. El viaje en coche (aunque no fue muy largo) y el estrés me han pasado factura. Si a eso le sumas el ir de aquí para allá que he sufrido toda la tarde, lo único que queda es una Simonetta agotada.

Estoy tan hecha polvo que ni siquiera tengo ganas de salir por ahí. Soy consciente de que fue idea mía lo de ir a tomar algo, una copita para distraer a la auto destructiva de mi amiga, pero como siga la jornada con este ritmo demoledor, lo único que tomaré esta noche será un cacao calentito antes de irme a la cama. O mejor aún, cuando esté dentro de la cama tapadita y a gustito, con alguna peli romántica en la televisión.

Le mando un mensaje a mi amiga diciéndole lo cansada que estoy y lo mala empleada que es por librar una tarde de tanto ajeteo. La respuesta me llega casi al instante.

¿Quieres que vaya a ayudar? No estoy haciendo nada interesante.
Me estoy pintando las uñas mientras veo un programa de subastas.

No. Lo tengo controlado. Solo me apetecía quejarme un poco. (Respondo a mi vez).

Estoy rota. ¿Podríamos tomar esa copa en mi casa?

Me hace falta salir y despejarme. Avisaré a Tazia de que solo vamos nosotras dos.
Mejor quédate tranquila en tu piso y descansa.

Gracias, amiga. Eres un amor.

De amor, nada. Mañana abres tú.

Pienso cogirme una cogorza de las grandes,
ligarme a algún semental y dormir gran parte de la mañana.

Vale. Yo abro. Cuidado con quién te vas. Recuerda que la noche te confunde...

Escribo con un intento de humor que disimule mi preocupación por ella.

Descuida. Voy con Tazia. Ella me defenderá de los malos.

Ok. Hasta mañana entonces. Y no olvides las llaves de casa.

Me despido recordando su descuido de la última vez que salimos juntas y tuve que prestarle unas bragas porque se había olvidado las llaves dentro de casa.

¡No! No quiero verme en la calle otra vez y depender de si traes contigo tu bolso mágico para un par de bragas limpias. Eso fue cosa de una sola vez.

Y dale con el bolso... pues bastantes veces que le ha salvado el culo, y lo digo de manera literal. Una vez, íbamos andando por la calle y se cayó al suelo raspándose las nalgas. Si no llego a llevar tiritas en el susodicho, habría manchado toda la parte trasera del vestido que llevaba.

Por cierto.

Me vuelve a escribir.

No le digas a la jefa que salgo de fiesta. Sabes que es una envidiosa y que mañana empezará a quejarse de que si huelo a alcohol, de si parezco un oso panda...

No hay problema. Esa información la guardaré en el archivo mental de sobornos a Sandra. Déjame ya, pesada. Estoy trabajando. Besos.

Con una sonrisa, aparto el teléfono y sigo con lo mío. Los helados no se sirven solos.

Sobre las ocho menos cuarto, mientras estoy limpiando las vitrinas, todavía vistiendo la ropa del entrenamiento, aparece por la puerta un muy sudado Iván. Me da un beso en la mejilla y se deja caer en la silla más cercana, apoyando la cabeza sobre la mesa. Ese simple gesto me indica que algo le pasa. Normalmente, llega de entrenar eufórico y aseado, y esta noche parece que no se encuentra de ninguna de las dos formas.

—¿Qué pasa? —inquiero con voz tranquila. Como le haya pasado algo malo, que se vaya preparando quien sea el responsable. A mi niño nadie lo toca. Bastante tiene

ya con lo suyo.

—Hoy ha venido un hombre al entrenamiento.

—¿Un hombre...? ¿Qué hombre? —le pregunto, ahora de los nervios. Hay mucho pervertido suelto por ahí.

—Un ojeador —me responde con indiferencia. Fingida por supuesto. A mí no me engaña y sé, solo por su tono, que es alguien importante.

—No sé qué es eso. ¿Es un hombre que cuenta hojas? —le digo en un pobre intento de broma. Una muy mala, por cierto.

—Un ojeador de fútbol —me explica aún sin levantar la cabeza—. Ha ido al entrenamiento expresamente por mí. Quiere que fiche por su equipo.

—¿Que estupenda noticia! ¿O no? —dudo al ver su pésimo entusiasmo—. ¿Es un buen club?

—Uno muy bueno. Aunque eso da igual, le he dicho que no.

—¿Me puedes explicar por qué? Te encanta el fútbol. Me extraña que te hayas negado. Algo malo tuvo que ocurrirte —le digo intentado no presionarlo para que me cuente de una vez qué es lo que en realidad le preocupa.

—Es de las mejores cosas que me han pasado, Netta —me confiesa, alzando por fin el rostro—. Necesitan la firma de mi madre. Tiene que ir hasta allí y firmar consentimientos de viaje y otras cosas que no recuerdo. Mi madre no puede ir, me dejaría en ridículo.

—¿No puedo acudir yo o traerte los papeles a casa? Firmaré por ella. Puedo llamar a quien sea e inventarme una excusa. Decir que por motivos laborales no puedo presentarme —sugiero.

—No, Netta. Esta vez no podemos librarnos de esta forma. Tiene que ser ella.

—Pues qué estupidez que tenga que acudir solo ella —refunfuño de manera incoherente—. Ni que fuera el Manchester ese o el Madrid.

—Es el Real Madrid —confirma y vuelve a esconder la cara. Esta vez, contra sus manos.

Me está matando verlo tan derrotado. Es un buen chico, joder. Se merece oportunidades como estas.

—Aún no te he contado sobre mi visita a la clínica. Así que no seas pesimista —le digo con el tono más positivo del que soy capaz de mostrar en estas circunstancias—. El director es súper majo, y antes de que lo digas, no es caro. Bueno, no mucho.

Durante los siguientes minutos, y mientras terminamos juntos de recoger, le voy explicando las normas del centro y su forma de aplicar el tratamiento. Le digo que su madre estaría rodeada de expertos en la materia: psiquiatra, psicólogo, médico, enfermeras, educadoras sociales... gente que estaría a su lado en el proceso de desintoxicación y que la ayudarán con su bipolaridad.

Los ojos de mi muchacho se iluminan con esperanza. Esta es la cara que quiero ver.

—Tengo un plan, Iván —digo con seguridad—. El administrador tiene que venir dentro de poco, ¿verdad?, y tu madre empieza a tomar su medicación algunos días antes de su llegada, lo que le permite controlarse un poco durante los minutos que dure su visita. Ese será el momento idóneo para decírselo. —Voy a su encuentro y lo abrazo con fuerza—. No vamos a fallar en esto, Iván.

—Vale —dice, asintiendo ansioso—. Desde que me pida que le vaya a comprar las pastillas, te aviso e intento allanar el terreno con ella.

Me devuelve el achuchón, y yo no puedo evitar sentirme optimista.

—Gracias, Netta.

—¿Por qué me das las gracias? —le pregunto con indiferencia, dejándome querer—. Deja los agradecimientos para cuando seas un futbolista famoso y multimillonario y te pida que me des dinero para costearme una operación de tetas o para limarme la papada. En ese momento, estaremos en paz.

Comienza a reírse, apretándome todavía más fuerte. Me río con él al notar como mi cuerpo vibra al ritmo de sus carcajadas.

—Vámonos ya, anda —le digo risueña, escapándome de su apretón—. Te quiero, Iván. Pero apestas. No quiero que tu olor se quede impregnado en mi local. Los helados sabrían fatal.

—Eres una exagerada —me recrimina, levantando el brazo para olerse de forma exagerada el sobaco—. O tal vez no... —se carcajea.

—¡Venga! De aquí, directos al primer auto-lavado abierto que pillemos de camino a casa.

—Si la cosa va de coches, hay un Mc-auto por ahí cerca, Netta —se agarra el estómago de forma dramática—. Tengo hambre.

Su risa es mi pago. «No existe nada que no haría por este chico».

Ya de vuelta a casa, mi cuerpo comienza a relajarse. La adrenalina laboral por fin ha abandonado mi cuerpo y empiezo a sentir los estragos del día envueltos en forma de extenuación extrema.

Me doy un largo y nada ecológico baño mientras viejas baladas del rock me arrullan. Lo único que enturbia mi momento de relax es el sonido de los mensajes entrantes a mi móvil.

«Ya sabía yo que se me olvidaba algo», me lamento. Pero estoy demasiado cómoda como para levantarme y silenciarlo.

Cierro los ojos y me dejo llevar por los acordes de *When you came into my life*, de Scorpions, y por la imagen que esa canción me evoca: Cosimo.

Me despierto, aún dentro de la bañera, que ya no tiene nada de agradable o relajante. El agua está helada, y yo con ella —si fuera un hombre, me volvería ergonómico como los pájaros. Lo que viene siendo que el pene se me escondería dentro del cuerpo—, sin embargo, no me despierto por eso. Lo hago por el ruido sordo de un repiqueteo que mi estado de embotamiento mental me impide identificar. Solo sé que me ha despertado y que lo odio.

Me doy cuenta demasiado tarde que el molesto sonido proviene de mi teléfono y que alguien me está llamado.

—Como sean las chicas borrachas perdidas las que llaman, las mataré —me quejo a mí misma. Aunque pensándolo mejor, tal vez me han salvado de morir ahogada en la bañera. Tendré que comprarles un regalo. Algo así como una taza que diga: «Gracias por impedir mi muerte prematura. Eres una gran amiga».

Me acerco desnuda, chorreando agua por todo el suelo y muerta de frío, hasta el dichoso móvil que he dejado encima del lavamanos y contesto tiritando sin ni siquiera preocuparme por quien lo hace.

—Sandra, no voy a salir. No insistas —digo sin saludar al interlocutor—. Lo único que me apetece es meterme en la cama y dormir hasta mañana.

—Hola, *Fragola* —la voz de Cosimo me espabila al instante—. Te he estado enviando mensajes. Mi hermana me ha dicho que al final no salías y estaba preocupado. No es propio de ti perderte una juerga, y mucho menos si es idea tuya.

—Sí, bueno... no hay nada por qué preocuparse. Solo estoy cansada. No me sentía con ánimos de salir —contesto—. Es más, tengo que agradecerte por esta llamada, es posible que me hayas salvado de padecer hipotermia. Me había quedado dormida dentro de la bañera —le confieso al tiempo que agarro una toalla y comienzo a secarme como buenamente puedo con solo una mano libre.

—¿Por qué no me avisaste? Podríamos haber cenado juntos.

—Creí que habrías hecho tus propios planes —me disculpo, apagando la música—. Además, cené una hamburguesa con Iván al salir del trabajo. Estaba un poco de bajón, e intenté animarlo. Para cuando llegué a casa, lo único que me apetecía era sumergirme en agua caliente. Necesitaba descanso y relax, y... ¡vaya si lo conseguí! —Me río—. Si mi bañera fuera más profunda, ya no tendrías novia. Me habría ahogado mientras dormía plácidamente, y cuando alguien me echara en falta, encontrarían mi cuerpo arrugado como una pasa en el fondo.

El sonido del timbre me hace dar un respingo. Me aparto el teléfono de la oreja y compruebo la hora. Me sorprende al ver que es mucho más temprano de lo que creía en un principio, tan solo son las diez de la noche.

No espero a nadie, así que asumo que quien está ante mi puerta será mi niño mimado que viene a buscar algo o a, simplemente, molestar. Cuando se encuentra aburrido, le entretiene venir a casa y fastidiar mi descanso con alguna serie molesta de pocos diálogos, muchos tiros, cuerpos perfectos y mucha testosterona, con la que me acabo quedando *tronqui* apoyada en sus muslos y teniendo sueños en los que soy una especie de Lara Croft con súper poderes y mejor gusto al vestir.

—Espera un segundo, limón —le pido. Dejo suelto el móvil y me enrolló una toalla alrededor del cuerpo—. Están llamando a la puerta. Seguramente será Iván que viene a arrasar mi nevera. Por cierto, hoy me ha dado una maravillosa noticia —le comento al tiempo que me dirijo a la entrada.

—Deja de hablar y ábrele al pobre. Ya sabes lo que sufre un adolescente hambriento —se burla.

Corro a abrir y, al hacerlo, me encuentro de frente con Cosimo y su sonrisa contagiosa.

—¿Siempre abres así la puerta? —me pregunta, comiéndome con la mirada—. Porque si es así, no me extrañaría nada que fueras la vecina más popular del edificio.

—Voy decente —me defiende señalándome la zona del pecho y del pubis cubiertos

con la toalla. Aclarando, con ese gesto, que no enseño nada—. Además, pensaba que era Iván, y para él soy como su madre. No me mira de forma sexual.

—Me parece que no voy a colgar —murmura todavía en el quicio de la puerta—. Esta llamada se ha puesto la mar de interesante.

—De acuerdo. Pues volveré a cerrar dejándote fuera —añado malvada—. Lo bueno de esta clase de aparatitos es que no hace falta estar uno en frente del otro para comunicarse por ellos.

—Eso ha sido cruel. Si no puedo ver cómo se te cae esa toalla, se acaba casi toda la diversión —se queja, dándole de forma exagerada al botón de colgar—. Ya que has frustrado mi actual fantasía sexual sobre tener sexo telefónico, en vivo, con la mujer de mis sueños contoneándose delante de mí, ¿me dejas entrar o me doy media vuelta y *sexteamos*²⁵ un ratito?

Cosimo no ha regresado a mi casa desde aquel día en el que también acudió de improviso. Me aparto y le hago un gesto para que entre. Al hacerlo, cierra la puerta a su paso, se detiene y me da un sonoro beso en los labios.

—Ya sabía yo que me dejarías pasar. En el fondo eres buena persona.

—Alguien ha estado viendo un maratón de *El club de la comedia* —comento con sarcasmo.

Cosimo me abraza con fuerza, y siento su risa en el hueco de mi cuello, su aliento sobre mi piel que se vuelve de gallina ante su contacto.

—¿De verdad que estás cansada —me tantea, besándome el cuello, las mejillas, el mentón y acariciándome la base de la espalda. Su toque no pide segundas intenciones. Más bien, parece como si necesitase de mi contacto. Como si hubiera echado de menos tocarme, tenerme entre sus brazos—, o te ha podido la presión? No te culparía por ello. Las cosas se han vuelto muy reales. Desde esta mañana, ya todo es un hecho.

Estoy convencida de que no se refiere solo a la visita a la clínica, sino que esa pregunta incluye también la parte de ser una pareja.

Decido ignorar ese punto y concentrarme en el presente.

—Hoy tuve muchísimo trabajo. Sandra libraba y me tocó hacer de todo —le explico—. Nada más llegar, empecé a preparar los helados para el día hasta la hora de abrir. Bueno... a eso estoy casi acostumbrada, lo que me sorprendió fue la oleada de gente que entró. Fue un no parar.

—Tienes que estar agotada. ¿Quieres que me vaya? Podemos vernos mañana —

sugiere.

—¡No! —la tajante negativa sale de mi boca antes incluso de que mi cerebro registre la pregunta—. Quédate —respondo más tranquila—. No te aseguro que sea una compañía muy conversadora, pero si no te importa que vegete mientras te abrazo, me encantaría que estuvieras aquí conmigo.

—Entonces, me quedo —sentencia—. Prefiero verte dormir que no verte en absoluto. Me he acostumbrado a pasar las noches contigo.

Al escucharlo, mi cuerpo se tensa de forma involuntaria.

Es verdad que desde aquella primera vez hemos dormido juntos todas las noches... en su casa. Lo hacemos cada uno en su lado de la cama, respetando nuestro espacio, conmigo apropiándome de la ropa de cama y solo unidos por mi pie encima del suyo. Cierto que, a lo largo del sueño y no sé cómo, acabamos entrelazados y con el pecho de Cosimo lleno de mis babas —de las que no se ha quejado ni una vez y de las que, ya pasado tanto tiempo, no me avergüenzan... tal vez un poco sí— y he llegado a verlo como algo común —y maravilloso—, sin embargo, mi cama sigue siendo territorio vetado.

Algo tiene que ver en mi expresión que me delata porque me dice:

—No hace falta que me quede a pasar la noche. Cuando ya no aguante más despierto, me marcharé.

No suena dolido. Ni siquiera preocupado por el hecho de que no lo admita en mi cuarto. Me habla en un tono resuelto, aceptando esa limitación como algo normal en nuestra relación.

Debería tranquilizarme el que lo haga, entonces, ¿por qué me siento incómoda, como si me estuviera poniendo la zancadilla a mí misma?

En silencio, lo agarro y lo llevo hasta el sofá.

—Espera aquí un segundo. Ponte cómodo. Voy a vestirme.

Suelto la toalla de cualquier manera en el baño y, desnuda, me dirijo a mi cuarto. Me pongo unas sencillas pero monas braguitas blancas y un blusón que reza: «¿Quieres probar mi mantecado?», debajo de un dibujo de una lengua y un helado que se parecen sospechosamente a un cunnilingus. Me reviso el pelo ante el espejo y me lanzo un beso en señal de aprobación. Estoy cansada, sin embargo, no puedo dejar que lo note demasiado. Mejor guapa y cansada que desarreglada y cansada. Necesito seguir despertando su interés, no que relacione mi imagen con la típica mujer

físicamente agotada que soy en realidad.

Al regresar a la sala, me encuentro a mi *Limone*²⁶ recostado en el sillón, con el torso descubierto, el vaquero desabrochado y descalzo.

«Por lo que veo, se ha tomado al pie de la letra mi propuesta de comodidad. ¡Qué pena que no se haya quedado en calzoncillos! No tengo ganas de acción, pero un dulce no le amarga a nadie», pienso entre divertida y decepcionada.

—Un día tienes que decirme donde compras estas camisetas —me dice, recorriéndome con la mirada—. Tal vez me haga con algunas.

—No te veo llevando nada como esto para irte a la cama —me burlo agachándome en busca de un Dvd y colocándolo en el reproductor—. Aunque todo es posible en la viña del señor..., no pongo la mano en el fuego por nadie.

—Reconozco que no son mi estilo. De todas formas, no serían para mí —aclara—. Te las compraría para cuando te quedes en mi piso, así no tendrías que robarme las mías.

—¿Acaso te molesta que lo haga? —inquiero, girando la cabeza para encararlo—. Porque en ningún momento te he oído protestar.

—Al contrario. Me encanta que lo hagas, pero quiero que te sientas tan a gusto y relajada en mi casa como si estuvieras en la tuya.

—Tu casa me encanta, Cosimo —reconozco, levantándome y sentándome a su lado—. Me siento muy bien cuando estamos allí. —Le doy un suave beso en los labios—. Cogerte las camisetas es un agradable extra. Huelen a ti.

De repente, sin dar más explicaciones, incómoda y tímida por mi improvisada y sentimental revelación, le doy al *play*. Le paso el mando a distancia y me acurruco en su contra.

—Creo que esta película te gustará —le digo, buscando una postura cómoda, la cual consigo posicionando casi todo mi cuerpo encima del suyo. De esta forma, siento como me invade el calor corporal que desprende mi acompañante sosegándome por momentos—. La historia principal se desarrolla en una bombonería.

—¿Sí? A ver si puedo copiar alguna idea. —Se ríe incrédulo—. Tal vez, después de todo, no tengas tan mal gusto para el cine y yo pueda robar alguna receta.

Con los ojos ya cerrados por el cansancio, me dejo llevar por el sonido de los latidos del corazón que me relajan tanto que ya estoy otra vez a punto de dormirme. Me encuentro tan relajada que no consigo reunir las fuerzas suficientes para reírme

cuando se queja en voz alta al darse cuenta, por fin, de la *pelí* que he elegido: *Chocolat*.

Si las tuviera, le diría una verdad indiscutible: Si me quieres en tu vida, tendrás que aguantar, alabar e incentivar mi obsesión, digo, adoración, por mi amado Johnny Deep. A continuación, y en forma de penitencia por sus quejas, le pondría la película *Don Juan de Marco* y le haría verme soñar despierta y babear...

Me despierto debido al movimiento. Yo estoy en movimiento. Un suave zarandeo que me indica que ya no estoy recostada sobre en mi sillón, sino que estoy siendo transportada hacia alguna parte en los brazos fuertes y cálidos de alguien que huele divinamente y que me carga con paso seguro.

De repente, siento en mis huesos la pérdida de ese calor que me envolvía y me encuentro sobre algo mullido y frío.

«Mi cama. Estoy en mi cama», pienso mientras floto en ese punto que separa el sueño de la realidad.

Noto como me arropan tapándome hasta el cuello, depositan un suave beso en mis labios, devolviéndome la calidez, y se retiran. Levanto la mano y agarro con fuerza al culpable:

—No te vayas —ruego en voz baja.

—Está bien. Dormiré en el sofá —me da otro beso—. Hasta mañana, *Fragola*.

—No —lo detengo sin soltarlo—. Quédate aquí, conmigo.

Aparto la ropa de cama, y Cosimo, aún con el pantalón puesto, se mete inmediatamente en la cama conmigo, como si pensara que si tarda mucho en acostarse a mi lado, cambiaré de parecer.

Me envuelvo a su alrededor como una enredadera. Disfrutando de su cuerpo y de su olor.

—Mmm, azúcar —le digo exhalando en su cuello.

Y, otra vez, Morfeo me reclama. Llevándome a un sitio que huele como pienso que debería hacerlo el cielo: a Cosimo.

Toco de forma perezosa un musculado pecho. Dejo que mis uñas jueguen un poco con sus pezones, arañándolos un poquito, hasta conseguir que se conviertan en pequeños y duros guijarros; saco la lengua y doy una perezosa pasada sobre la piel a la que tengo acceso probando lo salado de su piel.

Mi brazo izquierdo abandona su juego anterior. Baja por su abdomen, redondeando

el ombligo, para seguir su camino hasta la goma de sus slips, dándole un silencioso gracias a lo que sea que le haya impulsado a quitarse el pantalón a lo largo de la noche. Dibujo el contorno de su pene y me excito al comprobar cómo va engrosándose por momentos.

Ya totalmente despierta, introduzco la mano dentro de la ropa interior y cojo su polla, que luce una completa erección, la saco de la restringida tela y la aprieto un poco. Lo suficiente para que sienta lo que le hago, pero no tan fuerte como para causarle dolor.

Empieza a mecer las caderas de manera automática —apuesto lo que sea a que sus sueños se han vuelto triple X—. Aprovecho la humedad que sale de la punta para lubricarlo con mi pulgar mientras su meneo pélvico acelera deseoso de llegar al clímax.

Mi otra extremidad se siente celosa hasta que llega a sus testículos. Jugueteo con sus bolas, tironeando un poco, como he aprendido que le gusta.

Sus gemidos me alientan a seguir tocando, a frotar con más ímpetu, a hacerlo estallar... aparto la sábana con el pie y lo empujo, posicionándolo boca arriba. Me deslizo entre sus piernas y, sin dejar de masturbarlo, lo introduzco en mi boca. Chupo con fuerza, lamo... aparto mi braga hacia un lado y empiezo a estimularme el clítoris con los dedos. Hacerle esto a Cosimo me ha puesto caliente y no soy de las que se quedan con las ganas.

Sollozando de puro gozo, introduzco mis dedos índice y corazón en mi sexo empapado a la vez que mi pulgar sigue frotando sin parar. De repente, me encuentro en el aire y acabo rebotando boca arriba en el colchón, con las manos de Cosimo entre mis muslos manteniéndome abierta para él.

—No pensarías que te iba a dejar hacer todo el trabajo a ti, ¿verdad? —me dice con voz ronca, sin dejar de observarme—. Eso no sería divertido.

Me acaricia por encima de las braguitas y con fuerza, me las arranca. Me eleva por las nalgas y se mete en mí de una profunda estocada, haciéndome delirar de placer. Gritando, al notar el entusiasmo con el que me folla, la pasión en su cara y la determinación en sus ojos—que me dicen que hasta que no esté llorando de puro gozo, no va a acabar conmigo—, me dejo llevar por las sensaciones. Dejo de ser racional y me centro en lo que mi cuerpo me pide: el éxtasis.

En este instante, solo existimos nosotros dos y lo que su cuerpo le hace al mío; su

polla entrando en mí con la fuerza de un pistón hidráulico y mi coño más hinchado por momentos, deseoso de correrse.

La lujuria corre por mis venas, como lava líquida, encendiéndome hasta un punto de no retorno. Los frenéticos jadeos que salen de mi cuerpo parecen animar a Cosimo. Lo siento más duro, más grande, en mi interior. Sus quejidos inundan mis oídos.

Me corro con un grito. Cosimo, no satisfecho solo con eso, cambia de postura para que su pelvis coincida con mi clítoris en cada golpe. Mi orgasmo parece no querer parar; siento el sudor corriendo por entre mis pechos y la vista se me nubla cuando lágrimas de puro gozo acuden a mis ojos.

El culpable de mi estado corcovea entre mis piernas y, con un último empujón, explota, dejándose caer sobre mi sensibilizado cuerpo.

Nos quedamos así, entrelazados durante un tiempo. Desmadejados. Recuperando el aliento que parece habernos abandonado durante el explosivo sexo que acabamos de compartir sobre mi cama.

Mi cama. Mi habitación. Mi casa. Se ha quedado... yo le he pedido que se quede. Tendría que estar asustada o, como mínimo, un tanto desconcertada. No lo estoy. Me encuentro en paz. Me encuentro a gusto y segura.

«¿Por qué no lo había hecho antes? ¿Por qué guardaba con tanto celo la intimidad de mi cuarto? ¿Por qué no llegué a confiar en ninguno de los hombres que han pasado por mi vida?», dudo. Mi cabeza está repleta de tantas preguntas de las que no conozco la respuesta, que tengo miedo a que me comience una desagradable migraña.

Levanto las manos y acaricio el suave y despeinado cabello de Cosimo. Hacerlo me relaja y parece calmar mi activa mente. Espero a que la respuesta a mis preguntas aparezca de la nada, clara y transparente como el cristal... no ocurre nada. Mi cerebro ha colapsado a causa del explosivo encuentro sexual de hace unos instantes.

—¿Peso mucho? —me pregunta sin moverse ni un ápice de donde se encuentra situado, enterrado en mi interior.

—No. Quedémonos de esta forma un poquito más —le digo—. Por lo menos, hasta que la naturaleza siga su curso y la gravedad te gane la batalla...

—No he usado condón —me informa en tono preocupado, levantando la mirada para encontrarse con la mía.

—Tomo la píldora y nunca lo he hecho sin usar uno —le digo sin dejar de acariciarlo—. Estoy sana. Me hago análisis cada par de meses para asegurarme que

todo va bien.

—Sabes que hace mucho que no estaba con nadie...

—Es verdad —afirmo entre dientes. Me acabo de acordar de la zorra de su ex y no me apetece que se una en la cama con nosotros. Ni quisiera en mi mente—. ¿Sabes una cosa? Se puede decir que me has desvirgado. Me has dado una primera vez. Estoy tan emocionada que hasta lo apuntaré esta noche en mi diario.

—Eres una payasa —se burla y comienza a hacerme cosquillas hasta que me revuelvo tanto que acaba por salirse de mí—. Me encantas.

—Vamos a limpiarnos un poco y a intentar dormir un ratito más —le digo, mirando el reloj de la mesilla de noche—. Si llego a saber que me ibas a atacar a las tres de la mañana, no te habría pedido que te quedaras...

—No te puedo prometer que no vuelva a hacerlo. Eres una tentadora. —Se levanta, y me embebo de su cuerpo desnudo—. Tengo que aprovechar cualquier oportunidad que me des... ¡Ah! Y que sepas que pienso hacerte la cucharita.

—Qué cucharita ni qué ocho cuartos... —protesto—, ya deberías de estar más que acostumbrado a que duerma sobre ti como una cría de chimpancé.

—Intentaré amoldarme a tus exigencias nocturnas, jefa —dice en un falso tono de «no te prometo nada».

Está encantado. Y yo, también.

25 Enviar, vía SMS, textos y/o fotos eróticos o pornográficos.

26 Limón.

Casi no me puedo mover y me estoy haciendo pis.

Por lo que parece, Cosimo y yo hemos cambiado de lugar esta noche. Hoy es él el que me está aplastando a mí. Tiene medio cuerpo encima del mío, «por lo menos, no siento un río de saliva corriendo por mi pecho». Mi tronco superior está atrapado bajo unos noventa kilos de carne y huesos que, aunque no me impiden respirar, me están agobiando, ya que solo puedo acertar a menear un poco el brazo y la pierna izquierda.

En otro momento, me encantaría despertar en esta posición. Hoy, no. No cuando necesito ir al baño con urgencia. Tengo la vejiga a punto de reventar y sería vergonzoso hacérmelo encima con Cosimo a mi lado. «Una sonda me vendría de maravilla en este momento».

Me retuerzo todo lo posible, con la esperanza de despertarlo con mi pequeño intento de sacudida. Soplo en su oreja (o en donde creo que está posicionada), con la ilusión que crea que es una mosca y cambie de postura. Nada... duerme como un muerto.

Se acabaron las sutilezas, me digo desesperada. Planto el pie en la cama y ayudándome de la mano libre, empujo la pelvis hacia arriba, llevando al peso pesado conmigo. Me deslizo y consigo apartarme sin despertarlo.

Me bajo de la cama y echo a correr hasta el cuarto baño. Me siento en la taza y suspiro de alivio.

—¿Por qué te has escapado de la cama? —me interroga un adormilado Cosimo apareciendo por la puerta y dándome un susto tremendo.

—¡Joder! Voy a tener que ponerte un cascabel, *Limone* —grito asustada—. Soy consciente de que te acabas de despertar, pero ¿de verdad que no te resulta evidente el porqué de mi fuga? —lo interrogo, dándole unos golpecitos a la taza del inodoro para probar mi punto—. Te salvas porque no sea tímida o habrías vuelto al cuarto con un bote de gel incrustado en la cabeza. ¿No te han dicho nunca que antes de entrar a una habitación hay que llamar primero?

—Si la puerta está abierta, no tengo por qué hacerlo —contesta divertido—. ¿No te da vergüenza orinar delante de mí?

—No. Recuerda que tengo un hermano con el que compartía un baño pequeño y al que le encantaba darse largas duchas de agua caliente. Así que, si no quería empezar a hacer mis cosas en la maceta que teníamos en la entrada, tuve que perder el pudor a pasos agigantados —le explico—. ¿Y tú lo has hecho alguna vez delante de alguna chica o se te vuelve chiquitita al intentarlo? —me burlo. Me limpio y me subo las braguitas.

—No sé si se me encogería. Nunca lo he hecho delante de ninguna.

—¡Qué raro eres, Cosimo! Te lo digo de verdad —niego con la cabeza—. Tienes una madre y una hermana con la que creciste, algún día tuvieron que entrar corriendo al baño y pillarte dentro.

Me dirijo al lavamanos y al asomarme al espejo, me quedo asombrada con la imagen que se refleja: mi pelo es una maraña y mi cara está hinchada, al igual que mis labios. Estoy horrible, y lo que es peor, he dejado que Cosimo me vea así.

Mi chico se acerca por detrás y me abraza.

—¿Te he dicho alguna vez lo sexi que estás por las mañanas?

«¿*Sexi*? No, gracias». Aunque tengo que reconocer que me ha subido la moral. Que te digan ese tipo de cosas sin haberte lavado los dientes y sin saber a ciencia cierta si tu aliento es similar a una brisa fresca de verano, motiva. Y mucho.

—No seas mentiroso. Estoy horrorosa —lo reprendo, aunque por dentro estoy hinchada como un pavo por sus palabras—. Tendrías que haberme dejado secarme el pelo antes de meternos en la cama.

—Pobre de mí... ¿A qué persona racional se le ocurre impedir que usen un secador a las tres de la mañana? —me dice, fingiendo horrorizarse—. No creo que los vecinos se quejaran por el ruido ni nada por el estilo.

—Mejor enfrentarse a unos malhumorados vecinos que despertarse con este aspecto —me quejo insegura—. Estoy horripilante. Seguro que ya no te parezco tan guapa.

Y eso es lo que más temo. Dejar de gustarle, ya no parecerle atractiva y que nunca llegue a amarme.

—Estás preciosa. Eres preciosa —recalca, clavándome en el sitio con la mirada a través del espejo—. Me gustas de todas las maneras: arreglada, con ropa de trabajo, después de ir a correr, despeinada, con cara de dormida, natural, vestida para matar... estoy obsesionado contigo, joder. Y no solo por el físico, sino por toda tú.

Cada vez que abres la boca, dices algo que me asombra. En el buen y en el mal sentido —me guiña un ojo.

Me sonrojo sin poder evitarlo. Sus palabras ensalzan algo en mi interior. Me hacen sentir bien, segura... yo misma.

—Gracias —le digo. Y me sale de lo más profundo del corazón—. Gracias por hacerme sentir perfecta, pese a que no lo sea.

—¿No lo entiendes, verdad? —curioseas. Me gira entre sus brazos para encararme—. Para mí, eres perfecta.

Mientras habla, me acaricia la cara con los pulgares. Y yo ladeo el rostro en busca de más.

—Da igual que seas la persona que más me ha sacado de quicio, que cinco de cada diez palabras que sueltas por la boca me hagan encogerme de espanto, que tengas una rara tendencia llamar a las personas por nombres de alimentos, que oigas música y no puedas evitar bailarla allí donde estés... No cambiaría nada de ti, Simonetta. Te has convertido en mi persona favorita en el mundo.

Su discurso (que para mí imaginativa mente se ha convertido en un apasionado juramento), sumado a la adoración que veo grabada en sus ojos, hace que el corazón me lata desbocado, con fuerza.

—Te amo —le suelto de sopetón.

«Ahora sí que te has lucido, Netta», pienso asustada por lo que acabo de confesar. Una cosa es tenerlo asumido dentro de mi cabeza. Que lo sepa él es otra cosa muy diferente.

No dice nada. «¿Por qué no habla?». Tan solo se limita a observarme. Me entra el pánico. Estoy *cagadita* de miedo. «¿Di algo, por Dios! ¿Qué he hecho?».

—Lo siento —me disculpo, azorada por su silencio, bajando la vista al suelo.

Cosimo me eleva, agarrándome por las axilas, y me sienta en el mueble del lavamanos. Instándome con dos dedos en la barbilla a levantar la cabeza. Cuando me decido a mirarlo, me encuentro de frente con otra de sus preciosas sonrisas.

—Pensaba que no me lo dirías nunca —confiesa aliviado.

—Entonces, ¿no vas a salir huyendo despavorido? —pregunto confundida—. Te quedaste tan callado que creí que al levantar la mirada no te encontraría aquí conmigo.

—¿Corriendo? Todo lo contrario, *Fragola*. Todo lo contrario —me besa la frente

y la punta de la nariz.

Me encuentro realmente sorprendida. No estoy muy puesta en esto de las relaciones, pero, en las *pelis*, cuando la chica, de forma espontánea, le confiesa al hombre que lo ama, este sale escopeteado. Verdad es que al poco regresa con el rabo entre las piernas jurándole amor eterno, pero no estoy segura de que esa última parte sea cierta... Esto del amor es muy complicado.

—Sé que eres nueva en esto, por eso tenía miedo a decirte que te amaba. A ser el único con sentimientos en esta relación —admite—. Estoy enamorado de ti, Simonetta.

—Suenas como un niño —lo reprendo—. ¿Vas a dejar de tratarme alguna vez como si fuera la guay del instituto y tú el pardillo que no se cree que me haya fijado en él?

—Te digo que te amo, y tú, en cambio, me echas una bronca. Joder, Simonetta. Eres de lo que no hay —se queja—. ¡Viva el romanticismo!

—Por si no te has dado cuenta, estamos en mi baño, que no es un sitio demasiado romántico que digamos —me burlo.

—He estropeado el momento. Lo siento —se disculpa—. Nunca pensé que la primera vez que nos confesaríamos los sentimientos sería de esta forma. No sé... en una cena, o incluso en la cama, pero nunca en un baño.

—No pasa nada, Cosimo. La que lo ha estropeado soy yo, declarándote mi amor eterno encima de un lavamanos. Por cierto, tengo las nalgas mojadas —le digo introduciendo un poco de humor en la conversación. Se le nota tan afligido que me está dando pena—. Venga —lo animo—, vamos a empezar de nuevo. Da igual en donde estamos, solo las palabras y lo que significan.

—Te amo, Simonetta. Creo que lo he hecho desde el primer momento en que te vi —murmura con su boca pegada a la mía. Nuestros ojos conectados—. *Ti amo, Fragola. Mi sembra che un eternità che lo stò facendo.*²⁷

Nos besamos con lentitud. Demostrando el amor que nos procesamos en cada roce de nuestros labios, en la forma en la que nos abrazamos.

—¿Se supone que ahora tengo que decir algo tan bonito como lo que tú me has dicho, no? —cuestiono con sorna al separarnos—. Me los has puesto un poco difícil, guapo.

Se ríe contra mi boca.

—No hace falta que digas nada. Ya me has hecho feliz tan solo no rechazándome. Amándome cuando no lo has hecho con ningún otro.

Soy consciente que este debería ser un momento serio, maduro, trascendental..., pero estoy demasiado contenta con todo lo que está ocurriendo entre nosotros.

Me empiezo a descojonar. Risotadas de alivio que parecen no tener fin. Me tengo que agarrar el estómago porque me ha empezado a doler de la risa.

—No estoy loca —le digo entre carcajada y carcajada—. Tan solo es que me he dado cuenta de una cosa.

Y al terminar de hablar, la seriedad, por fin, acude a mi mente. Es un poco extraño pasar de padecer una risa casi histérica a la sensatez en tan solo un pestañeo, pero me ha llegado una revelación desde mi subconsciente.

—No soy una tullida sentimental —enuncio en voz alta—. No me había dado cuenta de que tenía miedo a serlo. A no ser capaz de amar nunca.

—Simonetta, no puedo creer que pensaras eso sobre ti. Eres la persona con más capacidad de querer que conozco —me dice—. ¿Sabes lo celoso que estaba al ver con el cariño que tratabas a los demás? Sandra, Marco, Iván... Tú sabes amar, nena. Solo que lo haces de manera inconsciente, natural... forma parte de ti.

—Te estoy hablando del amor romántico. Ese que surge entre dos personas que son algo más que amigos —explico—. Nunca tuve nada de eso y me acabo de dar cuenta de que sentía que me faltaba algo. Como si mi vida hubiera estado incompleta durante todos estos años. No supe identificar qué era hasta este momento.

—No creo que se deba a alguna carencia por tu parte —razona—. Simplemente no habías conocido al indicado. Deja de comerte la cabeza por cosas que no puedes cambiar.

—¿Crees que soy rara?

—Te voy a decir dos cosas: primero: deja de menospreciarte. No eres rara, sino maravillosa. El que no hayas sentido amor, no lo cambia. Segundo: ¿te haces una idea de lo orgulloso que estoy por haber conseguido enamorarte? Siempre me ha gustado ser el primero en todo... —termina guiñándome un ojo.

—Eres un payaso... —farfullo más tranquila—. Y ahora, señor número uno, vamos a comprobar cuanto tiempo nos queda antes de irnos al trabajo. Me encantaría hacerte el amor.

Se echa hacia atrás, y el gesto hace que su erección salte como un resorte.

—Está así desde que te senté ahí arriba. No quería que me lo notaras para no cortar el momento. No quiero que me acuses de quererte solo para follar.

«¿Está de broma, verdad?».

—¡Ay! Limón, limón... —le digo, dándole pequeñas bofetadas en la cara, bajando la mano libre hasta su pesado pene—. Por lo que veo, mucho quererme, pero no sabes nada de mí. Si el sexo es bueno, no solo no estropea las cosas, sino que las eleva a un nivel superior.

—Te voy a hacer una camiseta con ese eslogan —murmura.

Me bajo de un salto y me agacho hasta quedar de rodillas frente a su miembro. Levanto la cabeza para enfrentarlo y le digo:

—Voy a estrenarme con otra primera vez contigo, Cosimo —le digo, pasando la lengua a lo largo de su erección—. Nunca he hecho una mamada por amor. Pon eso en otra camiseta si te apetece.

Llego al trabajo corriendo. Con el pelo empapado y la ropa descolocada. Al final resultó que solo eran las cinco y media de la mañana y mi novio encontró la manera de apurarlos al máximo. Tanto, que casi llego tarde.

Entro apresurada hasta la cocina, dejando mis cosas esparcidas por el camino, para encontrarme a Sandra acostada boca abajo encima de una de las mesas de trabajo, roncando como un oso.

El vestido que lleva se le ha subido hasta la cintura y muestra la casi inexistente ropa interior que lleva. «Espera... ¡esas bragas son mías!».

Ver a mi querida amiga de esta forma me entristece a un nivel superior. Se está destruyendo por dentro. Y no me refiero al alcohol que consume, sino a su mente. Sus fantasmas del pasado la persiguen. Tiene que dejarlos ir de una vez por todas.

—Tú, la bella roncadora durmiente. —La zarandeo—. Despiértate de una vez para que me devuelvas las bragas, pedazo de ladrona.

—Déjame, Netta —gruñe. Su voz rebotando contra la superficie de metal, creando un efecto grave.

—Déjate de déjame y espabílate de una vez. ¡Joder, Sandra! Tienes que cambiar. No puedes seguir emborrachándote de la manera en que lo haces... —le digo, me acerco hasta el fregadero y lleno un cacharro con agua fría—. Aunque creo que la culpa es mía por animarte e incluso incitarte a salir por ahí entre semana.

Desparramo todo el líquido helado sobre su cabeza. Eso hace que se levante de un salto. Ya tengo toda su atención.

—¡Coño! —grita—. Te has pasado, tía. Estaba a puntito de espabilarme.

Le paso un pedazo de papel absorbente y dejo que se seque.

—Tienes que buscarte un trabajo de lo tuyo, Sandra. No puedes seguir aquí conmigo pagando por algo que fue dado libremente y con todo el cariño.

—Me gusta estar aquí, Netta. No estoy por obligación, sino porque me gusta.

—Lo que pasa es que estás acomodada. Te dejo hacer lo que te da la gana. Pero eso tiene que cambiar. No puedo dejar que sigas llegando al trabajo en este estado.

—Ahora sueñas como mi madre. O por lo menos a cómo debería de sonar... —se queja.

—Solo estoy preocupada por ti. Estás en un bucle sin fin: tu madre te llama, bebes para olvidar lo perra que es y te acabas acostando con algún tío cualquiera —explico con voz serena—. Eres psicóloga. Ya es hora de que ejerzas como tal. Creo que un poco más de responsabilidad te vendrá de perlas.

—¿Me estás echando? No puedes echarme... —dice con desesperación—. ¿A dónde iría? No tengo contactos ni experiencia real en psicología, nadie me contrataría, y si lo hacen, será por cuatro duros. No puedo permitirme perder este empleo, Netta. Tengo muchas deudas.

—Dirás que tu madre tiene muchas deudas —le rectifico—. No te voy a despedir, tonta. ¿Qué quieres, que el *nonno* salga de la tumba solo para patearme el culo? Solo quiero llegar a un trato contigo.

—¿Qué tipo de trato?

—Podrás seguir aquí si te comprometes a solo salir los días que libras o entras por la tarde...

—Eso puedo hacerlo. ¿Dónde firmo? —me interrumpe.

—No tan rápido, señorita —la freno—. Esa solo es la primera de mis condiciones.

—Me empiezas a dar miedo, amiga. Habla de una vez, por favor.

—Quiero que te busques un trabajo complementario. Un voluntariado, prácticas... como quieras llamarlo, de psicóloga. Es tiempo de encauzar tu vida.

—Se acabó la broma, ya no me divierte.

—¿Acaso tengo cara de payaso? No estoy tratando de divertirte, sino de que entres en razón.

—No puedes obligarme a nada. No eres mi madre.

—Ese es tu principal problema, tu madre.

—No la metas en esto —sentencia.

—La has metido tú. Yo, solamente, estoy subrayando un hecho.

—Netta, me duele la cabeza —dice en un intento de dejar pasar el tema—. Vamos a dejar esta conversación para cuando tenga el estómago lleno y un par de paracetamoles en las venas.

—Ok. Hablaremos después —asevero—, pero será para que me digas tu respuesta a lo que te acabo de plantear.

Camina derecha al baño. Está huyendo, siempre hace lo mismo.

—Y..., Sandra, espero que tu contestación sea un sí rotundo, porque si no lo es, me temo que tendrás que obligarme a decepcionar a mi difunto abuelo —la estoy amenazando, lo sé.

Haré lo que sea para que consiga ser feliz, aunque eso separe una amistad de años.

Las horas pasan, los clientes comienzan a llegar, y Sandra y yo seguimos sin hablarnos de algo que no sea profesional.

Tal vez me he pasado un poco con mi ultimátum, pero acciones desesperadas requieren soluciones desesperadas.

Estoy harta de ver la desesperanza en sus ojos, incluso al reír. Ser testigo de cómo su madre se aprovecha de ella sin inmutarse ni un ápice ni preocuparse por los sentimientos de su hija. Quiero que sea feliz, que consiga el amor, la paz mental, la estabilidad que tanto merece. Pero ante todo, quiero que deje de esconderse dentro de la heladería.

¿Es egoísta de mi parte obligarla a que abandone su lugar de confort? Sí.

¿Creo que necesita un pequeño, y no deseado, empujón que la motive a lanzarse hacia lo desconocido? Otro rotundo positivo.

¿Estoy dispuesta a convertirme en la mala de esta película para que lo consiga? No tanto... Sin embargo, lo haré.

—¿Cuánto tiempo tengo para buscarme otra cosa?

La voz cabreada de la pelirroja me llega desde atrás. Me volteo y me dan ganas de reír. No le pega nada estar enfadada.

—¿Te vas a ir? Porque yo no te he despedido. Solo quiero que aumentes tus horizontes.

—No me voy. Sabes que aunque quisiera (que no lo hago) no podría. Me pagas demasiado bien y como jefa eres excelente —me dice, acercándose hasta pararse a mi lado—. Te preguntaba cuánto tiempo me das para encontrar algo relacionado con la psicología.

¡Uy! Eso no lo había pensado...

—¿Dos meses? —pregunto más que afirmo.

—Creo que encontraré algo para entonces. —Me toma de la mano—. Sé lo que intentas hacer y te lo agradezco.

—Solo busco tu felicidad —le digo.

—Lo sé. Y por eso daría mi vida por ti. —Los ojos se le llenan de lágrimas, y los míos se copian—. Eres mi verdadera familia. La que elegí, no la que me tocó al nacer. Y por mucho que me hayan jodido tus palabras, no puedo enfadarme contigo por hacer lo que toda buena hermana hace: ser una entrometida.

Le doy una palmada en el culo. Estoy harta de estar seria con ella. Ya he plantado la idea en su cabeza, con eso basta. Sandra es de las que cuando se compromete con algo, lo hace hasta el final. No hace falta que la fustigue con mi silencio y mala leche.

—Si te dejaras de gilipolleciones de una vez por todas, no tendría que hacerme la dura contigo. Me limitaría a no regalarte por tu cumpleaños o, todavía mejor, te compraría un regalo feísimo y perdería el ticket de la tienda. Te verías obligada a llevarlo por compromiso.

—Te veo capaz de comprarme unas botas fosforescentes y hacerme usarlas —asegura, persignándose de manera exagerada—. En el fondo eres una persona malvada. ¿Estás segura que no eres hija de Satanás?

—Si Satanás es una mujer morena, sí —me río sin ganas. Sandra no es la única con problemas con las matriarcas dentro de su núcleo familiar.

«Bueno, mejor cambiamos de tema», pienso al intuir por donde va mi mente.

—Ahora que nos *ajuntamos* otra vez, cuéntame cómo fue la noche y si convenciste a Tazia para que perdiera las bragas...

—Sandra, estás loca. No pienso volver a salir contigo sola ni aunque se tratase de tu última voluntad.

Estar dentro de la cámara frigorífica, muerta de frío, viendo qué es lo que hace falta para hacer los pedidos más tarde, y escuchar ese trozo de conversación no tiene precio.

«¿Por qué no tendré una grabadora a mano en momentos como este?».

Salgo de la nevera, me quito el chaquetón y me dirijo, con suma curiosidad, a la causante de que mi vena periodista de Telecinco se active. La voz indignada de Tazia y las carcajadas de Sandra me indican el camino.

—Pero, mujer... ¡si fue divertidísimo! —le dice mi amiga a la furiosa rubia.

—Lo habrá sido para ti. Eres una perra —le recrimina esta.

—¿Alguien puede explicarme qué es lo que causa tanto alboroto? Porque tengo la impresión de que me estoy perdiendo algo importante —las interrogo—. No es normal verte —señalo a la rubia— tan cabreada. Lo tuyo sí es normal —le digo a la divertida pelirroja.

—Nada —contesta esta última—. Aquí, la señorita Pepis, que no aguanta una bromita inocente.

Sus bromas *inocentes* ya me las conozco yo. A ver qué le habrá hecho a la pobre Tazia. «Su hermano me va a matar».

—¡¿Cómo?! —chilla la aludida—. ¿Que no aguanto una broma? ¿Ma mi prendi per i fondelli?²⁸ —respira hondo y pasa su atención a mí—. A tu amiga no se le ocurrió otra cosa mejor que dedicarse toda la noche a decirle a todo el que la escuchara (y al que no, también): «¿Sabes?, mi amiga es bailarina. Puede levantar las piernas muy alto. Tiene una flexibilidad tremenda» —repite, imitando a Sandra—. Todo eso acompañado por diferentes movimientos de cejas.

—¿A que hace gracia? —insta, con recochineo, Sandra.

Espero que sea una pregunta retórica. Porque sí, hace muchísima gracia y no me atrevo a decirlo en alto. No quiero sufrir lesiones severas.

Lucho por no reírme. Lo intento con todas mis fuerzas, pero de verdad, de verdad de la buena, que no puedo evitarlo. Empiezo a imaginármelo con total nitidez y las

risotadas escapan de mi garganta.

—No te rías, por favor. Es humillante —me ruega Tazia—. Algunos chicos se acercaron y tuvieron la cara dura de pedirme al oído un baile privado... ¡Se pensaban que era un stripper!

Se cubre la cara con las manos, frustrada.

—Yo, una stripper. ¡Qué degradación! —se lamenta dramática—. Veintidós años de ballet clásico para verme reducida a una, una... mujer que se dedica a bailar encima de una tarima para que le llenen el tanga de billetes.

—A ver, Pávlova. No seas exagerada, por Dios —la reprende mi amiga—. Nos lo pasamos muy bien. No puedes negarlo.

—¿Cómo es que te sabes el nombre de una bailarina? —la interrogo, metiéndome en la conversación.

—Por asociación. La tarta Pávlova me encanta —me contesta.

—Ah —digo, dando por satisfecha mi curiosidad con la respuesta y cambiando mi atención a la rubia—. ¿Conociste hombres o no? —la sondeo—. Los métodos de Sandra pueden ser dudosos, no obstante, efectivos un ochenta y cinco por ciento de las veces.

—Sí que conocí —confirma al mismo tiempo que abre su bolso y saca un puñado de servilletas de bar, dejándolas sobre la mesa—. Pero no del tipo de chicos en los que me fijaría normalmente.

—¡Coño, Tazia! —exclamo sorprendida al ver la cantidad de papeles escritos—. Solo con este montón, ya puedes crearte tu propia chorvo-agenda.

—Estoy segura que el noventa y nueve por ciento de los dueños de esos números pensaban que aparte del baile en barra, también me dedicaba a asuntos más exclusivos y solo buscaban hacerlo gratis con una profesional.

—Eres una exagerada. No será para tanto. Alguno habría agradable —niego con la cabeza al oír sus palabras—. Pienso que eras tú la que no estabas receptiva. Por eso no te llamó ninguno la atención.

—Netta, intenté explicarle que por las noches no se puede pedir demasiado. Buscas un príncipe y te encuentras con un orco... —La pelirroja está disfrutando con esta conversación. Se le nota. Le gusta ejercer de maestra de ceremonias. Ahora mismo empezará con su rollito de psicóloga—. No te creas todo lo que sale por la tele, Tazia. Quítate de la cabeza el momento en el que Carrie conoce a Aleksandr

Petrovsky²⁹, y busca algo más normal. Vive la vida según venga y no te guíes por objetivos imposibles. Si sigues haciéndolo, lo único que conseguirás será infelicidad.

—Espera un momento —la corto—, ¿acabas de citar a *Sexo en Nueva York* en un consejo? ¿Y tú eres la profesional? Joder, Sandra. Te superas a ti misma cada día. La próxima vez que te oiga puede que te pille citando a los *Pokemon*...

—No haces gracia, estúpida. Lo nombro porque ayer se pasó, lo que tardó en beberse tres copas, contándome lo estupendo que era ese hombre, lo bien que le quedaban las mallas cuando bailaba, y lo zorra y suertuda que era la Carrie por tenerlo como novio en la serie. Y perdona que te diga, pero esta chica bebe muy, pero que muy lento —se lamenta—. Gracias a que hubo un momento en el que desconecté porque si no, habría sido capaz de citar su biografía de pe a pa.

—¿Quién es la exagerada ahora? —se queja Tazia—. Tan solo lo nombré de pasada y como ejemplo práctico de cómo sería mi hombre ideal.

—¿Exagerada yo? Entonces, por qué sé que una vez fue llamado «el bailarín más perfecto que haya conocido el mundo»? —cita en alto con voz melodramática—. O que tiene una hija con la actriz esa, la Longe³⁰, y que en un principio solo se comunicaban básicamente en francés porque él no hablaba bien el inglés... Por favor, chica, esos datos sobran en mi cabeza. Mi disco duro de datos absurdos estaba completo ya sin saber ese tipo de cosas.

—Bueno, tal vez sí que lo nombrara en alguna ocasión...

El bufido que suelta la pelirroja hace que se calle. Me alegra que su sentido de supervivencia siga intacto.

—Está bien. Lo nombré mucho. Muchísimo —admite—. ¡Dios! ¡Soy tan aburrida —solloza, abrazándose con fuerza a mi cuerpo.

—No lo eres, Taz —la consuelo, brindándole una caricia en la cara—. Tan solo tienes un fetiche sexual por los bailarines de ballet... —me mofo—. Aunque viendo los bultos que marcan enfundados en esas licras que usan, yo también lo tendría.

Al final, consigo lo que buscaba y la oigo reír. Como también lo hacemos Sandra y yo.

—¿Quién lo iba a pensar de la mosquita muerta, eh? —ironiza mi amiga—. Por lo que veo, ya de pequeña eras una pervertidilla, elegiste el baile que te iba a dejar ver hasta las venas más ocultas en los hombres...

—¡Qué asco! —gimotea entre risas la aludida.

—Me alegro que hayas pillado el chiste. ¿Ves? No eres tan inocente después de todo, y para nada eres aburrida —la anima la pelirroja—. Es más, estoy deseando repetir. Todavía me debes la experiencia *troupe* de hombres flexibles. Imagina lo que podría hacer con mi cuerpo un macho con esos talentos... —termina, temblando de forma exagerada.

—Ya te he dicho que la mayoría son *gays*..., pero sí, se les marca todo. Por lo menos el tamaño —se carcajea—. A nadie le amarga un dulce.

—¿De verdad tu hombre ideal tiene que ser bailarín? ¿No te conformas con un ser humano, masculino y normal, que sepa mover las caderas medianamente bien?

—Yo nunca he dicho que quisiera eso. Es más, no me gustaría que se dedicara al baile. No sé... —dice dubitativa sobre continuar la frase o no—, tal vez que sea dentista o algo parecido.

—¡Callista! —vocifera Sandra, riendo.

—Bueno, por lo menos tendrías los pies impolutos —comento, uniéndome a la broma.

—¡Argh! No, gracias. Me refería a algo como que ejerza la odontología o que sea alergólogo —aclara Tazia—. Alguien con una profesión estable, con una conversación fluida, que llegue a casa relativamente temprano, con alguna historia divertida y curiosa que contar, y que sea familiar; al que le gusten los pasteles, la música clásica y los niños. Un hombre sólido y equilibrado.

—Aburrido —la interrumpo. Ahora entiendo lo que Cosimo quería decir con que su hermana era diferente—. Respeto tus gustos y opiniones, pero de todo lo que acabas de decir, solo he escuchado una cosa: estable. ¿Qué hay de la diversión, de la pasión...? —cuestiono—. ¿Qué pasaría si un día conoces a un chico totalmente opuesto a ese esquema sobre el hombre perfecto que tienes montado en tu cabeza? ¿Lo dejarías marchar y esperarías hasta que tu príncipe de los dientes hiciera su gran aparición?

—Eso no me preocupa. Nunca me fijaré más allá de algo físico en un hombre diferente. Tengo muy claro lo que quiero para mi vida, y lo que quiero y necesito es a alguien con esas características. Simplemente, ese es mi tipo —contesta—. Y respondiendo a tu segunda cuestión: me quedaría esperando.

—Pues ya te veo como a la vieja loca de los gatos que aparece en los *Simpsons* —murmuro—. En esa *espera*, ¿tienes permitido un poco de diversión o solo te limitarías

a permanecer sentada en un rincón, como la más fea del baile, rogando a alguien que te saque, pero sin tener las agallas suficientes para levantarte y hacerlo por ti sola? Porque eso es lo que te ocurrirá. Verás la vida pasar sin haberla vivido —le explico.

—Claro que puedo divertirme. No soy ninguna monja de clausura ni nada parecido. He hecho mis cositas por ahí. —Se saca la camisa por fuera del pantalón y comienza a desabrocharlo. Se lo baja un poco y nos enseña la zona de la ingle, en donde tiene tatuada la silueta de una bailarina con tutú y todo—. ¿Ven? No soy tan mojigata como parezco. Que tenga planeado cómo y con quién quiero pasar mi futuro, no significa que deje pasar la vida. He disfrutado, a mi manera, de todas las oportunidades que me han brindado.

Tengo que reconocer que me ha sorprendido. La observo colocarse la ropa en su sitio y me pregunto qué otras sorpresas tendrá escondidas bajo ese aspecto cándido y dulce. Todo en ella rezuma inocencia. Desde su pelo liso como una tabla con el flequillo ladeado, hasta las puntas redondeadas de sus manoleteras de piel de serpiente beige. La sigo mirando, y el brillo de sus ojos me hace recordar al de un niño y, ¿qué hay más dado a las travesuras y a explorar cosas nuevas que un crío? En el caso de Tazia solo hace falta que alguien la anime a hacerlo.

—Como ahora me digas que tienes un *piercing* en el clítoris, me desmayaré por la impresión —le digo—. Por supuesto, cuando recobre el conocimiento, te obligaré a tumbarte en mi escritorio, abrirte de piernas igual que en el ginecólogo y enseñármelo.

—Hasta ahí no he llegado —dice con una media sonrisa—. Buff, eso tiene que doler, ¿no?

—Más que el dolor al hacerlo, imaginen que se te infecta. Toda la carne ahí abajo hinchada y supurando... —añade Sandra estremeciéndose—. Caminaríamos igual a los antiguos *cowboys* del oeste durante una temporada o, lo que es peor, podríamos perder nuestro orgasmo.

—¡Uy! —exclamamos las tres a la vez, llevando las manos a esa parte del cuerpo, protegiéndola inconscientemente de ese hipotético sufrimiento.

—Hagamos una promesa aquí y ahora —les pido—. Nunca, pero nunca jamás, nos haremos nada allí abajo. Bastante tenemos con darnos la cera.

—Hecho —se apresura a decir Sandra.

—Prometido —jura Tazia—. De todas formas, no soy muy fan del dolor. Ya he

sufrido mi cuota al mantenerme sobre las puntas de mis pies.

—¿Tenemos que pincharnos un dedo para sellar el trato? —consulto.

—Mejor nos escupimos en la mano. Menos doloroso —sugiere la pelirroja.

—¿Qué tal sí, simplemente, nos limitamos a fiarnos de nuestra palabra? —pregunta Taz—. La sangre me marea, y los escupitajos me dan repelús.

—Bueno... —cedo, aliviada porque lo haya sugerido—. No es como si no nos fuéramos a enterar si ocurriera. A Sandra la veo todos los días, y a ti, cuñada, un tanto de lo mismo.

—Solo advierto una cosa: me tomo las promesas muy en serio —amenaza mi amiga—. Al menor síntoma sospechoso que notemos, como el caminar raro sin tener diagnosticada una enfermedad vaginal o ir sin bragas a diario sin ningún motivo sexual aparente de por medio, cualquiera de nosotras podrá pedir a la susodicha una prueba visual. —Respira hondo y sigue hablando, ahora con una sonrisa—: Así que, por si acaso ocurriera (y advierto que puedo hacer simulacros aleatorios), tenemos que asegurarnos de tener la zona en perfecto estado de revista: rasuradita la que lo haga, y la que no, con el vello de la zona suave y esponjoso (aconsejo usar un tratamiento de queratina), y por supuesto, limpia —suelta de una vez, sin tener que coger aire—. Vayan pensando en comprarse un ambientador en forma de pino para colgárselo ahí abajo. Soy sensible a los olores fuertes...

—Sandra, en serio, ¿por qué soy tu amiga? —Esta chica está loca, pero no le cambiaría ni un pelo de la cabeza—. Sabes que el pino me da alergia —termino, siguiéndole la broma.

—A ella le va más el olor a limón —aporta Tazia, riendo—. Mi hermano ya se encarga de dejarle la zona bien perfumada.

—Verdad. Me van más lo aromas cítricos —confirmo. ¿Por qué negar lo evidente?—. Es más, creo que me he hecho adicta.

Y ya echo de menos mi dosis.

Como si lo hubiera invocado con el pensamiento, recibo un mensaje suyo. Me aparto de las chicas, que siguen riéndose de la cara de felicidad que se me ha puesto al comprobar quién me escribe.

Lo abro y leo:

Te echo de menos.

Una sonrisa se graba en mi rostro y mi corazón da un vuelco al leerlo. No me demoro en responder.

Y yo a ti.

¿Nos vemos luego en tu casa?

Tú también tienes casa, ¿sabes? No hace falta que nos quedemos siempre en la mía.

Tarda en responder, y eso me extraña. Normalmente es rápido como el rayo al escribirme.

¿Puedo ser sincero?

Me extraña que me haga esa pregunta. Si hay una cosa que caracteriza a Cosimo, es su, a veces, aplastante sinceridad.

Me ofendería si no lo fueras. Habla de una vez, me estás poniendo de los nervios.

No sueles pedir permiso, y me tienes realmente intrigada con lo que puede estar pasando por esa cabecita tuya.

Tengo miedo a que si dejo de dormir en tu cama, no volverás a dejarme entrar en tu habitación.

Mi dulce Cosimo. Mi tonto y dulce Cosimo. No se ha dado cuenta que cuando yo hago algo, lo hago con todas las consecuencias. Además, he descubierto que me encanta tenerlo en mi cama, en mi cuarto y en mi vida. Parece encajar como un guante a mi alrededor, y no me refiero solo al sexo, sino a todo él. Me temo que soy demasiado egoísta como para renunciar a lo que me hace sentir con su cercanía.

Sospecho que con todo lo que ha pasado, con todos los sentimientos y experiencias vividas en mi piso durante estos últimos días (en especial, estas pasadas veinticuatro horas) mi casa se vería vacía sin su presencia.

Tengo que dejarle claro que no existe esa opción. No puedo, «ni quiero», simplemente *echarlo*.

Déjate de darle vueltas a tu atractiva cabeza y límitate a traerte esta noche contigo un cepillo de dientes. La ropa es opcional.

Ya veo tu punto. Me dejas quedar en tu cama a cambio de convertirme en tu esclavo sexual.

Te confundes, limón. Yo soy la tuya.

Estoy que me salgo. Me siento segura, cómoda, hablando con él, así que le envío otro mensaje.

Y no solo me tienes fascinada entre las sábanas. Me he dado cuenta que haría cualquier cosa por ver en tu cara una de esas sonrisas que me encantan. Me haces feliz.

Mientras espero su respuesta, me voy dando patadas en el culo mentales por este arranque de romanticismo. No sabía que pudiera llegar a ser *tan empalagosa*. En este momento, rezumo tanto azúcar que podría embotellar mi sudor como caramelo líquido.

El teléfono comienza a sonar y, del susto que me llevo, casi se me resbala de las manos. Lo descuelgo y con un tímido «¿sí?» respondo a la llamada.

—*¿Te he dicho ya que te amo?*

La voz de Cosimo hace que mi piel se erice. El tono de adoración en sus palabras hace que mi corazón lata más rápido, más fuerte... desbocado.

—No es que no me lo hayas dicho lo suficiente —contesto—. Soy yo la que no termino de creérmelo. —Me asombro por la veracidad que vierto en esta última frase. Porque es la pura verdad, no me lo creo.

—*Un gran fallo por mi parte. Tendré que esforzarme más* —dice—. *No quiero que tengas dudas de ningún tipo respecto a mis sentimientos.*

—No es tu culpa, Cosimo. No dudo de ti, en serio. No has fallado en nada. Conmigo eres perfecto —le digo frustrada por no saber explicarme—. No sé... tan solo no estoy acostumbrada a que me quieran, a querer... me falta práctica.

—*Bueno, ante eso, el tiempo será el que dé las respuestas.*

—Sí —coincido. Respiro hondo y doy un gran paso en nuestra relación—. Por ahora, y en pos a adelantar los acontecimientos... tráete un cepillo de dientes y lo que necesites tener en mi casa. Si hacemos las cosas, vamos a hacerlas bien.

El silencio al otro lado de la línea me asusta un poco y decido darle alguna salida de esta incómoda situación.

—No era una orden, Cosimo. Si es demasiado rápido para ti, lo entiendo —comento de forma racional, aunque por dentro me esté quemando viva por la vergüenza de su rechazo—. Aunque no esperes usar el mío. Es personal e intransferible —acabo la frase con una risita nerviosa.

—*Simonetta* —murmura con voz ronca—. ¿A qué hora acabarás? Paso a buscarte y vamos a tu piso. Tengo unas ganas tremendas de verte y agradecerte el que me dejes entrar en tu vida. Soy consciente de lo difícil que es todo esto para ti.

—¿Te ha gustado, eh?

—*No solo gustado, Fragola, me ha encantado. Que sepas que estoy duro como una piedra. Así de feliz me has puesto.*

—Eres un guarro —lo acuso riendo—. Pero no puedo dejar que eso se desperdicie. Saldré en una hora más o menos. No llegues tarde. Yo también estoy deseando verte.

El explosivo sonido de unas carcajadas rompe la pequeña burbuja de felicidad en la que me encontraba. Giro la cabeza y me encuentro con Sandra y con Tazia agachadas en el marco de la puerta fingiendo ser invisibles. Cosa que, aunque parezca mentira, habrían conseguido si no les hubiera entrado un ataque de risa. Las muy perras están totalmente descojonadas, se ríen tanto que han acabado revolcándose por el suelo.

Se están riendo a mi costa, un grave error. No saben con quién se meten...

—Limón, tengo que dejarte. Parece ser que una chica no puede estar tranquila ni en su propio negocio —me quejo.

—¿*Sandra*?

—Y tú querida hermana —contesto—. Se han gozado toda nuestra conversación y están revolcándose por el suelo partidas de la risa. Tengo ganas de matarlas.

—¡Oh, Cosimo! No podemos desaprovechar eso que tienes entre las piernas... —recita Sandra en alto entre carcajada y carcajada.

—Eres un guarro. Te mereces unos azotes en el culo —sigue con la bromita Tazia.

—Cosimo, pesándolo mejor, ¿puedes venir a buscarme ya? —le digo alto y claro para que estas dos me oigan—. Hoy saldré antes. Acabo de encontrar un par de voluntarias para cerrar por mí.

—¡Mierda! —farfulla Tazia—. Te dije que era una mala idea escuchar a escondidas.

—Pero ha sido divertidísimo —replica mi amiga, levantándose del suelo y ayudando a la rubia a incorporarse—. Todo ese amor...

—Ya te tocará a ti, Sandra. Algún día caerás, y yo estaré ahí para burlarme. No lo dudes —le recrimino con una sonrisa sin colgar el teléfono. Pasando mi atención a mi

novio, le pregunto—: ¿Te parece bien si pillamos algo para cenar de camino a casa? Podemos llamar a Iván y pedirle que se nos una. Podremos seguir con las clases de baile.

—*Perfecto* —responde—. *¿Quieres que lo llame yo y te vamos a recoger los dos juntos? Podemos ir a tomar algo. No hace falta que nos metamos en casa tan pronto.*

—Me encantaría —contesto con el corazón cargado de emoción. Que acepte que Iván es parte de mi vida y que lo incluya en nuestros planes con total naturalidad, me conmueve a límites insospechados—. No todos los días se tiene la oportunidad de tener una cita con dos hombres guapos...

—*No te pongas tan contenta, Simonetta.* —Se ríe—. *Cuando hayamos pasado cuarenta y cinco minutos hablando de futbol sin parar mientras tú, aburrida, te dedicas a mirar a las musarañas, no estarás tan feliz.*

—No me importa. Aún y así, estaré acompañada por dos de mis tres hombres favoritos. Seré la envidia de todo el mundo.

—*Llamo a Iván y te envío un mensaje con lo que hacemos* —explica—. *Espéranos fuera, por favor. Si entro y veo a mi hermana, tendría que explicarle, de no muy buenas maneras, las consecuencias de escuchar a escondidas, y no tengo ganas de pelear con ella, y muchos menos contigo cuando empieces a quejarte por cómo la trato.*

—Está bien, hermano mayor —claudico—. Esperaré fuera. Pero solo porque me has hecho muuuuuuy feliz al aceptar a mi niño sin protestar.

—*¿Por qué no habría de hacerlo? Que tengas a ese muchacho en tu vida es una de las cosas que me encantan y me enamoraron de ti.*

Siento mariposas en el estómago, y un poco más abajo, también. Me estoy volviendo una panoli, pero es que escuchar lo que dice me llena el alma.

—Hasta dentro de un ratito, Limón.

—*Ci vediamo dopo, Fragola*³¹.

Cuelgo y me enfrento a las miradas de mis dos amigas. Al notar sus medias sonrisas, mis mejillas empiezan a enrojecer. Me siento extrañamente tímida. Como si me hubieran pillado haciendo algo indebido. Que no lo es, pero sí es algo nuevo, diferente, extraño... maravilloso.

—Estás pillada —afirma con rotundidad Sandra.

—Sí —digo sin intentar decorarlo o justificarme por lo que siento.

—¡Me alegro tanto por ti, Netta! —exclama, arrojándose a mis brazos—. Por fin has encontrado a alguien que te hace feliz.

Otro par de brazos me achucha por detrás, y yo me dejo hacer.

—¡Me encanta que seas mi cuñada! —farfulla Tazia contra el hueco de mi cuello—. Mi hermano es otro desde que te conoció, Simonetta. Sigue siendo un *stronzo*³² —se burla—, pero ahora se lo ve radiante, parece un maldito Gusiluz... cada vez que lo veo con la cara de tonto enamorado, me dan ganas de estrujarlo.

—Yo sí que lo tengo bien estrujado... —añado con cachondeo, interrumpiendo el momento romántico y zafándome de su abrazo de oso—. Y ahora, si me disculpáis, chicas, tengo que prepararme, mi novio pasará en nada a recogerme, y ustedes todavía tienen mucho trabajo que hacer. Las cosas no se limpian solas.

—Eres una abusadora —me acusa la pelirroja

—No es justo. Yo ni siquiera trabajo aquí —se queja la italiana.

—Elige: recoger o aguantar el sermón que te echará el pesado de tu hermano. Te dejo elegir.

—¿Dónde guardas los productos de limpieza? —me pregunta como respuesta.

—Buena elección —la felicito.

Recojo mis cosas y decido esperar fuera. Estoy impaciente. Mi amor viene a recogerme.

28 ¿Me tomas el pelo?

29 Personaje masculino de la serie *Sexo en Nueva York*, interpretado por el ex bailarín clásico Mikhail Baryshnikov.

30 Sandra se refiere a la actriz Jessica Lange, con la que el bailarín tuvo una hija.

31 Hasta luego, Fresa.

32 Capullo.

—Eso es asqueroso —nos dice Iván al ver el tórrido beso que nos dedicamos Cosimo y yo al subirme en el coche.

Me separo de mala gana y me giro hacia el asiento de atrás.

—Sí. Lo es —le replico dándole la razón—. Por eso, si te veo haciéndolo con alguna chica, te repetiré esas mismas palabras.

—No serías capaz. —Al ver como arqueo la ceja, parece rectificar y me dice—. Nunca te presentaré a ninguna novia.

—Sí y sí. Lo haría y lo harás —declaro—. Sabes que aunque sea un grano en tu costado, me amas. Por supuesto que querrás que conozca a alguna novieta.

—¡Ay, chaval, lo que te espera! —exclama Cosimo—. Como me siento generoso, te voy a dar un consejo: mantén a las chicas, durante todo lo que puedas, lejos de las féminas de la familia. Conservarás la dignidad intacta y podrás caminar de su mano con la cabeza alta durante más tiempo. Créeme cuando te digo que es difícil ser seguro de uno mismo y hacerte el macho cuando la chica que te gusta sabe que de pequeño eras aficionado a meter mano a toda mujer que se presentara de visita en tu casa o que escondías porno fetiche bajo el colchón...

Me giro hacia él, sorprendida.

—¿Fetiche? —inquiero—. ¿El pequeño Cosimo era un amante del cuero o era de esos a los que le ponía a mil ver a gente disfrazada de animales de peluche fornicar como locos?

—No. Nada tan radical. —Se ríe, incorporándose al tráfico—. Tan solo sufría una sana obsesión por la delantera de una mujer. Concretamente, con sus pezones. —Mirando por el espejo retrovisor, añade, guiñando un ojo al adolescente que nos acompaña—: El chico sabe de lo que hablo.

Lo imito y puedo ver reflejada la gran sonrisa de conformidad de Iván.

—¡Argh! Ahora, eso sí que es asqueroso... —me quejo. Aunque eso no evita que siga preguntando. La curiosidad me puede—. ¿Tenías de esas revistas en las que el desplegable central era una foto de dos domingas gigantes?

—Sí —responde sin avergonzarse—. Creo que aún me queda alguna perdida por ahí —medita, para después soltar una sonora carcajada—. Bueno, eso si es que mi

padre no me las *confiscó* todas.

—De tal palo tal astilla —refunfuño divertida.

—Digamos que no me oirás quejarme de ello —añade divertido—. Es bueno que el cabeza de familia compartiera mis hobbies, alguien tenía que surtirme de nuevo material... —Se empieza a descojonar—. Una vez intenté ir a una tienda y llevarme una revista, pero me dio tanta vergüenza que acabé comprándole a mi padre una de coches...

—¿Me estás diciendo que tu queridísimo papá te compraba porno? —Estoy asombradita con lo moderno que era su padre. Bueno, pensándolo mejor, los hombres se entienden y se apoyan entre ellos. Creo que si la de la fijación pectoral hubiera sido Tazia, no habría actuado igual. La habría encerrado en la torre más alta del reino más lejano—. Estoy deseando conocerlo.

Y lo digo en serio.

—No te hagas la recatada. Antes no teníamos internet y era difícil conseguir material... lúdico.

—Está bien. Lo comprendo —le digo—. Tu padre era un perverso, y tú, igual.

La que comienza a reírse ahora soy yo. Me encanta molestarlo.

—Si encuentras alguna de esas antigüedades perdida por tu casa, no me importaría echarles un vistazo —le dice Iván a Cosimo—. Solo para investigar cómo eran las cosas antes.

—No sabía que te habías vuelto un científico del erotismo, Iván —le digo solo para avergonzarlo. Me giro, otra vez, y añado—: Límitate al porno actual, muchacho. No me acercaría a esas revistas ni con un traje anti-radiación. A saber lo apelmazadas que estarán las páginas...

—¡Eh! Un respeto —se queja Cosimo—. Podrías pasar la lengua por cada hoja y no te pasaría nada. Yo siempre fui cuidadoso con mis tesoros...

—Lo que eres es un cerdo. Los dos, sois unos cerdos —rectifico divertida—. Por no decir unos pajilleros de cuidado.

—Como si tú no lo hicieras... —me reclama Iván—. Siempre me has dicho que estás a favor de la masturbación y que lo hiciera siempre que me entraran ganas, que la retención de líquidos no era sana.

—¡Pillada! —exclamo. Cuando no se puede discutir, mejor dejarlo pasar. Gastar saliva para nada es una tontería—. Vamos a por comida china, chicos. Con tanto

hablar de tetas y porno, me han entrado unas ganas enormes de comerme un gran plato de arroz tres delicias y un rollito de primavera. Y puede que también haga sitio para unas gambas agridulces...

—¿Podemos comprarlo para llevar? —pregunta Iván—. Así, si mi madre está en casa, podemos llevarle un poco.

—Pues, comida para llevar se ha dicho —confirma Cosimo—. Después, estoy preparado para ver y participar en esas clases de baile tan famosas. Hay que bajar la comida como sea. Ya saben que todo lo que como se me acumula en las caderas.

—¡Payaso! —le digo entre risas y con el corazón a mil por hora. Me encanta verlo interactuar con Iván. Que hable de tonterías de chicos, o incluso de pezones, como si no fuera nada importante con un niño al que siempre le ha faltado en su vida una figura paterna, hace que caiga rendida a sus pies—. Menos hablar y más conducir, me muerdo de hambre.

Llegamos a mi edificio cargados con bolsas de comida. Al final, no solo hicimos una parada en el chino, sino que fuimos al *super* a por algunas delicatessen gustativas: chocolates varios, patatas fritas sabor paprika y caramelos... vale, lo reconozco, no es lo que comerías en El Bulli, pero está de un rico tremendo.

Descargamos todo en la cocina, y mi limón y yo comenzamos a preparar la mesa para el (como dice Lumiere, el candelabro cantarín) gran festín. Mientras, Iván va a comprobar a su madre.

—No estoy segura si te lo he dicho ya, si lo he hecho, te aguantas —le digo a Cosimo—. Gracias por ser tan comprensivo con Iván y conmigo.

—Nada de gracias. Este chico es parte de tu vida, y ahora, de la mía —me explica—. Es y será una gran persona, y estoy orgulloso de que tú hayas contribuido a que eso sea posible y que yo pueda verlo.

Me sonrojo sin poder evitarlo. Me halaga que piense tan bien de mi niño mimado y de mí. Estoy a punto de replicarle y de darle un beso de agradecimiento cuando los gritos de Iván llegan a través de la puerta abierta.

—¡NETTA, NETTAAA! ¡VEN, AYÚDAME! ¡MI MADRE!

Me echo a correr como si mi alma dependiera de ello. Entro a su casa tan rápido que no consigo frenar a tiempo y me caigo al suelo. Al levantar la vista, me encuentro a Iván sentado en el sillón, con su madre desnuda e inconsciente en su regazo. Lágrimas se derraman por su cara y caen en la de Mónica mientras la zarandea de un

lado a otro en un intento de despertarla.

—Mamá. Mamá, no —le susurra—. No me dejes.

Oigo a Cosimo hablando, creo que con urgencias. Menos mal que hay alguien responsable aquí porque mi velocidad de reacción ha bajado casi hasta detenerse.

Es como mirar un accidente a cámara lenta. Vas digiriéndolo poco a poco, hasta que al final te crees que lo que ves es verdad y la acción se vuelve frenética en un segundo. Todo pasa tan rápido que te da miedo incluso parpadear por si acaso te pierdas algo.

Veo la escena ante mí, no con ojos morbosos, ávidos de experiencias macabras, ni siquiera con un «te lo dije» grabado en ellos, lo hago con la pena marcada en mi corazón.

Me levanto y me acerco despacio hasta ellos. Es lo único que hago con consideración y ternura. Mi sentido común regresa como un rayo y lucho con Iván para quitarle a su madre de encima. La coloco con suavidad en el suelo, compruebo su respiración y su pulso de forma automática.

No respira, no hay pulso... me pongo a hacerle la RCP³³, intentando que los sollozos del niño que he visto crecer no me distraigan del hecho de que nunca lo he intentado antes. Solo lo aprendí por si acaso ocurría algo como esto, aunque no sabía que tendría que poner mis conocimientos en acción antes de lo esperado.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez... voy contando las comprensiones en mi mente, rogándome por no perder la cuenta como hago al contar el cambio de la caja registradora.

Veinte, veintiuno, veintidós, veintitrés, veinticuatro, veinticinco, veintiséis, veintisiete, veintiocho, veintinueve, treinta. Le empujo la cabeza hacia atrás y vuelvo a comprobar su respiración. Nada. Le abro la boca, verifico que su lengua esté en el sitio correcto, y no camino abajo por su garganta, y le hago el boca a boca. Dos veces le insufló aire, y sigue sin respirar. Vuelta a empezar...

Uno, dos, tres... el cuerpo inerte de Mónica da un espasmo y parece volver a la vida. Otra vez me quedo en shock, y Cosimo me aparta y la coloca de lado.

A partir de ahí, todo vuelve al automático.

Llegan los de urgencias casi al instante y me veo persiguiéndolos y montándome en la ambulancia con ellos. Me hacen preguntas sobre las que, gracias a Dios, me sé la respuesta. Todo pasa tan rápido, que no me había dado cuenta de que me faltaba el

aire hasta que tomé una profunda respiración en el momento en el que me comunicaron que ya estaba fuera de peligro.

Al llegar al hospital, me dicen que espere en una sala atestada de gente. Me derrumbo en una silla y dejo que el llanto se escape de mí. «Todo va a ir bien. Ahora, todo irá bien», me repito como un mantra con la intención de tranquilizarme. Pero no, nada va bien. Nada se siente correcto. Nada.

No sé cuánto tiempo ha pasado ni si todavía es de noche o ya ha amanecido, solo estoy segura de algo: estoy más determinada que nunca a salvar a Iván. A hacer que todos sus sueños se hagan realidad. Porque hoy he estado yo para sufrir a su lado, sin embargo, puede que en otra ocasión no esté tan cerca como para ayudarlo o darle apoyo emocional. Y nunca, pero nunca jamás, dejaré que eso pase.

—Simonetta. —De repente, ya no estoy sola. Cosimo ha llegado y me abraza. Me apoyo en su contra, dejando que su calor penetre en mi dolorido cuerpo. Este es mi lugar seguro. No me movería de aquí nunca.

—Netta... —el susurro angustiado de Iván hace que me aparte y que acabe con mi fantasía sobre el mundo perfecto—. ¿Cómo está?

Y su pregunta, aunque la he oído con total claridad, me suena a: ¿está viva? ¿Ha resistido? Me levanto y lo agarro de la cabeza con las dos manos. Necesito que vea que hablo en serio, que no bromeo o que quiero endulzar las cosas.

—Tu madre ha sobrevivido. Está estable y bien. Ahora está medicada, descansando. Podremos entrar a verla más tarde. —No le digo que se le paró el corazón otras dos veces de camino al hospital o que tiene una malnutrición severa.

Comienza a llorar otra vez. Mi niño mimado llora, y yo me derrumbo. Pero no lloro, soy fuerte porque él lo necesita.

—¿Ha sido culpa mía, verdad? Si hubiera estado más atento a ella, si le hubiera deslizado sus pastillas en alguna comida o algo... —Iván divaga, preso de la desesperación—. Tendría que haber estado a su lado. El fútbol, los estudios, nuestras estúpidas clases de baile... todo eso me quitaba tiempo a su lado.

—Soy consciente de que estás triste, pero no digas gilipolleces —lo acuso—. Sabes tan bien como yo que aunque dejaras de hacer tu vida, habría sido para nada. Tu madre nunca estaba en casa. Y no está así solo por sufrir bipolaridad, no te fustigues con los «tal vez» y los «y si hubiera hecho esto o aquello». Es una adicta, Iván. Nada de lo que te imaginas o acusas a ti mismo lo cambia.

»¿Crees acaso que dejando de vivir, de avanzar, podrías haber alterado el destino? Yo creo que no. Y en el fondo, tú también lo sabes.

Se aferra a mi desesperación, y yo le devuelvo el abrazo con la fuerza de todo lo que soy.

—Mira el lado positivo: está viva y bien —farfullo contra el hueco de su cuello. «¿En qué momento se volvió tan alto?»—. Se quedará ingresada durante un tiempo. Lo suficiente para que se recupere de la malnutrición que sufre. —Me aparto de su agarre de oso—. ¿Por qué no me dijiste que estaba tan mal? Cuando me hablabas sobre su delgadez, pensaba que te referías a que había perdido cinco o seis kilos. Tu madre siempre ha sido flaca, y perder unos kilitos se le nota enseguida. —Le doy unos golpes con el dedo en el pecho de forma acusatoria—. Pesa cuarenta y cuatro kilos, ¿me lo ibas a decir alguna vez o pretendías seguir escondiéndola?

—Mi madre es asunto mío —replica con voz dura. Su intento de amedrentarme podría haber funcionado si no tuviera los ojos llorosos y siguiera sujeto a mi cintura tan fuerte que casi me hace daño.

—¿Ya has terminado de hacerte el gallito? —le reclamo—. Te conozco desde que tenías las bolas calvas, no hay nada de ti que se me escape, mucho menos una mentira.

—No quería que te preocuparas más —responde avergonzado por que lo haya pillado—. Ya haces mucho por mí.

—¿Y la comida? Todos los días te llevabas algo preparado para ella y para ti —le pregunto, ignorando lo que acaba de decir.

Desvía la mirada, culpable.

—Casi toda acaba en la basura —me responde—. Pero, Netta..., nunca se portó mal conmigo. Algunas noches entraba en mi cuarto y se sentaba en mi cama. Me despertaba y hablábamos durante horas. Me contaba historias divertidísimas o de cómo luchó contra su familia para poder tenerme.

Quiere que lo entienda. Quiere que comprenda el por qué siempre la defendió. El por qué sigue haciéndolo y ocultándola del mundo... de mí. Y de verdad que lo hago. Entiendo que quiere a su madre con desesperación y, sin embargo, no es un amor sano.

Si deformas ese sentimiento que debería ser cálido, suave y especial en algo retorcido, enfermizo y dependiente, se convierte en algo tóxico. E Iván, al negar lo evidente y negarse con ello a pedir ayuda, lo ha transformado en eso. Un amor negro en

el que él da y cuida de manera incondicional y solo recibe unos pocos minutos de cariño y palabras especiales robados a la adicción de su madre junto con más responsabilidad de la que puede manejar un niño.

Pero bueno, no todo es malo. Casi cualquier cosa se puede enderezar, y Mónica es una de ellas. Ahora mismo está en tratamiento psicológico y libre de drogas en su organismo. No voy a encontrar una ocasión mejor en la que hablar con ella, tratar de hacerla cambiar de idea respecto a la rehabilitación y convencerla para que ingrese en la clínica.

—Tu madre te ama, Iván. De eso no me cabe duda. Lo que pasa es que, a veces, el amor no es suficiente para vencer a las drogas. Sin embargo —rectifico con rapidez al ver su cara de pánico—, este no es uno de ellos. Vamos a salir adelante. Tu madre se va a poner bien.

Lo vuelvo a abrazar, sujetándolo a mi cuerpo, intentando transmitirle con ese gesto seguridad, mientras yo recargo las fuerzas necesarias para salir adelante.

—Vale ya de sentimentalismos —le digo tras respirar profundamente y lograr recomponer una falsa sonrisa—. Aquí no haces nada, Iván. Vete a casa. Te llamaré si existe algún cambio.

—No quiero irme. Si pasa algo, quiero estar aquí, en el hospital y a tu lado. No tienes que seguir cuidando de mi madre si estoy aquí.

—Tienes razón. Ya que estás aquí, puedes ser de utilidad... ¿por qué no te acercas a la cafetería, comes algo y, de paso, me traes un chocolate? Sabes que si no tengo mi dosis de *vitamina C* me pongo de muy mala leche —le sugiero y, esta vez, la sonrisa que me sale es auténtica—. Ya hablaremos cuando haya recargado las pilas sobre lo de quedarte o no.

—Está bien —asiente resignado. Sabe que tengo una adicción insana por el dulce—. Te compraré chocolatinas, pero no te las daré hasta que hayas comido algo más consistente. No puedes vivir solo de azúcar.

—Estoy de acuerdo con el chico —interviene Cosimo—. No puedes alimentarte solo de porquerías azucaradas.

—¡Eh! ¿Quién es el adulto aquí? —me quejo. Y aunque mi estómago se cierra en forma de protesta, le digo a sabiendas de que necesita sentirse útil—: Ya que los machos se han unido en contra de la frágil hembra... Píllame algún bocata y una cola. Y ni se te ocurra olvidarte de mis golosinas.

Me da un fugaz beso en el cachete y se va corriendo, atravesando una puerta que conduce a alguna clase de pasillo. Cuando me aseguro de que no va a regresar, de repente, le digo a Cosimo:

—Espero que tengas hambres, porque yo tengo el estómago cerrado.

—Tienes que comer, Simonetta —me reprende con suavidad—. Esta noche has pasado por mucho y me temo que esto aún no se ha acabado. Necesitas estar fuerte. A nadie le beneficia que te dé una bajada de tensión y que te desmayes a causa del hambre y el agotamiento.

—Intentaré tomar algún bocado, *Limone*, aunque no te prometo nada —claudico—. Sospecho que todo lo que pruebe irá directo a mi parte trasera sin hacer una parada en el estómago. No creo que sea muy agradable.

—Con que lo intentes, me conformo —se acerca y me da un piquito en la punta de la nariz—. Estoy orgulloso de ti. Te has comportado con una serenidad y un aplomo increíbles.

—Estaba, estoy, muerta de miedo. Al principio me quedé paralizada.

—Pero reaccionaste a tiempo. Eso es lo único que importa.

Cerrando los ojos, me dejo caer en su contra, apoyando todo mi peso en él. Huelo su esencia: una mezcla de azúcar, chocolate y Cosimo. Inspiro en profundidad y me dejo llevar por el cansancio, sabiendo en mi interior que si me caigo o si pasa algo, él no me dejará a mi suerte.

Pasea sus manos por mi espalda, me masajea el cuello, y yo estoy preparada para dejarme llevar por Morfeo.

—Familiares de Mónica Suarez —llama una aséptica voz a través de un altavoz.

Me retiro de Cosimo y le digo:

—Más te vale que cuando regrese tenga un arsenal de chuches esperándome. Esto tiene pinta de ir para largo y necesitaré reponer fuerzas a mi regreso.

Me dirijo hacia el mostrador como si lo hiciera hacia un tribunal de fusilamiento. Porque así es como me siento: a punto de ser aniquilada. Porque como me digan que la madre de Iván ha empeorado o peor..., decírselo a mi niño será mi muerte.

Al final, tanto drama para que me dijeran: «la paciente sigue estable. Están prohibidas las visitas. El médico hablará con usted mañana por la mañana, cuando termine sus rondas».

«Por cierto, gracias por el susto, simpática enfermera.», pienso al verla marcharse y dejarme sola en medio de la nada.

Mirando al suelo, me fijo en todas esas líneas de colores marcadas en las baldosas. Me siento como una muy perdida Dorothy, a la que le han marcado varios caminos con los cuales encontrar la ciudad Esmeralda y no llega a decidirse por ninguno.

Tras pensarlo con detenimiento, me decido por seguir el rastro del rojo. Es mi color favorito. Está bien, no es una decisión muy meditada, pero el color me atrae. Y no tengo la cabeza para rollos psicológicos en este momento. Me dejo llevar.

Camino durante un ratito sin levantar la cabeza del suelo. Sé, porque veo sus zapatos, que me cruzo con otras personas, sin embargo, o están tan distraídas como yo o simplemente siguen el camino correcto, porque nadie me detiene.

Llego a una puerta que dice: Hazte donante. Y no me lo pienso. Entro y una enfermera muy simpática (y esta vez lo digo de verdad) me tiende un cuestionario que recojo con fervor. Esto mantendrá mi mente ocupada por un ratito.

Sífilis: no, gracias.

Convulsiones: no.

Epilepsia: no. (Puedo ir a la Disco sin que me dé un chungo).

Enfermedad de Chagas: la dejo aparte para que me expliquen de qué va eso.

Sida: no.

Diarrea: no. (Pero ahora que lo dice, me siento el estómago un poco suelto).

Rabia: No. (La espuma en la boca no me sienta bien al *look*).

Tatuajes o *piercing*: (por ahora) no. (Aunque va siendo hora de que modernice mi cuerpo).

Le entrego el formulario completo y al darle el visto bueno, le tiendo mi dedo índice para que me lo pinche. Todo ok. Vamos a donar.

Me recuesto en uno de esos butacones tan cómodos. Cierro los ojos, me relajo y dejo que me hagan lo que sea. Mientras me dejen descansar un ratito, no me quejaré por nada.

Al volver a abrirlos, me encuentro con la enfermera de pie a mi lado.

—Hola, bella durmiente —me saluda.

—¡Oh! Lo siento... —respondo azorada, restregándome los ojos perezosamente—. ¿Cuánto tiempo he dormido?

—No te preocupes, no ha sido mucho. —Sonríe—. Parecía como si lo necesitaras, así que decidí dejarte descansar un poco.

—La verdad es que no sabía que estuviera tan cansada. —Compruebo el reloj y me fijo en que son más de las cuatro de la mañana—. Aunque no me extraña nada que haya caído en coma... ¡Es tardísimo! Tienen que estar preguntándose en dónde me he metido.

—Eso se debe a la falta de estímulos. La adrenalina ha abandonado tu sistema y el cansancio ha ganado terreno —me explica con voz dulce—. Si quieres, puedes quedarte un poco más. No es como que estés ocupando un sitio que haga falta. No es que haya una fila de gente para donar. Bueno, ni a esta hora ni a ninguna... —comenta.

—Espero que mi pequeña aportación sanguínea sirviera de algo —le digo, consciente de que este servicio vital se mantiene gracias a las donaciones voluntarias.

—Toda ayuda es poca y bienvenida. Míralo así, tal vez tu sangre ayude a salvar la vida de alguien algún día. —Esta mujer es reconfortante. Parece tener solo las palabras adecuadas en cada momento—. Además, tus ronquidos han puesto algo de *salsa* a la sala. Yo misma corría el riesgo de caer rendida sobre el escritorio en cualquier momento.

—Yo no ronco —digo a la defensiva, pero sin sentirme ofendida en lo más mínimo e incorporándome en el asiento—, tan solo respiro fuerte. Es un problema genético y tal...

—Respiro fuerte, dice —se burla jocosa—. Cuando te veas en YouTube, comprobarás que eso que salía de tu boca se asimilaba más al bramido furioso de un búfalo que a un problema de genes... Serás un éxito, ya verás. Incluso harán politonos con tus berridos.

Me río con ganas. Esta señora me cae bien. No obstante, el deber me llama, y Cosimo e Iván tienen que estar comiéndose las uñas por la preocupación.

—Encantada de haber hablado contigo...

—Alicia.

—Encantada de haberte conocido, Alicia, pero no puedo esconderme aquí para siempre. Y créeme cuando te digo que, en estos instantes, unas vacaciones indefinidas me encantarían —le digo—. Es hora de enfrentarme a la realidad, a poder ser, llevando conmigo un café extra fuerte, a reventar de leche condensada, un pegote gigante de nata por encima y cacao.

—Si consigues uno de esos por aquí, acuérdate de mí y tráeme uno... o tres —me dice con sorna. Me tiende un zumo y lo que parece ser algún tipo de bollería industrial—. Por ahora, confórmate con esto. Cómetelo. No quiero que te desmayes por mi culpa en medio de tu expedición en busca del café perfecto.

Acepto la pequeña botella de vidrio con gusto. De repente, siento la garganta seca y la boca pastosa. Seguramente de dormir como un tronco y con la boca abierta. Me lo bebo con gusto y gula, pero el dulce indeterminado lo dejo tranquilo. No quiero arriesgarme a pillar un dolor de estómago.

De un solo movimiento, me pongo de pie, y un mareo me sobreviene.

—¡Alto, chica! —me ordena Alicia con una voz de mando contraria a su aspecto dulce y cándido. Quién iba a decir que una mujer con este aspecto maternal y de oso de peluche podría imponer tanto respeto—. Tienes que levantarte poco a poco. Tu organismo tiene que acostumbrarse a que ha perdido sangre.

Lo vuelvo a intentar (esta vez, a cámara lenta) y consigo mantenerme de pie sin problemas, pero no me muevo. La parte trasera de mis piernas pegada a la butaca.

—Por lo que veo, estás ansiosa por dejarme sola —me dice entre risas.

—¿Tanto se me nota?

—¿Mal día?

—Mala noche —respondo—. Aunque me temo que lo que me queda por delante será peor.

—No digas eso, mujer. ¿No te sabes el dicho: hay solución para todo menos para la muerte? —me dice en un intento por animarme—. Trabajando aquí, he visto de todo. Personas hundidas, gente optimista; situaciones desesperadas que al final se han arreglado, y otras que no tenían arreglo, pero se han sabido llevar igual de bien.

»Mientras a las personas les quede un aliento por el que luchar, no hay pérdida ni final.

—Si todo dependiera de mí, sería más optimista. Sin embargo..., no está en mi mano. Yo tan solo puedo sugerir e insistir. No es que eso sea de mucha utilidad.

—Pero piensa un cosa, ¿qué pierdes por intentarlo? —inquire—. El «no» ya lo tienes, no pierdes nada por tratar de cambiar las cosas. Que nadie te pueda acusar de no haber dado todo de ti. Y aunque no lo consigas, te puedes acostar por la noche con la conciencia tranquila porque hiciste todo lo que estuvo en tu mano.

—No quiero decepcionar a nadie. Iván depende de mí —pienso en voz alta.

—Estoy absolutamente segura de que ese tal Iván sabe lo que te preocupas por él y lo mucho que te importa su felicidad. Tan solo el que te hayas ofrecido a arreglar las cosas dice mucho de ti como persona, y ese chico lo sabe. No lo vas a decepcionar por algo que, como tú dices, no depende de ti.

Esa es una gran verdad. No sé si lo conseguiré, pero que nadie diga que Simonetta Copano no da el 100% de sí misma en todo lo que emprende. No voy a defraudar a nadie siendo negativa. Y si Mónica no se ingresa, seguiré ayudando y apoyando a mi niño mimado en todo lo que pueda. Le demostraré que siempre podrá contar conmigo.

—Muchas gracias, Alicia —le digo, besándola en la mejilla—. Deberías de tener un consultorio, se te da muy bien esto de guiar a los perdidos.

—Dar consejos es muy fácil, lo difícil es aceptarlos. Suerte.

Con un gesto de la mano como despedida, me voy. Regreso a la zona de guerra sin miedo. Me siento preparada para lo que sea.

En la sala de espera, me reciben caras largas y ojos cansados y tristes. Por lo menos así lo hace mi novio, aunque estoy segura que si Iván no se encontrara dormido con la cabeza doblada en un ángulo que parece bastante incómodo, también lo haría.

—¿Dónde coño has estado? —me recrimina Cosimo sin levantarse del asiento—. No teníamos ni idea de dónde estabas ni forma de comunicarnos contigo. Te dejaste el teléfono cuando fuiste a hablar con la enfermera. ¿Para qué coño lo quieres si no lo llevas contigo?

—Lo siento —le digo compungida—. Fui a donar sangre y me quedé dormida sobre la camilla.

Su rostro se relaja. Me empuja hasta su regazo y me abraza.

—No. Perdóname tú a mí. Estaba preocupado. Estábamos preocupados —se corrige. Acerca su boca a mi oreja y me susurra—: Iván estaba como loco. No dejaba de mirar a través del cristal y de preguntar por ti a la chica de recepción. No creo que

sea conveniente que te alejes mucho de su lado en estos momentos.

—Joder... soy de lo peor —me recrimino hablándole de igual manera, pegándome a su oído—. Él sufriendo, y yo como un tronco.

Me acaricia el cuello. Hociquea el hueco detrás de mi oreja y me besa.

—No te vuelvas loca. Hasta el más fuerte sucumbiría, y tú has pasado por mucho en poco tiempo —me disculpa—. Ahora, acércate al chico y dedícale alguno de esos mimitos tuyos. Ya verás cómo se tranquiliza al ver que ya estás aquí sana y salva.

—No me gustaría despertarlo. Necesita descansar todo lo posible.

—Eso es verdad. Pero me apuesto lo que sea a que si lo despiertas, le estarás haciendo un favor a largo plazo. La tortícolis es bastante jodida. Te lo digo por experiencia. —Me dedica otra de mis amadas sonrisas—. La padecí una vez y parecía una pobre y dolorida imitación de *Robocop*. No podía ni mear sin que pareciera que me estaban clavando un puñal en el cuello por culpa de los movimientos de cabeza involuntarios que hice al ir a bajarme la cremallera.

Imaginarme al pobre Cosimo de esa guisa hace que me relaje, y consigo reírme aplastando la cara contra su pecho para amortiguar mis carcajadas. ¡Dios, como lo amo! Incluso en momentos como estos, hace o dice algo para hacerme sentir bien, feliz... afortunada por tenerlo a mi lado.

—Tienes razón —le digo al tiempo que me levanto de su regazo y me siento en una silla pegada a la de Iván—. No quiero que sienta más incomodidad de la necesaria. Ya tiene bastante con tener la mente echa un lío, no quiero tener que preocuparme también por su cuerpo.

Con suavidad, manejo el inconsciente cuerpo de mi niño y le muevo el tronco superior hasta mi regazo.

—¿Netta? —pregunta aún dormido y con un toque de ansiedad en su voz.

—Shhh. Sigue descansando. Estoy aquí. No me iré a ninguna parte.

Pasa un brazo alrededor de mi pierna, como si de una enredadera se tratase. Como si quisiera asegurarse que no me escaparé de su lado. Entierro los dedos por su pelo, acariciándolo como cuando era pequeño. Lo oigo suspirar y vuelve a dormirse profundamente.

—Yo te cuidaré, Iván.

Me despierto aturdida y con dolor de espalda. Siento mi almohada mucho más dura

de lo normal, y el cuello, en consecuencia, lo tengo tenso y dolorido. No quiero abrir los ojos para no perder el sueño. Intento desperezarme y rodar sobre mi cama para encontrar otra postura lo bastante cómoda para que me lleve de vuelta al país de los sueños, pero parece ser que las sábanas se han enredado entre mis piernas porque no puedo moverlas. Estiro los brazos, y mi codo choca contra algo.

—¡Ay, joder!

Asombrada por la queja masculina, intento abrir los ojos. Al hacerlo, comienzo a parpadear sin parar y empiezan a caerme lágrimas debido a la fuerte luz. Estoy confundida. No recuerdo haberme dormido sin apagarla ni tampoco acostarme con Cosimo esta noche.

Creo que salí y bebí demasiado. Siento la mente demasiado embotada, los recuerdos confusos.

Cuando por fin consigo mantener la mirada fija sin que me duela, la enfoco en lo que me rodea. No estoy en mi casa, ni siquiera en la de mi limón, estoy en una sala de espera. Paredes de un blanco descolorido me saludan, mi almohada no era tal, sino el hombro de mi novio; sábanas no se arremojan a mis pies, lo que me impide el movimiento es el cuerpo casi inmóvil de mi joven vecino.

Los gritos de Iván, Mónica inerte y desnuda en el suelo del salón de su casa, el RCP, la ambulancia, el hospital... no ha sido una pesadilla. Todo ha pasado, y ahora nos encontramos los tres aquí esperando a que nos den una actualización de su estado.

Enredo los dedos a través del cabello de mi niño y suspiro con fuerza. Ladeo la cabeza y la vuelvo a apoyar en Cosimo. Nada más tocar la tela de su camiseta, doy un respingo. La tiene toda mojada. He vuelto a llenarlo con mis babas... otra vez.

—Tienes que ir a casa a cambiarte —le susurro, fijándome en la gran mancha de humedad que recubre su blusa en la zona del hombro y del pecho.

—¿Estás de broma? —me pregunta en el mismo tono de voz—. No voy a dejarlos solos aquí. Me da igual la camiseta.

—Tal vez quieras darte una ducha —le digo, intentado darle una salida cómoda por si desea irse. Al fin y al cabo, esta no es su lucha, ¿no?

—Me quedo —dice con rotundidad, levantándose la cara para enfrentarme y que pueda ver la determinación en su rostro—. Me voy a quedar y no hay discusión que valga... no lo hago solo por ti. Iván también me importa.

Su determinada mirada del tipo *no voy a volver a repetirlo*, me calienta el

corazón. En el fondo (y en la superficie), quiero, necesito, que se quede a mi lado.

—Me alegro de que estés aquí, Cosimo. Todo es más sencillo y llevable contigo apoyándome —admito con timidez. Cosa que espero que disimule el estar hablando en murmullos para que el chico no se despierte. Me sacudo el momento tierno y digo embozando una pícaro sonrisa—: Te daría un beso mezcla de agradecimiento y buenos días, pero creo que ya tienes demasiada de mi saliva en tu cuerpo. —Le doy suaves golpecitos con el dedo en la zona húmeda para que sepa de qué le hablo—. Da gracias que no me huele mal el aliento...

—Tu halitosis mañanera es lo que menos me preocupa en este momento.

Y me lo demuestra besándome con lentitud. Explorando mi boca con su lengua. Diciéndome sin palabras todo lo que siente por mí.

Es extraño como, antes de Cosimo, un beso era un simple intercambio de fluidos. Algunos buenos, otros no tanto. Algunos húmedos, otros secos; un prelude para el sexo o simplemente un juego... Con Cosimo, es todo eso y más. Es sentimiento, es placer... lo es todo. Hace que me olvide de donde estoy y de lo que me espera. Consigue que me centre en él y solo en él como si fuera el centro de mi universo. «Y tal vez se esté convirtiendo en eso».

—Si ya terminaron con el besuqueo, me gustaría levantarme y desperezarme un poco. —La voz soñolienta de Iván hace que nos separemos con una sonrisa—. Por cierto, eso sigue siendo asqueroso.

Mi chico, haciendo uso de su energía habitual, se levanta de un salto y comienza a estirarse al mismo tiempo que nos dedica un gran bostezo.

—Tengo hambre —nos dice.

—Qué raro en ti —le contesto.

Compruebo mi reloj y veo que todavía es muy pronto. A esta hora me estaría preparando para ir a correr o teniendo sexo mañanero... y aunque no ha pasado ni un día, ya añoro volver a mis viejas rutinas.

—¿Por qué no nos acercamos a la cafetería y tomamos algo? No me vendrá mal algo de café. Con suerte, tendrán algo comestible también.

—De acuerdo —dice Iván.

—Buena idea —responde Cosimo—. Me siento hambriento.

Vamos hacia la cafetería del Hospital y nos sentamos a engullir todo lo que hemos pedido. Mi niño mimado parlotea sin parar sobre todo y nada entre masticar y

masticar. Tras tragar el primer sorbo de café (el que mi cuerpo parece absorber antes de darle la oportunidad de viajar hasta mi estómago y dirigirlo directamente hacia mi cerebro), mi mente se activa. Iván parece demasiado alegre y optimista después del día que tuvo ayer. A ver, alabo su actitud, ser positivo es bueno, pero no lo veo coherente. Y mucho menos al recordar sus lágrimas y sus gritos. Nadie cambia *tan de repente* de Gruñón a Feliz, y mucho menos en estas circunstancias.

Espero hasta que lo veo tragar el último pedacito comestible en su plato para comenzar a hablar.

—Iván, ¿cómo te sientes con todo esto? ¿Estás bien?

—Sí —responde demasiado rápido para mi gusto—. Me encuentro bien.

—Me extraña que estés tan manso —le confieso—. No me parece normal.

—No te preocupes. Me siento tranquilo porque ya sé a qué atenerme —me explica sereno, y al ver mi cara de confusión, sigue diciendo—: Cuando hoy le den el alta y regresemos a casa, ya sabré qué hacer. Podré cuidarla mejor y no volverá a estar tan mal. No dejaré que ocurra.

Siento tener que romper sus ilusiones. Pero como dice el dicho: no hay mayor ciego que el que no quiere ver. E Iván no solo está ciego, sino también sordo.

—Cariño —empiezo con suavidad—. No me entendiste, o a lo mejor no me oíste cuando lo dije: van a dejar a tu madre ingresada durante una temporada. Tu madre sufre una grave malnutrición, tuvo una sobredosis... Eso no se cura de un día para el otro.

Le doy un apretón en la pierna a Cosimo por debajo de la mesa en busca de su apoyo moral y físico. Tocarlo me relaja.

—Hoy el médico hablará con nosotros y nos dirá qué es exactamente lo que le ocurre, en qué consistirá el tratamiento y la duración del mismo. —Mientras Cosimo le habla, ver como sus ojos vuelven a encharcarse me desarma—. Mira el lado bueno, aquí estará controlada y se recuperará más rápido.

—Todo esto es por mi culpa —dice el adolescente que tengo en frente y que ahora, y por la expresión grabada en su cara, se asemeja más a un niño. Un niño sufriendo.

—¿Por qué vuelves otra vez a lo mismo? No es culpa tuya. Para ya de una vez.

—Entonces, si no soy yo, que soy el que debería estar cuidándola, ¿quién la tiene?

—Nadie y todos —respondo con sinceridad—. La familia que no estuvo a su lado aun sabiendo que ella estaba enferma, tú y yo por tatarla durante todos estos años, e

incluso el administrador tiene parte de culpa, tenía que olerse que algo no iba bien con Mónica y no dijo nada. Cada uno de nosotros, por una u otra razón, ha sido partícipe en todo esto.

»No te amargues pensando en cosas sin sentido. No vale la pena y te meterás de lleno en un círculo vicioso de dolor y remordimientos. Por mucho que queramos, no se puede cambiar el pasado.

—Tienes que concentrarte en hacerlo mejor en el futuro —habla Cosimo—. Nos queda un duro trabajo por delante. Tenemos que conseguir entre todos que tu madre ingrese en esa clínica, pero para eso, primero tiene que estar fuerte físicamente.

—¿Crees que accederá a internarse? —me pregunta Iván, y estoy segura que en su interior brilla la esperanza.

Embozo mi mejor sonrisa y le respondo segura:

—No vamos a tener mejor ocasión para comprobarlo.

Los siguientes días fueron agotadores. No solo a nivel físico, sino al psicológico también. Descubrí que Mónica (o alguien) me había nombrado persona de contacto en caso de emergencia médica. Desconozco cuándo o cómo, pero desde que ocurrió, todo el mundo se ha dirigido a mí para tratar todos los temas médicos y pedir autorizaciones para esto y aquello.

He establecido una rutina: primera hora, obligar a Iván a ir a clase y visita al hospital para que me actualicen el estado de su madre. Tras eso, voy al trabajo y hago lo que tengo que hacer; al mediodía hago la comida para mi chico y (otra vez) lo obligo a que se la acabe. Vamos al hospital y de allí se va al entrenamiento. Yo me quedo hasta que se acaba la hora de visita y regreso a mi casa a descansar. Casi siempre me encuentro con Cosimo y con Sandra, e incluso Tazia dentro. Aunque la mayoría de las veces los ojos se me cierran solos, una vez que estoy duchada y sentada en el sofá, me alegra que vengan. Me hacen sentir que existe vida fuera de la rutina que he creado y, lo más importante, que todavía formo parte de ella.

Mónica, pese a que se encuentra relativamente mejor, se pasa durmiendo casi todo el día. Cosa que, aunque suene cruel, agradezco. No es una persona amable, sobre todo desde que frustramos su último intento de escape del hospital en busca de drogas. Había rehusado tajantemente a tomar los medicamentos necesarios para tratar su bipolaridad, alegando que no la dejaba pensar con claridad. Eso la metió de lleno en una fase depresiva en la que se quejaba constantemente de que allí se aburría o en la que se las pasaba llorando como una magdalena sin dirigirle la palabra a nadie... Intento que su hijo lo sufra en la menor medida, pero no puedo evitarlo. Y cuando entra en la habitación y la ve con el rostro hinchado por las lágrimas, su cara se descompone de dolor. Por suerte, el médico ha creído oportuno tratarla de su trastorno, y la ha empezado a medicar informándole de ello, pero sin que tenga que dar ella su consentimiento. Cree que ayudará a su recuperación, ya que la hará más racional y no supondrá un problema para sí misma.

Por otro lado, a pesar de que la encuentro más lúcida y tranquila, me han asegurado que eso no la ha curado de su adicción a las drogas. Que no me extrañe si sale y vuelve a la vida de antes. Bueno, eso lo dejó claro ella misma con su intento de fuga

al más puro cutre-estilo de las películas quinquis de los 70... Así que nuestro plan original de intentar que ingrese en desintoxicación sigue en pie.

Me han comunicado que si acepta desengancharse y buscamos un centro adecuado que la siga tratando de la malnutrición pueden darle el alta en pocos días y transferirla de allí a la clínica que elijamos. Esa es la señal que necesito. Creo que ya ha llegado el momento de poner los puntos sobre las íes, de cambiar y ponerse serios. La hora de la verdad ha llegado. Voy a hablar con ella de una vez.

Pico en la puerta y entro sin esperar permiso. No creo que esté dormida y quiero acabar con esto antes de que pase algo que me haga perder el empuje.

La encuentro acostada en la cama, despierta, pero con la vista perdida. Aunque he hecho ruido al abrir y cerrar y al apartarle la pequeña mesa cubierta con una merienda a base de frutas y yogurt, que no ha tocado, no parece reconocer mi presencia. Me siento a su vera, hundiendo el colchón bajo mi peso, y todavía así no se digna ni a mirarme.

—Mónica —la llamo—, tenemos que hablar.

Si no hubiera visto las pequeñas arrugas que se le han formado alrededor de la boca, podría decir que está soñando despierta, por el contrario, ese gesto me indica que me ignora deliberadamente.

—Tienes que tomar una decisión sobre el futuro. No puedes seguir así. Piensa en Ivá...

—Cuando era pequeña —me interrumpe—, me gustaba acostarme en la hierba del jardín trasero de casa de mis padres y mirar las nubes. Me podía pasar horas allí tumbada —me dice sin hacer contacto visual—. Hacerlo me relajaba y distraía mi mente. Conseguía abstraerme lo suficiente de la realidad como para olvidar lo triste que me sentía casi siempre. Mi madre solía bromear conmigo diciendo que debí nacer en otra época. En una de esas en la que la gente melancólica como yo triunfaban como poetas o dramaturgos... —Gira la cabeza y enfrenta mi mirada—. Pese al chiste, notaba que estaba preocupada por mí. Al contrario de lo que la gente piensa, siempre he sabido que algo estaba mal conmigo, pero ¿no? conseguía averiguar el qué y al crecer, cuando las nubes dejaron de ejercer ese efecto tranquilizador, busqué otro tipo de cosas que me hicieran sentir normal. Un porrito de vez en cuando, saquear el mueble bar de mis padres... No quería ser la rarita, la loca o la chiflada. Quería ser como todos los demás. Y colocarme me daba esa impresión de normalidad que tanto

necesitaba.

»Conocí a Fran en una de esas fiestas que se hacían para recaudar fondos para el viaje de fin de curso, era el primo de uno de los chicos de último año. Desde el primer momento, no me juzgó. No se extrañaba con mis cambios de humor. Al contrario que los demás, no me juzgaba al notarme triste o eufórica, tan solo hacia lo posible para calmarme. Casi sin pensar, se convirtió en mi nube del cielo. Por él es que fui al médico por primera vez. Me llamarón bipolar y me pre-escribieron unas pastillas que tomé durante poco tiempo. Me embotaban la mente y al quedar embarazada, decidimos que debía dejar de tomarlas. No queríamos que el bebé sufriera daños.

Estoy hipnotizada con sus palabras. Creo que es la primera vez que la oigo hablar tanto y de manera tan racional. Reconozco que me gusta escucharla, tiene una voz dulce y algo ronca que hace que te involucres de lleno con la historia que cuenta.

—Nos casamos y nos dedicamos de lleno a formar una familia. Queríamos hacer las cosas bien por nuestro hijo —continúa—. Yo dejé de estudiar, y Fran comenzó a trabajar en el negocio familiar como aprendiz de fontanería. Éramos tan felices... por lo menos yo lo fui. Ahora me doy cuenta de lo difícil que tuvo que ser vivir conmigo. Pasaron los años y notamos que mi estado iba empeorando. Mis cambios de humor iban de mal en peor. Intenté tomar la medicación, pero no era como esta. No me dejaba pensar... así que volví a estar como al principio, solo que mi marido ya no conseguía calmarme.

»Me escapaba de casa y dejaba a Iván solo mientras dormía para meterme en algún bar cercano. Al regresar, lo hacía apestando a alcohol, drogas e incluso, a veces, sexo. Fran me recibía con una triste sonrisa y me decía que todo iba a salir bien. Cuando enfermó, volví a medicarme. Parecía un zombi, pero por lo menos estaba a su lado y cuidaba de nuestro hijo. —Se recuesta y cierra los ojos—. Cuando murió, mi mundo se desmoronó. Me peleé con su familia y con la mía, quería que me dejaran en paz. Me creía capaz de cuidar de Iván y de mí misma. —Suelta una triste carcajada—. Era una ilusa. ¿Crees que no me he dado cuenta que ha sido solo gracias a ti que no me han quitado a mi hijo?

Aunque creo que es una pregunta retórica, respondo:

—No. Creía que no. —No sé si me conviene ser sincera en estos momentos, solo sé que no puedo mentirle a alguien que se acaba de sincerar conmigo de la forma en

que ella lo ha hecho—. Pensaba que no me tenías en cuenta.

—Has sido para Iván más madre que yo, ¿por qué no iba a reconocer ese detalle?

—No sé... ¿Tal vez porque esta es la primera conversación civilizada que tenemos en años? —«¿O porque antes estabas demasiado colocada como para darte cuenta de mi existencia y cuando lo hacías, era para insultarme o pedirme dinero?». Omito esta última parte, dejándola dicha solo en mi mente—. Pero esto tiene que cambiar. Iván se merece que mejores. Se merece una madre sana y fuera de las drogas. Es un gran chico, Mónica, uno que ha visto cosas que nadie, y mucho menos un niño, debería de ver.

—Lo sé y quiero cambiar. De verdad. —Se frota la cara con las manos de forma desesperada—. ¿Qué está mal conmigo que incluso ahora, acostada en esta cama y hablando de mi hijo, en lo único que puedo pensar es en que necesito pillar algo? ¿Por qué no puedo dejar de pensar en eso?

—Eres una adicta —le doy la respuesta fácil—. Necesitas ayuda, y si de verdad quieres dejarlo, yo te la proporcionaré. Tu hijo y yo ya hemos estado hablando del tema, incluso tenemos una plaza reservada para ti en una clínica privada en las afueras.

—¿Un desintoxicarme? Estás exagerando... No creo que necesite llegar a tanto — protesta entre dientes—. No soy uno de esos *yonkis* que ves tirados por ahí.

—No, no lo eres —coincido—. A ti lo que te gusta es colocarte de todo lo que tengas a mano, dejar a tu hijo abandonado por días, meter a gente extraña en tu casa, (que da la casualidad que suelen ser lo más bajo de la sociedad) y convertirte en el alma de la fiesta mientras Iván huye de allí como alma que lleva el diablo —la acuso—. ¿Recuerdas por lo menos que cuando estás en ese estado tienes tendencia a follarte a todo lo que se mueva, da igual quién esté delante? Pues uno de esos espectadores involuntarios es tu hijo.

Me mira horrorizada.

—Creo que en casa y medicándome como lo estoy haciendo ahora, estaré bien — dice sin bajarse del burro.

—No te engañes a ti misma con esa idea —le digo tajante—. Tú misma me acabas de decir que te mueres por consumir. ¿Qué te va a impedir hacerlo cuando te encuentres sola y las ansias vengan a ti?

—No estaré sola. Mi hijo me acompañará.

—Ni pienses en que vas a tener a Iván cuidándote todo el tiempo. Es un adolescente, no un perro guardián.

—Es mi hijo —afirma como si eso le diera derecho a robarle su vida.

—Sí, lo es. Y deberás demostrarle que lo quieres y que serás la madre que necesita a su lado —respondo con vehemencia—. Y perdona que te diga, obligándolo a que te vea sufrir y a que lidie con cosas que no debería ni siquiera imaginar, no lo estás haciendo.

—No quiero ingresar en ningún sitio... —refunfuña cual niña pequeña.

—Dentro de poco es su cumpleaños y lo único que me ha pedido como regalo es que te recuperes —le digo, atacándola con la verdad a ver si reacciona.

No lo consigo, así que sigo con mi perorata.

—¿Sabías que un equipo importante quiere fichar a tu hijo? —Su cara refleja desconcierto y orgullo. Me gusta que se sienta de esa forma porque ya es hora de jugar sucio con ella. Si tengo que machacar un poco su dignidad y orgullo personal para que haga lo correcto, lo haré—. Va a decir que no. Por lo visto, los padres tienen que ser un punto de apoyo activo en lo que al club concierne, yendo paso a paso en el proceso de fichaje y adaptación en el club. Tendrías que asistir a algunas reuniones, y no quiere que lo hagas... he intentado decirle que iré yo en tu lugar, pero es imposible. Tienes que ser tú.

Veo como asimila mis palabras y el significado no tan oculto en ellas.

—Mi hijo se avergüenza de mí —susurra. Enfrento su mirada con firmeza. Confirmando de manera indirecta, con ese gesto, sus sospechas—, y no lo culpo. Yo también lo haría.

—Puedes cambiar, Mónica. Lo sé. Haz que tu hijo se sienta orgulloso —le digo—. Te quiere más que a nada en el mundo. Es más, su mundo gira en torno a ti... No dejes que se vuelva un chico resentido con la vida que le ha tocado vivir. Eres joven, lista, guapa. Lo tienes todo en tu mano para ser una persona mejor.

—Pero ¿y si no lo consigo? Estoy dañada por dentro.

—Lo conseguirás —afirmo absolutamente convencida, y más viendo lo bien que le sientan las nuevas pastillas—. Vas a ser una persona feliz, Mónica, y tendrás a tu hijo a tu lado como testigo de ello.

—¿Te ocuparás de Iván mientras esté lejos? —me pregunta, mordiéndose el labio inferior en un gesto nervioso

—Por supuesto —contesto—. Me encargaré de él y lo llevaré a visitarte desde que se pueda. No te preocupes por nada, Mónica. No se olvidará de ti. Eres su madre y te ama. Yo solo soy una sustituta temporal que no quiere ni necesita quitarte ese puesto.

—¿Cuánto tiempo tengo para decidirme? —inquire.

—No hay tiempo límite. No existe una caducidad para la oferta. Es de tu salud de lo que estamos hablando, no un paquete de galletas —respondo—. Desde que los médicos me digan que puedes trasladarte y tú me des el sí, todo irá muy rápido. Tan solo tengo que hacer una llamada, empacar una maleta con tus cosas y estaremos listos.

—Está bien. Acepto —al decir esa última palabra, suelta un sonoro suspiro—. Solo espero que el médico me dé el alta antes de que me arrepienta o antes de que trate de escaparme de aquí otra vez...

Su tono de desamparo me hace reír. Mi chico se va a poner muy contento. Como dicen por ahí: existe luz al final del túnel.

—Si pretendes hacer un intento como el de la otra vez, avísame con antelación. Quiero tener el móvil con la batería cargada para que el video que pienso hacerte no se me corte a la mitad.

Sonríe, y se parece tanto a su hijo al hacerlo que me encuentro devolviéndosela con ganas.

—Voy a enviarle un mensaje a Iván para que al salir del entreno venga derecho hasta aquí —le digo, cogiendo el teléfono para hacerlo y, de paso, otro a mi novio dándole las buenas noticias—. No sabes lo contento que se pondrá cuando le digas que vas a ingresarte.

—Ojalá no acabe decepcionado... —farfulla entre dientes.

—No seas negativa. La predisposición a querer recuperarte ya la tienes, y ese es el mayor de los pasos —expongo con vehemencia—. Si crees firmemente en ello, lo lograrás.

—Tienes más confianza en mí que yo misma —afirma—. Gracias. Eres una buena persona, Netta. Me hace falta alguien positivo al lado. Una persona que me aliente a seguir adelante.

—Si lo que quieres es una animadora, soy tu mujer. —Le guiño un ojo—. Cualquier excusa es buena para poder disfrazarme, y será un buen cambio hacerlo fuera de un contexto sexual...

Mónica comienza a reírse. De su boca salen unas verdaderas y estruendosas carcajadas. Nunca la había visto y conseguir que lo haga me llena de un tonto orgullo.

—Ya entiendo el por qué mi hijo está encandilado contigo —me dice entre jadeos en busca de aire—. Si siempre eres así de ocurrente, se lo tiene que pasar bomba contigo.

—Soy como su hermana mayor consentidora.

—¡Eh! No te pases. No soy tan vieja como para tener un hijo de tu edad...

—Verdad —coincido—. No sé la edad que tienes, pero no puedes ser mucho mayor que yo.

—Treinta y dos quemados años —suspira—, aunque parece que tengo veinte más.

Se pasa las manos por la cara, restregándose los ojos de paso. De repente, parece cansada y, como ella dice, mucho más mayor que la edad que tiene en realidad.

—¿Sabes que es lo más triste de todo? —Toma una botella de agua de la mesita de noche y le da un largo trago—. Hace tanto que no me río que creí que no sería capaz de hacerlo sin las drogas pululando por mi cuerpo, y todavía así, me muero por probarlas de nuevo.

—Normal. Has dependido de eso durante mucho tiempo. Solo tienes que aprender a vivir sin ello. En la clínica tienen personas que te ayudarán a conseguirlo.

No se me ha pasado el hecho de que ha llevado la conversación a su terreno, hacia lo que le provocaba toda la mierda que se metía en el cuerpo, ni la manera en que mira con disimulado anhelo la puerta, como si deseara escapar de aquí.

La tarde pasa en calma. Mónica se vuelve a dormir, y yo me dedico a leer un ratito.

Iván aparece por la puerta, seguido por Cosimo, que parece haberlo ido a buscar al entreno. Viene a mi lado y me aprieta la punta de la nariz con el índice.

—Hola, Netta —me saluda.

Se para al lado de la cama y le da un pequeño beso a su durmiente madre en la chupada mejilla que, al sentirlo, se despierta y levanta la mano para acariciarlo en la cara.

Cosimo me abraza por detrás y apoya su barbilla en mi hombro

—Hola, *Limone* —lo saludo—. Te he echado de menos.

Cambiando mi atención a mi niño mimado y a su madre, empiezo a hablar:

—Tenemos algo que decirte, Iván —le digo, dándole pie a Mónica para que continúe ella con la conversación.

Ella no contesta inmediatamente. Cosa que comprendo, porque ¿cómo le dices a una persona que quieres, pero con la que casi no has tenido una conversación coherente en años, que vas a entrar en desintoxicación? Yo también me lo pensaría antes de hacerlo.

—Bueno... —comienza dubitativa. Toma una respiración profunda y sigue hablando—: Sabes mejor que nadie que no estoy bien. Que necesito ayuda.

—Sí —contesta Iván, constatando que sabe a lo que se refiere, pero sin saber muy bien por donde va su madre.

—Voy a ingresar en desintoxicación —suelta, de repente, Mónica. Lo dice tan rápido, que da la impresión de que si no lo saltaba a la de ya, se arrepentiría de hacerlo y se echaría para atrás.

—Espero que no te importe quedarte una temporada conmigo —intervengo al ver la cara de sorpresa del adolescente al que le han empezado a caer las lágrimas.

—¿Esto es en serio? —me pregunta.

—Y tan en serio, chico —responde Cosimo mientras yo asiento frenéticamente con la cabeza porque no me veo capaz de articular palabra.

—Dentro de poco es tu cumpleaños —dice su madre—, y por una vez, quiero ser capaz de regalarte algo que quieres.

Iván se lanza a abrazarla, con cuidado de no tocar la vía que tiene puesta en el brazo, y la aprieta contra sí mismo.

—Gracias, gracias, gracias —farfulla contra su cuello.

Ver la cara de felicidad de mi vecina mientras su hijo la abraza con todo el amor que siente por ella me emociona aún más y no tardo en darme la vuelta y envolver a mi chico buscando consuelo.

—Shhh, Simonetta... —me calma al igual que haría con un bebé—. Todo va a ir bien, *Fragola*. A partir de aquí, solo podemos ir en línea recta.

Pero mi parte derrotista me dice que todo camino, por muy derecho que esté, puede estar plagado de baches... Sin embargo, me niego a ser pesimista, sobre todo ante la imagen que tengo delante: Mónica e Iván, con las manos entrelazadas y hablando del futuro.

De un futuro que pinta ser prometedor y maravilloso. De un futuro en el que, por fin, serán una familia unida.

—Iván, date prisa de una vez —lo apremio parada en la puerta abierta del baño—. Quiero llegar al centro antes que tu madre, y tu repentina obsesión por tu flequillo hará que lleguemos tardísimo.

—Quiero estar guapo, Netta —me explica al tiempo que se rocía por toda la cabeza el equivalente en laca de un agujero en la capa de ozono—. Voy a estar semanas sin ver a mi madre y quiero lucir lo mejor que pueda para ella. Que tenga un buen recuerdo de mí.

—Tu madre te ama, ¡por Dios! Le dará exactamente igual cómo tengas el tupé de elevado —me quejo exasperada—. Como sigas así, solo conseguirás parecer a la versión masculina de Snooki³⁴.

Eso parece hacerlo recapacitar porque, agachándose frente al lavamanos, abre el grifo y se quita todo ese potingue de encima. Se seca el pelo frenéticamente con una toalla y lo arregla un poco con los dedos hasta parecer satisfecho con el resultado.

—Bueno, con esto tendrá que bastar...

—Tienes el pelo liso como una tabla, Iván. Desde que lo dejes secar al aire, se convertirá en una cortina sedosa (por la cual te envidio y odio profundamente) y parecerás un modelo de portada.

—Ya... —dice, sonrojándose—. Tan solo quiero que note que estoy bien, que me alegro por ella y que, mientras esté ingresada, no tiene que preocuparse por nada... mucho menos por mi causa. Que se centre en recuperarse.

—Bueno, después podríamos hacer algo para celebrarlo. No podemos dejar que todo ese tiempo arreglándote se malgaste con solo dar una vuelta en coche —me burlo—. Vámonos al cine o algo. Hace tiempo que no vemos una buena película sangrienta.

—Mmmm... no puedo. —Lo veo dudar entre continuar hablando o no—. He quedado.

—Primero: ¿con quién? Segundo: ¿cuándo pensabas decírmelo y pedirme permiso para hacerlo? —le pregunto, desconcertada con que me haya ocultado un dato tan importante.

—Con Noelia. No la conoces... Es la hermana de un chico de mi equipo... —revela con una tímida sonrisa—. Hemos estado hablando por WhatsApp. Me gusta

mucho.

Lo abrazo con fuerza

—Me alegro mucho de que por fin conocieras a alguien que te guste, Iván. —Y de verdad que lo hago. Empezaba a preocuparme que con quince años no se hubiera fijado en ninguna chica (o chico), como cualquier adolescente—. No tenías que esconderlo.

—No me sentía cómodo diciéndolo. No sé... con mi madre y sus cosas, y ahora en el hospital y eso. No lo veía bien.

—La vida sigue, Iván. Bastante has pasado en estos años. Te mereces hacer cosas como cualquier otro chico, y *ligotear* es una de ellas —digo acompañando mis palabras con movimientos de cejas—. Que sepas que no te perdono que me hayas escondido algo como esto... así que me debes algunas respuestas.

—Está bien —asiente resignado. Conoce lo pesada que puedo llegar a ser—. Dispara.

—¿La conoces hace mucho?

—Desde la barbacoa del equipo. ¿Te acuerdas de que podía ir la familia, no? Tu no pudiste ir porque trabajabas, pues allí.

—Pero eso fue hace meses... —Estoy estupefacta. Recuerdo ese día con exactitud: fue una de las raras veces en las que mi niño mimado se animó a salir por ahí y porque llegó a casa más feliz de lo habitual. Una actitud que cambió al instante que entró en su piso y lo encontró destrozado. Su madre había montado otra de sus fiestas.

—Siete —me dice con una rapidez asombrosa, que me demuestra lo ilusionado que está con esta chica—. Solo nos hemos visto después de algún partido. Hoy es la primera vez que quedaremos ella y yo solos —me explica—. Antes, nunca quise quedar con ella.

—¡Tu primera cita! —exclamo con entusiasmo—. Con razón te has puesto tan guapo. Ya me extrañaba a mí que con lo guapo que eres, no tuvieras a alguna chavala detrás de ti. Lo que no comprendo es cómo has tardado tanto tiempo.

Lo observo morderse el interior del carrillo y estallarse los nudillos de ambas manos. Solo hace eso cuando está nervioso.

—Ahora que mi madre va a ingresar, puedo relajarme... —comienza a hablar con lentitud. Sopesando sus palabras—. No quería conocer a nadie y arriesgarme a que vieran y me hicieran preguntas que no estaba dispuesto a contestar o tener que poner

excusas para no invitarlos a casa y que vieran a mi madre. —No me mira a los ojos mientras me cuenta algo que estoy segura que lo venía arrastrando dentro hace mucho tiempo—. La verdad es que me daba vergüenza, Netta.

—Cariño —le digo mientras lo aprieto contra mi cuerpo—. No te culpes por cosas inevitables. Eras un niño lidiando con cosas incompresibles, incluso para personas mucho mayores que tú. Ahora eres un adolescente que lo único que quiere es sentir normalidad, pero que, lamentablemente, no lo consigue. No te fustigues por ser humano.

—Pero es mi madre...

—Una madre que practicaba el nudismo en casa, teniendo compañía o no —lo disculpo. Me separo y me concentro en retocarme el maquillaje—. Espero que con la desintoxicación también olvide esa molesta manía. —Le guiño un ojo a través del espejo y para quitarle hierro al asunto, añado—: Si tengo que verla otra vez practicando el karaoke naturista, me suicidaré.

Invoco uno de los pocos recuerdos alegres que tengo junto a Mónica. El día que intentó convencerme de que me despojara de mis ropas y sintiera la música en mi piel desnuda mientras se movía de un lado a otro al ritmo de *Sugar, Sugar*, de The Archies. No la conocía mucho y todavía no sabía de sus problemas. Pensaba que era solo una vecina excéntrica, pero cuando me quise dar cuenta, me vi dando vueltas (vestida) por toda la sala, con ella y con Iván. Nos reímos tanto esa tarde que siempre que oigo esa canción acabo desternillándome de la risa. Es un buen recuerdo. Una tarde digna de mención.

—Hazme un favor, Iván, y llama a mi novio —demando—. Explícale el por qué, por una vez, no es culpa mía el que lleguemos tarde a los sitios. Pon énfasis en tu momento *Hairspray* y en como yo insistí en que te dieras prisa.

—Mandona —me dice y va hacia mi teléfono para hacer lo que le pedí—. No sé ni cómo te aguanto —lo oigo farfullar.

—¡Te he oído!

Al momento vuelve y me dice:

—Hecho y, Netta... *Sugar*, titititi. Oh, *honey*, *honey* —comienza a cantar y a mover los brazos de arriba abajo delante del pecho, con los índices extendidos.

—Te odio —le digo, acusándolo con la mirada.

Ahora no me podré sacar esa maldita canción de la cabeza.

Camino del hospital voy pensando en cómo cambiará (a mejor) la vida de Iván si todo sale bien. También soy consciente de que una transformación como esta no será algo rápido. De lo que si estoy segura es de que valdrá la pena.

Nos encontramos con una muy nerviosa Mónica todavía en su habitación sentada a los pies de la cama. Lleva puesto un chándal con estampado de camuflaje que le viene muy bien porque, por su postura encorvada, parece que se quiere fundir con el entorno. Con la capucha cubriendo casi toda su cara, solo dejando ver la punta de su nariz y los mechones de pelo moreno que le derraman por fuera del gorro. No acierto a ver su expresión, sin embargo, apostarí­a lo que fuera porque no es una cara alegre lo que se esconde detrás de eso gorro.

—Hola, mamá —la saluda su hijo, acercándose a ella y dándole un beso en la mejilla. Se sienta a su lado y le coge la mano. Su madre, sin decir palabra, se apoya contra su hombro y entrelaza sus dedos con los de él. Es un gesto cariñoso de una persona que está baja en práctica. Me gusta verlo.

Me acerco hasta pararme frente a la pareja, en concreto, ante la encogida mujer que parece querer estar en cualquier otro sitio menos en este.

—Hola, Mónica. ¿Preparada?

—No, Netta. No lo estoy... —contesta con una sonrisa. Me alegro por su sinceridad, aunque me desconcierta un poco. Espero que no se eche hacia atrás—. Pero soy consecuente de que si no lo hago ahora, nunca lo haré. Así que: adelante mis valientes.

Se pone de pie de un salto, sin soltar la mano de su hijo, y dice:

—¿Nos vamos?

—Tranquilo, chaval. Tu madre va a estar bien.

Mi novio consuela a Iván mientras estamos en el *hall* de la gran casona reconvertida en clínica esperando a que Mónica salga de una entrevista personal con el director del centro, Aleksandr Glazunov, el tío que confundí con un jardinero *macizorro* y resultó ser el mandamás.

El chico se retuerce en el asiento, nervioso, sin apartar la mirada de donde debe aparecer de un momento a otro su madre. Junto a él, sentados en fila, nos encontramos Sandra, Cosimo y yo.

A mi amiga la he traído porque, aparte de ser psicóloga, es un gran apoyo moral

para todos. Su carácter distendido y su profesión hacen que me sienta segura de poder manejar cualquier situación. Siempre es bueno tener una persona como ella de nuestro lado por si acaso las cosas se tuercen en el último momento y hay algún ataque de lágrimas imprevisto (cualquiera de los cuatro aquí presentes) o algún otro de histeria (seguramente, mío).

A mi novio, el limón, aunque quisiera (que no es el caso), no se lo hubiera podido impedir. Se ha tomado como misión personal estar a nuestro lado en cada paso que demos. Ha adoptado a Iván como hermano menor y se toma muy a pecho ese papel. Este hecho, su proteccionismo y fidelidad hacia un chico al que no conoce hace tanto tiempo, hace que me piense en cómo se comportará con sus propios hijos... será un padre maravilloso. «No como el mío», me digo con amargura. Incluso en mis pensamientos sueno resentida.

De repente, la puerta del despacho se abre y de ella sale una Mónica con los ojos hinchados por las lágrimas que parece que ha derramado dentro y, sin embargo, eso no le resta protagonismo a la expresión decidida que tiene grabada en el rostro. No hay sombra de duda en su mirada.

Se dirige hacia nosotros despacio, viéndose, en su extrema delgadez, más joven y pequeña de lo que es en realidad.

—Gracias por venir a acompañarme. Sin vuestro apoyo y confianza, seguro que me habría echado para atrás.

Se acerca hasta su hijo (que no puede controlar el llanto silencioso) y lo abraza con dulzura:

—Esto lo hago por nosotros. Pero, ante todo, lo hago porque necesito ser una buena madre para ti. —Le acaricia la cara con las dos manos de forma suave, siguiendo el contorno de sus rasgos con un dedo, como si ese gesto le ayudara a memorizar hasta el más mínimo detalle—. Quiero que me prometas que te vas a portar bien. Hazle caso a Netta, estudia y haz deporte..., pero no olvides comportarte como un adolescente. Ahora que no tienes que cuidar de mí podrás hacerlo con total libertad y sin remordimientos.

—Sí, mamá. Lo haré —contesta emocionado.

—Bueno... pesándolo mejor, te doy permiso para que seas un poco malo. —Se gira hacia mí y me dedica un guiño—. Haz que la tía Simonetta sude un poco.

La mirada de horror que le dedica Iván no tiene precio.

—Son bromas, hijo —reconoce divertida—. Al igual que tu padre, eres demasiado bueno. —Parpadea varias veces mientras contiene un sollozo—. Estaría tan orgulloso de ti y en lo que poco a poco te estás convirtiendo.

Lo besa una última vez y me dice:

—Simonetta, ¿podemos hablar un momento a solas?

—Por supuesto —respondo convencida de que me pedirá que cuide bien de su hijo.

Me aparto del grupo y espero a que me siga. Me detengo a algunos metros de distancia de ellos, donde creo que no oirán nuestro intercambio de palabras.

—Mónica, Iván estará bien. Lo juro —comienzo a decir una vez que la tengo er frente—. Desde que puedas recibir visitas, lo traeré y lo comprobarás por ti misma. Lo cuida...

—De eso no tengo dudas —me interrumpe—. No es de eso de lo que quería hablarte.

—Vale. Te escucho —acierto a decir, sorprendida.

—Voy a darte derechos sobre Iván. Voy a hacerte su custodia legal. —Tengo la boca abierta. Lo sé. Esto no me lo esperaba—. Ya lo he hablado con mi abogado y ya ha empezado con los trámites.

—No hace falta. En serio. Podemos seguir como antes —le digo eso porque no quiero que se sienta como que pierde mucho más terreno con su hijo, aunque por dentro se lo agradezco. Todo será más fácil de esta forma. Se acabarán las mentiras y, con ellas, los miedos a que nos pillen.

—Sí, lo hace —contesta de forma tajante—. No quiero que tengan ningún problema en el futuro o que le falte cualquier cosa... —me explica—. No te voy a engañar, Netta. Estoy muy mal.

—No digas eso, mujer. Estás mejorando. Poco a poco irás recuperando el peso, y la medicación te va estupendamente —la animo—. Y por la adicción no te preocupes, por eso estás aquí. Te enseñarán a sobrellevarlo.

—No estoy tan segura de ello... —farfulla.

—No seas negativa. Solo con venir aquí, estás dando un paso hacia la recuperación. Lo conseguirás.

—Al firmar los papeles del ingreso, se llevaron mi maleta. Encontraron drogas dentro —confiesa de repente.

—Pero... ¡¿qué coño?! —grito desconcertada. Luego me acuerdo que no estamos tan lejos como para que ignoren mi tono y levanto la vista hacia el grupo. Veo a Iván mirándonos preocupado. Le saco la lengua para quitarle importancia a mi momento síndrome de Tuareg y cuando desvía su atención de nosotros, supuestamente apaciguado, bajo la voz y sigo hablando con su madre—. ¿Cómo las conseguiste? En el hospital estabas casi aislada, joder.

Me viene a la mente su extraño comportamiento en el hospital y ya lo entiendo todo. Su sonrisa ya tiene sentido para mí: no venía a rehabilitarse, sino a callarnos la boca.

—Casi. Esa es la palabra clave —me dice arrogante. Como queriendo decir que no soy tan lista como creía ser. Y le creo, aunque yo no me llamaría «listilla», más bien, ilusa—. Digamos que no todo el mundo en el sector sanitario es respetable, y yo conozco algunos secretos que no pueden permitirse que salgan a la luz... —me explica—. Puedo ser muy convincente cuando se me mete algo en la cabeza.

—Creía que querías mejorar. Ahora veo que me has engañado. Si no te hubieran pillado los del centro, aún seguirías haciéndolo —mi tono de voz suena tan derrotado como yo me siento por dentro.

—Y quiero hacerlo. Solo me apetecía una *pequeña juerga de despedida*. Ya sabes... salir por la puerta grande y todo eso.

—No. No sé. Eres una hipócrita —la acuso—. ¿Y todo lo que me has dicho, lo que le acabas de decir a tu hijo...? ¿Es qué no tienes sentimientos? Le vas a romper el corazón.

—Todo eso iba en serio. Por lo menos lo era en ese instante... —la voz baja casi hasta convertirse en un susurro. Espero que sea por la vergüenza—. Ahora todo es diferente. Estoy convencida. Voy a conseguirlo, solo me llevará más tiempo del que yo pensaba.

—No te creo.

—Lo comprendo. Yo tampoco me creería. Y si te digo la verdad, no creo que lo haga. Solo el tiempo nos dirá la verdad a las dos.

Oyendo sus palabras, se me pasa un poco el enfado que siento. Tengo que cambiar de táctica. Enfrentándome a ella, achacándole su actitud, no conseguiré nada. Sobre todo, tengo que dejar la negatividad de lado.

—No te des por vencida, Mónica. Por favor —le suplico—. Si todo lo que me has

contado es verdad. Si la determinación que veo en tus ojos no es fingida, lucha. Lucha por tu hijo y por ti. Por que puedas llevar una vida feliz a su lado.

—Quiero hacerlo, Netta. Pero es tan difícil...

—Lo lograrás si pones todo tu empeño en ello.

—Estoy decidida a intentarlo. Sin embargo, tengo una cosa clara: esta va a ser mi última oportunidad.

—¿Cómo que tu última oportunidad?

—Lo que has oído. Si después de esto no mejoro, si sigo con esta ansia dentro, desapareceré para siempre. No quiero ver a mi hijo marchitarse por mi culpa. Y menos ahora que soy consciente de todo lo que le he hecho pasar.

—Vas a mejorar —me reafirmo en la positividad—. Verás a Iván hacerse un hombre. De eso no tengas duda. No serás un lastre para él, serás un pilar en el cual apoyarse.

—Lo que digas...

—Estás bonita si te piensas que me voy a rendir. —Mi enfado vuelve a cobrar fuerza—. Si tengo que venir aquí cada día con pancartas de ánimo para ti, lo haré. Aunque no lo creas, todo esto, este insistir al que te he sometido... es por él. Y ni muerta me daré por vencida contigo porque eso significaría fallarle a ese que tienes ahí.

—Por eso estoy tranquila. Pase lo que pase en el futuro, sé que serás una fabulosa madre para Iván.

—Te lo he dicho por activa y por pasiva, pero veo que te lo voy a tener que repetir: no quiero ser su madre. Para eso ya te tiene a ti —le recuerdo.

—Pero tú eres mejor madre que yo.

—Si maduraras un poco y dejaras de mirar solo por tu propio bien, todo sería diferente. —Ya me he cansado de juegos. Estoy harta de todo esto—. ¿Vas a tomarte todo este asunto en serio? Dímelo de una vez para darnos la vuelta y largarnos de aquí.

—Voy a quedarme —responde con seguridad—. Solo quiero estar segura que cuidarías de mi niño.

—¿Y qué pasa con tu última fiesta? Te advierto que no creo que aquí te vayan a dar siquiera una Aspirina sin que lo apruebe un médico...

—Estoy segura. Me quedo —repite. Y no sé por qué, esta vez me la creo.

—¿Qué te ha hecho cambiar de idea?

—Digamos que el director me ha dado unos muy buenos argumentos para convencerme de que ingresarme es lo mejor.

Le dedico unas gracias silencioso a Aleksandr. Ni todo el oro del mundo pagará lo que ha hecho por nosotros.

—¿Qué te ha dicho? —le pregunto curiosa.

—Me ha mostrado un futuro que espero que ni tú ni yo tengamos que sufrir nunca —responde—. Me ha enseñado lo que le puede pasar a mi hijo si no cambio. Y es algo desolador.

Desconcertada con la conversación anterior y su misterioso y catastrófico final, me despido de Mónica con la mente en otra parte. Cosimo necesita llamar al trabajo, así que Sandra, Iván y yo nos dirigimos a la oficina del director a tener una última charla sobre los procedimientos y que el muchacho la oiga para que se quede tranquilo.

Encontramos la puerta abierta y a Aleksandr de pie y mirando por la ventana de espaldas a nosotros.

—¿Se puede? —le pregunta Sandra.

Se gira y nos pide que pasemos. Tiene una expresión extraña que parece empeorar cuando ve a Iván entrar a su despacho.

—Hola, Aleksandr —lo saludo—. Este es Iván, el hijo de Mónica —le presento al muchacho, que le dedica un movimiento de cabeza—. Nos preguntábamos si no te importaba contarle un poco cómo va el centro.

—Sin problemas —accede.

Parece ponerse una máscara profesional y cuando comienza hablar, ya no hay rastro de esa mueca tan rara de antes. Parece tan serio y seguro de sí mismo que casi me pasa desapercibida su camiseta en la que pone: Machete.

«Le debe gustar mucho el cine», pienso mientras lo oigo relatar (otra vez) todo sobre el funcionamiento y los diferentes procedimientos que usa la clínica con sus pacientes. Mi chico lo oye como si estuviera en trance, imaginando, seguro, cómo será la estancia de su madre aquí dentro.

—Muchas gracias por explicármelo todo —le dice mi niño al hombre que tiene sentado en frente—. Me siento mucho mejor ahora. Más tranquilo.

—Te voy a dar mi número de teléfono —le dice el director del centro, sorprendiéndome—. Si tienes alguna otra duda o quieres saber cómo está tu madre...

simplemente, llámame o escíbeme. Que no te dé apuro. Es más, si no me preguntas, me ofenderás.

—Está bien —contesta mi muchacho con las mejillas rojas. Lo ha pillado. No pensaba ponerse en contacto con él. Le parecería mal *molestarlo* con sus problemas.

—Bueno... pues parece que ya hemos terminado aquí, y yo tengo que ir a trabajar. Mi jefa no me da un día libre ni muerta —se queja mi amiga, dirigiéndose a la puerta.

—Espera un momento —la detengo antes de que se vaya—. Aleksandr, tengo que pedirte un favor. —El aludido enmarca una ceja a la espera de que siga hablando—. No sé si aceptas voluntarios, pero esta que está aquí —señalo a Sandra—, es psicóloga y una experta en adicciones, además, tiene experiencia de primera mano. —«Por desgracia. De muy primera mano».

—Netta, para. —Sandra está de los nervios. Esto no se lo esperaba. Pero yo me tomo muy en serio su vida y su bienestar. No quiero que desperdicie su talento.

—¿Tal vez le podrías hacer un hueco? —sigo hablando, ignorándola—. Si quieres, te puedo enviar su currículum.

—Ya está. La psicóloga puede hablar por sí misma —me interrumpe—. Si estás interesado, te lo puedo enviar yo, junto con algunas referencias.

—Lo estoy —afirma Aleksandr. La inesperada respuesta coge a mi amiga (y a mi) desprevenida—. Nuestra psicóloga residente está a punto de dar a luz, y estoy buscando a alguien que la sustituya. Si de verdad estás interesada, te puedo hacer una entrevista.

—Lo estoy —dice mi amiga, imitando su anterior respuesta. Parece estupefacta, pero se la ve contenta. Es una gran oportunidad—. Si me das una dirección, te enviaré todos mis datos.

—Tengo una idea mejor. ¿Por qué no lo hacemos de una vez? Puedes decirme lo que quiero saber y si me interesa, ya tendrás tiempo para mandármelo todo.

—Estaremos en el coche —digo con rapidez por si acaso alguno de los dos cambia de idea—. Vamos, Iván. Tenemos que saquear la máquina expendedora que vi en la entrada.

Salimos del cuarto de forma apresurada y con una sonrisa en la cara. Como esto salga bien, tendré que ir pensando en buscarme otra empleada. «Y no puedo estar más feliz por ello».

34 Personaje del reality show, Jersey Shore, famosa por su gran cardado y sus borracheras.

—No me había dado cuenta que eras una maquinadora tan astuta... —me dice Cosimo, paseando sus dedos por mi espalda mientras estamos acostados en mi cama. Nuestros cuerpos desnudos y entrelazados en pleno descanso postcoital.

—No tengo ni idea a qué te refieres —disimulo. Sé perfectamente de lo que habla. Me restriego contra su pecho, al igual que haría una gatita mimosa en busca de más caricias, deseando que deje pasar el tema.

Como es lógico en mi *Limone*, no lo hace y sigue insistiendo.

—¿Ah, no? Entonces, ¿cómo explicas el que Aleksandr tuviera el currículum de Sandra en su bandeja de entrada?

—Mmmm... ¿Spam? —Me río.

—Lo que sí que es una casualidad, y una suerte para tu amiga, es que él tuviera la bandeja de entrada abierta y el correo le llegara casi al instante en el que saliste de su despacho y desde tu dirección personal.

—Imagínate... estos hackers modernos son capaces de conseguir cualquier cosa —le explico, fingiendo asombro—. Se pueden meter dentro del Pentágono, Cosimo, saber mi contraseña y enviar un simple *e-mail*, es una tontería para ellos.

De repente, nos gira, quedando acostado encima de mí, encajado entre mis muslos.

—Estoy muy orgulloso de ti. Lo que has hecho por tu amiga. Lo que haces por las personas que quieres... Eres maravillosa, *Fragola*.

No lo puedo evitar. Me sonrojo desde la raíz a las puntas.

—No ha sido nada. Solo he reenviado un *e-mail* desde el teléfono —digo incómoda.

—¿Por qué siempre te quitas el mérito? —me pregunta con curiosidad.

—Porque no tiene importancia.

—Sí que la tiene —protesta—. Si no hubieras sacado el tema (he insistido en él), Sandra no estaría ahora tan entusiasmada. ¿Viste su cara cuando se subió en el coche?

—¿Te refieres a cuando nada más sentarse me dio un golpe en la cabeza y me llamó perra? —interpelo con sorna, intentado disimular lo molesta que me siento en realidad con todo este tema. Es muy raro pensar que lo hice simplemente porque sí. No necesito que me lo agradezcan—. Lo siento, estaba demasiado ocupada

esquivando sus golpes como para girarme a mirar su expresión. —Aunque nada me impidió verla mientras simulada retocarme el lápiz de labios a través del espejo del parasol del coche.

—¿Por qué siempre haces esto? —me interroga y, esta vez, suena realmente intrigado por saber mi respuesta.

—¿El qué?

—Recurrir a la broma para eludir una conversación o responder a algo que te da vergüenza o contraría —responde—. Cada vez que intento elogiarte por algo, me contestas con evasivas o utilizas el humor.

—Eso es una absoluta mentira —contesto muy seria—. Cada vez que me dices lo guapa que soy o lo bien que te hago sentir, no pongo ninguna pega.

—No me refiero a piropos sobre el físico, y lo sabes —se queja. Me mira a los ojos con intensidad, intentando ver en ellos lo que no le digo con palabras—. Siento como que no me dejas conocerte del todo.

«¡Pillada! Hora de la ofensiva. Necesito acabar con este diálogo».

—Cosimo, hay otra cosa en la que te has equivocado... —susurro con voz coqueta—: yo nunca recurriría al humor para escaparme de cualquier tipo de charla contigo, y mucho menos si los dos estamos desnudos y en la misma cama. —Cruzo las piernas en su cintura, pegándolo aún más a mí, y me empiezo a balancear en su contra—. El sexo da mejor resultado y es mucho más satisfactorio.

Noto como se endurece al mismo tiempo que su determinación a hacerme a hablar se esfuma. Comienza a mecerse el también, añadiendo su propio movimiento al mío.

—Por ahora, lo dejaré estar —me dice cambiando de postura para que su sexo esté alineado con el mío—. Pero de esta noche no pasa. Tenemos una conversación pendiente, Simonetta.

Tiempo después, cuando ya he perdido la cuenta de todos los orgasmos que he tenido, y ya no tenemos más de nosotros para dar, estamos demasiado cansados como para hablar.

«Punto para mí. Me he ganado un prórroga».

Hoy es el cumpleaños de Iván y, para celebrarlo, le he organizado una mañana especial. Y digo mañana y no día porque he sido relegada a esa franja horaria... La

tarde planea pasarla con su nueva novia y sus amigos. Ante esta situación, me debato entre sentir unos celos irracionales y la alegría más extrema. «Al final no van a ser necesarios los servicios de una profesional...».

Este mes juntos ha sido una pasada. He notado en primera persona los cambios que ha sufrido. He comprobado lo relajado que se ha vuelto, sobre todo porque Aleksandr cumplió su promesa y le informa casi cada día de la situación de Mónica. No se deja nada en el tintero y aunque no todo es bueno, mi niño aprecia la sinceridad. Eso hace que valore mucho más las mejoras de su madre.

He visto su cambio de mini-adulto a adolescente despreocupado. Durante las primeras noches lo sentía deambulando por mi casa y cuando me levantaba de mi cama y le preguntaba qué estaba haciendo, me respondía que no estaba acostumbrado a dormir hasta muy entrada la noche; se quedaba despierto esperando a que su madre llegara y dependiendo de en qué situación se encontrara, cuidar de ella... que era difícil perder el hábito. Ahora, por muchas horas que duerma, me cuesta despertarlo. Y por mucho que pelee con él por las mañanas, en el fondo me alegro de que se pueda relajar tanto como para dormir a pierna suelta. O la vez en la que estaba tumbado en el sofá, oyendo música y bebiéndose un zumo mientras yo organizaba una cena para la noche. Se levantó y me dijo: «Netta, ¿te puedo decir una cosa? Es la primera vez que estoy relajado de verdad. Mi cerebro se ha desconectado y solo me he quedado recostado en el sillón oyendo música. Normalmente, siempre que intento relajarme, me agobio pensando en el futuro, pero hoy no».

Se lo veía tan asombrado por algo tan simple como vegetar en calma que me dieron ganas de llorar.

Por eso, hoy, en este día tan especial, solo hace falta que piense en este tipo de cosas para que se me pase el *enfado* porque me haya privado de organizarle un súper dulces 16, iguales a los que celebra la MTV. Casi. Sin embargo, como no soy una persona negativa, no voy a dejar que esto me desanime. Tengo un par de ases guardados en la manga.

Armada con una carta de su madre en una mano y con las llaves de mi recién alquilada y reluciente moto, voy a su encuentro. Voy a despertarlo y decirle que por ser un día especial puede *fugarse* de las clases y nos iremos a recorrer la ciudad los dos juntos hasta la hora del almuerzo, en la que iremos a la *pasticceria* para presumir del vehículo e ir a un *bareto* cercano a por el almuerzo con Cosimo y Tazia. Mi querida amiga Sandra no se ha podido apuntar al plan. Ahora es la sombra de una

embarazadísima psicóloga. Se pasa el día estudiando expedientes y conociendo el funcionamiento del centro, un poco estresada, pero la mar de feliz.

Así que, como mi única empleada me ha medio abandonado, hoy he decretado festivo en el trabajo. De algo tiene que servir ser la jefa, ¿no?

Pico en la puerta y entro. Estoy segura de que estará roncando como un descosido y que no le importará que entre a despertarlo. «Bueno, no mucho más de lo habitual».

Recojo un cojín del suelo al lado de su cama y le doy con él en toda la cara.

—¡Feliz cumpleaños, Iván! —grito a pleno pulmón al mismo tiempo que sigo golpeándolo por todos lados de su cuerpo hasta que no solo se despierta, sino que se queja y se cubre la cabeza con su almohada—. ¡Despierta de una vez, gandul! Tenemos mucho que hacer.

—Eres una abusadora, Netta —protesta aún escondido—. Lo único que quiero para mi cumple es dormir.

—Nada de dormir, señorito. Tengo una agenda muy apretada para esta mañana, y ni siquiera tú vas a estropeármelo.

—Es mi cumpleaños —dice, asomándose con cautela desde su *almohada protectora*—, tendré algo que decir, ¿no?

—Pues no.

Se vuelve a acomodar boca abajo y se tapa hasta las orejas para seguir durmiendo. Ni loca voy a dejar que me ignore... Me lanzo encima y lo aplasto con mi peso.

—Iván... —lo llamo—. Iván, ¿de verdad que no quieres saber qué es lo que tengo preparado para ti? Te advierto que el día iba a comenzar con una vuelta en moto y un desayuno con muchas calorías.

—¿Moto? ¿Comida? —pregunta, girándose y dejándome acostada a su lado—. No podemos dejar que todo eso se desperdicie.

Pasamos una mañana espectacular. Nada más bajar a la calle, le enseñé mi fantástica bomba de dos ruedas: una reluciente *Vespa 125* color blanco. Mi pequeño homenaje a *Vacaciones en Roma*.

Le paso un casco al cumpleañosero y me subo con seguridad al aparato.

—Netta, ¿estás segura de esto? —inquire nervioso—. No se puede decir que tengas mucha estabilidad...

—Mira, niño, soy italiana (o por lo menos una mitad de mí lo es). Llevar una moto está grabado en mis genes —le digo en un intento por tranquilizarlo, a él y a mí—. No es la primera vez que llevo una. Relájate de una vez, parece que te vaya a dar un infarto.

—Está bien —cede a regañadientes—. Espero que me hayas traído un chaquetón extra acolchado. Contigo al volante nunca se sabe lo que puede pasar.

—Deja de quejarte y sube de una vez. Tal vez debería de haber alquilado un triciclo —lo espoleo para que se suba de una vez—. Los ruedines te habrían dado más seguridad. O, tal vez, un sidecar... todavía estamos a tiempo de ir a buscar uno.

—Ya me subo, pesada —dice—. Pero olvídate del sidecar ese, ni loco me subo yo a una cosa de esas.

Cuando lo tengo abrazado a mi cintura con tanta fuerza que parece que me vaya a romper, decido ser mala. Le doy al acelerador al mismo tiempo que le pregunto:

—¿Estás preparado?

Y no dejo que me responda, porque me introduzco en medio del tráfico como alma que lleva el diablo. Lo último que lo oigo decir es: «Padre nuestro que estás en los cielos».

Decido ir a lo seguro y retomar una vieja tradición. Me lo llevo a desayunar a la chocolatería San Ginés. Lo bueno de levantarse temprano e ir en moto es que llegas rápido a todas partes sin aguantar las aglomeraciones en la carretera, así que conseguimos mesa tan pronto como llegamos y nos hinchamos a churros con chocolate caliente.

Le doy el regalo de su madre, el cual le hace muchísima ilusión y que lee con lágrimas en los ojos; le paso una tarjeta regalo para que se compre él mismo cualquier cosa que quiera, y lo interrogo sobre su tarde.

—Netta, tienes que decirme la última cosa para que una mujer se enamore perdidamente de mí —me dice como si nada.

—No me he olvidado de eso, Iván. Tan solo ha habido un pequeño cambio de planes. Será Cosimo quien te lo explique después.

Al ver que no protesta, me doy cuenta que el muchacho que tengo delante no es tan inocente como yo creía. Bueno, al fin y al cabo, tiene dieciséis años y existe *Pornotube*. Muy casto no será...

Las horas pasan rápido y cuando me quiero dar cuenta, ya es casi mediodía.

Cosimo y Tazia nos tienen que estar esperando. Como si lo hubiera conjurado, mi teléfono suena, y es mi novio el que llama.

—*Limone*, ya vamos para allá —le digo nada más descolgar.

—*Hola, preciosa. ¿Cómo ha ido el día?* —me saluda en respuesta a mi directa frase de bienvenida al aparato.

—Lo siento. Se nos ha echado el tiempo encima —me disculpo y para que me perdone por ser tan seca, añado—: Solo digo una cosa, la mañana solo podría haber sido mejor si tú nos hubieras acompañado.

—*Quien nos viera a los tres encima de la moto...* —se burla.

—Me pido ir subida en el volante —digo riendo.

—*Manillar* —me corrige.

—Manillar, volante... ¿qué más da? —me aparto un poco para que Iván no me oiga y le susurro—. Gracias por ir a buscar la moto esta mañana y dejarla aparcada debajo de casa. Eres mi persona favorita en el mundo, Cosimo, y estoy deseando demostrártelo después... con todo mi cuerpo desnudo.

—*Joder, Simonetta* —gruñe—. *Gracias por darme una erección en el trabajo. Mis clientas lo agradecerán.*

—Ellas mirarán, y yo la disfrutaré —puntualizo.

—*Ven ya, anda. Te echo de menos y quiero darle mi regalo al chico.*

—En breve nos vemos —me despido.

—*Ten cuidado, Fragola.*

—Siempre. Hasta ahora.

Cuelgo y me subo a la motocicleta. Iván se acomoda (esta vez sin apretujarse en mi contra) y arranco. Llegamos en un santiamén a la tienda en donde nos reciben los dos hermanos más Óscar, con el local ya cerrado. Este último, se acerca y nos abre.

—Menos mal que llegan —se lamenta al igual que lo haría una mamá de las de antes—. No he estado cocinando toda la mañana para que todo esto se desperdicie.

—Sigue soñando, Óscar... —le dice Tazia, que se acerca—. Lo más cerca que has estado de una cocina es para utilizar el microondas. Y eso no cuenta como cocinar.

—Sabelotodo —se queja el aludido—. El microondas es el mejor invento, junto con el mando a distancia creado por el hombre.

La rubia nos besa y abraza a mi Iván deseándole feliz cumpleaños. Este se sonroja como si nunca la hubiera visto en la vida. Bueno, si me gustaran las mujeres y una

chica como Taz se me acercara y me pegara esos *pechotes*, yo también lo haría, y esa sería una reacción de las normalitas. Seguro que tendría que irme al baño a ocultar mi tienda de campaña. Pensándolo mejor, mi chico se ve un poco incómodo en este momento... menos mal que tiene el casco colocado de forma estratégica.

Al pasar al interior de la pastelería, nos quedamos parados ante la puerta, asombrados por lo que vemos ante nosotros: la mesa preparada para el almuerzo en la cual Cosimo sigue añadiendo fuentes. No se ha olvidado de nada. Ha hecho todos los platos favoritos de mi niño al que parece que se le van a salir los ojos de las cuencas al ver tal cantidad de comida preparada expresamente a su gusto. Hay de todo, desde carnes a pasta, pasando por la famosa *albondipizza*. Cuando nota que me la quedo mirando, me dice:

—No sé si estará tan buena como la original, pero lo he intentado.

Por este tipo de detalles es por lo que lo quiero tanto. Me atuso el pelo en un gesto coqueto y le lanzo un beso de agradecimiento por todo lo que tengo delante y por el tiempo que ha gastado preparándolo.

Me dirijo con seguridad ante él y le doy pequeños besos en la boca, que me abraza con fuerza dejándose hacer. En el fondo es un *Oso Amoroso* y le encanta que lo mime.

—Muchísimas gracias, *Limone* —le digo sin despegar mi boca de la suya.

—No hay de qué, Simonetta —me responde y me regala otra de sus sonrisas. «¡Dios, estoy taaaan enamorada!».

—¡Ey, tortolitos! —nos llama Óscar—. Algunos de por aquí queremos comer. Menos besos y más traer platos.

—Estás disfrutando dándome órdenes, ¿verdad? —le pregunta Cosimo—. Pues no te pongas muy cómodo, después vas a ayudar a recoger, escaqueado. Menos mandar y más ayudar —le replica, riendo.

—Te has quedado con una de mis dos chicas, por lo menos dame el gusto de disfrutar de una pequeña victoria personal mangoneándote delante de ella.

—Óscar, siempre serás mi cuarto chico preferido —le digo—. Confórmate con eso.

—Bueno, menos da una piedra —menciona, encogiéndose de hombros—. Me contento con estar entre los cinco primeros. Además, nunca se sabe cuándo este hombretón de aquí puede tener un accidente desafortunado...

—Parafraseando a mi cuñada: sigue soñando, Óscar.

Nos sentamos a la mesa y comenzamos a zampar como si fuera a acabarse el mundo este mismo día. Todo está delicioso, tanto que no creo que quede nada para repartir en *tuppers*.

«¡Qué pena!», me lamento glotona.

Al acabar el almuerzo, Tazia se levanta y va hacia la cocina, reaparece al poco tiempo con una gran tarta de tres pisos adornada que tiene una pinta de muerte. Parece una obra maestra de la repostería. Una pena que vaya a durar tan poco intacta.

Mi niño sopla las velas y lo veo contento, relajado, feliz... Sé que le falta la madre, pero está bien tranquilo porque es consciente que está en buenas manos. Los anfitriones reparten los regalos y cuando los abre, Cosimo le hace una seña para que lo acompañe a la parte de atrás. Me guiña un ojo antes de desaparecer por la puerta. Estoy segura que le va a explicar que significa la O final de RACGRO.

Mientras mis dos chicos hablan, vamos limpiando el desaguisado restante de la mini-fiesta. Al poco, aparecen los dos con cara de satisfacción masculina, aunque la de Iván está sazonada con un brillo pícaro en los ojos. No tengo idea de lo que Cosimo le habrá dicho, aparte de lo evidente, pero mi niño está entusiasmado con ello. Se acerca a mí y me abraza con fuerza.

—Gracias por este día, Netta. —En el oído me susurra—. Sobre todo por dejar que Cosimo me dijera lo último. Me habría muerto de vergüenza si me lo hubieras dicho tú.

—¿Te ha aclarado todas las dudas? —le pregunto en el mismo tono.

—Sí... y me ha explicado algunas cosas que espero poner en práctica pronto. Ahora tengo novia.

—¡Iván! —grito ante lo que me acaba de dejar caer. No soy tonta. Sé que él ha hecho cositas por ahí, solo que antes no me hablaba sobre ello de una forma tan abierta—. Usa condón. Es más, ahora vamos a pasar por una farmacia a comprar un par de cajas.

—No hace falta... —protesta y estoy absolutamente convencida de que lo hace de forma figurativa. El símbolo de Durex se le ha grabado en la mirada—. Pero si insistes, los acepto.

—Pues, decidido. Antes de ir a entregar la moto, iremos a por preservativos. —Me acuerdo de algo y levanto la voz para añadir con malicia—. Los de color verde son los favoritos de Cosimo.

El aludido sabe perfectamente de lo que hablo y hace una mueca de horror.

—¿Nunca vas a olvidarte de eso, verdad?

Nos marchamos de allí con el tiempo justo para hacer esas últimas compras y entregar la moto antes de que Iván tenga que irse con los amigos. Está entusiasmado por ver a su novia en bikini... Típico de un hombre. Voy un poco apurada porque quiero llegar a casa para que pueda darse una ducha y cambiarse de ropa con calma. Reconozco que voy un poco más rápido de lo habitual, pero no sobrepaso el límite.

Vamos rumbo a la agencia de alquiler, dando voces en la carretera para hacernos oír entre nosotros y riéndonos de alguna tontería de las nuestras cuando un coche aparece de la nada. Todo se mueve a cámara lenta y sé lo que va a pasar: nos va a golpear. Nos embiste con la fuerza de un tren en marcha y salimos despedidos como una bala hacia un lado. Tengo la impresión de haber emprendido el vuelo hasta que, finalmente, me estampo contra algo sólido y mi pequeña fantasía voladora se acaba al mismo tiempo que mi avance se detiene mientras el ruido de cristales rotos me ensordece.

Me encuentro en el suelo, y lo primero que me viene a la mente es Iván. Intento incorporarme y buscarlo, pero no tengo las fuerzas necesarias para ello. Me duele todo el cuerpo. Tomar una pequeña siesta no suena tan mal en este momento.

Mi último pensamiento es: espero que no deje marca.

Me siento cansada. Tan cansada que ni siquiera puedo abrir los ojos. Lucho por hacerlo, pero, aunque siento mi mente alerta, el cuerpo parece no obedecerme. ¿Dónde estoy? El *bip-bip* que se oye me indica que en un hospital.

Los recuerdos acuden a mi mente: la moto, Iván y yo riéndonos sin parar... accidente.

—¡Iván! —grito desesperada—. ¡Iván! ¿Dónde estás?

Unos brazos fuertes me sujetan y me impiden incorporarme de la cama, aun así, no paro de forcejear.

—Simonetta, cariño, no te muevas. Vas a hacerte daño.

La voz de Cosimo hace que me quede quieta.

—¿Dónde está Iván? ¿Cómo está? Quiero verlo —pregunto angustiada—. ¿Por qué no puedo abrir los ojos?

Intento llevar una mano hacia mi cara, pero algo me lo impide. La otra la tengo apresada bajo el agarre firme de Cosimo.

—Suéltame, por favor —le pido—. Si no puedo ver, por lo menos, quiero poder tocar.

—Espera, quiero explicarte varias cosas antes.

«¿Eh?». Mis alarmas internas se encienden. Y solo se me ocurre una cosa.

—Te lo voy a repetir solo una vez más. ¿Dónde está Iván? —le exijo puntualizando cada palabra.

—Cálmate, Simonetta. Iván está bien, solo tiene algunos rasguños y morados. —Oír eso me relaja—. Ha bajado a la cafetería con Sandra.

Siento que me he quitado un peso de encima. El oxígeno entra mejor en mi cuerpo. Molesta un poco al tomar el preciado aire, pero mi respiración se vuelve tranquila.

—Necesito hacer pis —digo—. Ayúdame a salir de esta cama y, de paso, ábreme los párpados, por favor. Estoy cansada de no poder ver.

—No puedes levantarte. Estás herida y tienes puesta una sonda.

«¿Una sonda? Adiós al *sex appeal*...».

—Déjate de tonterías. No siento ningún dolor. —Agito mi brazo para que me

suelte. Cuando lo hace, llevo mi mano hacia mi cara.

Tengo un ojo inflamado y una especie de apósito recorre la mitad izquierda de mi rostro. Continúo bajando por cuello, pecho y abdomen siguiendo el rastro de vendas que llegan hasta el lateral de mi bajo vientre.

—Antes de chocar, empujaste a Iván. Absorbiste todos los golpes. Un trozo de cristal se incrustó en el lado izquierdo de tu cuerpo. No hay daños graves, pero estarás dolorida por algún tiempo.

Oigo su explicación como quien oye llover. Me centro en lo que me interesa: mi niño mimado está bien. Sin embargo, las palabras *cristal* y *cuerpo* tintinean de pronto en mi cerebro.

—¿Me estás diciendo que tengo el cuerpo..., la cara, desfigurado? —pregunto casi al borde de la histeria.

—Le salvaste la vida al chico. Deberías estar orgullosa. Y no, no estás deforme. Solo te quedará una pequeña cicatriz. Lo importante es que estás viva y bien. —Me da un suave beso en los labios—. Escapaste por muy poco. Eres afortunada, *Fragola*, unos centímetros más y podrías haber muerto.

Su intento de consuelo solo consigue exasperarme.

—No quiero estar bien. Quiero estar perfecta. Quiero estar como antes.

«¡Joder, estoy deforme!». Las palabras de mi padre vuelven a mi mente: «Tu madre iluminaba cualquier habitación en la que entrara. Ella iluminaba mi vida».

Empiezo a hiperventilar. Ella era perfecta, era querida, especial... y yo, ahora mismo, no soy nada.

«Ya nadie me querrá». Mi último pensamiento antes que me desmaye.

La conciencia me reclama poco a poco. Voces se mezclan en mis oídos y decido centrarme en ellas. Los sonidos se van aclarando y las palabras se vuelven nítidas.

—Estoy preocupado, Sandra —la voz de Cosimo suena apagada—. Sé que su aspecto siempre ha sido importante para ella, pero no me esperaba esa reacción. Entró en pánico. ¡Se desmayó! Tuvo un ataque de ansiedad, y todo por una cicatriz... ¡Se desmayó, joder!

—No es solo por la cicatriz, Cosimo. —Mi amiga suena tranquila. A entrado en modo terapeuta—. Netta nunca te habló de sus padres, de su madre, ¿verdad?

—Me los nombró por encima. Me contó que estaban separados. Que su madre se

fue cuando eran pequeños.

—Nunca vi a su madre, Verónica, pero por lo que tengo entendido, era una mujer hermosa y muy superficial. Abandonó al padre de Netta y se fue a vivir la vida loca dejando a sus hijos con él. Giorgio la idolatraba y, cuando se marchó, se volvió un ser triste. Aunque era un padre atento, nunca lo dio todo por sus hijos. Vivía para y por el recuerdo de su esposa.

—Esa parte sí la conocía —confirma Cosimo.

—Netta creció oyendo las historias sobre su deslumbrante madre. De cómo llamaba la atención allá donde fuera y cómo la quería su padre. Eso distorsionó un poco su idea sobre el amor. Para ella, belleza es igual a amor. —No me puedo creer que le esté contando todos mis secretos, «no se lo voy a perdonar nunca»—. Personalmente, creo que siempre ha querido parecerse a su madre. Sobre todo si eso le hacía ganar el cariño de su padre.

—Ella no es así. Simonetta nunca abandonaría a sus hijos. Es diferente. Es buena persona —asegura Cosimo—. Piensa primero en los demás antes que en ella misma. Solo hay que verla con Iván. Lo adora.

—Su madre era una zorra, pero al parecer todo el mundo la adoraba al instante de verla —explica mi amiga—. Netta necesita sentirse querida... llenar el hueco que dejó vacío su padre, y piensa que tener un buen físico es la forma de conseguirlo. No sabe que ella es más que una cara bonita y que se gana a la gente por cómo es en su interior.

Sandra empieza a llorar, sin embargo, no siento lástima por ella. Estoy desfigurada, ¡joder! Y en vez de estar buscando como loca un cirujano plástico de urgencia, se dedica a psicoanalizarme y a contarle a la primera persona que he amado de verdad todo lo que yo me negaba a decirle. Mis secretos son míos, no tiene ningún derecho a anunciarlos como quien dice el parte meteorológico.

«Cállate de una vez», pienso. Pero, para no variar, ni llorando lo consigue.

—Al contrario que su madre, Netta tiene un corazón de oro. Su abuelo me contó que su madre era muy guapa, pero que no tenía mucha gente a su lado. Por lo visto, nadie la aguantaba por mucho tiempo. Era muy egocéntrica. —Alguien me acaricia la cara con cuidado de no tocar mi hinchado ojo—. Ojalá se diera cuenta de que no solo es hermosa por fuera, sino que por dentro lo es todavía más. Es por eso que todo el mundo la quiere.

Siento un beso en la frente.

—¿Sabías que su padre se suicidó? —pregunta la metomentodo de mi, ya ex, mejor amiga.

—Me dijo que su padre murió, pero no cómo —contesta Cosimo.

—Recibió una llamada de Verónica en la que le pedía el divorcio. Quería casarse con otro. «El amor de su vida» lo llamó. Giorgio aún conservaba la esperanza de que regresara a su lado, y eso lo destrozó. Todo esto lo sé porque el abuelo me lo contó, quería hacerme entender a su *Fragola*. Que no la dejara por imposible... —Oigo un ruidoso suspiro—. ¡Cómo si eso pudiera llegar a pasar! Conocerla fue lo mejor que me ha ocurrido en la vida. No solo porque me pagaran los estudios, sino porque ella y su gente se convirtieron en mi familia. Me salvaron de una vida llena de sufrimiento que todavía me persigue, pero gracias a ella, tengo las fuerzas para seguir luchando.

—Yo la conocí siendo niños —murmura Cosimo—. Nunca se lo he mencionado porque no me recordaba. Es lógico, pasaban muchos niños por la heladería para escuchar las historias del *nonno* Copano... Me acuerdo de ella con total nitidez. Pensaba que era la niña más guapa que había visto y la más inteligente. Siempre estaba con la nariz metida entre algún libro y casi nunca hablaba, pero cuando lo hacía, era para decir algo que me dejaba pasmado. Bueno, a mí y a más de uno. —Se ríe—. Nunca me acerqué porque me sentía culpable de que me gustara una niña más pequeña que yo. Ya sabes cómo son los chiquillos... Sin embargo, siempre procuraba ponerme cerca. Me gustaba leer por encima de su hombro.

—Ya desde pequeño apuntabas a maneras como acosador, Cosimo —se burla Sandra—. Me habría encantado conocerla en aquella época, mi infancia hubiera sido muy diferente.

—A ti también te ignoraría, no te hagas ilusiones.

—Ja, ja, ja. Seguramente estaríamos todo el día peleando, pero sería muy divertido.

«¿Cosimo me conocía? ¿Me vio con los aparatos y el pelo estropajo? ¡Maldito sea por no decírmelo!». Al instante, ya no puedo seguir su conversación. Mi mundo se vuelve negro otra vez.

—Simonetta, espabila. Ya es hora de que te levantes, gandula —Iván reclamándome por algo. Que buen despertar—. Estoy pasando hambre y sabes que

estoy en vías de crecimiento.

—¿Qué pasa contigo, chico? Por lo menos espera a que suene el despertador. Hazte unas tostadas o algo —digo, sonriendo—. O mejor aún, métete en la cama conmigo. Te abrazaré por detrás como si fueras un osito de peluche.

Intento moverme y apartar la manta, pero me duele todo el cuerpo. Espera, dolor. Accidente. Hospital.

Abro los ojos y me sorprendo al conseguirlo. Mi ojo derecho no me deja ver mucho, pero el izquierdo funciona con normalidad. Estoy en una habitación de paredes de un color blanco desvaído. Mi niño mimado se encuentra de pie a mi izquierda junto a, un incómodamente dormido en una silla, Cosimo, quien no ha soltado mi mano ni siquiera durmiendo.

—El accidente. ¿Estás bien? —le pregunto a mi vecino—. ¿Hace cuánto que estoy aquí?

—Tres días. Y, sí. Estoy bien. Gracias a ti.

De pronto, Iván empieza a llorar.

—Lo siento, Netta. Si no te hubiera distraído, no estarías aquí, en esta cama. Soy un tonto —farfulla entre lágrimas—. Perdóname, por favor. Perdóname, Netta. Haré lo que sea con tal de que no me odies.

Suelto mi mano de la de Cosimo y la extiendo hacia Iván. Mi novio se despierta al instante.

—¿Qué pasa? —pregunta aturdido—. Simonetta, ¡estás despierta! —añade con entusiasmo al verme con los ojos abiertos.

Mira hacia un lado y saluda a Iván con la cabeza. Al ver la cara del chico, se acerca hacia a mí y me da un beso en los labios con cuidado de no tocar ningún vendaje.

—Vuelvo en un rato, *Fragola*. —Me vuelve a besar—. Necesito ir al baño.

—Gracias —susurro contra sus labios por su comprensión.

Espero a que salga de la habitación y me dirijo a mi niño mimado.

—No hay nada que perdonar. No es culpa tuya que un conductor haya decidido no respetar la señal de Stop.

—Pero si no te hubiera distraído, habrías estado más atenta.

—Bájate de la cruz, Iván. Si te digo que no, es que no. Los dos estábamos de risas y fiestas en la puñetera moto, no solo tú —lo increpo—. ¿Acaso podías hacer algo?

¿Tienes poderes de los que no tengo ningún conocimiento que te permiten adivinar el futuro?

Niega con la cabeza.

—Deja de culparte.

—No me culpo, pero...

—Pero nada, Iván. Para con esto de una vez —lo reprendo dando por zanjado el tema—. Y ahora, cuéntame algo entretenido. Me muero de aburrimiento.

—Pues la verdad es que tengo una cosa importante que decirte —me confiesa, fijando su mirada en todas partes menos en mí—. Ya no soy virgen —admite con una tímida sonrisa.

—Por el amor de Dios, chico. ¡Felicidades! —lo felicito de corazón. La primera vez (como su propio nombre indica) es una experiencia de un solo viaje que, según como haya sido, te marca el camino de las siguientes veces. Por su expresión, la cosa ha sido muy positiva—. Espero que tomaras precauciones. —Se me ocurre una cosa—. Y que no lo hicieras en mi cama. Sabes que me enteraré y tendré que matarte.

—No. No, Netta —niega horrorizado—. Nunca haría algo así en tu casa. Fue en la mía.

Pero que rico que es mi niño. Yo, a su edad, también respetaba a mis mayores. No obstante, eso no quitaba que desde que le cogía el despiste, metía al novio de turno en mi casa. Más concretamente, en la cama de mi padre. Era la más grande y solo la utilizaba para dormir... No iba a desaprovechar la oportunidad. Ni mi hermano ni yo nos cortábamos un pelo. Es más, nos turnábamos sobre su uso cuando mi padre tenía claustro de profesores.

—¿Y qué otra cosa, aparte de fornicar, has hecho mientras yo he estado casi muerta en este hospital? —le pregunto. No lo hago con malicia, pero incluso yo reconozco el resentimiento en mi voz. Intento enmendarlo—. Quiero decir... ¿Cómo fue?

Me mira horrorizado.

—¡Mal pensado! —lo acuso—. ¿Acaso quieres verme vomitar? Explícame las sensaciones, no el acto en sí.

—Fue una pasada... —me dice y vuelve a rehuir mi mirada—. Por lo menos, lo fue para mí.

Se sonroja, y ese gesto involuntario hace que lo entienda.

—¡Ah! Ya veo... te corriste en menos de lo que dura un parpadeo, ¿verdad?

—¿Cómo? ¿Cómo lo sabes? —me interroga demasiado asombrado como para darse cuenta lo que ha admitido sin querer—. Intenté hacerlo bueno para ella también, pero no pude aguantar mucho.

—No te preocupes por eso, Iván. A casi todos los chicos les pasa la primera vez. Con la práctica, se gana el control —le aseguro—. Pregúntale a Cosimo o a Marco para que veas que es cierto.

Sopesa lo que le digo, pero no termina de creérselo. No puedo dejar que su ego salga dañado.

—Hay quien estalla por el simple hecho de ver un buen par de tetas en directo y accesible a sus manos —prosigo.

—Eso sí que no me lo creo —niega con la cabeza, riendo.

—Palabra —juro.

—Bueno... por lo menos, antes de quedar en ridículo, hice que disfrutara —duda—. Eso creo.

—¿Quiere volver a verte?

—Hemos hablado todos estos días.

—Entonces quiere volver a verte. Le gustas, Iván —aseguro—. Deja de preocuparte por el sexo. Imagina que es fútbol. Cuando empezaste no eras muy bueno, ¿verdad? Y ahora eres todo un experto.

Asiente.

—Solo te voy a dar un consejo como mujer: no todo lo que se ve en las pelis porno es cierto. Improvisa, y si tienes alguna duda sobre algo, pregúntale a ella. Es la que mejor te dirá lo que siente y lo que le gusta.

Los siguientes quince minutos los paso escuchando una especie de Oda a la belleza sobre la afortunada chica de la que mi niño se ha enamorado como un tonto. Me alegro, no obstante, me siento celosa. Gracias a mi nuevo look, ya nadie hablará sobre mí de esa manera, como si les gustara lo que vieran. Ya no más adoración para Simonetta. Ya no más de nada...

«Puto accidente», me lamento.

Marco ha venido a verme. Se enteró de mi accidente mientras estaba en uno de sus viajes de fotografía. Por suerte, esta vez no se fue muy lejos.

—Hola, hermanita —me dice al entrar—. ¿Cuándo vas a dejar de darme sustos?

—¿Cuándo vas a dejar de quejarte por todo? —contraataco—. Tienes mala cara. Cualquiera que te viera diría que eres tú el que tuvo el accidente.

—Si hubieras conducido toda la noche después de pasarte casi veinticuatro horas sin dormir vigilando a una familia de lince ibéricos, también tendrías este aspecto.

—Tienes que tomarte unas vacaciones —le digo. Y lo hago muy en serio. Se lo ve cansado y ha adelgazado un poco.

—Eso tendrá que esperar... tengo que estar en un avión rumbo a Brasil en tres horas. Ya sabes:

—Los animales no se fotografían solos —termino por él—. Siempre dices lo mismo, Marco. No eres el único fotógrafo del mundo, quédate un poco más —le suplico—. Casi no nos hemos visto.

—No me mires así, Netta. Sabes que tengo que hacerlo. Me gusta mi trabajo.

—Eres un adicto al trabajo —lo corrijo—. ¿No te doy pena? Estoy convaleciente...

—*Sorella*³⁵, tus chantajes emocionales dejaron de funcionar conmigo desde que cumpliste los seis. —Se ríe. Me toca con el índice la punta de la nariz—. ¿Estás bien? —me interroga muy serio.

Y como nunca he conseguido mentirle, le respondo con lo único que soy capaz de decir en este momento:

—Lo estaré.

—Si lo que me dices sobre que me quede va en serio, lo haré. —Y estoy convencida de que lo hace. No existe mejor hermano que el mío—. El trabajo puede esperar.

—Estoy deforme, Marco. No impedida —me quejo—. Puedo cuidarme sola.

—Ya veo que el accidente no te ha quitado la capacidad de exagerar...

Le dedico un nada femenino gesto con el dedo.

—Vete tranquilo. Estaré bien. —«Con el tiempo y rompiendo todos los espejos».

—Te quiero, Simonetta. —Me abraza como puede teniendo en cuenta la vía en mi brazo y los vendajes—. Ten cuidado.

Tomando la partida de Marco como ejemplo, he obligado a todos a volver a sus vidas. Así que, mientras ellos trabajan y/o estudian, yo me como la cabeza.

Estoy sola en la habitación del hospital. Sola con mi hiperactiva y caótica mente que no me da ni un momento de descanso. Intento distraerme con cualquier cosa. La tele, una revista, un libro, el Facebook, el Instagram... incluso he hecho un intento de conversación con la enfermera y la limpiadora, pero han pasado de mí, y eso que he hablado de la Pantoja y del Sálvame ese del que todas las marujas hablan, pero me parece que reconocieron que no tenía idea de lo que hablaba. ¡Estoy tan desesperada! Haría lo que fuera por no quedarme sola conmigo misma y no enfrentarme a la realidad. Por desgracia, el cerebro es un órgano que nunca deja que funcionar.

He estado dándole sin parar vueltas a algo en mi cabeza: mi mundo se ha venido abajo a raíz de este accidente. Todas las creencias en la que basaba mi estilo de vida ya no puedo aplicármelas. Y por eso, tengo que romper con Cosimo.

Lo haré hoy mismo. No hace falta demorar las cosas más de lo necesario. Él es demasiado bueno como para atreverse y, al final, acabaríamos juntos por pena. Un sentimiento que no debería ser la base para ninguna relación.

No quiero notar como aparta la mirada de mi cuerpo o como se le va apagando ese destello de deseo en los ojos. Necesito que en su mente me recuerde tal y como era: bonita. Una chica bonita de la cual, tal vez, podría llegar a enamorarse y con la que saldría orgulloso de la mano.

Ahora, todo eso es imposible. Ya no soy esa persona y por lo tanto, ya no hay nada especial en mí. No soy digna de él. Porque, vamos a ser sinceros, nos veríamos fatal juntos: Cosimo, un Adonis rubio, y yo, la *raruna* de las cicatrices a su lado... la gente pensará que le pago por dejarse ver conmigo, y paso de sentirme aún más humillada.

Así que la decisión final ya está tomada: Adiós señor Olivetti.

¿Es una decisión egoísta por mi parte? Quizás, aunque prefiero pensar que me guía el altruismo.

Cuando el objeto de mis comeduras de tarro entra por la puerta, intento no mirarlo mientras se pasea por la habitación para llegar hasta mi cama, sin embargo, no lo consigo. Al igual que si de dos imanes se tratara, mis ojos buscan su cuerpo, su cara, esa sonrisa que estoy segura que solo me dedica a mí y que es mi preferida. Ese gesto casi me hace flaquear... casi. Porque ese mismo gesto me recuerda lo maravilloso que es y lo mala pareja que haríamos juntos.

—Hola, *Fragola* —me dice al mismo tiempo que me besa en la mejilla *buena*—. Llevo todo el día mirando el reloj como un loco. Mi hermana estaba de los nervios y

me ha echado de la *pasticceria* un par de veces. —Se ríe—. Pero como soy buen novio, aunque me daba cosa dejarte aquí sola, he cumplido con la promesa que te hice, y ahora que he terminado mi jornada laboral, he venido a entretenerte y mimarte como te mereces.

Se agacha y me besa en los labios. Me chupa un poco el inferior de esa forma que me vuelve loca y que en otras circunstancias haría que lo tumbara en la cama sin importar quien estuviera presente.

—He estado trabajando en un proyecto nuevo y quiero que lo pruebes. No te lo he traído hasta el hospital porque no quiero llevarme una bronca de los médicos, pero desde que salgas de aquí, tienes que decirme qué te parece —me explica—. Es algo sencillo, pero muy especial y dedicado a ti —añade misterioso—. Espero que te guste.

—Bueno, Cosimo, no te preocupes. No he estado sola todo el día. Iván ha pasado por aquí —le digo, deseando cambiar de tema. Que me haya creado algo en mi honor no es buen pie para una ruptura—. Y bien..., Cosimo, quiero decirte algo.

—Dime, te escucho. —Se sienta en el colchón a mi lado. Me toma de la mano, pero yo se la suelto con la excusa de colocarme el pelo tras la oreja.

—Pienso que deberíamos darnos un tiempo —comienzo—. No sé, no es como si nos hubiéramos jurado amor eterno ni nada por el estilo. Te agradezco que hayas estado a mi lado todo este tiempo, ayudándome con lo de Mónica y eso..., pero no quiero tener nada serio con nadie.

—¿Cómo? ¿Estás bromeando? —pregunta—. Porque si es así, es de muy mal gusto hacerlo sobre este tipo de cosas.

—No estoy jugando —asevero—. Es una de las cosas que más en serio me has oído decir.

Se restriega las manos por la cara, en un claro gesto de nerviosismo.

—Sé que has pasado por mucho durante estos días, Simonetta, pero esta no es la solución. No me apartes de tu lado, por favor —me suplica, y me rompe el corazón.

—Esto —me señalo—, no tiene nada que ver. Hace mucho que venía pensándolo.

—Eso sí que no me lo creo. Estábamos, estamos bien juntos. Me haces feliz. Somos felices —asegura con determinación.

«Por eso mismo quiero dejarte. Ya no podré hacerte feliz», pienso con amargura. Lo amo tanto que me duele, pero es lo mejor.

—No voy a cambiar de opinión, Cosimo.

Se queda callado, no obstante, hay resolución en su mirada cuando me observa. Algo en mi expresión lo exhorta a no decir nada más. Se levanta, me da un último beso de despedida y se va. Cierra y me deja sola con mis lágrimas y mi arrepentimiento.

«¿Qué he hecho, Dios mío?»

En el momento en que la puerta vuelve a abrirse, me encuentro un poco más tranquila. Al contrario que mi amiga Sandra, que entra revolucionada en el cuarto.

—¿Qué coño has hecho? —me ataca—. ¿El choque te dañó el cerebro?

—No estoy para sermones.

—Pues los vas a tener. Cosimo te quiere, Netta, y lo has apartado de ti como si de agua sucia se tratase. ¿Sabes lo preocupado que ha estado?

—Lo siento por él... —De pronto, se me ocurre una idea—. Mira el lado bueno, ya no tendrá que preocuparse nunca más.

—Dime que no has dicho eso. ¿Crees que el sentimiento se anula así sin más? Por supuesto que va a seguir interesándose por ti. ¿No me has oído decir que te quiere? —me lo pregunta como si estuviera loca.

—No estoy sorda —replico, como una niña pequeña—. Y te he dicho que no quiero sermones. Y mucho menos de ti.

—Me da igual. Has hecho algo mal y tienes que oírlo.

—¿Tú me vienes a dar a mí lecciones de moral? —Me río sin humor—. Precisamente tú, la que sabe afrontar de forma madura y racional todos sus problemas. ¿Crees que debería seguir tu ejemplo? No sé, tal vez, salir a follar sin sentido con cualquier tipo que no conozca de nada y que me trate con un mínimo de respeto me ayudaría... A ti te funciona, ¿verdad? Aunque no sé si esa táctica me serviría... más bien, me haría sentir sucia y un poco usada. Pero bueno, esa es mi opinión, hay gente que ha nacido para ser ninguneada. Lo respeto.

Antes de terminar de hablar, soy consciente de que me he pasado de la raya. Yo soy la primera que la apoya en todo y sé los motivos por los que lo hace... Otra cosa más de la cual arrepentirme. La pondré en la lista de las cosas que debieron haber sido diferentes. Ahora ya no hay marcha atrás.

Mi amiga ha palidecido. Se ha quedado muda. Las lágrimas le resbalan por las mejillas.

—No te lo voy a tomar en cuenta porque comprendo por lo que estás pasando...

—Al final va a ser verdad que te gusta que te pisoteen, Sandra. —Le doy la estocada final—. Eres psicóloga, chica, háztelo mirar.

—Que sepas que durante todo este tiempo, nadie, nunca, me ha decepcionado tanto como tú lo acabas de hacer —me dice sollozando—. Ya hablaremos cuando estés más tranquila.

—Espérate sentada. No tengo nada que hablar contigo —la despido—. Ahora vete, por favor.

—Eres una perra, Netta —dice antes de marcharse con un portazo.

La he atacado sin sentido. Ella no se merece que le hable de esa forma, pero es que verla me duele. Seguramente, será otra de las personas que se quede a mi lado por pena, y eso no voy a consentirlo. Porque la dignidad es lo único que me queda.

¿La felicidad viene en cuentagotas? Un rotundo sí.

En mi caso, es similar a esos pequeños frascos de perfume con aroma frutal que huelen mucho y muy bien, pero que, sin embargo, el olor se evapora demasiado rápido y al final notas más el perfume de tu suavizante para la ropa que la colonia en sí.

Eso o es que un ser superior se está burlando de mí como un condenado. No sé... a lo mejor, está creando su propio programa de cámara oculta basado en mis miserias y partiéndose la caja (a mí costa) de paso.

Tal vez tendría que haber rezado más, acudir más seguido a misa, meter más monedas en las máquinas esas para que se enciendan las velas (que modernos son en las iglesias. Tienen sus propia versión de las tragaperras), hacer una promesa y acudir todos los domingos de rodillas, hasta que se cumpliera, a algún lugar de culto, sagrado o como se llame, porque... ¡JODER! Esta mala suerte no es normal. Es como si de repente, la fortuna hubiera decidido pasar de mi culo y dejarme tirada atrás en el camino mientras me hace un gesto tipo *jódete* con la mano, y por más que intentara alcanzarla, suplicándole que no me abandone, no lo consiguiera.

La Felicidad es una sádica. Por lo menos, lo es conmigo. Es cruel. Sí, cruel. De tipo villana de película, esas que se regodean enseñándole un caramelo a un niño para después comérselo con lentitud delante del infante que la mira con ojos confusos y tristes. Ese niño perdido soy yo. Así es exactamente como me siento.

Si no, no me explico cómo he pasado de estar tranquila, enamorada, feliz a... ser un despojo humano. Llevo acostada en mi cama desde que salí del hospital. Tengo el pelo grasiento, y ninguna gana de levantarme para ponerle remedio. Si por mí fuera (y la anatomía me lo permitiera) mearía en una botella. Esto de estar deprimida me sienta fatal.

Cuando antes me decían que la vida te puede cambiar en un abrir y cerrar de ojos, no lo creía. Siempre fui más del pensamiento tipo: con esfuerzo y trabajo duro, podrás tener todo lo que quieras.

Tenía mi negocio soñado, una mejor amiga maravillosa, un novio perfecto, un cuerpo de infarto, una cara preciosa, confianza y ego de sobra... Celebraba el cumpleaños más increíble de mi niño mimado (que consiguió su deseo) dando un

paseo en una preciosa moto alquilada cuando un conductor decidió que tenía demasiada prisa como para respetar las señales de tráfico e ir por su propio (y por lo visto, lento) carril y en un visto y no visto, acabé con mi cuerpo empotrado contra una no muy cómoda pared y sus afiladas rocas, que, para más inri, decidieron clavarse todas en el lado izquierdo de mi cuerpo dejándome igual al puto deforme de *Los Goonies*.

Vale, ahora sí que estoy exagerando. No se me ha caído un ojo o perdido dientes, pero una gran línea irregular baja por mi sien, mejilla, pecho y abdomen. Se acabó la ropa escotada para mí. Creo que es hora de comprar acciones de alguna fábrica de Burkas.

Ahora, paso de mi negocio. No sé si alguien se ocupa de si sigue abierto o no; mi mejor amiga me odia y ya no tengo novio.

«¡Bien por ti, Netta! Estás hecha toda una triunfadora».

Necesito despejarme la mente. Salir de mi casa y coger aire. Llevo casi un mes encerrada subsistiendo a base de ChocoKrispis medio rancios y llamadas a sitios de comida basura. Cuando no estoy vegetando en mi cama, me dedico a dejar mi casa como los chorros del oro (los nervios me dan por limpiar). No contesto al teléfono ni recibo a nadie. Solo Iván se atreve a venir a molestarme y lo consigue solo porque tiene una llave de mi habitación (que se niega a devolverme), y me da demasiada pereza llamar a un cerrajero para que cambie la cerradura.

Sandra me llama, pero como no quiero que me griten, no respondo; Tazia y Óscar me envían mensajes que borro sin leer; mi hermano no me acosa porque está en el culo del mundo fotografiando a algún bicho que le haya pedido la revista, aunque estoy segura que si abro mi *e-mail*, lo tendré petado a correos suyos, y Cosimo... Cosimo está desaparecido.

Me muero por hablar con él. Lo extraño tanto que casi me duele de forma física, pero tras la forma en que lo despedí de mi vida la última vez que nos encontramos, no creo que quiera hablar conmigo. No lo culpo. Si fuera posible, ni yo misma me dirigiría una palabra o pensamiento.

Me urge salir de este encierro auto-impuesto. Salir a la calle, respirar aire fresco y enfrentarme a las miradas llenas de pena o asco de la gente.

Sin embargo, ¿a dónde voy? Por mucho que me haga la valiente, no estoy preparada para enfrentarme al mundo. Una cosa es un vistazo casual en plena calle, y

otra entrar en una cafetería y aguantar cuchicheos indeseados.

Respiro hondo. Inspiro y espiro lenta y profundamente al mismo tiempo que cierro los ojos e intento conjurar en mi mente la imagen de un lugar feliz.

Diapositivas de Cosimo llegan casi al instante y me encuentro devolviéndole la sonrisa a la imagen del hombre que se proyecta ante mis ojos. Todas las veces que hemos estado juntos se pasean a cámara lenta y me relajo: apoyada encima de su duro cuerpo mientras vemos una película, su cara de placer al hacer el amor, corriendo por las mañanas, ofreciéndome algún postre con expresión de *sé que no podrás resistirte*, y su risa... ¡lo echo tanto de menos!

Descarto esos pensamientos. No puedo darme el lujo de esperanzarme, de pensar que todo seguirá igual y ver la desilusión en su mirada.

Me giro en la cama frustrada por no encontrar una solución y al abrir los ojos, me encuentro de frente con la foto de mi *nonno* que tengo en mi mesilla de noche.

La bombilla se me enciende y ya sé a dónde dirigirme: al cementerio. Mi abuelo hará que mis pensamientos se centren. Nunca ha fallado en hacerme sentar la cabeza, y no creo ni que desde su tumba lo haga. Él me dará la paz que necesito.

Bueno, al menos lo lograré si consigo olvidar, mientras estoy allí, que le fallé en la promesa que le hice y que no acudí a mi cita anual con la tumba de mi padre. Si lo pienso con objetividad, el día del aniversario me encontraba ingresada en el hospital recreando de manera patética el papel de la momia, hasta el recto abuelo Copano perdonaría mi falta de asistencia.

Me visto con unos vaqueros, una vieja sudadera, que perteneció a mi hermano y que ha visto días mejores, unas gastadas Converse All stars, una gorra de Iván y unas maxi gafas. Me dejo el pelo suelo porque, aunque en estos momentos no me sienta muy bien conmigo misma, no puedo evitar ser un poco coqueta. Parece que mi pelo es lo único que no ha cambiado desde mi accidente y quiero lucirlo. Incluso grasiento y enredado me parece bonito y familiar, y no puedo evitar agarrarme de esa pequeña parte de mi pasado como de un clavo ardiendo.

Salgo de mi casa rápido y con determinación. No quiero demorarme con nada por si acaso pierdo las pocas fuerzas que he conseguido reunir y meterme de vuelta en la cama. Pillo un taxi y le indico que me lleve al cementerio de San Justo.

Durante el trayecto, ya siento como la presión me abandona y al llegar, estoy tan relajada que casi no siento el cuerpo. Me acerco a la zona en donde se encuentra el

sepulcro y que he visitado tantas veces que el camino ya lo hago de forma automática. A medida que me voy aproximando, me percató que hay alguien de rodillas colocando flores.

Miro con curiosidad a la persona agachada frente a la tumba de mi abuelo. Parece una mujer joven, pero, sin verle la cara, no la reconozco. Me acerco, y al oír el sonido de pasos, la muchacha levanta la cabeza. Al verle con claridad el rostro, una ola de conocimiento y estupefacción me embarga. Sé con exactitud de quien se trata: de mi madre. De mi desaparecida y desconocida madre. La persona que rompió a mi padre en pedazos, sin forma alguna de volverlos a unir.

La reconozco de las fotos y porque no ha cambiado nada. Está magnífica. Una cara que, aunque no sea la de una adolescente, parece que no le han pasado los años; un cuerpo delgado y curvilíneo; desprende tanta seguridad en sí misma que ni de rodillas frente a una losa de piedra y rodeada de muerte pierde su porte orgulloso. Ese que tanto me gustaba copiar cuando ojeaba los álbumes de fotos, y que nunca conseguí.

—¿Qué haces aquí? —le reprocho, ignorando el hecho de que no nos vemos desde que yo era una niña y que he cambiado mucho desde entonces. Seguramente no sabrá ni quién soy.

—¿Simonetta? —duda, reconociéndome. La verdad es que me ha sorprendido. No me lo esperaba.

Asiento brevemente con la cabeza y me quito las gafas y la gorra.

—¿Qué haces aquí? —repito.

—Pero qué arisca. Se nota que no estuve a tu lado para enseñarte modales —dice, incorporándose—. Tanto tiempo sin vernos y solo me dices eso. Ni siquiera un: «hola, mamá. Estás preciosa» —termina con una sonrisa.

—Hola, madre. No eres bienvenida aquí —le digo en cambio—. Ya puedes largarte de una vez y seguir viviendo la vida loca que querías.

Sus ojos se abren con sorpresa al oír mis palabras. A lo mejor se pensaba que iba correr a sus brazos necesitada de amor maternal... No podría estar más equivocada.

—No seas así, Netti. Sabes que te quiero, pero no estoy hecha para ser madre.

—Ni esposa —la interrumpo, asqueada por cómo me ha llamado.

—¿Qué pretendías que hiciera? —inquire—. ¿Cómo iba a aprovechar la poca juventud que me quedaba y la belleza que poseía arrastrando a dos niños conmigo? La vida está hecha para vivirla.

—Dime una cosa, ¿tengo más hermanos? —le pregunto, ignorando lo que acaba de decir—. Lo último que supe de ti es que te volviste a casar.

—¡Por Dios! ¿Hijos? No volvería a cometer un error como ese —niega escandalizada—. Me ligué las trompas en cuanto tuve ocasión.

—Gracias en nombre de Marco y mías por el nuevo sobrenombre: error —le agradezco con sarcasmo—. Ya recibiste el premio a madre del año, ¿verdad? Porque si no, voy a llamar para postularte al puesto de inmediato.

—Me he casado tres veces más aparte de con tu padre —continúa hablando pasando de mi *sutil* pulla.

—Ninguno era demasiado bueno para ti —le digo con ironía.

—Cierto —afirma con rotundidad. Estoy asombrada con esta mujer. Se cree a pies juntillas todo lo que sale de su boca—. Me cansé rápido de ellos. No eran especiales y, lo que es todavía peor, no me hacían sentir especial.

Recuerdo el tono de adoración que mi padre utilizaba para hablar sobre ella y llego a la conclusión de que esta mujer, que está parada en frente de mí, está loca. Mi padre besaba el piso por el que ella pisaba. Si él no la hacía sentir adorada, nadie lo conseguiría.

—Tu abuelo sí que se salía de lo ordinario —prosigue con su discurso—. No logro entender por qué no me quería... y eso que hice todo lo posible por seducirlo.

—¿Te intentaste tirar a mi abuelo? ¿Al padre de tu marido? —estoy asqueada.

—¿Por qué no debería? No pensarías que una mujer como yo se conformaría con un simple y aburrido profesor. —Se ríe cínica—. Lo intenté con algunos de sus compañeros, pero eran peor que él.

—Mi padre te idolatraba, perra. Te quería. Eso tendría que haberte bastado —le reprocho con rabia. Aguantando las ganas de llorar, de pegarle una bofetada... o de las dos cosas a la vez. No consigo decidirme—. El amor lo es todo.

—Sí —concuerta—. Pero me he dado cuenta de una cosa con el tiempo: que lo haga solo una persona es aburrido, y yo no me conformo solo con eso. Yo quiero aventura, pasión, y si un hombre no puede proporcionármelo, lo busco en otro.

—De lo que sí me estoy dando cuenta, es de que eres una zorra sin corazón y que te vas a quedar sola.

—Ahí te equivocas. Las personas como yo somos animales sociales. Nunca nos sentiremos o estaremos solas. No está en nuestra naturaleza —razona—. Por lo

menos, no mientras existan hombres con ojos en la cara. No pueden evitar sentirse atraídos por esto —explica, señalándose a sí misma—. No tengo la culpa de ser perfecta.

—La belleza no dura toda la vida, si no, fíjate en mí. En mi cara.

—¡Uy! No me había dado cuenta —exclama sorprendida. «¿Cómo es posible que no se haya dado cuenta de la horrible cicatriz que atraviesa el lado izquierdo de mi rostro?»—. Ahora comprendo tu actitud para conmigo.

—Te podría dar miles de razones por la que soy de esta manera. Sin embargo, prefiero que me ilumines.

—Estás celosa de mi cuerpo sin imperfecciones —dice sin más.

De todas las cosas que me podría decir, me suelta semejante gilipollez. Estoy tan asombrada que me he quedado sin palabras. Mi padre debía ser un verdadero tonto si cuando se enamoró de ella, era igual de egocéntrica.

«No. Ese no es el término exacto. La palabra que busco es narcisista. Así fue como la llamé Sandra», pienso mientras repito su frase anterior en mi cabeza.

Ahora veo claro como el cristal lo que todo el mundo me decía sin parar: no soy igual a mi madre.

Y tampoco quiero serlo.

—Soy muy rica, ¿sabes? —me informa—. Puedo pagarte la operación y tratar de borrar esa cosa asquerosa de tu cara.

—No, gracias —niego tajante. Ya no sé qué pinto hablando con esta mujer. Es una extraña. Una persona que a la que desde que soy consciente, nunca he extrañado y estoy absolutamente segura que no lo llegaré a hacer.

—Bueno, como quieras. Solo espero que no te relacionen conmigo,

—No te preocupes. No diré a nadie que eres mi madre.

—Mejor. —Se ríe—. ¿Quién se creería que eres mi hija? A lo sumo, una hermana... no tengo edad para tener una hija tan mayor.

—Tienes dos hijos —le recuerdo.

—Verdad. Marco. ¿Qué es de su vida?

—Es fotógrafo —respondo de forma automática. Me siento como si estuviera viviendo esta surrealista conversación desde fuera de mi cuerpo.

—Tendré que llamarlo para que me saque algunos primeros planos. Cuando me vea, no se podrá negar.

Esta parrafada se está alargando demasiado. Necesito huir de aquí.

—Me voy. Me están esperando —me despido.

—¿Vas a ver a algún novio o a varios...? —pregunta con una media sonrisa que, muy a mi pesar, la hace parecer encantadora.

—No estoy con nadie —respondo escueta.

—Lástima —se lamenta—. Tu única esperanza era haber cazado a algún hombre antes de la... desfiguración. Me temo que ahora serás incapaz —añade cruel—. Me parece que nunca sabrás lo que es ser especial para alguien.

Un desfile de caras parece aparecer ante mis ojos. Sandra, Tazia, Iván, Óscar, mi abuelo, Cosimo... para todos lo soy. Y, lo que es todavía mejor, me lo hacen sentir cada día. Ya es hora de que yo comience a creérmelo, ¿no?

—Bueno, me marcho ya —dice mi madre mientras estoy sumida en mis pensamientos. Se acerca a mi cara y da dos sonoros besos al aire al lado de mis mejillas—. Tengo cita en la peluquería.

Se da la vuelta y camina hasta la salida. La veo irse y no siento nada. Esta mujer es una completa desconocida y quiero que siga siéndolo. Sin embargo, me ha hecho darme cuenta de algo: sí que soy especial para alguien. En realidad, lo he sido para unas cuantas personas que me lo han demostrado en cada una de sus acciones.

Sandra, con su amistad, locura y comprensión; Iván, con su cariño y proteccionismo; Tazia, y las tímidas sonrisas que me dedica al escuchar alguna de mis inconvenientes frases; mi *nonno*, con sus historias y su paciencia; Óscar, con sus bromas subidas de tono; Cosimo... con su amor. Amor que yo he roto en mil pedazos al igual que su orgullo y su corazón.

Gente que me quiere no solo por ser una cara bonita y que, aún hoy, tras el accidente, siguen a mi lado apoyándome en todo.

Tengo que pedir perdón a mi familia. Porque eso es lo que son: parte de mí.

Me dirijo a la heladería y compruebo, con alegría, que, pese a mi repentina deserción, sigue abierta. Entro y encuentro a Sandra tras la barra preparando lo que parece ser café.

Me acerco lenta pero sin pausa hacia ella. Ignorando las miradas, furtivas tímidas o descaradas, que me dedican los clientes que hay esparcidos por todo el local. Muchos son habituales y estoy segura que lo hacen por pura curiosidad, no obstante, eso no quita que me incomoden.

Toco el timbre (que una vez compramos como broma) puesto sobre el expositor y espero a que se gire.

—Un momento —me pide y dirigiéndose a una señora sentada en una mesa, dice —: Enseguida estoy con usted.

Me quedo callada. No sé qué decir. Además, no quiero que se lleve un susto y derrame el café caliente por todas partes. Se quemaría (la conozco) y estaría echándomelo en cara hasta el fin de los días.

Cuando por fin se voltea, no parece sorprendida al verme. No me mira con pena o enfado. Ni siquiera con lo que yo más temía: asco. Me acabo de dar cuenta que sentía horror por lo que pensarían las personas que me importan al cruzarme con ellos la primera vez.

Porque, por mucho que quiera negarlo, soy una chica superficial. Me gustaba lo que veía al mirarme al espejo. Me encantaba mi cara, e incluso, mis odiadas pecas. Ahora tengo una cicatriz que recoge toda la atención que antes tenían mis ojos y mi boca... necesito un tiempo para acostumbrarme.

Aún tengo que adaptarme a ir por ahí con esta cosa en la cara. Este nuevo accesorio que me ha sido concedido y que me hace parecer permanentemente en Halloween.

—Por fin te dignas a aparecer —se limita a decir. Sin embargo, no detecto rencor en su tono de voz. Eso me tranquiliza.

—Estoy de baja por enfermedad.

—Eso no sería excusa para la Netta que yo conozco —me recrimina—. No, cuando la he visto arrastrarse por la *gelateria* un día después de la muerte de su abuelo o tras operarse de vegetaciones.

—Eso es diferente —me defiendo—. La operación era sencilla, y para mi abuelo esta era su casa. ¿Qué mejor forma de honrar su memoria que viniendo aquí a trabajar?

—No me convences —me reprocha y se da la vuelta, dándome la espalda.

No voy a rendirme con ella. La he cagado y no me voy a ir de aquí sin que sepa cuánto lo lamento. Entro dentro de la barra y la obligo a enfrentarme.

—Lo siento —le digo, ignorando a la gente de alrededor—. Soy una perra, pero te quiero. No me lo tengas en cuenta, por favor. No sabría qué hacer sin ti.

Noto como se va ablandando. La verdad es que nunca hemos podido pasar mucho

tiempo enfadada la una con la otra.

—¿No te doy pena? —le digo poniendo mi mejor cara de perro apaleado—. Estoy lisiada...

—Eres mala... —me dice, abrazándome con fuerza—. No sirvo para pelearme contigo.

—Perdóname, Sandra. Soy una verdadera perra, pero te quiero.

—Eso es verdad. Aunque también es cierto que me dijiste unas verdades como puños.

—Mejor, discutimos ese tema al cerrar —sugiero consciente, por fin, de la gente que nos rodea. No quiero darles un espectáculo todavía mayor. Una cosa es que yo me humille, y otra muy diferente que se enteren de los problemas de mi amiga—. No queda mucho. Te ayudaré a recoger y nos podremos sentar a hablar.

—Sandra, yo me marcho ya. No puedo dejar a mi hermana sola por más tiempo.

Cosimo aparece de entre las puertas batientes que separan la cocina de la sala. Le habla a mi amiga con toda la naturalidad del mundo, bueno, por lo menos lo hacía hasta que me vio.

Su mirada se enfrenta a la mía y, mientras lo observo, no puedo evitar ver que está ligeramente más delgado y con los ojos menos brillantes, sin esa chispa habitual. Estamos paralizados sin saber qué decir. Yo, inconscientemente, me llevo la mano a la cara, protegiendo mi cicatriz.

Él se acerca despacio y posa una mano en mi lado del rostro visible mientras que con la otra me aparta la mía. Solo puedo dejarlo hacer. Ahora, sus dos manos me cubren, me acarician, me miman. Las lágrimas empiezan a fluir de mis ojos a borbotones. Gotas silenciosas que reflejan mi sufrimiento personal y lo mucho que lo he echado de menos.

Agacha la cabeza y me da un suave beso en los labios. Solo un simple roce, pero que me sabe a gloria bendita. Esperaba que pasara de largo, ignorándome como me merezco y, sin embargo, me trata con amor.

Me aparto y me dirijo a la trastienda. Estoy a punto de hiperventilar y no quiero que nadie me vea hacerlo. Cosimo me sigue, lo sé. Noto su presencia a mi espalda. Su calor rodeándome.

Me cubro la cara y comienzo a sollozar. Mi chico me abraza apoyando la barbilla en mi cabeza. Nos quedamos así, sin dirigirnos la palabra durante lo que pudo ser una

eternidad. Hasta que los ojos se me secan y puedo respirar mejor.

Protegida en el capullo protector de sus brazos, me siento valiente. Fuerte. Lc rodeo con los míos y me dejo invadir por su calor. Estoy en casa. Estoy feliz. Ya no me importa si no soy la misma que era porque Cosimo está conmigo.

—Te amo —susurro y me acabo de dar cuenta de que es la primera vez que se lo digo—. No me dejes nunca, por favor.

Y en esta última frase, dejo que todos mis miedos se muestren. La vulnerabilidad, la inseguridad; el temor al fracaso, a haberlo estropeado todo.

—Nunca me he ido. Solo te estaba dando el tiempo necesario para que recordaras.

—¿Recordar? ¿Qué hay que recordar? Dirás a que me acostumbrara a mi nuevo aspecto —le pregunto confusa, levantando la vista.

—No, Simonetta. Tu cara me da igual. Lo que más me dolía es que parecía que el accidente te hizo olvidar una cosa muy importante —me responde, clavándome en el sitio con la fuerza de su mirada—: que lo eres todo para mí.

Y ahora sí que me dedica otra de sus sonrisas. Una de esas que tanto me gustan. Se la devuelvo al igual que si se estuviera mirando en un espejo. Porque, como siempre tiene razón: lo había olvidado. No obstante, es un fallo que nunca jamás repetiré.

Cosimo me ama, y yo a él. En sus ojos veo lo que siempre quise ver: adoración. Porque mi *Limone* me adora como yo no puedo evitar hacerlo con él. Ante sus ojos me veo y me siento hermosa, pero lo más importante es que me siento querida

EPÍLOGO

Momentos como este son los que marcan la diferencia. Instantes irrepetibles en los que te sientes realizada como persona. Me siento amada, querida, adorada... y lo más increíble de todo, me siento merecedora de ese amor. No lo digo solo por el hombre semidesnudo que tengo a mi lado y que me hace inmensamente feliz, sino por todos los demás.

Antes era consciente de que hay personas que sentían cariño hacia mí, sin embargo, lo atribuía solo a un ámbito físico. En mi mente, ser guapa equivalía a ser amada. La inteligencia y las acciones no entraban en juego en esa ecuación. Solo permitía a muy pocas personas que me conocieran como realmente soy. A esas en las que podía confiar en que no me apartaran cuando conocieran lo simple que soy en realidad. Huía de conversaciones serias, llegando incluso a hacerme la tonta, confiando solo en mi físico para *sacar adelante* cualquier conversación. Un gran fallo por mi parte, lo sé. Pero, con mis antecedentes familiares, ¿alguien me puede culpar?

Gracias a Dios, tenía (y tengo) grandes personas a mi lado que me apoyaban incluso cuando no lo merecía. Mi *nonno*, el que con su paciencia y su comprensión logró que no me desviara totalmente del camino correcto. Ahora comprendo lo que pretendía con sus consejos: que fuera feliz simplemente siendo yo misma; Marco, que incluso en la distancia se las arreglaba para hacerme reír; Sandra, la amiga que llegó a mi vida cuando menos la esperaba y que lo hizo para quedarse. No concibo mi futuro sin ella, es la hermana que nunca tuve. Iván, el niño que me enseñó a querer de forma desinteresada. Ocuparme de él me mantuvo centrada.

Luego, están las nuevas adquisiciones a esta locura: Tazia, una mujer hecha y derecha que ve la vida con una ilusión casi infantil, a la que adoro y que se ha convertido en otra pieza de este puzle; Cosimo, alias el agrio, *Limone*, el chico limón... mi chico. El hombre que me enseñó a amar, el que me persigue por parques y trata de engordarme con sus maravillosos dulces y que parece no tener bastante de mi cuerpo. Con cicatrices o sin ellas... Este pensamiento me transporta de nuevo al presente.

Estoy acostada en la cama, desnuda, y, como dije antes, viviendo un momento irremplazable junto a mi casi desnudo novio. Está probando sobre mi cuerpo su

último *experimento culinario*, el que por cierto ha sido traído directamente desde la *gelateria* hasta mi casa: helado de limón con fresas naturales dentro, llamado *Il cuore del Limone*.³⁶ Estoy desnuda porque ha decidido comerlo directamente desde mi cuerpo, así que ahora estoy congelada aguantando de mala gana los lengüetazos nada seductores y provoca orgasmos de Cosimo...

—Sabes muy bien, *Fragola*³⁷ —me dice entre pasada y pasada de su lengua—. Si encontrara la forma de incluir tu esencia es este helado, sería todo un éxito.

—Menos hablar y más lamer, Cosimo —le pido casi a punto de llegar al orgasmo. Lo agarro de las manos y me acaricio con ellas el cuerpo hasta dejarla posadas sobre mis pechos.

Hay que ver cómo han cambiado las cosas. La primera vez que me desnudé delante de él tras nuestra pequeña separación, lo hice tras apagar la luz. Por supuesto, mi novio no estaba conforme con ello y corrió a encenderla, y, como es lógico, yo corrí a apagarla otra vez. Al final, entramos en un bucle en el que no fundimos la pobre bombilla de milagro y que terminó con un italiano desnudo y con cara de enfado preguntándome qué pasaba conmigo. Al confesarme y decirle por fin que tenía miedo a que me encontrara horrorosa, solo me respondió:

—No hay nada de ti que me repugne, Simonetta. Solo doy gracias a Dios de que estés viva y bien. Las cicatrices son solo un recordatorio de lo que pude haber perdido. Déjame darles el tributo que se merecen.

Y desde entonces, no ha parado. Incluso ha conseguido que me gusten a mi... bueno, digamos que ha conseguido que me acostumbre a ellas más rápido. Ahora que están menos hinchadas, ya ni me parecen tan escalofriantes.

A ver... ¿Sigo siendo coqueta? Sí. ¿Me sigo mirando en todos los objetos reflectantes que pillo? También. Y cada día pasa con más facilidad. Será que existen hábitos difíciles de cambiar.

Por raro que parezca, me siento guapa tanto por dentro como por fuera, y eso lo conseguí cuando por fin me acepté a mí misma tal y como era. Llevo mis cicatrices con orgullo, ya que gracias a ellas por fin sé quién es en realidad Simonetta Copano, y no es simplemente una chica superficial. Es una mujer llena de diferentes matices, que aún tiene que aprender más sobre ella misma y sobre la vida. Por ahora, me lo tomo todo con calma, porque la lección más importante, la elemental, me la sé de memoria: la verdadera felicidad empieza por uno mismo.

Abro los ojos y me encuentro con la mirada de mi novio.

—Te has distraído otra vez. Tengo que estar haciendo algo muy mal para que te pase —me reprocha, pero no suena enfadado.

—He tenido una charla trascendental conmigo misma, *Limone*.

—¿Sí? ¿Y qué has descubierto?

Lo agarro de la nuca y pego su boca a la mía.

—Que tú eres mi sabor favorito.

36 El corazón del limón.

37 Fresa.

AGRADECIMIENTOS

La verdad es que no sé qué decir, ya que ni yo misma me creo que esto sea verdad. Lo que comenzó como una idea, como una vía de escape, se ha transformado en algo con lo que no puedo (ni quiero) dejar de vivir. Espero que esta segunda novela, en la que he puesto mucho de mí, guste tanto como me lo ha hecho escribirla.

No lo podría haber conseguido sin el apoyo y la confianza que me han brindado mis seres queridos:

Mi marido, Echedey. Algún día terminarás por convencerme y le pondré tu nombre a algún personaje...

Mis dos hijas, Dara y Carla, por estar ahí, queriéndome y deseando que les escriba una historia sobre princesas. Ya llegará, mis niñas.

A mis padres y hermanos por creerse antes que yo que soy escritora.

A mi chica de los corazones, Mimi Romanz. Te quiero, amiga. Gracias por ser simplemente tú y dejarme disfrutar de ello.

A Alma Gulop, por ser mi psiquiatra residente. Te adoro.

A Checa, mi wikipedia sanitaria. Qué bueno es tener una amiga doctora...

A Lorena, Encarni, Nora, Noa, Rocío, Rebeca, Sandra... Gracias por estar a mi lado.

A las chicas de la Selección RNR, Esther y Lola. No tengo palabras para vosotras. Cualquier agradecimiento que se me ocurra por esta nueva oportunidad se queda corto.

Y por último a todas aquellas personas que me han escrito, animándome a seguir escribiendo y a que no me dé por vencida